



Las caídas
de *Sara*

Susanna Herrero

Las caídas de Sara

Sara Summers, 2

Susanna Herrero

© Susanna Herrero

1ª edición, mayo 2017

ASIN: B06Y54CPDB

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para Alberto.

Sinopsis

Bum bum bum

El corazón de Sara late desenfrenado. El castillo de naipes que con tanto cuidado ha construido a su alrededor cae sin remedio. Los sentimientos que creía conocer comienzan a desdibujarse, y los que creía controlar se escapan, sin previo aviso, de su control. Aun así, la vida le va a enseñar que es mejor un corazón descontrolado, un corazón indomable, a uno que deja de latir.

Un acontecimiento inesperado y espeluznante provocará que Sara, Oliver y Adam se vean obligados a replantearse todo su futuro.

Índice

[Sinopsis](#)

[Índice](#)

[1 Esa fatídica noche](#)

[2 El dolor de la traición](#)

[3 De vuelta a la cruda realidad](#)

[4 El juego de la botella](#)

[5 No vuelvo a beber en mi vida](#)

[6 El beso](#)

[7 Los Beatles](#)

[8 La pelea](#)

[9 El secreto](#)

[10 Al agua, patos](#)

[11 Un punto de inflexión](#)

[12 El accidente](#)

[13 En coma](#)

[14 El despertar](#)

[15 Piel con piel](#)

[16 Confesiones](#)

[17 La dura recuperación](#)

[18 De vuelta en el colegio](#)

[19 La operación y lo que ocurrió después](#)

[20 Lo que «omití» contar](#)

[21 Cambios](#)

22 No quiero patinar

23 Entrenar

24 Descubrimientos

25 Porque los sueños, sueños son

26 Los chantajes de Tessa

27 Hoy cumpla dieciocho años

28 El nuevo novio de Tessa

29 El viaje definitivo

30 Oscuridad

31 La decisión

32 La venganza

33 La luz al final del túnel

34 No vamos a la universidad, aceptadlo

35 El viaje de fin de curso

36 Adiós, *Crowden*

Dos años y tres meses después

Agradecimientos

1

Esa fatídica noche

Will

Percibía luz; demasiada luz. Me molestaba. Quería abrir los ojos, pero no era capaz ni de separar las pestañas.

«¿Qué me sucede? ¿Dónde estoy?». Oía voces. Alguien intentaba decirme algo, había oído mi nombre. Y el de Sara.

Intenté abrir los ojos, una vez más, sin éxito. No era capaz de levantar los párpados. Percibí un movimiento a mi lado. «¿Estoy dormido? ¿Por qué no consigo despertarme?».

Insistí, con todas mis fuerzas, hasta que mis ojos comenzaron a abrirse. Oí un golpe seco, como si algo se hubiera caído al suelo. Me encontraba boca abajo y, por la fina rendija que se abrió entre mis ojos, conseguí ver mi almohada. Me di media vuelta y miré hacia la puerta. «Creo que el ruido que he oído viene de esa zona». Me incorporé, despacio, y vi a... «¿Sara?». No conseguía enfocar la mirada.

—¿Sara? —pregunté a la silueta parada en mi puerta.

Entrecerré los ojos, para ver mejor, y entonces la distinguí, era ella. Pero algo no marchaba bien, porque no me había contestado. «¿Por qué me mira de esa manera? ¿Qué ocurre? ¿Por qué parece que está a punto de romper a llorar?».

Seguí su mirada hasta el lado izquierdo de mi cama, y di un respingo por el escenario que se presentó ante mis ojos, ahora abiertos del todo. «¿Tessa? ¿Qué cojones hace Tessa en mi habitación y en mi cama? Joder, ¡y está desnuda! ¿Qué coño pasa? Tiene que tratarse de una jodida pesadilla. ¿Estoy soñando?».

—¿Pero qué coño haces tú aquí? —grité a la rubia, que se vestía sin pudor.

Moví la vista a mi novia, que justo salía corriendo por la puerta. «¡Oh, joder!».

Me di cuenta de lo que debía de estar pasando por su cabeza. «No, no, no. Sara, esto no es lo que parece. No entiendo qué coño hace aquí Tessa». Me levanté, me puse los primeros pantalones vaqueros que encontré, tirados

por el suelo, y ni me molesté en abrochármelos. Salí acelerado de mi habitación, en busca de Sara, pero no estaba.

—¡Sara! ¡Sara! —la llamé, sin obtener respuesta.

Corrí hasta el final del pasillo y miré por la escalinata. No podía verla, pero escuchaba el sonido de pisadas que golpeaban con fuerza el mármol. En ese momento, la puerta de la habitación de Dan se abrió y aparecieron por el umbral Pear y él.

—Will, ¿qué pasa? —me preguntó mi amigo, inquieto, con la frente arrugada. No llevaba camiseta, no había que ser muy vivo para saber lo que estaban haciendo.

—¿Dónde está Sara? Acabo de dejarla aquí hace un momento. —Pear se asomó al pasillo y miró hacia mi habitación en busca de su mejor amiga. Llevaba el pelo despeinado y tenía los labios hinchados de enrollarse con mi mejor amigo.

Los miré sin contestarles. No había tiempo. Bajé por las escaleras, a toda hostia, a la vez que llamaba a Sara a gritos. Salí a la calle y miré hacia ambos lados. Llovía con intensidad y era de noche, por lo que la visibilidad era prácticamente nula. No había ni rastro de Sara. Pensé que quizá no había sido ella la que bajaba por las escaleras, que tal vez se había metido en la habitación de Adam o en la de Oliver. «¡Joder, no lo sé! Estoy atontado, no consigo despertarme».

Comencé a recorrer los alrededores del edificio para ver si la localizaba. No me había dado tiempo a calzarme, así que sentía, a cada paso, cómo se clavaban miles de piedras y, vete a saber qué más mierdas, en las plantas de mis pies.

Después de dar varias vueltas, me rendí y regresé a la residencia. Me choqué en la entrada con Dan, que ya se había puesto una camiseta, y que, al parecer, me estaba buscando.

—Will, ¿qué ocurre? ¿Dónde coño está mi hermana? —Estaba nervioso, no es tonto e intuía que algo importante sucedía con Sara.

—Joder, no lo sé —contesté, desesperado, pasándome las manos por el pelo.

Lo esquivé y subí por las escaleras, corriendo, los nueve pisos. Me faltaba la respiración y me quemaban los pulmones, pero no me detuve. Dejaba un rastro de agua a mi paso y me resbalé, pero me agarré a la barandilla y no me caí.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Qué coño significa eso, Will?

Dan me seguía de cerca. «¡Mierda!». No podía contestar a sus preguntas porque sabía lo mismo o menos que él. Pensaba, mientras subía, en qué cojones había podido suceder. «¿Qué coño hacía Tessa desnuda en mi cama?». No me acordaba de nada.

Hice un esfuerzo y recordé que, en la cena, Tessa se había acercado a mi mesa a decirme algo, pero no recordaba el qué, no le presté atención. Me importaba una mierda lo que tuviera que decirme. Estuve un rato hablando y bebiendo cervezas con los chicos. Me fui temprano a mi dormitorio porque había quedado con Sara. Ella quería patinar un rato, pero, después, íbamos a reunirnos en mi cuarto. Estaba esperándola cuando empecé a tener sueño... Y lo último que recordaba era su silueta, que me miraba horrorizada y destrozada. «¡Joder! Debe de estar pensando lo peor».

Decidí buscarla primero en la habitación de Adam, quizá se había ido con él y yo me había obcecado al pensar que había bajado por las escaleras... «¡Joder, no lo sé! Por favor, que esté con Adam».

Llegué, exhausto, a mi piso y corrí hasta el final del corredor. Pear continuaba preocupada en la puerta de la habitación de Dan. Asesté golpes tan fuertes a la puerta de mi vecino que podría haberla tirado abajo. Por suerte, a los pocos segundos, me abrió un Adam adormilado y en pijama.

—¿Von Kleist? —me preguntó, desconcertado—. ¿Qué coño quieres? ¿Te has vuelto loco? —De repente, estaba cabreado. Sara me había comentado, en más de una ocasión, que tenía muy mal despertar.

—¿Está Sara contigo? —Sonaba desesperado. Aún no había recuperado la respiración. «Por favor, dime que sí. Por favor».

Su expresión se transformó de enfado a desconcierto. Entonces lo supe. «Mierda. No está aquí».

—¿Cómo que si está Sara conmigo? Se supone que está contigo.

—¡Joder, joder, joder! —Me di la vuelta, llevándome las manos a la cabeza, y despeinándome el pelo más de lo que estaba. Adam salió de su dormitorio y me sujetó del brazo, con fuerza, colocándonos frente a frente.

—¿Qué ha ocurrido? —Parecía preocupado.

Comenzamos a oír murmullos por los pasillos. Los alumnos habían oído nuestros gritos y salían de sus habitaciones movidos por la curiosidad.

Tessa eligió ese puto momento para abandonar mi habitación y hacer su aparición estelar. La miré de arriba abajo: llevaba el pelo despeinado, los labios hinchados y el maquillaje corrido. Para rematar, había salido a medio vestir.

Me miré a mí mismo: joder, tenía la misma pinta indecente que ella. Además, estaba calado de pies a cabeza y solo llevaba encima unos pantalones vaqueros sin abrochar. No hay que ser muy listo para adivinar cuáles fueron las putas conclusiones que sacaron todos los que nos rodeaban. El primero en hablar, y en golpear, fue Adam.

—¡Hijo de puta! —Sentí su rechazazo en la mandíbula. Si hasta ese momento quedaba algún rastro de adormecimiento en mi cuerpo, la adrenalina de la más que probable próxima pelea hizo que me despertara.

—No es lo que parece —intenté defenderme.

Me fijé en Dan, que me miraba horrorizado. «Joder, Dan, tú no. Tú no puedes pensar lo mismo que el resto. Sabes lo importante que es tu hermana para mí».

—Dan, no. ¡Dan, mírame! —Intenté zafarme de Adam, que insistía en pegarme. Lo aparté de un empujón, pero volvió a la carga y me asestó otro puñetazo, esa vez en el ojo. Quise devolvérselo, pero estaba enajenado y yo aún no me había recuperado de la carrera. Encajé dos puñetazos más, antes de que pudiera asestar el primero en su pómulo izquierdo. Mi mejor amigo permanecía impassible mientras Adam me vapuleaba.

—¡Dan, te juro que no ha pasado nada! —Me encontré con el azul aguamarina de sus ojos. Sentí como el párpado del ojo se me cerraba por el golpe que me había dado Adam—. Dan, confía en mí, por favor. No ha pasado nada. —No aparté mi mirada de la suya, tenía que creerme. Intenté mostrarle toda la sinceridad de la que era capaz hasta que descubrí, aliviado, el momento en el que decidió confiar en mí.

—Adam, ya basta. Deja que se explique —intervino mi mejor amigo. Adam dejó de golpearme. Me sorprendió que lo hiciera. Aunque es cierto que Dan y Adam siempre se han llevado bien. Son algo parecido a amigos. Y se respetan el uno al otro.

—¿Qué pasa aquí?

«De puta madre, el que faltaba. El jodido Oliver Aston». Su queridísimo amigo enseguida lo puso en antecedentes.

—Pasa que este hijo de puta se ha tirado a Tessa. —Nos señaló, alternativamente, a la otra implicada y a mí.

—¿Qué? —Oliver lucía sorprendido. No me hubiera esperado jamás esa reacción por su parte. Pensé que se lanzaría a pegarme puñetazos como Adam, sin preguntar. Debía de tener algo más de cordura que su mejor amigo. Su siguiente pregunta fue la que hizo que sintiera una gigantesca presión en la

boca del estómago.

—¿Dónde está Sara?

No me quedó más remedio que responder. Además, necesitaba explicarme.

—No lo sé, joder. He salido corriendo detrás de ella, pero no la he localizado. En la calle no la he visto y pensé que, quizá, estaba contigo, o con Adam. —Recibí, sin previo aviso, otro puñetazo en la mandíbula. Adam me había vuelto a golpear. Y sería el último golpe que recibiría sin defenderme. Nos enzarzamos en una pelea de la hostia. Incluso nos caímos al suelo y dimos vueltas sin control.

—¡Basta ya, Adam! —Dan se aproximó a nosotros y apartó a Adam (que insistía en darme patadas) de encima de mí.

—¿Tú de qué parte estás?

Aquella pregunta del jodido Oliver Aston iba dirigida a mi mejor amigo.

—Tranquilos todos, joder. A veces las cosas no son lo que parecen. Will, ¿qué ha pasado? Explícanoslo. —Dan me ofrecía la oportunidad de que me explicara. Volví a estrujarme la cabeza con las manos.

—No lo sé, joder. ¡No lo sé! —Me estaba volviendo loco—. He venido temprano a mi habitación porque había quedado con tu hermana, ya lo sabes, y me he debido de quedar dormido. Estaba muy cansado, no entiendo por qué, no me había sentido cansado en la cena.

—Continúa.

—Cuando me he despertado, ella —señalé con el dedo a Tessa, que se había parapetado detrás de uno de sus amigos, cuyo nombre ni sabía— estaba en mi cama, desnuda. —Percibí cómo Oliver perdía todo el autocontrol que poseía (que no es poco)—. Pero no ha pasado nada. Si hubiera sucedido algo entre nosotros, yo lo sabría, pero estoy seguro de que no. ¡No entiendo qué coño hacía allí!

—¡Y una mierda que no lo sabes, cabrón! ¡No te creo ni una puta palabra! —Adam quería volver al ataque, pero Dan se colocó en medio, en un intento de detener la inevitable pelea.

—¡Vale ya, jod...!

Mi amigo no pudo terminar su frase, porque Oliver se acercó a él y le asestó un puñetazo en la mandíbula.

—Pero ¡¿qué coño haces?! —Dan soltó un gruñido de dolor y se palpó la zona donde Oliver lo había golpeado.

Miré hacia Oliver, que estaba descontrolado. Observaba a Dan con un odio que jamás había visto en él. «¿Por qué coño estos dos se llevan tan mal? ¿Qué

puede tener Oliver en contra de Daniel?». Lo apuntó con el dedo.

—Esta es la última vez que le das la espalda a tu hermana sin recibir tu merecido, Summers.

Arremetió contra él y le pegó un puñetazo en los riñones. Lo que sucedió a continuación es difícil que se me olvide en lo que me queda de vida. Dan le devolvió el golpe y se enzarzaron a pegarse, sin control. Se empotraron contra la pared y no supe quién pegaba a quién, porque solo veía un lío de piernas y brazos. Esos dos hacía años que se buscaban el uno al otro, solo fue necesario que alguien o algo encendiera la mecha.

Adam no perdió su oportunidad y me atacó de nuevo. Me enzarqué en mi propia pelea, y perdí de vista a Dan y Oliver. Me dio un golpe en las costillas que me dejó sin respiración. Estuvimos así horas, según mi parecer, aunque lo más probable es que hubieran pasado segundos hasta que nos separaron. A ellos, los detuvieron Marco y Brian, y a nosotros, mis amigos, Aaron y Jack.

—¡Oliver! ¡Oliver! ¡Detente! Ya está, tranquilo. Tranquilo. —Escuché las palabras con las que Brian intentaba tranquilizar (o controlar) a Oliver.

Cuando nos separaron a Adam y a mí, vi cómo Brian sujetaba a Oliver por los hombros. Tosí y me cagué en todo, por el horrible dolor abdominal que me provocó. Intenté respirar despacio.

Se había formado un amplio círculo de gente a nuestro alrededor. La mejor amiga de Sara se encontraba dentro del círculo. Se la veía inquieta, la situación la había sobrepasado. Brian sujetaba a Oliver en un extremo mientras que Marco sujetaba a Dan en el extremo opuesto. Ella dudaba sobre qué lado escoger. Su mirada oscilaba entre Oliver y Dan. Cuando atisé las primeras lágrimas por sus mejillas, supe qué decisión había tomado.

Se colocó enfrente de Dan, lo miró con dolor, y retrocedió hasta situarse junto a Oliver. «Es leal a Sara por encima de todo y de todos». Mi amigo cerró los ojos, con dolor, y asintió con la cabeza. Le gustaba más esa chica de lo que quería aparentar.

Oliver

Me pasé el brazo por la boca en un intento de retirar la mayor cantidad de sangre posible. Palpé mis pantalones vaqueros hasta que detecté el teléfono móvil y las llaves de la moto. Acababa de llegar a mi habitación cuando comencé a escuchar todo el alboroto. No me había dado tiempo a desvestirme.

—Voy a buscarla —expresé en alto, sin dirigirme a nadie en particular. Di media vuelta y me dirigí a las escaleras con prisa.

—Te acompaño. —Adam me alcanzó mientras bajaba los peldaños a toda velocidad.

Llegamos a la planta baja y salimos a la calle. Miramos para ambos lados, en un vano intento por descubrir qué dirección habría podido elegir Sara, pero no teníamos ni puta idea. Sara es muy imprevisible, había podido ir a cualquier parte. Aun así, la conozco bien, y se me ocurrieron un par de lugares por donde empezar a buscar. Había que comenzar por algo.

—Voy a coger la moto para dar una vuelta por los alrededores.

—Bien, yo voy a buscarla por el colegio. ¿Dónde ha podido ir?

—No lo sé, Adam. No lo sé.

Fui al garaje, me monté en la moto y arranqué. Salí disparado, sin ponerme el casco, no quise perder ni un segundo. Primero di vueltas por los posibles lugares a los que había podido ir Sara dentro del colegio, pero no la encontré.

«¿Dónde estás, nena?».

Salí del colegio por el camino que lleva a nuestro paraíso secreto, por el que Sara me incitó a saltar cuando tenía nueve años. La moto entraba a duras penas por aquel camino, tuve que sortear árboles, ramas y un montón de obstáculos más. A propósito, me acerqué a «Once metros».

«¿Es posible que hayas ido allí?». Era una puta locura hacerlo con ese tiempo y esa oscuridad, pero Sara es capaz de eso y mucho más. Debía de estar desesperada. Era consciente de que conocía esos caminos como la palma de su mano, pero, aun así, estaba muerto de miedo. Era muy peligroso que anduviese sola por allí, y más en el estado en el que se encontraría. Podría resbalarse y caerse o... «No, joder, no puedo ni imaginármelo. Necesito encontrarla».

El corazón me latía desbocado y pronto estuve empapado por completo; hacía rato que había comenzado a llover con intensidad. La visibilidad era casi nula y lo único que conseguía ver era el pequeño trayecto que me alumbraba el foco de la moto. Por suerte, conocía bien el camino.

Poco después, distinguí el claro donde se sitúa «Once metros». Tenía todas mis esperanzas puestas en encontrarla allí; de lo contrario, no sabía qué más hacer. El corazón me dio un vuelco por la inquietud de no encontrarla. Me introduje con la moto por el estrecho camino embarrado hasta que, por fin, llegué.

«Joder, no veo nada». Me bajé de la moto y corrí hacia el «cenote». La imagen de Sara saltando con esa lluvia y esa negrura pasó por mis ojos. «No, por favor». El solo hecho de pensarlo provocaba que me temblara todo el cuerpo.

Me acerqué al precipicio y me puse la mano encima de los ojos, a modo de visera, para evitar que se me empañaran más los ojos por la puta lluvia. Oí unos leves sollozos. Tenía que ser ella. Rastreé todo el borde hasta que la encontré.

Miré al oscuro cielo y di gracias a Dios, a pesar de no creer en él. Sara estaba sentada en el borde del precipicio y se sujetaba las rodillas con los brazos mientras balanceaba su cuerpo adelante y atrás. Sin perderla de vista, saqué mi teléfono del bolsillo de mi pantalón vaquero, y marqué el número de Adam. Me contestó al primer tono.

—La tengo.

Colgué.

Adam

—*La tengo.*

Repetí las palabras de Oliver en mi cabeza. La había encontrado. Todo estaba bien. Ella estaba bien, lo supe por el tono de voz con el que había hablado Olly por teléfono, a pesar de que solo fueron dos palabras. Alivio.

Me guardé el teléfono y regresé a la residencia. Subí por las escaleras, con cuidado, porque estaban llenas de charcos de agua. Cuando llegué a mi piso, descubrí que se había organizado la de Dios en nuestra ausencia.

Había un montón de alumnos, chicos y chicas. Entre ellos, el cabronazo de Will y el idiota de Daniel. Me entraron ganas de partirles la cara, a los dos. Pocas veces me posicionaba tan en contra de Daniel Summers, pero aquella vez... aquella vez le hubiera roto los dientes por no defender a su hermana. «Capullo». Ambos estaban empapados de arriba abajo, por lo que intuí que habían salido a la calle a buscar a Sara.

La directora Peters estaba en mitad de todo el jodido barullo. Parecía preocupada y enfadada a la vez. También habían hecho acto de presencia varios profesores; todos se preguntaban dónde podía estar Sara. Escuché a la directora exigirle a Will una explicación. «Como si el muy gilipollas fuera a aclararte algo». A Tessa no la vi por ningún sitio. «Cobarde».

Recorrí el largo corredor hasta llegar a mi habitación. No quise saber nada de ninguno de ellos. En la puerta de la habitación de Marco, descubrí a toda la pandilla al completo. Les hice un gesto con la cabeza, imperceptible para los demás. Olly había encontrado a Sara y ellos lo sabían. A Pear la vi muy afectada, quise ir a abrazarla, pero me contuve. No quería mostrar nada a los demás. Más tarde, la buscaría e intentaría tranquilizarla.

Los alumnos y profesores me abrieron el paso a la espera de algún tipo de explicación sobre el paradero de Sara. «Pues van listos». Daniel no se contuvo y me preguntó directamente:

—Adam, ¿la habéis encontrado?

—No —le contesté sin detenerme, y sin mirarlo.

Con el rabillo del ojo, vi sus rostros llenos de preocupación. Era muy tarde, y Sara no había aparecido. Desde luego, no sería yo quien los sacara de

su incertidumbre.

Abrí la puerta de mi dormitorio y la cerré de un portazo, en sus narices, sin ningún tipo de arrepentimiento por dejarlos en la ignorancia respecto al paradero de Sara. «Que se jodan, los dos».

El dolor de la traición

Bum, bum, bum.

Mi corazón latía acelerado y resonaba en los tímpanos de mis oídos.

Bum, bum, bum.

Me detuve en cuanto estuve segura de que Will no me seguía. «Oh, Will, ¿por qué me has hecho esto? ¿Por qué insististe en volver conmigo si no me querías? Solo tenías que seguir tu camino sin cruzarte con el mío. Yo no te obligué a nada, no te acosé, no te perseguí, no... no lo entiendo. ¿Y si nunca me has querido?». »

El nudo de mi estómago se agrandó con ese último pensamiento, me apretaba, y me ahogaba, ante la nueva posibilidad que se abría en mi cerebro.

Lloraba sin consuelo mientras caminaba y apartaba las ramas de los árboles que encontraba a mi paso. No salí a la carretera, hice todo el camino por el bosque. Me tropecé con una rama del suelo, que no vi, y me caí al barro. Me quedé sentada en el suelo. Llovía sin control. No sentí dolor, no sentí nada. Debí de clavarme alguna rama, o algo similar, en la mejilla, porque empecé a sangrar; lo supe porque noté el sabor metálico de la sangre en mi boca. Miré hacia mis piernas, hundidas en el fango, y descubrí que tenía un agujero en el pantalón, a la altura de la rodilla, y que sangraba.

La lluvia aceleró el proceso de limpieza y provocó que me resbalara la sangre por la mejilla. Me pasé el brazo por el rostro para limpiarme. Me levanté y continué caminando. Vagué por el bosque durante algunos kilómetros, no podía calcularlos, mi cerebro estaba en modo «off».

Llegué a «Once metros» sin pretenderlo. Estaba sola. Nunca me había sentido sola en aquel paraíso. Pero no sentí miedo, no tengo miedo a la oscuridad, ni a la soledad. Y, si hubiera aparecido un malhechor, estoy segura de que yo daba más miedo que él. Debía de tener una pinta horrible entre el barro, la lluvia y la sangre.

«¿Qué me has hecho, Will? Hice bien en no concederte todo mi corazón, hice bien en guardarme una parcela para mí; de lo contrario, no sé qué sería de mí».

Me tumbé en el suelo, junto al precipicio, en posición fetal. No me quedaban fuerzas para seguir en pie. Me abracé las rodillas con los brazos. No conseguía dejar de darle vueltas a todo lo sucedido.

Ignoraba si había dejado de llover. Tenía los ojos cerrados y seguía sin sentir nada. Me incorporé y puse la palma de mi mano hacia arriba: las gotas rebotaron en mi piel. Seguía lloviendo.

Me levanté y me asomé al precipicio. «¿Y si salto?». Era de noche, pero sabía con exactitud lo que tenía bajo mis pies y desde qué punto debía saltar para que no me pasara nada. Solo buscaba un poco de paz. Necesitaba esos segundos de caída libre en los que mi mente se quedaba en blanco. Me asomé, de nuevo, al precipicio; solo había oscuridad. No podía arriesgarme. Cerré los ojos y me senté en el borde.

No sé cuánto tiempo estuve sentada. Me mecía con mi cuerpo, intentaba calmarlo. La lluvia me caló por completo y tiritaba de frío. Hacía pocos minutos que había empezado a sentir. Quizá no fueron minutos, quizá fueron segundos, u horas. Era imposible saberlo. Todavía la noche era muy oscura. Hubiera preferido no haber empezado a sentir. Me dolía el corazón. Demasiadas puñaladas clavadas en él para una noche y, cada vez que rememoraba lo ocurrido... una nueva puñalada más.

Creo que lo peor de todo, lo que provocó que me hundiera de aquella manera, fue no entender por qué Will me había hecho aquello. Me sentí traicionada, por primera vez en mi vida. Era un sentimiento tan nuevo y tan feo. Y con mi mayor enemiga. Me hubiera dolido menos si hubiera sido con otra cualquiera (creo), pero con Tessa, con esa mirada de satisfacción que me lanzó en cuanto la vi en la cama de Will, eso fue lo que me mató. Me sentí estúpida, derrotada de la forma más... humillante. ¿Tan sencillo era acabar conmigo? Me acordé de los griegos y del caballo de Troya. Hay maneras y maneras de perder una batalla, o una guerra, y aquel, sin duda, fue un golpe maestro por parte de Tessa.

De repente, sentí calor por el cuerpo. Era lejano, pero real. Detuve el tren de pensamientos que me asfixiaba desde hacía horas, y volví al mundo real. Alguien me abrazaba.

Oliver. Era su olor. Sabía que me encontraría, pero estaba tan ensimismada en mi batalla interna que no lo oí venir. Escondí mi cabeza en su cuello y lloré sin consuelo. Me faltaba el aire.

Oliver intentó calmarme, pero no era fácil. Jamás me había sentido tan impotente. Tan derrotada. Y lo odié. Odié esa sensación.

Oliver nos mecía a los dos juntos. No sé el tiempo que permanecemos así. En aquella fría noche, el tiempo no existía. Hasta que percibí que mi cuerpo no tocaba el suelo. Oliver me había cogido y me llevaba en sus brazos.

—Tenemos que salir de aquí, estás temblando y tienes la piel muy fría. Podría darte una hipotermia en cualquier momento, llevas demasiado tiempo expuesta al frío y a la humedad.

Me sentía confusa. Pasaba, en segundos, de la consciencia a la inconsciencia. «¿Qué sucede? ¿Dónde estoy? Tengo mucho sueño».

Oliver me sentó en algún sitio, miré hacia abajo y descubrí que era su moto. Como me encontraba a salvo, y en casa, quise cerrar los ojos y dormir.

—Eh, nena. —Me dio golpecitos en la mejilla, muy suaves, pero suficientes para despertarme—. Nena, no te duermas, ¿vale? Necesito que te sujetes muy fuerte a mí mientras estemos en la moto.

Lo miré, por primera vez, y vi su rostro lleno de moratones y restos de sangre. Me dio un vuelco el corazón.

—Olly —le susurré, a la vez que acariciaba su mejilla con mis dedos. No había susurrado porque tuviera miedo a que alguien nos escuchara, sino porque me había quedado sin voz—, ¿qué te ha pasado en la cara?

—No te preocupes por eso ahora.

¿Cómo no iba a preocuparme! ¿Se había pegado con Will? Me humedecí los labios y tragué saliva. Tenía la boca seca.

—¿Te has peleado con él? —Me dolía el pecho por tener que pronunciar su nombre—. ¿Con Will?

Oliver, que en esos momentos me miraba a los ojos, apartó la mirada.

—Sí, me he peleado con Will.

«¿Por qué me ha apartado la mirada? Porque miente, pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado?» No insistí, no tenía fuerzas. Estaba cansada. Lo descubriría más tarde.

—Ayúdame a quitarte el abrigo. —Olly me bajó la cremallera y me sacó la parca por los brazos. Me dejó hacer—. Eso es, muy bien. Ahora vamos a ponerte el mío, que está menos empapado.

Se sentó delante, al volante, y me apreté a su espalda. Le rodeé la cintura con mis brazos y apoyé la cabeza en su espalda. Advertí que sacaba algo de sus pantalones.

—*Alex, sí, soy Oliver. Necesito que vengas a recogernos. A Sara y a mí, luego te lo explico. Hace un tiempo de mierda para ir en moto hasta Edimburgo. Nos encontramos por el camino. Bien, esa gasolinera me parece perfecta. Trae algo de ropa seca. Para los dos, sí, coge lo primero que encuentres. Y Alex, ven rápido, por favor.*

Oliver se giró hacia mí y me colocó el casco en la cabeza, pero no parecía

satisfecho.

—Nena, estás muy débil. Tengo miedo de que te caigas de la moto. He quedado con tu hermano a ochenta kilómetros de aquí. Es bastante trayecto. Ven, ponte tú delante.

Oliver me colocó en la parte de delante, pero de espaldas al manillar. Se sentó enfrente de mí y me obligó a rodearle la cintura con mis piernas. Abracé su nuca y apoyé la cabeza en su pecho. Tirité, del frío que tenía. Me sujeté a él con las últimas fuerzas que me quedaban. Solo entonces arrancó la moto. A los pocos segundos, me quedé dormida.

Dos minutos (es el tiempo que me pareció a mí) después de dormirme, sentí cómo frenábamos y nos quedábamos quietos en la moto. El viento ya no me azotaba el cuerpo. Abrí los ojos, desorientada, y vi que habíamos parado en una gasolinera. «¿Será esta la gasolinera de la que hablaba Oliver?». Tenía la sensación de conocerla, pero mi cerebro seguía apagado. Me incorporé y atisbé, a escasos metros, el BMW negro de mi hermano Alex. «A lo mejor no he dormido dos minutos, quizá ha pasado más tiempo».

Mi hermano se acercó corriendo a nosotros. Llevaba la cabeza tapada con la capucha de la sudadera, pero lo reconocí. Seguía lloviendo.

—Oliver, ¿qué coño ha pasado? ¿Tú sabes qué hora es? ¿Y por qué estáis llenos de barro?

Eran demasiadas preguntas, aunque muy lógicas, teniendo en cuenta nuestro aspecto. Me bajé de la moto y Alex pudo fijarse más en mí.

—¡Sara, estás sangrando!

«¿Estoy sangrando?». No me acordaba. Mi hermano se puso nervioso. Comenzó a toquetearme por todas partes para asegurarse de que todo estaba en su sitio.

—Ha debido de caerse en el bosque, son solo rasguños, tranquilo, me he fijado bien. Parecen más aparatosos por la sangre y el barro —le explicó Olly.

—Aston, ¿qué coño ha pasado? —repitió mi hermano, cabreado y asustado.

—Luego te lo explico todo, Alex. Te lo prometo. Ahora hay que meter a Sara en el coche y ponerle ropa seca, está congelada.

—Sí, meteos en el coche los dos —accedió mi hermano mayor—. Deja la moto aquí aparcada y vendremos mañana a por ella.

Pensé que la situación era desesperada para que Oliver aceptara abandonar, en mitad de la nada, su bien máspreciado, pero no dije nada. Seguía sin articular palabra, ellos solos llevaban todo el peso de la

conversación. Oliver se quitó el jersey y se lo tendió a mi hermano.

—Toma, mójalo con agua limpia mientras nos ponemos la ropa seca.

Mi hermano asintió y se fue. Oliver abrió la puerta de atrás y me introdujo en el coche, con cuidado. Me desvistió sin que yo opusiera resistencia. Al sacarme el jersey por la cabeza, me rozó la herida de mi rostro y me encogí por la molestia. Debió de darse cuenta porque cuando me sacó la camiseta interior, tuvo más cuidado. Después, me quitó las playeras y los *leggings*. Tenía toda la ropa empapada, incluso la ropa interior. Pero esa no me la quitó. Me puso ropa seca: un pantalón de chándal y una sudadera que me quedaba enorme. Debían de ser de mi hermano. Después de ocuparse de mí, se cambió él de ropa.

Alex entró en el coche, con el jersey empapado, y se lo tendió a Oliver.

—Gracias, Alex. Arranca el coche, por favor. Llévanos a casa.

Oliver me sujetó la barbilla y comenzó a limpiarme la herida con el jersey mojado. Escocía.

—Tranquila, acabo ya. Solo quiero limpiarte, por encima, para que no se infecte.

Cuando dio por concluido su trabajo, me tumbó en su regazo y me quedé medio dormida. Aún tiritaba. Oliver me acariciaba la espalda, en círculos, y, poco a poco, entré en calor, hasta que me dormí. Un rato después, me desperté, pero me quedé en un estado de duermevela que solo me permitió escuchar retazos de la conversación del coche.

—*¿Está tu padre en casa?*

—*No, está en California con mi abuelo.*

—*Mejor.*

...

—*¿Qué cojones ha pasado, Oliver? ¿Por qué está así mi hermana?*

—*Se ha peleado con Will y ha salido corriendo del colegio cuando más llovía. La he encontrado en el bosque.*

—*¿Por qué se ha peleado con Will?*

—*Eso tendrá que contártelo ella.*

...

—*¿Saben en el colegio que estáis conmigo?*

—*No lo creo. Solo he llamado a Adam para que supiera que la había encontrado y, conociéndolo, no creo que haya avisado a nadie.*

—*Joder, Oliver, esta vez la habéis liado bien. Más tarde, a una hora más prudente, llamaré a Amanda para informarla de todo.*

Me desperté del todo y me incorporé. Me encontraba mejor. No me sentía tan desorientada y había entrado en calor. Debía de hacer, como mínimo, cuarenta grados dentro del coche. Miré por la ventana y, al instante, reconocí el paisaje: los árboles, las casas, la curiosa silueta de las farolas...

—¿Ya hemos llegado a casa? —pregunté.

—Sí, estamos a cinco minutos.

Me apoyé en el respaldo de mi asiento y cerré los ojos una vez más. Minutos después, mi hermano detuvo el coche en la entrada de casa y nos dijo que fuéramos entrando mientras él aparcaba el coche en el garaje.

Cuando entré por la puerta, no sabía qué hacer. Oliver entró en el servicio y yo me quedé, de pie, en el recibidor. Estuve ahí un rato hasta que apareció mi hermano con algo en la mano.

—Quítate esa ropa, Sara. Y ponte esto. Estarás más cómoda. —Alex me tendió uno de mis pijamas y ropa interior seca.

No me molesté en ir a mi habitación. Me quité la ropa en la entrada y la dejé caer al suelo. Cuando estuve lista, mi hermano me puso la mano en la parte baja de mi espalda y me empujó a la cocina.

—Vamos, te prepararé un té. ¿Te apetece?

No le contesté.

—Me lo tomaré como un sí.

Me senté en una de las sillas de la cocina mientras Alex trasteaba en los armarios. Oliver enseguida se unió a nosotros. Traía, en las manos, algodones y varios productos desinfectantes. Colocó todo encima de la mesa y se sentó a mi lado. Seguía con la misma ropa que le había prestado mi hermano, que, si a mí me quedaba enorme, a él le quedaba bastante justa. Tenía el cabello húmedo y despuntaba hacia todas partes. Nos quedamos los tres en silencio. Mi hermano me sirvió el té y lo cogí con las manos. Estaba caliente. Oliver sacó su teléfono móvil de uno de los bolsillos del pantalón y marcó un número.

—*Mamá, soy yo. No, tranquila, estoy bien. Solo quería decirte que estoy en casa de Sara. Sí, claro, en Edimburgo. Ya sé que son las cinco de la mañana. Mamá, por favor, no te pongas histérica, los dos estamos bien. No, nos ha traído Alex en coche. Avisa al colegio, por favor, nos hemos ido sin decir nada. Mamá, no, no vengas. ¡Joder!*

Moví la cabeza como una autómatas hacia Oliver. No le pedí explicaciones, pero me las dio de todas maneras.

—Mi madre viene hacia aquí. —Lanzó cabreado el móvil a la mesa.

El té seguía intacto en mis manos, enfriándose. Oliver giró nuestras sillas hasta que quedamos frente a frente. Muy cerca. Nuestras rodillas chocaron.

—Esto te va a doler un poco. Intenta aguantar, seré rápido.

Asentí con la cabeza. Comenzó a curarme la herida. No dolió «un poco», dolió mucho, pero no me quejé. Su respiración me dio de pleno en la mejilla y su aliento entró por mis fosas nasales. Tenía una gota de agua en la punta del cabello a punto de caer. Esperé unos segundos, hasta que cayó a su mejilla. Seguí todo su recorrido hasta que desapareció por el cuello.

—No bajas la cabeza, nena. —Me sujetó la barbilla y me subió la cabeza para poder curarme bien la herida. Me encontré con sus ojos. No nos dijimos nada, no era necesario.

Una vez terminó con mi mejilla, fue a por mi rodilla. Me levantó el pantalón del pijama y lo arremangó hasta el muslo. Agarró mi pierna, por detrás de la rodilla, y la examinó con atención. Me dio suaves toques, con un algodón empapado en agua oxigenada y sopló, a la vez, para que me escociera menos.

Media hora después, llamaron a la puerta. Oliver suspiró y se levantó para abrir.

—Ya voy yo, fijo que es mi madre —informó a mi hermano.

Supe el momento exacto en el que mi amigo abrió la puerta por los gritos de su madre, que llegaron hasta la cocina. Cuando entraron en la estancia y Laura me vio, le cambió la expresión de la cara. No me había mirado en el espejo, pero no me hacía falta, debía de tener un aspecto espantoso. Y los algodones con sangre seca y los tubos desinfectantes, encima de la mesa de la cocina, tampoco ayudaban. Para rematar, aún tenía el pantalón remangado, que dejaba la herida de la rodilla al descubierto.

—Dejadnos solas, chicos —ordenó a mi hermano y a su hijo pequeño sin dilación.

—Mamá...

—Ahora, Oliver. Y sécate ese pelo. —Oliver seguía con el pelo húmedo y se le había rizado por las puntas. Me resultó muy curioso que, en mi situación, me fijara en esas cosas.

Mi hermano y mi amigo obedecieron y se marcharon. Nos quedamos las dos solas. En silencio.

—¿Qué ha sucedido, Sara? —Laura se quitó el abrigo y lo colocó en el respaldo de una de las sillas de la cocina. Se sentó, enfrente de mí, en la misma silla que momentos antes había ocupado su hijo.

No contesté. Pensar en ello suponía ponerme a llorar y no quería.

—Cariño, sé que no soy tu madre, pero déjame intentar ser algo parecido. —Me cogió la mano con las suyas—. Habla conmigo. Necesitas sacarlo. Cuéntame qué ha pasado. No voy a reñirte por escaparte del colegio, solo pretendo ayudarte.

Yo seguía sin emitir palabra. Suspiró de manera ruidosa. Me recordó a Oliver.

—Yo también he tenido tu edad, y ese sufrimiento que hay en tus ojos solo puede deberse a una cosa. —La miré interrogante—. Mal de amores. ¿Es por ese chico? ¿Will?

Asentí con la cabeza, era lo máximo que era capaz de hacer.

—Hija, ojalá los padres pudiéramos guiaros por el camino de la vida para evitar que os equivoquéis y que sufráis. Pero no podemos, tenéis que ser vosotros los que os caigáis y aprendáis a levantaros. La vida no es fácil y está llena de pruebas, pero no estás sola. Yo no puedo dar los pasos por ti, pero voy a estar a tu lado todo el camino. Si tú me dejas, claro.

—¿Va a dejar de dolerme?

Sabía que no me refería ni a la herida de mi cara, ni a la de mi rodilla.

—Oh, cariño —se levantó de la silla y me abrazó. Rompí a llorar—, por supuesto que sí, quizá no desaparezca del todo. Eso depende de lo reales que sean tus sentimientos hacia él. El amor adolescente es... amor adolescente, intenso, sin duda, pero ¿real? Ya veremos. Cada día dolerá menos y te sentirás mejor, te lo prometo.

—Quiero que pase el tiempo rápido, no soporto que duela tanto. —Tenía el rostro apoyado en su hombro y le empapaba toda la camisa con mis lágrimas, mientras sus brazos me aferraban con fuerza.

—Shhh. Lloro cariño, déjalo salir.

Un rato después, seguía sin poder calcular cuánto tiempo había pasado. Permanecía sentada en el sofá con las piernas flexionadas y la cabeza apoyada en el hombro de Laura. Conseguí conciliar el sueño, pero antes escuché, adormilada, la conversación de Oliver con su madre.

—*Vete a la cama, Oliver. Tienes que dormir, estás a punto de desfallecer.*

—*No, no importa. Estoy bien.*

—*Vete a la cama. No es una sugerencia.*

Me dormí.

Desperté en el sofá de mi casa. Alguien me había tapado con una manta. Sospeché que no había pasado apenas tiempo desde que me había quedado

dormida. A pesar de que me habría gustado poder conciliar el sueño durante más de dos horas seguidas, era imposible; las imágenes de Will con Tessa se negaban a salir de mi cabeza. Alex, sentado a mi lado en el sofá, percibió que me había despertado.

—Acabo de hablar con Amanda. —*Amanda*. Como mi hermano ya no estudiaba en el colegio, no tenía que dirigirse a ella como «directora Peters»—. Le he dicho que estáis en casa, Oliver y tú. Ni te imaginas la que se ha liado. Papá viene de camino, que lo sepas. Ha cogido el primer vuelo para Edimburgo. Llegará en unas horas. ¿Qué ha sucedido, Sara? Necesito que me des algún tipo de explicación.

Oliver apareció por el salón; se le veía cansado, no tenía pinta de haber dormido más que yo. Se sentó en la mesita de enfrente del sofá. Sonó un teléfono móvil. No reconocí la melodía. No era el mío, ni el de Oliver.

—*Daniel* —respondió Alex—, *sí, está aquí. No, llevamos unas horas en casa. No, no está sola, Oliver también ha venido. ¿Cómo que por qué coño no te he llamado? Aquí el que tiene que pedir explicaciones soy yo. ¿Vienes a casa?* —Oliver se movió de su asiento e hizo un gesto de negación a mi hermano Alex. Parecieron entenderse entre ellos—. *No, Daniel, no vengas. ¡He dicho que no! ¡Tú te quedas en el colegio, voy a llamar para que no te dejen salir! ¡Pues te jodes! Es lo que tiene ser menor de edad. ¡Coño! ¡Puto niño!*

La conversación cesó de repente. «Daniel ha debido de colgar el teléfono».

—¿Me vas a explicar qué ha pasado? —Mi hermano parecía cansado de aquella situación.

—He pillado a Will con Tessa, en la cama.

Alex abrió los ojos por la sorpresa.

—Sí, haciendo lo que estás pensando.

—No puede ser, Will no haría algo así. Está loco por ti.

—Sí, al parecer por mí y por Tessa, como mínimo... —Me tumbé en el sofá y me cubrí la cabeza con la manta. Al poco, me dormí.

Aquel día transcurrió como si fuera un sueño; hubo momentos en los que no estaba segura de si soñaba o estaba despierta. «¿Ha venido Laura a obligarme a comer? ¿Ha discutido Alex, de nuevo, por teléfono con Daniel?». Empecé a tener consciencia del tiempo que transcurría. Estaba a punto de anochecer. Había pasado un día. Toda la pandilla contactó conmigo a través del teléfono de Olly; no sabía ni dónde estaba el mío. Lo había perdido. Hablé con todos

ellos y les dije que estaba bien, que no se preocuparan.

Mi padre apareció por la puerta de casa después del anochecer. Se le veía muy enfadado. Echó a andar hacia mí, dispuesto a echarme la bronca del siglo, hasta que vio mi expresión. Y mi cara, que, aunque aún no me hubiera mirado al espejo, sabía que no estaba en uno de sus mejores momentos. Se detuvo en mitad del salón.

—Hija, ¿qué te ha ocurrido?

—Papá...

Me levanté del sofá y eché a correr a sus brazos. Lo abracé con todas mis fuerzas. Tiró el maletín al suelo y me devolvió el abrazo.

—Shhh, tranquila, cariño, ya estoy aquí. —Mi padre me acarició la espalda y me besó la cabeza. Todo iría bien. Mi padre había llegado.

—Papá...

Esa noche, Laura regresó a mi casa con su marido y su hijo Nick. Me entretuvieron con viejas historias de cuando ellos eran adolescentes. Consiguieron que olvidara mi dolor por momentos, pero la tranquilidad no duró demasiado.

—Sara, cariño, no te obligo a ir mañana al colegio porque son las dos de la mañana y quiero que descanses, pero, pasado mañana, tienes que regresar. He hablado con Amanda y he conseguido suavizar la situación. No habrá consecuencias académicas por lo que has hecho, pero no vuelvas a hacer algo así, no te imaginas lo preocupada que estaba hasta que Alex la avisó de que estabas en casa. Estuvo a punto de llamar a la policía para que te buscaran. Hacerse mayor significa hacerse responsable, lo entiendes ¿verdad?

—Sí, papá.

No había opción a réplica, debía volver a mi infierno particular. Por supuesto que no habría consecuencias, contaba con ello. Sé cómo funciona mi mundo. No quería enfrentarme a Will ni a Tessa, pero mi padre tenía razón. Tenía que madurar y afrontar las cosas.

De vuelta a la cruda realidad

Qué rápido vuela el tiempo cuando no quieres que pasen los días. Aquella mañana, mi padre detuvo el coche enfrente de la puerta del colegio y me quedé unos segundos sentada, mirando por la ventana, mientras que tanto él como Oliver se bajaban del coche. Cogí aire con fuerza y salí. El cielo estaba encapotado. Era un día gris, en breve comenzaría a llover. Yo me sentía igual de gris.

A la hora del recreo, debía presentarme en el despacho de Peters. Imaginé que me daría el sermón de turno y listo. Lo positivo de que hubieran transcurrido un par de días desde mi huida fue que su enfado no estaría tan fresco. Si me hubiera pillado la misma noche, estoy segura de que hubiera sido más dura conmigo. Reconozco que nunca fue demasiado severa. Me tenía en alta estima o, vulgarmente hablando, me tenía enchufe. Yo me aprovechaba de ello y hacía lo que me daba la gana en el colegio. ¿Quién no lo haría en plena adolescencia? Además, los internados no son tan inflexibles como todo el mundo cree, llegas a tener una relación tan estrecha con los profesores que se vuelven permisivos (la mayoría de ellos), y las normas se adaptan a las necesidades de los alumnos.

Mi padre me dio un fuerte abrazo y se marchó. Nos quedamos solos Oliver y yo.

—¿Y si nos fugamos? —sugerí a mi compañero de batallas.

—¿A dónde te gustaría ir?

Pensé con detenimiento en su pregunta. «¿A dónde me gustaría ir? A tantos sitios. Me gustaría conocer el mundo entero. Pero, si me dan a elegir, y cualquier lugar es válido...».

—Me gustaría ir a Hogwarts.

—Nena, Hogwarts no existe —me dijo, poniendo los brazos en jarras.

—¿Quién lo dice?

—Yo.

«Listillo prepotente».

—Podría convertir a Will en rana. No, mejor —empecé a animarme—, ¡en pájaro! Odia las alturas, podríamos tirarlo desde la torre más alta y a Tessa... ¡podríamos convertirla en rata!

Oliver se rindió y decidió seguirme el juego. Mi intención era hacer tiempo, y él lo sabía. Prefería llegar tarde a clase y evitar a la gente chismorreando a mi alrededor mientras llegaba el profesor.

—¿En rata? ¿No prefieres en algún tipo de insecto? Podríamos encerrarla en un bote de cristal y agitarlo a todas horas.

—¿Qué mezquino puedes llegar a ser! Me gusta.

Me guiñó un ojo y entramos en el colegio. Como íbamos tarde, nos dirigimos directos a clase. Nos habíamos puesto el uniforme en Edimburgo. Cuando nos aproximamos a nuestro destino, divisé a alguien sentado en el suelo y apoyado en la pared junto a la puerta de nuestra aula. Se sujetaba la frente con las manos y miraba hacia el suelo.

Era Will.

Mi corazón despertó y empezó a latir muy rápido. Estábamos los tres solos, el resto de alumnos habían entrado a clase. Oliver se tensó a mi lado.

—¿Sara! —Se levantó en cuanto me vio y se aproximó a nosotros, pero manteniéndose a una distancia prudencial: tanteando el terreno que pisaba.

Inspiré y expiré. Inspiré y expiré. Me preparé para lo que se avecinaba. En aquellos momentos, deseé que Will y yo no compartiéramos colegio. Es más sencillo olvidar a alguien si no lo ves. Me fijé en su rostro: estaba en peores condiciones que el de Oliver. Como solo habían pasado dos días, aún tenía el ojo morado y el labio hinchado. Me sorprendió que, en una pelea cuerpo a cuerpo, Oliver hubiera dado una paliza a Will. No porque Oliver no fuera fuerte, sino porque nunca se había pegado con nadie. Demasiado contacto físico.

—Tenemos que hablar. —Se acercó más a mí—. Déjame explicarte lo que sucedió, o mejor, lo que no sucedió la otra noche.

«¿Explicarme? ¿Qué tiene que explicarme? No quiero saber nada. ¿Por qué no me deja vivir en paz? ¿Que se olvide de mí!».

—Will, déjame pasar, no quiero que me expliques nada. —Hice un amago para alcanzar la puerta de mi clase, pero se puso delante de mí, bloqueándome el paso.

—Espera, por favor, las cosas no son como crees que son.

«¿Oh, claro! ¿Qué me va a decir ahora? ¿Que Tessa apareció desnuda en su cama, misteriosamente?». No voy a negar que sentía curiosidad por saber la mentira que iba a inventarse. Lo que no entendía era por qué insistía en tener algo conmigo si no me quería. «¿No le bastaba con tener a todas las demás?». Porque podía tener a quien quisiera. «¿Por qué tanta insistencia conmigo?».

Oliver se ponía más tenso a cada minuto. Si no intervino, fue porque yo le había pedido que se mantuviera al margen pasara lo que pasara. Aun así, me daba la sensación de que estaba a punto de explotar. No quería que se pelearan; habíamos tenido peleas en el último año como para cubrir una década entera. Tenía que conseguir que Will se fuera y nos dejara entrar en clase.

—Está bien. Quedamos dentro de una hora en la clase de al lado. A esa hora está vacía.

Sentí cómo me atravesaba la mirada de Oliver, pero no dijo nada. Will suspiró de alivio.

—Perfecto, te espero en una hora. —Se dio media vuelta para irse, pero retrocedió—. Te dejaste la bolsa de deporte en el suelo de mi habitación. Dentro tienes el móvil y todas tus cosas.

Estiró la mano y me tendió la bolsa. Ni me había dado cuenta de que la llevaba colgada del hombro. Al cogerla, nuestros dedos se rozaron y sentí un calambrazo. Nos miramos con tristeza y se marchó. Miré a Oliver y dije que *no* con la cabeza. No me apetecía dar explicaciones.

Después de llamar, abrimos despacio la puerta de clase y entramos. Veinte cabezas se giraron para cotillear quién había llegado. Cuando vieron que éramos nosotros, cuchichearon entre ellos, pero volvieron a su posición original. Aunque hubo algunos alumnos que no apartaron la mirada. Contaba con ello. Me negué a mirar hacia el sitio de Tessa, y era consciente de que ella sí me observaba a mí.

—Summers, Aston, llegan tarde. La próxima vez, se quedan fuera —nos reprendió el profesor de matemáticas.

Nuestro profesor favorito, todo lo que tenía de guapo lo tenía de mala leche. Vaya bomba de hombre. Nos sentamos en nuestros asientos, intentando hacer el menor ruido posible. Toda la pandilla me preguntaba con los ojos si me encontraba bien. «Sí, estoy bien». Me senté a la derecha de Adam, y, junto a mí, se sentó Oliver. Lo observé con detalle y vi que arrastraba secuelas de una pelea en el rostro. ¿También Adam se peleó con Will? ¿Por eso estaba mi exnovio en tan malas condiciones? ¿Tuvo que enfrentarse a los dos a la vez? Me extrañó bastante que mis amigos abusaran de él siendo dos contra uno.

—¿Tú también te has pegado con Will? —le susurré, para que no nos oyera el profesor.

—¿*También*? —me preguntó, extrañado, arrugando la frente.

—¡Summers! —Me sobresalté por el grito del profesor. «Joder, qué

susto»— ¿Cree que lo sabe todo y por eso se permite el lujo de hablar en clase?

«Sí». Él se dio cuenta de que me estaba echando la bronca a mí, a la superdotada, y era consciente de que no podía hacerlo con las típicas frases que les soltaba al resto de alumnos. Movi6 la cabeza, reprendiéndose a sí mismo, e intent6 retractarse.

—No distraiga al se6or Wallace, por favor.

Durante el resto de la clase, nos mantuvimos entretenidos mientras resolvíamos, en parejas, un ejercicio que había planteado el profesor en la pizarra.

Crucé varias miradas con Pear y la sentí muy triste. Había hablado varias veces con ella por teléfono durante los días anteriores, y me dio esa sensación, que estaba apagada. No me gustaba verla así, necesitaba hablar con ella y averiguar qué le sucedía. Cuando el profesor abandonó la clase, me levanté de mi sitio preparada para mi encuentro con Will.

—¿A dónde vas? —me preguntó Adam.

—He quedado con Will —le expliqué en un tono neutro.

—Sí, muy graciosa.

Lo miré y le hice entender que hablaba en serio. Se levantó de la silla como un resorte.

—¿Estás loca?

—No, he quedado con él para exigirle que me deje en paz y no vuelva a mirarme en su vida.

—Ah, en ese caso, me parece bien. Te acompaño.

Me di la vuelta para hacerle una advertencia y me choqué con él, porque venía pegado a mí. Levanté el dedo índice.

—Adam, no más peleas. Bastante tengo encima con... —suspiré—. Prométeme que vas a comportarte como una persona civilizada.

—Te lo prometo —me dijo, con la mano en el corazón.

—Yo os espero en el pasillo —nos dijo Olly.

Cuando entré en el aula donde había quedado con Will, él ya me esperaba dentro con mi hermano. Daniel y yo nos miramos. Intenté descifrar su mirada, no sabía si estaba enfadado conmigo porque no había hablado con él en esos dos días, o si estaba contento de verme entera o... yo qué sé. Se acercó a mí y cuál fue mi sorpresa cuando vi que tenía heridas en el rostro. «¿Pero qué narices pasó después de que abandonara la habitación de Will? ¿Mi hermano se había peleado con Will, por defenderme?». Por una parte me alegraba de

que por una vez se pusiera de mi lado, pero, por otra parte, tres contra uno... No me pareció justo.

—Sara —me llamó mi hermano.

Quise terminar con aquello cuanto antes.

—Dejadnos solos, por favor.

Adam y mi hermano se miraron y aceptaron mi petición a la primera. Salieron del aula, pero no cerraron la puerta.

—Tienes cinco minutos, Will. Aprovechalos como mejor veas.

Will me miró dolido. «¡Qué valor! Deberían darle el Oscar al mejor actor. Pero, cuanto más finja, mejor para mí, porque cada vez que veo cómo me miente a la cara, más lo odio y, después del odio, viene el olvido». Me crucé de brazos y lo observé con desdén. Will estuvo varios segundos sin articular palabra, pensando. Se apoyó en la mesa del profesor y cruzó los brazos, imitando mi postura.

—Te va a dar igual todo lo que diga, ¿verdad?

«Qué listo eres cuando quieres, Will. No perdamos más nuestro tiempo y acabemos con esto». No contesté. Silencio positivo.

—Tú ya me has juzgado y sentenciado.

Más silencio positivo.

—Lo has hecho sin darme la más mínima posibilidad de defenderme, de intentar explicarme. Sabía que vendrías cabreada, pero pensé que estarías dispuesta a escucharme y a intentar arreglar las cosas. Pero tú no quieres arreglar una mierda.

Miré el reloj, con descaro, para que viera mi gesto.

—Cuatro minutos.

Will se rio, creo que de impotencia. «¿Qué pensabas? ¿Que me engañarías con tu actitud de niño bueno?».

—No confías en mí —se mordió el dedo gordo de la mano—, nunca lo has hecho. —Dejó caer la mano a su costado—. ¿Sabes? No mereces ni el intento.

Lo vi dirigirse a la puerta contrariado y cabreado. Cuando pasó junto a mí, puso tres dedos a escasos milímetros de mi cara.

—Me han sobrado tres putos minutos, Sarita.

«Ya está hecho. Se acabó, Will». Se me anegaron los ojos de lágrimas. «No, por favor. Esperad a que salga del aula y cierre la puerta. No quiero que me vea llorar». Me mantuve en mi posición con la vista puesta en la pizarra; recuerdo que había un montón de fórmulas escritas y que no era capaz de distinguir ninguna de ellas. Veía todo borroso. «¿Por qué no ha sonado la

puerta?»).

Giré la cabeza y miré por encima del hombro. Will sujetaba el pomo de la puerta sin abrirla. «Vete, vete ya, por favor. ¿A qué esperas?». Las lágrimas se agolpaban en mis ojos y tuve que hacer un esfuerzo titánico para no dejarlas salir. No quería parecer débil delante de él. Pero Will no se marchó, aún tenía algo que decirme.

—Una última cosa. Dan y yo vamos a hacer todo lo posible por demostrar que yo no he hecho nada. Y, cuando tenga las pruebas, voy a mostrártelas enfrente de tus preciosos ojos y, después, cuando descubras que yo tenía razón, puedes irte a la mierda. Se acabó, Sara. No quiero tener nada que ver contigo, me has demostrado que nunca me has querido, porque, de haberlo hecho, me habrías dado un voto de confianza.

«¿Cómo puede decirme algo así? Y luego soy yo quien da vueltas a las cosas. No pienso permitir que se vaya diciendo la última palabra. ¿Y por qué dice que Dan lo va a ayudar? No creo que mi hermano le perdone lo que me ha hecho. *Mejor fuera que dentro*, me dijo la madre de Oliver. Y, si no saco de mi sistema toda esta amargura que me corroe, me va a carcomer».

—¿Cómo puedes ser tan falso y tan cabrón? —Cogí lo primero que encontré al alcance de mi mano, un estuche azul marino de algún alumno, y se lo lancé a la cabeza. Will lo esquivó y me miró encolerizado—. ¿Cómo puedes hablarme tú de amor cuando no sabes lo que es querer? ¡Te has follado a otra cuando pensabas que no miraba, capullo!

Vino lanzado hacia mí y se detuvo a escasos centímetros de mi cara.

—¡Yo no me he follado a nadie que no seas tú! —Me dio golpecitos en la cabeza con el dedo índice—. ¡Métetelo de una puta vez en esta cabecita!

Le aparté el brazo con un fuerte manotazo; tan fuerte que incluso me hice daño en el dedo meñique.

—¡NO ME TOQUES!

Adam y Daniel entraron en el aula, alertados por nuestros gritos. Oliver llegó un segundo después. Daniel tomó la palabra.

—Estáis los dos muy alterados, así no vamos a conseguir nada. Will —le tendió el brazo—, vámonos, dejemos pasar unos días a ver si conseguimos relajarnos todos, ¿vale? Creo que es lo mejor.

«Will, ¿vamos? ¿Mi hermano se marcha con mi exnovio, que me ha engañado con otra?».

Dan y yo vamos a hacer todo lo posible por demostrar que yo no he hecho nada.

«No, no puede ser. Es imposible». Mis ojos oscilaban entre uno y otro. Daniel continuaba con la mano tendida, y a Will se le veía indeciso. Segundos después, se aproximó a él y abandonaron juntos la clase. Al pasar por mi lado, Will me miró con dolor y decepción. Mi cara de estupefacción debía de ser todo un espectáculo.

Dan y yo vamos a hacer todo lo posible por demostrar que yo no he hecho nada.

«Está de su parte, Daniel está de parte de su amigo, no de la mía. ¿Por qué? ¿Por qué nunca está de mi parte?». La congoja apenas me permitía respirar. Me sentía engañada y traicionada por dos de las personas a las que más quería. Decenas de lágrimas resbalaron por mis mejillas, sentí su sabor salado en la boca.

—¡DANIEL! —le grité, con la esperanza de que me oyera. No debían de haber ido muy lejos.

A los pocos segundos, mi hermano apareció por la puerta. «¿Pretendías largarte sin darme ninguna explicación?». Tenía derecho a saber el porqué de su traición.

—¿Por qué... —me costaba hablar—... por qué confías en él?

—¿Por qué no lo haces tú? —Mi hermano me devolvió la pregunta.

—¡Porque yo sé lo que vi, Daniel! ¡Estaban juntos, desnudos, en su cama!
—Más lágrimas caían por mis mejillas.

«¿Has escuchado, Daniel? ¡Desnudos!». Pretendía que le quedara claro lo que había visto, por si desconocía algún dato.

—A veces las cosas no son lo que parecen.

Cerré los ojos. Aquella traición me dolió casi tanto como la de Will. Cuando lo volví a mirar, se alejaba por el pasillo. Me sequé las lágrimas con mi jersey. Salí corriendo del aula, apartando a Oliver y Adam de mi camino.

—¡Daniel! —grité en mitad del corredor. Esperé a que se girara para mirarme— ¡ERES UNA MIERDA DE HERMANO!

El acusado vino hacia mí dispuesto a darme mi dosis diaria de pelea, pero Adam lo frenó y no permitió que se acercara más a mí.

—Márchate, Daniel. Tienes razón, estamos todos muy alterados. Es mejor que te vayas, antes de que os digáis cosas que no sentís.

—¡No quiero que me dirijas la palabra! ¡En tu vida! —le grité, fuera de mí.

Adam le dijo *no* con la cabeza, y Daniel se marchó. Muchas piezas empezaron a encajar en el rompecabezas que tenía en la cabeza: la sensación

de que Oliver mentía, la sorpresa de Adam al preguntarle si se había pegado con Will, la tristeza de Pear... Se había peleado con Daniel por mi culpa, estaba segura. Ya lo entendía todo.

¿Te has peleado con él? ¿Con Will?

Sí, me he peleado con Will.

¿Tú también te has pegado con Will?

¿También?

—Oliver —lo llamé.

—¿Qué?

—No te peleaste con Will.

—¿Perdona?

—La noche que sucedió todo, la noche que descubrí a Will con Tessa. Tenías la cara golpeada y me dijiste que te habías peleado con Will, pero era mentira.

Oliver asintió con la cabeza y me miró con tristeza.

—Te peleaste con Daniel. Le pegaste porque se puso del lado de Will, una vez más. Y Adam se peleó con Will.

Oliver suspiró.

—Lo siento.

A partir de ese momento, por lo que a mí respectaba, no tenía hermano mellizo. No quería saber nada de él. Ni de él, ni de su amigo del alma. «¡A la mierda los dos!».

4

El juego de la botella

Las siguientes semanas estuve inmersa en mis actividades escolares y extraescolares: estudiaba, patinaba, leía, tocaba el piano... La directora Peters me dio un toque de atención y me avisó (o, más bien, amenazó) de que me vigilaría de cerca y que no estaba dispuesta a permitir otra insurrección más. Escaparse del colegio a esas horas de la noche... Mejor no reproduzco todo lo que me dijo. Estaba histérica. Tomé la decisión de portarme bien durante una temporada, no había que forzar las cosas.

El mes de marzo acabó y dio paso a abril. Las temperaturas aún eran frías, pero empezamos a ver brillar al sol.

Mi relación con Will y Daniel no había cambiado. Necesitaba mantener la cabeza ocupada para no pensar en ellos. No hablarme con Daniel, aunque solo fuera para discutir, me dolía en el alma, y a Will lo echaba de menos. Me había acostumbrado a nuestros encuentros, eran una parte importante de mi vida. Miré el anillo de mi dedo índice, no había encontrado el valor suficiente para quitármelo. Lo había intentado, pero no fui capaz.

En la pandilla no había novedades. Pear no se hablaba con mi hermano. Me confesó cómo había sucedido todo aquella noche y reconoció que seguir saliendo con Daniel sería una traición hacia mí. Yo no estaba de acuerdo. Mi hermano tomó una decisión: confiar en su mejor amigo. A mí, como hermana, me dolió, porque nunca me apoyaba en nada. Pero, si la situación hubiera sucedido entre él y Pear, si hubiera pillado a mi amiga con otro chico en la cama, y a mí Pear me dijera que no había pasado nada y que confiara en ella, yo lo haría. No me pareció correcto que cortara de raíz la relación que crecía entre ellos. Pero no importaba mi opinión, porque, para ella, Daniel nos había traicionado a las dos.

Adam había repetido noche de sexo con Chloe Stone, era algo reseñable teniendo en cuenta que nunca repetía. ¿Era posible que una chica le gustara? Hacía unas semanas me habría parecido impensable, pero, según los últimos acontecimientos, no sabía qué pensar. En alguna ocasión le preguntamos sobre ella, pero solo nos soltaba evasivas: «Es que está muy buena» (traducción: tiene buenas tetas y buen culo) y «no hay mucho más dónde elegir» eran algunas de sus favoritas. Me hice la firme promesa de indagar más sobre el

tema.

Por la tarde, fui a la pista a patinar y despejar la cabeza. Intentaba concentrarme en mis movimientos cuando comenzó a sonar por los altavoces *Fix you*. Otra vez esa canción. Al instante, mi mirada se dirigió a las gradas, al mismo lugar donde me encontré a Will aquel día. «Genial». Si mi intención era olvidarme de mis problemas, resultó que el efecto fue de rebote y mi cerebro reprodujo mi primer beso con Will y, después, la primera vez que hicimos el amor. «Mira que tenemos sitios en el colegio para enrollarnos y tuvimos que elegir la puñetera pista de hielo donde paso la mayor parte de mi tiempo». Necesitaba olvidarme de él.

Me rendí y abandoné la pista. Me di una ducha rápida y me encaminé a mi habitación. Abrí la puerta del edificio y choqué con uno de los vigilantes.

—Summers, cinco minutos más y no llegas a tiempo —me dijo con desdén.

Asentí con la cabeza y subí por las escaleras, con cansancio, agarrándome a la barandilla. Supuse que Oliver (o Adam) ya estaría esperándome en mi cuarto. Cuando llegué a mi piso, escuché voces de gente riéndose al fondo del corredor. Según me acercaba a mi dormitorio, las voces se oían más altas. Alguien intentaba acallarlas con el típico «shhh», pero resultaba más escandaloso que los propios gritos.

Cuando llegué a mi puerta, escuché una risa que conocía muy bien: la risa de Pear. Extrañada, fruncí el ceño y abrí la puerta. Lo que vi me dejó anonadada.

Toda la pandilla estaba sentada en el suelo de mi habitación, las cuatro chicas apoyadas con la espalda en mi cama y los cuatro chicos, enfrente de ellas, apoyados entre mi escritorio y la silla. En medio de todos ellos, había varias botellas de alcohol y diversas bolsas de patatas y chocolatinas.

—¿Qué está pasando aquí?

—¡Por fin apareces, Sarita! Llevamos horas esperándote. Hemos acabado ya con la mitad de las provisiones —me informó Brian, contento.

Miré a Oliver y Adam, exigiéndoles una explicación. Adam tomó la delantera.

—Hemos estado hablando de ti, a tus espaldas —confesó—, y hemos decidido que no queremos verte otro día más con esa mierda de tristeza que arrastras desde que ocurrió lo del gilipollas de Will.

Me quedé en el dintel de la puerta analizando la información que acababa de darme Adam. Cambié el peso de mi cuerpo a otra pierna. Pear continuó con la explicación de Adam.

—Y creemos, casi todos, que, para hacerte olvidar todo durante unas horas... ¡vamos a emborracharte! Y, con suerte, yo también lo hago y me olvido del idiota de tu hermano. —Dio otro sorbo al vaso que sujetaba en la mano.

¿Mis amigos querían emborracharme para que me olvidara de Will? No era mal plan; claro que, en el proceso, acabarían emborrachándose todos ellos.

—¿Y cuánto tiempo lleváis bebiendo? —les pregunté.

—Bastante —contestaron casi todos.

—Bien, dadme una botella, tendré que alcanzaros. —Cerré la puerta de un portazo y me senté entre Adam y Pear, que eran los que se sentaban en los dos extremos más cercanos a la puerta.

Brian me entregó un vaso de cristal. Lo miré con atención. «¿De dónde lo han sacado?». Observé los vasos de mis amigos, eran todos iguales. Oliver adivinó la pregunta en mi frente arrugada y me sacó de dudas.

—Son los vasos de los cuartos de baño donde colocamos el cepillo de dientes. Es una ocasión especial y no queríamos beber en vasos de plástico. Cada uno hemos traído el nuestro. —Vio la duda en mi expresión—. Tranquila, los hemos limpiado a conciencia.

Miré mi vaso y descubrí que tenía algo de líquido dentro.

—¿Quién ha usado mi vaso?

—He sido yo —confesó Marco—, Adam ha roto el mío, verás los restos en tu papelera del baño. —Hice un amago para devolvérselo, no quería dejarlo sin vaso, pero Marco insistió que me lo quedara—. No, quédatelo, es tuyo, puedo compartir vaso con Brian.

—Creo que voy a beber de la botella, pasadme alguna, la que sea.

Todos me obedecieron al instante. Marco recuperó *su* vaso, y Natalie me pasó una botella. Sin saber lo que era, la acerqué a la boca y di un trago. El calor pasó por mi garganta y me abrasó el esófago. «¡Joder!». Empecé a toser sin control. Miré la etiqueta de la botella y vi que estaba bebiendo whisky a pelo. «Claro que sí, como buena escocesa que soy».

—Eh, tranquila. Que no es ninguna carrera —me dijo Oliver.

—Sara, al cuarto trago rasca menos —me dijo Pear, antes de llevarse su vaso a los labios. Cada vez que miraba en su dirección tenía el vaso en la boca.

Le hice caso y pegué tres lingotazos más. Tenía razón, el último apenas me quemó. Seguí bebiendo hasta que mis músculos se relajaron y mi melancolía

se diluyó. Era una sensación agradable. «Debería estar todo el día borracha, así no sentiría dolor y volvería a ser feliz». Me levanté para ir al servicio, tanto líquido había hecho mella en mi vejiga.

—Una idea cojonuda, chicos —dije a mis amigos cuando salí del baño.

Ya arrastraba las palabras, pero ellos también; incluso Marco y Moira, que son los más responsables, estaban *contentillos*.

—Tengo una idea. —Brian se levantó y nos mandó callar—. Vamos a jugar al juego de la botella.

«Pero ¿qué tenemos? ¿Doce años? Quiero beber, beber, beber y beber, no quiero jugar a nada».

Entre mis amigos hubo reacciones de todo tipo, algunos entusiasmados, otros indiferentes.

—Sííí —gritó Pear—, me encanta la idea. Vamos a jugar. Necesito borrar los besos de Daniel de mis labios.

—Vale —aceptó Moira—, pero sin liarnos mucho, que mañana tenemos examen de historia a primera hora.

«Exacto. Se me había olvidado. En fin, ¡a la mierda!».

Poco a poco, toda la pandilla aceptó. Observé a Oliver, no creí que le entusiasmara la idea, a pesar de que ya se había besado con varias chicas. Comenzó dos veranos atrás, cuando teníamos catorce y todos nos habíamos dado nuestro primer beso. Él fue el último. Cada verano, Oliver y Adam, junto con sus familias, pasaban un par de semanas conmigo en Malibú. Nos habíamos vuelto tan inseparables que nuestros padres nos permitieron vernos en verano. Así fue como ellos se hicieron amigos también. Una vecinita de mi abuelo andaba detrás de Olly, ese verano se lanzó y Oliver aceptó. Quería saber qué era todo aquello de besarse. Más tarde, nos explicó que no le había parecido nada extraordinario.

Oliver fue el último en aceptar el juego de la botella.

—¡Bien! —Brian estaba entusiasmado, ¿tantas ganas tenía de meternos la lengua?—. Hablemos de las reglas.

—¿Reglas? —pregunté yo, mientras daba otro sorbo a la botella.

—Sí, reglas —continuó Brian—. Tienen que ser besos con lengua —señaló a Oliver con el dedo—, sin excepciones, Aston. Y deben durar un minuto.

—Vale, vale —aceptó mi amigo, levantando los brazos en señal de rendición.

—Necesitamos una botella vacía. —Olivia buscaba entre nosotros.

—Yo tengo una. —Vacíe mi botella llenando el vaso de Pear, Adam y el

mío, y la coloqué en el centro del corro.

—Venga, empezamos. Moira, gira la botella. —Brian, que se encontraba en el otro extremo del corro, se puso de rodillas, vino hasta mi sitio y ofreció la botella a Moira, que estaba sentada junto a Pear.

—Esperad.

—¿Y ahora qué ocurre, Adam?

—No pienso enrollarme con ninguno de vosotros —señaló a Oliver, Brian y Marco.

—¡Yo tampoco! —añadió Marco.

—¡Ni yo! —añadí yo.

Todos me miraron. «Vale, mejor me explico».

—Me refiero a que no pienso enrollarme con ninguna de ellas. —Hice un gesto con la cabeza para señalar a mis amigas.

—Bien, con gran pesar, aceptamos que no os enrolléis entre vosotras — aceptó Brian a regañadientes—. Solo besos entre sexos opuestos.

—¿Por qué no quieres enrollarte conmigo? —me preguntó Pear, indignada. La miré con la ceja arqueada.

—Ya vendrás —me dijo, mirándome por encima del hombro.

Empezamos a jugar. Moira giró la botella, que dio una vuelta completa, y aterrizó en Natalie. Al ser una chica, no contaba. Al segundo tiro, la botella señaló a Marco. Se colocaron los dos en el centro del círculo improvisado y se besaron.

«Sí, señor, un besazo con lengua como Dios manda». Todos vitoreamos y silbamos. No me explico cómo no nos pillaron los vigilantes. Era nuestro día de suerte... o no. «Ojalá me expulsen, no tendría que ver la cara de Will». Cuando pensaba en él, despertaba el nudo que vivía en mi estómago. ¿Cuándo dejaría de dolerme?

Olivia cronometró el minuto con su reloj. Mientras yo divagaba entre mis pensamientos, Marco y Pear se enrollaron y Pear y Adam, también. Era el turno de Adam. Lanzó y... ¡la boca de la botella se detuvo enfrente de mí!

—¡Sí! ¡Adam y *Totó*! ¡Esto va a ser épico! —exclamó Brian.

Estaban todos entusiasmados por vernos besarnos a Adam y a mí. Qué morbosos. Levanté la vista hacia mi amigo y me miró con su perfecta sonrisa ladeada *mojabragas*.

—Ven aquí, Summers.

Me puse de rodillas junto a él y se lanzó a mis labios. Su lengua entró feroz en mi boca. Nos besamos con fervor durante un minuto. Los chicos chillaron la

cuenta atrás: ¡cinco, cuatro, tres, dos, uno y... cero! Nos separamos al instante. Me quedé aturdida durante unos segundos.

—Sabes —Adam se chupó los labios— a menta. ¿Cuándo te has lavado los dientes?

—Cuando he ido al baño, tenía la boca peor que un estropajo.

Vaya besazo que me había dado mi mejor amigo, en cuanto a técnica fue perfecto. «¿Cuántos besos ha dado Adam? Joder, que tiene diecisiete años».

—Joder, Adam. Qué técnica más depurada. —No pude evitar agasajarlo.

—¿Te parece? Si es que hasta ahora solo os habíais enrollado con pringados.

—A mí también me ha gustado —me dijo Pear, sorprendida.

No sentí nada, pero me encantó el beso. Empecé a animarme, ¿quién era el siguiente? Me tocaba tirar a mí, lancé y... ¡Brian! Nos dimos un morreo de los buenos, que tampoco estuvo nada mal, pero me gustó más el de Adam. El juego continuó y, media hora después, nos habíamos enrollado casi todos con todos.

—¡Joder!

«¿Qué paaasa?». Miré hacia el lugar de donde provenía el grito y descubrí que había sido cosa de Adam.

—¡Tío, me has empapado! —Adam echaba la bronca a Brian porque le había tirado la bebida en los pantalones.

—Ponte otros —le sugirió Olivia—, o mejor, quítate los y no te pongas nada.

Adam se quitó los pantalones y los tiró al suelo.

—No os volváis locas porque esto —Adam señaló su entrepierna— no es para vosotras.

—Claro, claro, es solo para Chloe —se burló Natalie.

—De momento, sí —confesó mi amigo.

Todos chillamos de alegría.

—¿Adam? ¿Sois novios? —preguntó Pear.

—Digamos que me gusta y punto.

Volvíamos todos a silbar; por fin, Adam se fijaba en una chica para algo más que para echar un polvo rápido. Oliver le dio unas palmaditas en la espalda y se levantó para ir al baño.

—Sara, tu turno.

Cogí la botella y la giré. Cerré los ojos y me imaginé que era yo la que daba vueltas. En realidad, más que imaginármelo, lo sentí. «Joder, qué pedo

llevo». Mis amigos gritaron frenéticos en cuanto se detuvo la botella. Abrí los ojos y descubrí el motivo de su entusiasmo. La botella señalaba el hueco vacío de Oliver. «Tengo que besar a Olly». En ese momento, mi siguiente beso salía por la puerta del baño.

—¡Aston, sorpresa! —le dijo Brian, sacando a la vez el móvil de uno de sus bolsillos—. Te toca enrollarte con Sarita, y yo voy a grabarlo.

Miré a Oliver, que me tendía la mano. Me sonrió de medio lado y le asomé uno de sus hoyuelos. Me sujetó de la mano y me levantó de mi sitio. Me tambaleé al tener que sostenerme en mis piernas. Oliver me agarró de la cintura con una mano, me cogió la nuca con la otra, y acercó sus labios a los míos.

Había un silencio sepulcral en la habitación, no se oían las risitas de fondo que llevaban horas resonando en mi cabeza. Cuando los labios de Oliver tocaron los míos, una corriente eléctrica me recorrió el cuerpo. Fue muy rápido, como un chispazo. Oliver también lo sintió, porque su cuerpo dio un espasmo y se apartó de mí unos milímetros.

—Aston, joder, hemos dicho con lengua. ¡Métesela hasta el fondo!

Oliver se aproximó de nuevo a mí y me besó, me abrió la boca con su lengua y la introdujo en mi interior. Le pasé mis manos por la nuca y respondí al beso. Esa electricidad que había sentido antes volvió, con menor intensidad, pero ahí estaba. Era diferente a los demás besos que me había dado con los chicos, no sabía a alcohol, sabía a Oliver. No sé explicarlo. Oliver me estrechó más entre sus brazos y seguimos besándonos.

—Vale, chicos. Suficiente.

Nos separamos ante el aviso de nuestros amigos y nos sentamos cada uno en nuestro sitio. Me sentí perdida. «¿Qué ha pasado?». El corazón me latía muy rápido, lo miré y lo mandé callar. Pear me subía el pulgar en señal de aprobación y los chicos palmeaban la espalda de Oliver.

El juego continuó durante otra botella más de alcohol. Nos seguimos besando, todos con todos, hasta que Pear se levantó y fue corriendo al baño para vomitar. Salió del baño, blanca como el papel.

—Me encuentro mejor, sigamos.

—Pear —la llamé. Creo que sonó algo como *Pirrrrrrr*.

—Estoy bien.

Y, así, seguimos, bebiendo y enrollándonos entre nosotros. Menuda noche.

Daniel

Desayunaba una tostada, con mantequilla y mermelada, cuando vi a Will entrar en el comedor. Su mirada viajó derecha a la mesa de mi hermana, siempre lo hacía, creo que no era consciente de ello. Llegó a nuestra mesa y se sentó.

—¿Dónde está tu hermana?

Chasqueé la lengua.

—No lo sé, esta mañana no ha aparecido ninguno de ellos. —Señalé con la cabeza hacia la mesa de mi hermana, que permanecía vacía.

Era muy extraño. A esas horas, solían estar todos desayunando, incluso mi hermana y sus dos amiguitos del alma deberían haber llegado de correr. ¿Dónde estaban todos?

—Qué raro, deberían estar aquí. —Will expresó en alto lo mismo que había pensado yo segundos antes. Sacudí la cabeza—. ¿Cómo va lo nuestro?

Intentábamos descubrir qué cojones había pasado aquella noche con Will y Tessa. Will decía que quería darle en las narices a mi hermana con la verdad, para que se arrepintiera y suplicara, de rodillas, regresar con él. Claro que él no pensaba volver con ella. Al menos, esa era la idea la primera semana después de la pelea. Con el paso de las semanas, la cosa fue cambiando. La segunda semana, se planteaba la posibilidad de perdonarla después de un millón de súplicas. La tercera semana, pretendía perdonarla sin más, sin súplicas y, en esos momentos, vivía desesperado por encontrar algo para poder correr a sus brazos.

—No sé, Will, estoy en un punto muerto. Te juro que, por más que pienso, no sé por dónde coño buscar —suspiré—. No sabemos ni lo que estamos buscando.

Will y yo estábamos seguros de que Tessa le dio algo aquella noche para drogarlo o dormirlo, pero ¿el qué? Existían tantas posibilidades. Era más complicado que buscar una aguja en un pajar. Vale que estuvimos bebiendo unas cervezas esa noche, pero, cuando Will se fue a su habitación, no estaba borracho, solo *contento*. Y con plena conciencia de sus actos. Sin embargo, se quedó dormido en cuestión de segundos y, al despertar, le costó un mundo

despejarse. Me lo había explicado infinidad de veces; se sentía... drogado.

—Podríamos ir a la enfermería —sugirió Jack. Todos intentábamos ayudar a nuestro amigo. Y, además, se trataba de mi hermana.

—¿A la enfermería? —preguntó un dudoso Will.

—Sí —Jack nos aclaró sus pensamientos—, si te drogó con algo, puede que lo cogiera de la enfermería. Nos colamos dentro cuando no haya nadie y echamos un vistazo a ver lo que encontramos. No perdemos nada.

Tenía razón; de utilizar algún tranquilizante o algo similar, tuvo que conseguirlo en la enfermería. No creí que lo hubiera comprado fuera del colegio, ese tipo de medicamentos se venden con receta médica. Y, dentro del *Crowden*, el único sitio donde se podía conseguir algo así era en la enfermería. Debía comprobarlo.

—Voy yo.

—Dan, es muy arriesgado, si te pillan...

—Tranquilo, lo tengo todo bajo control. De todos los que estamos aquí, yo soy el que más posibilidades tiene de salir indemne si nos pillan.

Mi padre y la directora son íntimos amigos, y siempre nos ha tenido un cariño especial. Con mi hermana era más transigente que con cualquiera. Quedó claro al salir de rositas después de escaparse del colegio a las tantas de la noche. Si lo hubiera hecho otro alumno...

Mi hermana. Regresé mi mirada hacia su sitio, pero no había nadie. Eché un vistazo por todo el comedor para ver si se habían sentado en alguna otra mesa, como el mes pasado, pero no. Bien es cierto que, de andar por el comedor, se les hubiera notado. No eran demasiado silenciosos, siempre andaban cantando, gritando o metiendo ruido sin más. Pero, ese día, no había ni rastro de ellos, de ninguno de ellos. Miré a Will, que, obviamente, pensaba en lo mismo que yo. Consultó la hora en su reloj y frunció el ceño. Me miró preocupado.

—Quedan veinte minutos para que empiecen las clases. Quizá ha sucedido algo.

—Voy a buscarla.

Me levanté de la silla y salí del comedor. Me la sudaba que no me hablara, necesitaba saber dónde estaba.

Llegué a la residencia y subí al piso de mi hermana. «¿Se habrá quedado dormida? No, es imposible, Sara nunca se queda dormida. Bastante con que duerme seis horas del tirón. Y siempre está con Oliver o Adam, tendrían que haberse dormido todos».

Me detuve enfrente de su puerta. Toqué. Esperé, pero nadie me abrió. Toqué más fuerte. Nada. Acerqué el oído a la puerta, pero no se escuchaba nada.

—¡Sara! —grité, mientras seguía llamando.

Estaba a punto de darme la vuelta, cuando oí ruido en el interior. Volví a tocar y esperé. Al fin, se abrió la puerta, pero no estaba preparado para ver a la persona que se me puso enfrente: Pear.

—¿Daniel?

«Sí, Daniel. El mismo al que dejaste tirado sin preguntar primero el mes pasado». ¿Por qué me dolía verla? Apenas habíamos comenzado nada, solo nos acostábamos de vez en cuando. La observé de arriba abajo y me percaté de que algo pasaba. Tenía los ojos hinchados, como si apenas hubiera dormido, y unas ojeras que no había visto antes en su rostro. El pelo lo tenía hecho un desastre. Seguí bajando por su cuerpo: llevaba una camiseta que no era de ella; era de tío, negra y con el logotipo de un grupo de rock. «Adam, es de Adam». Convivía con él todos los putos veranos y las navidades, me conocía su vestuario de memoria. Continué bajando... «¿Está en ropa interior? ¿Qué coño pasa aquí?».

Abrí la puerta con dureza y me adentré en la habitación. Lo primero que noté fue el olor, apestaba a alcohol y a humanidad. «Joder, ¿qué han hecho estos inconscientes?».

El suelo estaba repleto de botellas de alcohol vacías y envoltorios de patatas fritas y más mierdas. Había ropa y zapatos tirados por toda la habitación. Al fondo, junto al piano, había gente durmiendo; no distinguí quiénes eran, solo veía un montón de piernas, algunas con ropa y otras no. Apoyada en la cama, estaba Olivia, sentada, pero totalmente dormida. Encima de la cama distinguí a mi hermana, a Oliver y a Adam.

Adam dormía en la esquina, pegado a la pared y con un pantalón de pijama... ¿rosa? Mi hermana lo abrazaba por detrás con una pierna encima de él. Estaba casi desnuda, apenas llevaba una camiseta interior de tirantes y... No pude mirar más. Junto a mi hermana, dormía Oliver, en calzoncillos.

—Joder, ¿pero qué coño habéis hecho aquí? ¿Una orgía?

5

No vuelvo a beber en mi vida

Oía gritos. «¿Quién narices grita tanto? Dejadme dormir». Cogí la almohada y me cubrí la cabeza con ella, en un intento de amortiguar los gritos. Me dolía todo el cuerpo. Sentía la lengua acartonada y me sabía a alcohol. «¡Arg, qué asco! Que alguien me traiga agua y pastillas, sí, muchas pastillas. Qué sensación más horrible».

—¡SARA!!

Sonaba como si estuvieran usando un maldito altavoz. «¡Que se calle todo el mundo!». Apreté más la almohada contra mi cara. «Mierda, ahora me estoy ahogando». No podía respirar. Aparté la almohada. Me encontraba fatal.

«¿Qué me ocurre?». Me vinieron algunas imágenes a la mente de la noche anterior. «Ah, vale, resaca. No pienso volver a beber en mi vida. Esta vez, de verdad». Alguien se movió a mi lado.

—Sara, apaga el puto despertador.

Adam. Esa era la primera frase que decía por las mañanas. Todas las mañanas, sin excepción. Pero el despertador suena *¡pi, pi, pi!*, no *¡Sara, Sara, Sara!* Definitivamente, no era el despertador lo que escuchábamos. Me coloqué boca arriba y me tapé los ojos con el brazo. «Maldito sol. Demasiada luz». Volví a darme media vuelta y escondí el rostro en la espalda desnuda de alguien.

—¡SARA! —Ya no solo me chillaban, también me zarandeaban.

Levanté la cabeza para enfrentarme al causante de mi terrible despertar, y me encontré con el rostro cabreado de Daniel.

«¿Qué hace aquí mi hermano? ¿Dónde estoy? ¿Qué hora es?». Empecé a oír murmullos por la habitación. Hice un escaneo rápido y descubrí a toda la pandilla (medio desnuda) tirada por el suelo con mis almohadas. Pear estaba de pie junto a mi hermano. Se veía horrible. «Pues vaya pinta que tendré yo, entonces».

Brian se levantó del suelo y miró a mi hermano, entrecerrando los ojos y rascándose sus partes íntimas. Rodé los ojos. «Hombres».

—¿Summers?

—¿Qué? —contestamos los dos a la vez.

—Tú, no —me señaló Brian—, tú—apuntó a mi hermano—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué coño habéis hecho en esta habitación? —gritó mi hermano, fuera de sí. No entendí su malestar. «No hemos hecho nada malo... ¿no? Mierda, no estoy segura, otra vez tengo lagunas. Desde luego que el alcohol, como arma de destrucción de recuerdos, es infalible».

Hice un esfuerzo por recuperar algún recuerdo más nítido de la noche anterior. «Nada, creo que no hemos hecho nada». Es verdad que nuestra pinta no presagiaba nada bueno. Aunque no recordaba demasiado, sí recordé llegar y encontrar a todos mis amigos bebiendo en mi habitación. Empecé a beber a morro de una botella de whisky para alcanzarlos... El juego de la botella... ahí empezaba a ser todo borroso, me acordaba de cómo empezamos, pero no de cómo terminamos. «Genial, Sara. Tú en tu línea».

—Creo que se nos fue un poco de las manos —admitió Pear. ¿De qué se había acordado?

—¿UN POCO? —gritó Daniel.

«¡Mi cabeza, joder!». Me la sujeté con las manos, en un intento de eliminar el malestar. Supliqué a Daniel, con la mirada, que dejara de gritar. Mi hermano se dirigió a todos nosotros.

—Tenéis quince minutos para llegar a clase. Y recoged esta pocilga.

Giró sobre sus talones y pegó un portazo. «Ay, joder, es peor que si me hubiera estampado la puerta en la cara. Seguro que lo ha hecho a propósito».

—¿A clase? —preguntó Olivia, horrorizada. Se levantó del suelo y se sentó en mi cama, encima de los pies de Oliver— ¿Qué hora es? ¿Qué día? ¿No es sábado?

—¡Mierda! —Moira resucitó y se colocó junto a Brian y Pear—. ¡Tenemos examen de historia en quince minutos!

«¿Qué? Imposible».

Empecé a oír exabruptos por toda la habitación. Oliver, que despertó de su letargo ante la mención del *examen*, se levantó a toda velocidad y fue directo al baño.

—Voy a ducharme, tardo un minuto, tengo aquí un uniforme.

Las chicas salieron volando de mi habitación hacia las suyas. Todas, excepto Pear, que se había quedado quieta junto a la puerta.

—Yo también me ducho aquí, olemos que damos asco. —Brian fue corriendo al baño—. No nos da tiempo a subir hasta nuestras habitaciones y

volver a bajar para ir a clase.

Adam y Marco lo siguieron y se metieron en el minúsculo baño. Escuché gritos de «apártate», «déjame sitio» y «a ti te toca salir ya». Corrí a mi armario y cogí ropa interior limpia y dos uniformes.

—Pear, reacciona —chillé a mi amiga, mientras guardaba toda la porquería en una bolsa de plástico—. Tenemos que ducharnos y vestarnos en cinco minutos. Ponte uno de mis uniformes y ropa interior limpia. —Le tendí la ropa.

Después de guardar la mayoría de la basura, recogí mi ropa y fui al baño. Percibí que Pear se movía detrás de mí.

—Chicos, ¡voy a entrar al baño estéis como estéis! —les anuncié.

Tras mi grito, Oliver salió con una de mis toallas atada a la cintura. Abrió mi armario y cogió su uniforme. Entré en el baño y choqué con Adam, que salía. Brian y Marco estaban saliendo de la ducha. «A los ojos, Sara. Míralos a los ojos».

—Sara, dime que tienes cuatro uniformes de tío en el armario.

—Lo dudo —le contesté, mientras cerraba la puerta en busca de intimidad.

—Joder —lo escuché jurar a través de la puerta.

Me metí en la ducha y fui protagonista del remojón más rápido de la historia; apenas estuve un minuto bajo el agua, pero hasta me lavé el pelo. No porque estuviera sucio, sino porque necesitaba que el agua me mojara la cabeza para poder despejarme. Y para quitar el mal olor. Cuando salí de la ducha, entró Pear. Me cepillé el pelo, me lavé los dientes y salí del baño a medio vestir. Fuera, mis amigos discutían por algo.

—Sara, ¡solo hay dos uniformes de tío!

¿Y qué esperaban? ¿Una tienda con ropa masculina del *Crowden*? Oliver y Adam ya se habían vestido. Brian y Marco me miraban como si yo tuviera las respuestas a sus problemas, pero no las tenía.

—Y, ahora, ¿qué hacemos?

—Poneos un chándal del colegio.

—Buena idea, Oliver. Dime que tenéis dos chándales aquí.

Buscaron en el armario, pero solo había uno. El de Oliver. Adam no lo había traído la noche anterior, me apuesto la mano derecha que para escaquearse del *footing* una vez más.

—¡Solo hay uno!

—No te preocupes, Marco, Sara tiene unos cuantos.

—No me pongo un chándal de tía, ni de coña.

Por más que Brian escupiera culebras por la boca, al final, tuvo que ponerse mi chándal. Marco es más alto y más ancho que él, así que se puso el de Oliver; era lo más lógico. Por suerte para él, sí tenía varias camisetas de chico. Pero el pantalón, me río solo de pensarlo, le quedaba corto, cortísimo, por encima de los tobillos y muy apretado. Eso sí, le marcaba un culito precioso. Por delante no quise mirarlo. De la sudadera decidió pasar, era demasiado humillante.

Diez minutos después de que mi hermano diera el portazo, salimos todos de la habitación. Nos habíamos preparado en un tiempo récord.

Fuimos corriendo a clase y llegamos un minuto después de que el profesor cerrara la puerta. Nos encontramos allí con las chicas. Antes de entrar, necesitaba hacer una pregunta a mis amigas.

—No me acuerdo de casi nada de lo que pasó ayer, otra vez. Decidme que no me he enrollado con ninguna de vosotras, por favor.

—Qué va, lo recordaría. Aunque, por si acaso, voy a comprobar mi móvil, de haber pasado, lo grabé fijo —me dijo Brian, a la vez que sacaba su móvil del apretado bolsillo del pantalón.

—A mí me metiste la lengua tres veces, nena. Háztelo mirar. —Oliver se rio de mí.

—En realidad, tú se la metiste a ella —aclaró Marco.

Todos lo miramos, horrorizados.

—La lengua, joder, la lengua. Santo Cielo, sois todos unos pervertidos.

No recordaba haberme enrollado tres veces con Oliver. Ni con Oliver, ni con ningún otro; era todo muy confuso. Entramos, y el profesor nos miró con evidente desagrado. Nos permitió pasar porque era día de examen e hizo una excepción, pero nos advirtió que nos restaría un punto de la nota final.

La clase estaba dispuesta con los pupitres individuales separados en modo «examen». Nos sentamos cada uno en nuestro sitio. Toda la clase nos miraba, llevábamos el pelo mojado y unas ojeras de campeonato.

—Señores. —Todos miramos hacia el profesor cuando vimos que se aproximaba a Brian y Marco— ¿Por qué van con el chándal del colegio y no con el uniforme?

—Mmmm, pensábamos que tocaba clase de gimnasia. —Marco intentó salir del apuro con aquella excusa.

—¿Pensaban que había clase de gimnasia en lugar de examen de historia?

—Sí —se disculpó Brian—, es que nos hemos levantado pensando que era jueves y no miércoles.

—Me alegro por usted, señor Mac Gregor. Pero que sepa que hoy es martes.

Toda la clase estalló en carcajadas, incluso nosotros; aun así, pude escuchar claramente el murmullo de Brian:

—Mac Ghriogair^[1]

Con el paso de los años, Brian ha ido adquiriendo una gran devoción por la cultura gaélica. Sus padres son de un pueblecito del norte de Inverness, Kilmuir, y desde muy pequeño siempre le han hablado en gaélico en su casa. Probablemente sean una de las pocas familias que hablen gaélico en Edimburgo. Y, como tal, le gusta que se pronuncie su apellido en gaélico, a pesar de que habitualmente los apellidos escoceses se han anglicado.

El profesor Sinclair ordenó que se sentaran y repartió los exámenes. A su señal, le di la vuelta y leí las preguntas. Comencé a redactar mis respuestas. Durante veinte minutos, no hice nada más que escribir.

Me levanté la primera de la silla y entregué el examen al profesor. Echó un vistazo por encima y me obsequió con un asentimiento de cabeza. Cuando terminaba de recoger mis cosas, Oliver se levantó y entregó su examen. Salimos de clase, y Brian nos siguió. Cuando estuvimos fuera, nos sentamos los tres en el suelo y apoyamos la espalda en la pared.

—Joder, tíos. No he podido poner ni la puta fecha. ¿Qué día es hoy?

Oliver y yo nos reímos. Me reí como hacía tiempo que no lo hacía. Uno a uno, salieron mis amigos. Todos con la cabeza agachada, incluso Marco y Moira, que eran los empollones del grupo.

Adam no perdió la oportunidad de vacilar a Brian por su despiste del día en el que estábamos y, ya de paso, aprovechó para pronunciar su nombre en gaélico (siempre lo hace para reírse de él, a pesar de ser gratamente recibido por parte de Brian):

—¿Qué tal el examen, *Briain*? Quizá deberían poner un calendario especial para ti con los nombres de la semana en gaélico.

—*Dùnadh do bheul!* —le contestó Brian. Mis conocimientos de la lengua gaélica escocesa son escasos, pero suficientes para saber que Brian acababa de decirle a Adam que cerrara la boca.

La segunda y la tercera hora pasaron muy muy despacio. Me dolía horrores la cabeza, lo único que quería era irme a la cama y dormir.

Llegó la ansiada hora del almuerzo y fuimos todos al comedor. No teníamos hambre, pero algo había que comer.

—Me está mirando el culo todo el maldito colegio, pero no tengo fuerzas

para ir a cambiarme —se quejó Brian.

—El culo, dice —se rio Olivia—, y lo que no es el culo. ¡Vas apretadísimo y se te marca todo! No queda nada para la imaginación.

Todos nos agachamos y miramos por debajo de la mesa, a las partes bajas de nuestro amigo. Solo por curiosidad. Cuando adivinó nuestras intenciones, se cubrió con las manos.

—No va a estar así todo el día —me dijo Pear al oído—, ya lo pillaremos.

Después de comer, decidí irme a la cama. No pensaba acudir a las clases de la tarde, ni loca. Caminaba por los pasillos cuando vi a mi hermano. Mientras andaba, miraba hacia ambos lados como asegurándose de que nadie lo veía. «¿A dónde va?». Decidí seguirlo.

Nos detuvimos en la enfermería. ¿Qué pretendía hacer? Sacó algo del bolsillo y manipuló la cerradura. ¿Qué buscaba dentro de la enfermería? Nada legal, ahí dentro había medicinas, por eso cerraban con llave cuando las enfermeras no estaban. Don *Soyperfectoyhagotodobien* estaba a punto de cometer una infracción.

—¿Qué haces aquí, Daniel? Si te pillan, se te puede caer el pelo.

Se giró, sobresaltado por el sonido de mi voz, pero, en cuanto me reconoció, respiró aliviado y se relajó.

—Vaya, ¿ya has resucitado?

—No me encontraba tan mal.

—Sí, lo que tú digas. Y, por esto, tranquila —me dijo, señalando la cerradura—, lo tengo todo controlado.

—No, si yo estoy muy tranquila —le aclaré—. Por mí como si te tiras al vacío desde un tren en marcha. Lo que me preocupa es que hagas algo que no deberías hacer y te pillen. Llevamos el mismo apellido y no quiero que me salpique tu mierda. —Suficiente tenía con la mía.

Daniel se mantuvo en silencio durante unos segundos, que se me hicieron eternos, hasta que decidió contestarme.

—Descuida, no te va a salpicar.

—Eso espero.

—Intento descubrir qué cojones ocurrió la noche que Tessa se metió en la cama de Will.

—¿Quieres que te haga un dibujo?

—No, Sara. No tienes ni puta idea de lo que sucedió en esa habitación.

—Intento no imaginármelo. No me gusta flagelarme.

—¿Por qué no confías en él? Creemos que lo drogaron, Sara. Estaba

bebido, pero no tanto como para hacer algo así sin ser consciente. Voy a entrar en la enfermería para ver si descubro algo que pudieran utilizar para dormirlo.

¿Había bebido? Eso no lo sabía. Yo había bebido la noche anterior y no me acordaba de todo lo que hice, vamos, que podría haber hecho cualquier cosa. «No, Sara, no. No lo excuses. Te ha engañado con otra, no lo olvides».

—¿Estaba borracho?

—No lo suficiente como para tirarse a otra sin darse cuenta.

—Ahí —dije, señalando la enfermería con la cabeza— no vas a encontrar nada de eso.

Conocía todos los medicamentos de la enfermería y no había nada capaz de tumbar a un alumno. Las drogas duras debían guardarlas en otro lugar, si es que las había. Giré sobre mis talones y me marché.

Me tumbé boca abajo en la cama y pensé en Will. Había bebido. Empecé a tener dudas, ya no lo veía todo tan claro. ¿Y si fue un descuido? Estaba dando por hecho que Will me engañó a propósito porque no me quería, pero ¿y si no fue así? ¿Y si me quería, pero cometió un error? ¿Sería capaz de perdonarlo? Tenía la cabeza hecha un lío.

Me negué a seguir pensando más en ello. Necesitaba descansar.

6

El beso

Descansar se transformó en que no me desperté hasta el día siguiente. Increíble. No había dormido tantas horas seguidas en toda mi vida. Al despertarme, vi a Oliver dormido junto a mí. Lo zarandeeé para que abandonara el sueño y fuimos a correr. Después, nos dirigimos al comedor para desayunar con nuestros amigos.

—*Totó*, hemos descubierto otra manera para que no tengas ataques y duermas como un bebé. —Adam me miró sonriente—. Emborracharte todas las noches es la solución a tus problemas de sueño.

«Muy gracioso, Adam». Me levanté y cogí mi desayuno, tenía un hambre atroz; el día anterior apenas había comido nada. Me preparé unos cuantos trozos de pan tostado con crema de chocolate y conté a mis amigos lo que había hablado con mi hermano en la puerta de la enfermería, y las dudas que empezaba a tener con el tema de mi exnovio.

—¿Y si no hizo nada, Sara? —me preguntó Olivia.

—¿Tú también te pones de su parte? —Adam estaba hecho una furia—. Sara, ¿no estarás pensando en perdonarlo?

—No, pero es que es todo tan extraño. Ahora que lo pienso en frío, ¿por qué se acostaría con Tessa si había quedado conmigo? No tiene ningún sentido, podía haberlo hecho en cualquier momento, pero arriesgarse así...

—No lo sé, *Totó*, eso solo lo sabe él —me contestó Adam.

—Exacto, Adam. Eso solo lo sabe él, pero Sara no le ha dejado explicarse. No me mires así —me dijo Moira, en cuanto se percató de mi mirada acusadora—, sabes que es verdad. Te has cerrado en banda y no has querido escuchar su versión.

Lo peor de todo: que tenía razón. Me froté los ojos. Me dolía la cabeza desde el día anterior y no había manera de que se me pasara. Brian me formuló la pregunta clave.

—Supongamos que te quiere, pero que iba borracho y se acostó con Tessa pensando que eras tú. —Adam estuvo a punto de interrumpir, pero Brian lo mandó callar con la mano—. ¿Lo perdonarías?

No lo sabía. Estaba muy confundida. Lo único de lo que tenía certeza absoluta era de que aún lo quería.

—¿Lo perdonarías? —Fue Oliver quien me preguntó aquello, y parecía enfadado o decepcionado conmigo. Me miraba como si no me conociera.

Tampoco sería algo tan extraño de entender. Todos los días hay personas que perdonan una infidelidad de su pareja. La gente comete errores.

—¿Y qué pasa con la confianza? —insistía Oliver—. ¿Vivirías tranquila y confiando plenamente en lo que hace cuando tú no estés delante?

Me recordaba nuestra conversación, cuando le dije que no confiaba en Will. Y, si no lo hice entonces, ¿cómo lo haría después de lo que había pasado? ¿Qué clase de relación nos esperaba? «Vaya mierda de vida».

Ya me había terminado el pan con chocolate. Destrocé las galletas que había cogido y las metí en la leche. Esperé a que se ablandaran y me las comí con la cuchara.

—Daniel también hace eso —me dijo Pear de manera casual.

—¿El qué?

«¿No confiar en su pareja? ¿Ser infiel?».

—Desperdiciar las galletas rompiéndolas y metiéndolas en la leche hasta que se derriten. Es asqueroso.

Dejé la cuchara dentro del tazón y me fijé en mi amiga. No tenía cara de que le resultara asqueroso. Más bien todo lo contrario. No dejaba de pensar en mi hermano. Tenía que hablar con ella. Me sentía la causante de su sufrimiento. Debía seguir con su historia con Daniel y olvidarse de que era mi hermano y de que teníamos nuestras diferencias.

Por la tarde, me quedé sola en mi habitación y aproveché para tocar el piano. En mi cabeza no había otra cosa que no fuera Will. «Ojalá pudiera dejar la mente en blanco, aunque solo fuera una hora al día». La idea de embotar mis sentidos con ayuda del alcohol cada vez cobraba más fuerza. Se me había olvidado lo mal que me sentía al día siguiente.

La puerta de mi habitación se abrió y apareció Pear. No dejé de tocar. Cerró con cuidado y vino hacia mí, me aparté y le dejé sitio en el taburete. Mi amiga se sentó a mi lado y apoyó la cabeza en mi hombro. Suspiró. Dejé de tocar.

—Tócame una canción, Sara.

—¿Quieres algo animado o algo que nos hunda más en el pozo en el que nos encontramos?

—Decídelo tú. —No levantó la cabeza de mi hombro.

La letra de la canción *Fix you*, de Coldplay, vino a mi cabeza. Era nuestra canción. La de Will y mía. La de nuestro primer beso. Empecé a tocar los

primeros acordes. Y a cantar.

*When you try your best, but you don't succeed
when you get what you want, but not what you need
when you feel so tired, but you can't sleep
Stuck in reverse*

Puse todos mis sentimientos en interpretar esa canción. Pear lloraba, sentía sus sollozos en mi hombro.

*Lights will guide you home
and ignite your bones
and I will try to fix you*

«¿Y quién me arregla a mí?». La canción llegó a su parte final.

*Tears stream down your face
I promise you that I'll learn from my mistakes
Tears stream down your face
And I...*

Aprender de mis errores, de eso trata la vida, ¿no? De que todos aprendamos de nuestros errores. Para ello, primero hay que saber qué error hemos cometido. ¿Cuál fue el mío? ¿Enamorarme de Will? ¿No confiar en él a ciegas? No tenía ni idea. Tampoco sabía cuál había sido el error de Pear.

En los acordes finales, mi amiga levantó la cabeza. Aprecié cómo se le erizaba la piel de los brazos. Toqué la última nota y coloqué las manos encima de mis rodillas.

—Sara, ha sido precioso.

—Tienes que hablar con mi hermano, Pear. No puedes seguir así.

Necesitaba estar sola un rato. Fui al embarcadero, a mi árbol con Will. Quería pensar, y aquel sitio me ayudaba a aclarar las ideas. Hacía semanas que no iba, desde que pasó todo. Me apoyé en el tronco e intenté relajarme mientras miraba al infinito. El sol se había escondido y las vistas eran espectaculares.

Escuché ramas que se quebraban detrás de mí. Alguien se acercaba. Definitivamente no era el día para estar sola. Mi corazón supo quién era

porque comenzó a latir desenfadado.

Will se sentó a mi lado. No podía prohibirle que no lo hiciera, al fin y al cabo, también era su árbol. Por un momento, pensé que mi hermano había encontrado algo en la enfermería y que venía a mostrarme las pruebas para después poder mandarme a la mierda, tal y como me aseguró que haría. Me invadió la tristeza.

—¿Has venido a mostrarme lo que has encontrado? —Seguí admirando el atardecer.

—¿Qué? —Parecía confundido.

—Las pruebas. —Lo miré a los ojos, y su mirada gris me desarmó—. Las pruebas que ibas a encontrar para demostrar tu inocencia. ¿Has venido a mandarme a la mierda?

Will suspiró y bajó la mirada. Subió las rodillas y las rodeó con sus brazos.

—No hay pruebas, Sara. —Me miró a la cara—. No voy a poder demostrarte nada, por lo que tampoco voy a poder mandarte a la mierda. Es una pena.

Por lo menos hablábamos de manera civilizada, sin discutir y sin acusarnos el uno al otro de hacer cosas horribles. Es probable que fuera por el tiempo que había pasado. Es un hecho contrastado que, en caliente, sale de todo por tu boca. Tenía que haberme quedado en casa un mes, quizá entonces no estaríamos en esa situación. Quizá hubiéramos hablado las cosas con calma e intentado escuchar al otro. La culpa era de mi padre, que me obligó a volver a los dos días. «Eso, Sara, muy bien, echa la culpa a los demás y no reconozcas tus errores. Es más sencillo».

—¿Por qué no me has creído, Sara? —Estaba destrozado. Pensé que era imposible fingir de esa manera—. Dan confió en mí desde el primer momento y no me quiere tanto como se supone que tú me quieres.

«No me recuerdes lo de mi hermano. Maldito traidor. Todavía me duele».

—Me gustaría verte en mi situación.

—Estoy en ella todos los días, Sara.

«¿Qué? ¡Yo no lo he engañado!».

—¿Perdona?

—Sí, todas las noches te metes en la cama con Adam o con Oliver. ¡O con los dos!

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque yo no hago nada sexual con ellos, son mis mejores amigos. Solo dormimos y hablamos.

—Eso lo sabes tú, Sara. Pero yo no. Yo lo único que sé es que dormís juntos.

Will se puso de pie y cogió una piedra del suelo. La lanzó al agua con rabia y dio una patada a otra.

—Estás sacando las cosas de contexto.

Me levanté y me apoyé contra el árbol, agotada, en todos los sentidos.

—Para nada. ¿Quién me dice a mí que no te has acostado con alguno de ellos? Podría haber pasado alguna noche. Un roce aquí, un roce allá.

Advertí que tragaba saliva solo de imaginárselo. Pero, en lugar de saliva, parecía que estuviera tragando su propia bilis. Se aproximó a mí y apoyó la palma de su mano izquierda cerca de mi cara.

—No ha pasado nada de eso.

Se acercó más a mí. Casi hasta tocarme.

—Y yo te creo.

«No, no es lo mismo. Yo los vi a los dos juntos, desnudos». Will pareció leerme el pensamiento.

—Incluso si entrara un día en tu dormitorio y te viera desnuda y abrazada a alguno de ellos —cerró los ojos con fuerza—, te preguntaría primero. Siempre te preguntaría primero, Sara.

Se separó de mí y apoyó la frente contra el tronco del árbol. El muro que había construido a mi alrededor durante esas semanas se desmoronó en aquel instante. Las lágrimas rodaban por mis mejillas.

«¿Por qué no le pregunté primero mirándolo a los ojos? ¿Por qué soy tan impulsiva? ¿Por qué no confío en él?». Siempre estaba predispuesta a pensar lo peor de Will. Quizá tantos años llevándonos mal tenían sus consecuencias. Y nos habíamos hecho tanto daño que tenía dudas.

—Sara —Will me sujetó la barbilla y me obligó a mirarlo—. Sara, mírame, mírame a los ojos. Te juro por mi vida que no pasó nada con Tessa. No recuerdo lo que sucedió, pero estoy seguro de que no hice nada. Solo he estado contigo. Créeme, por favor.

Se le rompió la voz. «¿Y si me dice la verdad? ¿Qué hago?».

—Will, estoy confundida, no puedo tomar una decisión ahora. Necesito pensar. Lo siento.

Me aparté de su lado y corrí de vuelta al colegio. Llegué a mi habitación, donde Adam me esperaba sentado en mi escritorio. Me acerqué y vi que

estaba haciendo los ejercicios que nos había mandado el profesor de matemáticas. Había un error en uno de ellos, se lo señalé y le dije *no* con la cabeza. No me pidió explicaciones de dónde me había metido las últimas horas. Nunca lo hacía. Vivía y dejaba vivir. Como Timón y Pumba. Me puse el pijama y me metí en la cama. Al poco tiempo, sentí el calor del cuerpo de Adam junto al mío. Me dormí.

Siempre te preguntaría primero, Sara.

Veía el menú del comedor, las páginas del tema de historia que habíamos estudiado en clase. 1935-1942, había fechas, muchas fechas. Los ejercicios de Adam de matemáticas, había un error.

Siempre te preguntaría primero, Sara.

La letra de Fix you. La veo una y otra vez, y las partituras para tocar la pieza musical en el piano. Y muchas partituras más: Beethoven, Chopin, Mozart... El error de Adam. Piedras que chocan contra el agua. Galletas desmenuzadas en la leche.

Me desperté, sobresaltada y sudada. Me di golpes en la cabeza para dejarla en blanco, pero no funcionaba. Me tumbé de nuevo en la cama para intentar dormir, pero las imágenes seguían ahí. Cada vez pasaban a más velocidad. Me volvería loca si es que no lo estaba ya.

Me levanté de la cama y di vueltas por la habitación. La oscuridad reinaba, pero me conocía cada recoveco, por lo que caminé, desesperada, por ella, sin tropezarme con nada. Entré en el baño y me mojé el rostro y el pelo para limpiarme el sudor y las lágrimas.

—Fuera —sollocé—, fuera de mi cabeza.

Me apoyé en la pared y me arrastré por ella hasta quedar sentada en el suelo. Subí las rodillas y me tiré del pelo con violencia. Mis sollozos cada vez sonaban más fuertes.

—Fuera, por favor —repetía una y otra vez—. ¡FUERA DE MI CABEZA!

—¿Sara? ¿Sara, dónde estás?

Adam entró en el baño y me encontró sentada en el suelo; llorando y temblando.

—Sara, joder, ¡lo siento! Estaba dormido y no te he oído.

Se agachó y me rodeó con los brazos. Intentó tranquilizarme con su melódica voz, pero de nada servía. Estaba muy alterada y tenía el cerebro a pleno rendimiento.

—Haz que se vayan, Adam —lloraba sin consuelo—, por favor. Haz que se vayan.

Nos mecíamos juntos y yo cada vez estaba peor.

—Vamos, levántate, Sara.

Adam me agarró por las axilas y me ayudó a levantarme. Me sentó en la cama y me calzó mis Panama Jack. Me puso un abrigo por encima y me subió la cremallera hasta arriba. Tanto que la noté en la garganta.

—Shhh, tranquila, *Totó*. Vamos a salir de aquí.

Vi que trasteaba entre sus cosas. Se puso un jersey y unas playeras. Seguía con el pantalón del pijama puesto. Cogió mi mochila y buscó algo dentro. Lo encontró y me levantó de la cama.

—Vamos.

No fui consciente de a dónde íbamos hasta que llegamos. Me llevó a la pista de hielo. Me puso los patines, porque yo era incapaz de hacerlo sola, y me metió en la pista.

—Adam, ¿qué hacemos aquí? —Dejé de llorar. Miraba a mi alrededor sorprendida por encontrarnos allí.

—Venga, Summers. A ver cuántos goles consigues meterme.

«¿Qué? ¿Quiere jugar al hockey? ¿Ahora?». Miré mi reloj. «¿A las dos de la mañana?».

—Adam, no...

—¿A que no eres capaz de colarme un solo gol? Oliver y tú hacéis buen equipo, pero ahora estamos solos tú y yo. A ver lo que eres capaz de hacer tú sola.

«¿Insinúa que sin Oliver no soy nada? Ya veremos».

—Te vas a enterar, Wallace.

—Menos amenazas, Summers, y atácame.

Me lanzó un *stick* al aire y una pastilla. Lo cogí y fui directa hacia su portería a toda velocidad. Lancé, pero Adam la frenó con facilidad. Se rio de mí y emprendió su ataque. Nos lanzamos unos cuantos ataques el uno al otro y empecé a tener calor. Me quité la chaqueta. Mi mirada alternó entre mi amigo y yo. Estábamos los dos en pijama y con los patines puestos. Nunca olvidaré esa imagen. Ni los sentimientos que me invadieron. Amor, gratitud, paz.

Dos horas después, no podía mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Adam me había dado una buena paliza, perdí hasta la cuenta de cuántos goles había logrado colarme. Llegó un momento en que dejé de contarlos. Nos quitamos los patines y regresamos al dormitorio. Me tiré a la cama y creo que me quedé dormida antes de caer en ella.

Cuando me desperté, estaba sola en la habitación. Miré la hora, las once de

la mañana. Me había dormido. Empecé a recordar los sucesos de la noche, mi ataque, los esfuerzos inútiles de Adam por dormirme, el partido de hockey. Adam me agotó físicamente y me despejó la cabeza. Me salvó, una vez más. No sé qué haría sin él. Cogí el móvil y descubrí que tenía un mensaje.

Adam: Buenos días, *Totó*. Te he dejado dormir, tú que puedes. Yo estoy sufriendo en clase de biología.

Los siguientes días fueron una agonía. Me pasaba el día llorando, había vuelto a retroceder sobre mis propios pasos. No me olvidaría nunca de Will. No volvería a tener ninguna relación porque Will me había arruinado para cualquier otro. Menos mal que contaba con un cerebro privilegiado, porque llevaba semanas sin enterarme de lo que decían en clase, en ninguna asignatura. La última clase de la mañana de aquel día terminó, pero no me levanté de mi sitio. Estaba en mi mundo, en mis divagaciones.

—Sara, ¿vamos a comer?

—¿Qué? —me disculpé—. Perdona, Pear. No te escuchaba.

—Estás en la luna. Te decía que si vamos a comer.

Nos habíamos quedado solos en clase. Rompí a llorar. La situación me sobrepasaba.

—¿Qué te sucede? ¿Sara?

Me levanté de la silla y me encaminé hacia el pasillo con la idea de dirigirme al comedor. Me limpié las lágrimas con el brazo.

—Ey —Adam me cogió con suavidad de la muñeca—, ¿estás bien?

—No, no estoy bien. No consigo sacarme a Will de la cabeza. Y lo peor es que...

—¿Qué? —Olivia me animó a que lo soltara todo.

—Es que me he dado cuenta de que no volveré a sentir lo mismo por nadie.

—Miré a mis amigos y confesé mis más íntimos temores—. Nadie me va a besar como él ni a hacerme sentir todas las cosas que él me hace sentir. No voy a volver a sentir nada nunca más.

—¡Oh, por favor! Deja de decir gilipolleces.

Oliver se incorporó de la mesa donde estaba apoyado y se aproximó a mí. Me sujetó por la nuca y me acercó a su boca. No me dio tiempo a reaccionar. Medio segundo después, me estaba besando.

El primer contacto fue electrizante, los dos saltamos y nos separamos. Recordaba esa sensación. La había sentido antes en el juego de la botella,

cuando nos besamos por primera vez. Fue necesario otro beso de Oliver para que lo recordara. Lo había olvidado. Me metió la lengua en la boca buscando la mía. Se me paró el corazón con esa primera invasión. Sentí su otra mano en la cintura y, cuando quise abrazarlo para entregarme a él por completo, me soltó y se separó de mí, no sin antes darme un sonoro beso.

—Y no me digas que no has sentido nada porque no me lo creo.

Se marchó. Y yo necesité apoyarme en la mesa que tenía detrás de mí para mantener el equilibrio. Sentía cosas raras en el estómago. «¿Por qué ha dejado de besarme?». No quería que se detuviera. Me había sabido a poco. «¿Pero qué estoy diciendo? ¡Es Oliver! Mi mejor amigo. Sí, mi mejor amigo que me ha besado de una manera que jamás pensé que... Esto es de locos. Desde luego, sentir, lo he sentido. Mucho».

—Joder —exclamó Olivia—, esto sí que no lo veía venir.

—Los superdotados son extraños —añadió Marco.

—Ha sido una pasada.

—Sí, ha sido de película.

Mis amigos seguían hablando, pero yo no los escuchaba. Todavía esperaba a que mi corazón recuperara su ritmo. Me toqué los labios, sentía su sabor en ellos. ¿Dónde había aprendido Oliver a besar de esa manera? Era adictivo.

—Callaos todos, ¿es que nunca habéis visto a nadie besarse? —Adam acalló el resto de comentarios que estaban por llegar.

—¿Estás de broma? Jamás he visto a Oliver besar así a nadie —contestó Natalie.

—Yo jamás he visto a Oliver besar a nadie. Punto —sentenció Moira.

—¿Y la noche del juego de la botella?

—Esa noche es una nebulosa en mi memoria.

—En la de todos.

Sí. Aunque, hasta ese momento, no había sido consciente de cuánto.

Los Beatles

Dos semanas después del sorprendente (y sí, alucinante también, pero mi cerebro no quería reconocerlo) beso de Oliver, nos encontrábamos a mediados de abril. Ese beso, durante los primeros días, había causado un desmedido alboroto entre la pandilla; bien es verdad que no hacía falta demasiado para que nos alborotáramos. Pero después se convirtió en un tema *tabú*. No hablábamos de ello. Nadie. Nunca. Era como si no hubiera sucedido. Yo tampoco me permitía pensar en ello. Enterré los recuerdos en lo más profundo de mi mente con el propósito de no dejarlos salir. «Eso es, Sara. Autoconvéncete».

Will y yo habíamos tenido algún acercamiento, pero poca cosa. Cuatro palabras cruzadas. Sospechaba que mi hermano y él se habían dado por vencidos en su búsqueda; no iban a encontrar ninguna prueba para demostrar su inocencia y andaban muy taciturnos.

Y el pobre Adam llevaba varios días discutiendo con Chloe; más bien, ella discutía con él. Todo cuanto hacía mi amigo a ella le sentaba mal. No quería que estuviera con nosotros, conmigo en especial, e intentaba, desesperada, acaparar todo su tiempo libre. Aunque a Adam le atrajera aquella chica, escuchar la palabra «novia» por aquí y por allá, lo agobió. Adam no es de los que se dejan imponer nada. Dejó de contestarle a todos los mensajes del móvil y empezó a ignorar sus llamadas. Si lo que pretendía era pasar más tiempo con él, lo hacía muy mal; lo alejaba.

Cada semana que pasaba, subían las temperaturas; no hacía calor, pero el sol nos calentaba un poquito la piel.

Regresábamos a clase, después de estar un ratito tirados en la hierba alrededor de nuestro árbol, cuando reparamos en el alboroto formado en la entrada del colegio. Se habían juntado decenas de alumnos creando una especie de corro.

—¿Qué sucede ahí? —preguntó en alto Natalie.

—Ni idea, no veo a través de la piel de la gente.

Natalie me miró y puso los ojos en blanco. A veces, hasta yo me asqueo de mi sarcasmo, pero me sale solo. Nos metimos en el corro y yo me asomé entre las cabezas para ver qué pasaba. Al ser bajita, me costaba ver qué era lo que

provocaba tanta expectación.

Me situé entre dos cabezas y me puse de puntillas. Pear imitó el gesto junto a mí. Comprobé que alguien había colocado una guitarra eléctrica con un amplificador justo en la entrada del colegio. «Espera, yo conozco esa guitarra. ¡Como para no conocerla después de tener que reconstruirla!». ¡Era la Fender de Will!

«Ay, madre, ¿qué va a hacer? ¿Va a tocar la guitarra?».

Me inquieté. Suele sucederme cuando no controlo la situación. Uno de los amigos de Will me vio y entró apresurado en el colegio. Poco después, salió Will. Cogió la guitarra y tocó. Sin esperas, sin discursos, solo tocó. Me costó asimilar que estuviera tocando la guitarra delante de medio colegio porque no le gustaba tocar en público. Automáticamente, la gente a mi alrededor se disolvió y provocó que me quedara enfrente de Will. Los únicos que no se movieron fueron mis amigos. Reconocí la melodía desde los primeros acordes. Era una canción de Los Beatles; me encantan Los Beatles y Will lo sabía.

*Oh! darling, please believe me
I'll never do you no harm
believe me when I tell you
I'll never do you no harm
Oh! darling, if you leave me
I'll never make it alone
believe me when I beg you
don't ever leave me alone*

Reproduce la letra en mi cabeza.

*¡Oh! cariño, por favor, créeme
nunca te haré daño
créeme cuando te digo
que nunca te haré daño
¡Oh! cariño, si me dejas
nunca lo conseguiré solo
créeme cuando te ruego
que nunca me dejes solo*

Se me anegaron los ojos de lágrimas. «Oh, Will, no me hagas esto, por favor. Quiero creerte, de verdad que deseo hacerlo, pero hay algo en mi interior que me frena. ¿Nunca me harás daño? Ya me lo has hecho. Y yo a ti. Lo nuestro no funciona».

Siguió cantando y tocando la guitarra con el corazón. Percibía las miradas de la gente en nosotros. Mis amigos me miraban, lo sentía, pero yo solo tenía ojos para Will. Debió de practicar mucho para aprenderse la canción; los Beatles no eran, para nada, su estilo.

Oh! darling, please believe me

Otra vez esa frase: «Créeme, por favor».

*I'll never let you down
believe me when I tell you
I'll never do you no harm*

Tocó los últimos acordes y... silencio. Los murmullos de la gente no se hicieron esperar. Temblaba, no podía controlarlo. Will me miraba esperando algo. ¿Una respuesta, quizá? En esos momentos no podía dársela, no después de lo que había sucedido con Oliver. «No, no pienses en eso, Sara. Te prometiste olvidarlo».

—Sara, qué romántico —me dijo Olivia, sujetándome la mano.

Mi hermana Kate y las hermanas de Adam vinieron corriendo hacia mí, entusiasmadas por la actuación. Esas cuatro siempre andaban juntas. Y siempre se emocionaban, por todo, de una manera que rozaba el escándalo. Era la leche verlas así, tan llenas de... tan tierna felicidad.

—Eso lo hace cualquiera —bufó Adam—, si quieres te toco yo una canción, o cien.

«Ay, Adam, qué poquito me entiendes a veces. O eso, o lo odias tanto que no ves sus intentos por mejorar las cosas». Will dejó la guitarra apoyada en la pared y se aproximó a mí.

—Chicos, vámonos. —Pear hizo el amago de meter a todos mis amigos dentro del colegio, pero no tuvo mucho éxito. Adam y Oliver se negaban a moverse. Los dos me miraban con acusación y decepción.

—Solo quiero hablar con él, creo que se lo ha ganado —les expliqué.

Adam chasqueó la lengua y se marchó, enfadado, sin mirarme, arrastrando

a sus hermanas y a Kate con él. Y Oliver... Oliver me clavó su mirada verde, dolido y resignado. El corazón me latió con fuerza y se me revolvió el estómago. Después de lo que había sucedido entre nosotros... me sentí mal, como si estuviera haciendo algo malo, como si estuviera cometiendo un crimen. Como si estuviera traicionándonos, a Oliver y a mí.

—Tú misma.

Fue como una bofetada. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? No sabía cómo manejar el giro que había dado mi relación con Olly después de aquel (maldito y revelador) beso.

Y, para rematar, la relación entre Will y mis dos mejores amigos nunca había sido buena, pero desde lo de Tessa había muerto.

Todo ello me dejaba en una situación complicada. Aunque creo que la palabra «complicada» no hacía justicia a mi situación. Me imaginé en mitad de una selva. A mi derecha, un vacío negro, desconocido, se extendía hasta el infinito. Podría saltar para descubrir qué se escondía al final, quizá era necesario un salto de fe y me esperaba el paraíso al otro lado, pero ¿y si no había nada? Supondría mi propia destrucción. A mi izquierda, me esperaban una manada de leones, parecían amistosos, pero la desconfianza me embargaba y... el vacío me atraía. Definitivamente «complicada» no era la palabra.

Si era difícil antes de lo de Oliver, después de «eso»... No sabía si perdonaría a Will en algún momento, pero tenía claro que mis amigos no lo harían. Y, en el caso de que yo lo hiciera, sería un problema.

El resto de la pandilla siguió los pasos de Oliver y Adam. Pear me dio un apretón en el brazo para darme fuerzas.

Will redujo la distancia entre nosotros hasta colocarse enfrente de mí.

—Y ahora, ¿qué?

«Eso digo yo». Will se impacientó por mi falta de respuesta.

—Ya no sé qué más hacer, Sara. O me crees o no me crees. Última oportunidad.

—Will, no es fácil. Han pasado muchas cosas en estas últimas semanas y...

—Es un acto de fe, Sara —me interrumpió, y me robó la palabra. Claro que mi fe iba encaminada a saltar al vacío y la suya a que me lanzara a los leones.

—Dame tiempo, Will. Déjame pensar bien las cosas.

«¿Qué es lo que tienes que pensar, Sara? Ya has decidido ignorar tus

recientes sentimientos por el rubiales, entonces, ¿qué te impide volver con Will? La desconfianza. La imagen de Will y Tessa juntos que no me deja pensar con claridad».

—Está bien, pero no tardes demasiado. No voy a esperar por ti toda la vida.

Asentí con la cabeza, me acerqué a su mejilla y le di un beso. Necesitaba saber qué sentiría con su contacto. ¿Habría cambiado algo? Por desgracia, el beso fue tan rápido que apenas pude pararme a analizar las sensaciones.

—O a lo mejor sí.

«¿A lo mejor sí? ¿A qué se refiere?». Will me guiñó un ojo y entró en el colegio. Me quedé analizando su última frase. Reproduje toda la conversación hasta que lo entendí. A lo mejor sí me esperaba eternamente.

¿Estaba dispuesta a perdonar una infidelidad? Empezaba a pensar que sí.

Entré en el colegio. Pear me esperaba en la puerta.

—Vamos a hablar tú y yo, melusina.

Me reí. «Melusina». Desde que había escuchado en mi iPod *La Bella Melusina*, de Mendelsson, le dio por llamarme así. Le hizo gracia el nombre. Acepté sin rechistar.

Junto a nuestra clase, había un pequeño espacio abierto con un par de sofás verdes de terciopelo y una pequeña mesa de cristal. Nos sentamos juntas en uno de los sofás. Bueno, Pear se sentó y yo me dejé caer de manera drástica.

—Sara, ¿qué pasa por tu cabecita?

Decidí sincerarme. Hablar con Pear era como hablar conmigo misma, con la excepción de que a ella no podía engañarla.

—¿A ti te parecería una locura que volviera con Will?

—¿Con todo lo que ha pasado? Francamente, sí. —Bajé la mirada, pero ella me levantó la cabeza y me obligó a mirarla—. Y sabes a lo que me refiero.

Sí, sabía a lo que se refería. A Oliver. Pero yo no quería pensar en ello.

—Ya sé que mi historia con Will es complicada, pero...

—No estamos hablando de Will —me interrumpió—, estamos hablando de ti, de tus sentimientos. Voy a ser sincera contigo. Porque te conozco, porque te quiero y porque tengo que abrirte los ojos. Y puede que no te guste lo que voy a decirte, pero me siento en la obligación de hacerlo. Si no, no sería tu mejor amiga. Prométeme que me vas a escuchar y que vas a ser sincera contigo misma.

«Joder, otra vez me encontraba en la puñetera selva, entre el vacío y los

leones». Me tocaba decidir. Estaba segura de que ese era el propósito de la conversación. Yo quería huir y esconderme, pero Pear no me lo permitiría. Y, la verdad, estaba harta de darle vueltas a todo. Tenía que tomar una decisión.

—Te lo prometo.

—¿Crees que estás enamorada de Will?

—Sí, por supuesto que sí.

—No lo digas tan segura, porque yo creo que estás muy confundida y no sabes lo que quieres o a quién quieres. Deja que te cuente mi perspectiva.

—Habla.

—Will te atrae, mucho. Está bueno, eso es evidente, y sientes una atracción física por él de la hostia, hablando mal.

—Sí, Will me atrae muchísimo, físicamente, pero no es solo eso, Pear.

—¿Te acuerdas de cómo te sentiste la primera vez que lo dejasteis por todo el asunto de la apuesta?

—Como para olvidarlo.

—Yo me acuerdo a la perfección de tu reacción. Will y tú llevabais dos años juntos y lo pasaste mal. Estuviste unas semanas tristona, melancólica, pero nada demasiado trágico.

—¿A dónde quieres llegar?

—¿Qué pasó la segunda vez que lo dejasteis? ¿Qué pasó cuando lo pillaste en la cama con Tessa? No me contestes —interrumpió mi respuesta—. Te lo cuento yo, que lo he vivido en primera línea. Te hundiste, Sara. Esta vez, de la manera más trágica posible. Era como si se hubiera acabado el mundo. Y eso es lo que me chocó. Porque tú no amas tanto a Will como para hacer lo que hiciste.

—¿Te parece que no tenía razones?

—No, me parece que lo que más te jodió fue que Will la había cagado. Que te había humillado. Y con tu peor enemiga. Estás acostumbrada a que todo te salga bien, a llevar tú las riendas de todo. Y, cuando los encontraste en la cama, todo tu mundo de naipes se derrumbó. Porque ¿cómo osaron hacerte eso a ti? A ti, que lo controlas todo. Te descolocó. Cuando sucedió lo de la apuesta, la culpa fue tuya. Pero, en esta ocasión, te la jugaron, los dos. Era la primera vez que te sucedía algo así y no supiste gestionarlo.

—Estás diciendo que no quiero a Will.

—No. Creo que lo quieres, por supuesto que sí, pero quiero que reconozcas que lo que te dolió fue tu orgullo, en un cincuenta por ciento, y que el chico que te atrae como nada en la vida y al que has llegado a querer te

engañara fue el cincuenta por ciento restante. Escaparte del colegio, Sara... tú no eres así, no eres tan débil. Pero aquello te desestabilizó.

No tenía que reconocer nada porque todo eso ya lo sabía yo.

—Es bastante probable que tengas razón.

—Y no he terminado. Estás acojonada por lo que pasó con Oliver.

Lo estaba. Cada vez que pensaba en ello, me palpitaba todo el cuerpo.

—No puedo permitirme pensar en Oliver, Pear. Y me aterra lo que eso pueda significar. Las sensaciones que viví junto a él... Jamás he sentido algo parecido, ni siquiera por Will. Y no quiero saber lo que significan. ¿Qué sentido tiene, además, si no va a volver a suceder nada entre Oliver y yo?

—Y, entonces, ¿qué vas a hacer?

—No puedo pensar en Oliver como en algo más que ser amigos. Lo primero, porque me da miedo y lo segundo, porque, aunque no esté loca de amor por Will, como tú dices, sí lo quiero.

—No he dicho que no lo quieras, Sara. Solo digo que no mueres de amor por él como te haces creer a ti misma y, si lo haces, es porque te sientes cómoda con esa relación. Porque no arriesgas demasiado. Os atraéis mutuamente, os queréis, funcionáis sexualmente, pero no hay más.

Pensé que eso resumía una relación amorosa. Atracción, cariño, sexo.

—¿Y qué más quieres que haya?

—Te lo podría contar, pero prefiero que lo averigües tú sola. Estoy segura de que tarde o temprano lo harás.

—Eso es una respuesta de mierda.

Mi amiga se rio con intensidad. Suspiré y apoyé la cabeza en el respaldo del sofá. Pear juntó su cabeza con la mía.

—Lo es. Entonces, ¿qué vas a hacer?

En aquel instante, tomé la postura más cobarde. Sí, cobarde. Mi primer acto de cobardía. Le di la espalda al vacío y me abrí paso entre los leones.

—Voy a intentarlo con Will. No quiero echar por la borda una relación de años ante el primer obstáculo que nos pone la vida.

—Sara, ¿estás segura? Creo que no estás haciendo bien las cosas. Piénsalo y aclara tus sentimientos. No huyas de ellos.

—No estoy huyendo.

Decidí guiarme por impulsos. Mi cuerpo pedía a gritos que volviera con Will. Por muchas razones, y una de ellas era porque aún sentía algo muy fuerte por él.

—Joder, con la que se lio aquel día —se lamentó Pear—. Tú no estabas,

pero el asunto se nos fue de las manos, a todos.

No lo vi, pero me lo imaginaba. Sobre todo después de ver a cuatro de las personas que más me importaban en la vida con el rostro golpeado. Pear llevaba razón, después de la que le dije ese día, perdonar y volver con Will... Era para darme de hostias. Se me ocurrió una idea para capear el temporal.

—No se lo cuentes a nadie, por favor. No quiero que se sepa.

—¿Qué quieres decir?

—De momento, voy a mantener en secreto que he decidido volver con Will. Excepto a Will, claro.

—Joder, Sara. ¿No estarás pensando en verte a escondidas con él?

Sí, eso era lo que estaba pensando. Al menos al principio. Y según cómo fueran las cosas, ya vería.

—¿Y mi hermano?

Pear levantó la cabeza del respaldo del sofá y me miró interrogante. Se me daba bien cambiar de tema. Me incorporé.

—No te hagas la tonta, ¿qué sentido tiene que yo vuelva con Will y tú sigas enfadada con mi hermano? Tienes que hablar con él.

—No sé cómo hacerlo. Ha pasado tanto tiempo... Lo más probable es que no quiera saber nada de mí.

—Entonces, no dejes que pase el tiempo y que se enfríen más las cosas.

—Y tampoco sé si estoy de acuerdo con su manera de proceder, anteponiendo a Will a todo. Parecen siameses. —Escondió la cabeza en uno de los cojines del sofá—. Ay, Sara, me gusta mucho. Estas semanas sin él han sido una pesadilla, cada vez que lo veo me entran ganas de tirarme a sus brazos, besarlo por todas partes y no dejarlo marchar nunca más.

Conocía la sensación.

—¿Vas a seguir fingiendo que no estás enamorada de él?

Me dio un golpe en el brazo y me miró indignada. Yo la miré levantando mis dos cejas. Su expresión se suavizó.

—No cuela, ¿eh?

—No, Pear. Nunca ha colado.

En la cena, mis amigos seguían enfadados. Los conozco bien. Estaban muy secos y me contestaban con monosílabos. A cada mordisco que daba a mi sándwich miraba de reojo hacia la mesa de Will. Parecía acalorado.

«¿Está discutiendo con mi hermano?». Di otro mordisco a mi comida e intenté disimular. Volví a mirarlos de reojo. Sí que daba la sensación de que discutían. Quise reengancharme a la conversación de mis amigos, pero no

pude. Mi mirada se dirigía una y otra vez hacia aquella mesa.

De repente, mi hermano se levantó y parecía dispuesto a abandonar el comedor. Pear se tensó a mi lado. Will movió la cabeza en señal de negación. Cuando creí que se había ido...

—¡Sara!

«¡Joder, qué susto!». Mi hermano me había gritado en mitad del comedor.

—Te quiero en el aula de descanso en diez minutos.

«¿Pero este qué se cree? No voy a ir. A ver si se piensa que puede darme órdenes así como así».

—No pienso ir. —Crucé los brazos y me recosté en el respaldo de mi silla.

—Y mi madre se queja porque discuto con mi hermana mayor. —Marco tiene una hermana mucho mayor que nosotros, apenas coincidimos con ella en el *Crowden*—. Debería venir y veros a vosotros dos. Nosotros jamás hemos llegado a esos niveles de hostilidad. ¿Alguna vez os decís algo bonito?

—Creo que los he oído, en alguna ocasión, darse los buenos días —contestó Pear pizpireta—, pero no estoy segura, quizá lo he soñado. —Me sonrió y me guiñó un ojo.

—Mucho sueñas tú con mi hermano, me parece a mí.

Pasó de sonreírme a fulminarme con la mirada.

«Ay, melusina, melusina».

8

La pelea

¡Pero qué imbécil soy!, pensaba mientras me dirigía a la sala de descanso. Bastó un único grito del idiota de Daniel para que fuera de cabeza a acatar sus órdenes. Justifiqué mi comportamiento convenciéndome a mí misma de que lo que me había movido a obedecerle era la curiosidad. ¿Qué querría decirme?

Fui sola a su encuentro, ninguno de mis amigos me acompañó. Lo preferí así. Y tampoco es que Oliver y Adam estuvieran muy receptivos. ¿Cuándo se complicaron tanto nuestras vidas? ¿Cuándo dejamos de jugar en los columpios y nos subimos a aquel carrusel de desencuentros? ¿Eso era la adolescencia? Porque no me gustaba nada.

Llegué a la sala de descanso. La puerta estaba cerrada (algo extraño) y entré sin llamar. Di un grito ahogado por el espectáculo que se presentó ante mis ojos. Daniel estaba dentro, pero no estaba solo. ¡Estaba besándose con Chloe! ¡La chica de Adam! ¡En la boca! Dos personas me vinieron, al instante, a la cabeza: Adam y Pear.

Los amantes traidores se separaron abruptamente, bueno, más bien, lo hizo Daniel al escuchar la puerta. Yo me quedé pegada a la puerta, mi mano todavía sujetaba la manilla.

—¿Qué coño haces? —gritó a Chloe, haciéndose el sorprendido.

«¡No disimules ahora, Daniel! Todos los tíos son iguales. ¿Cómo has podido hacerle esto a Adam? ¿Y a Pear? Y yo animándola para que te perdonara». Las palabras no salían de mi boca, estaba impactada.

—Sara, no es lo que parece —me dijo mi hermano, acercándose a mí.

Ese era el eufemismo del año. ¿Por qué se empeñaban en negar lo evidente? «¿No es lo que parece? ¿No te estás enrollando con la chica de Adam?».

—Tengo que decírselo a Adam. —Era en lo único en que pensaba y lo único que era capaz de decir. Solté la manilla de la puerta y me di la vuelta, no sin antes lanzar a Chloe una mirada envenenada. Porque la culpa no era de mi hermano, era de los dos. Dos no se besan si uno no quiere.

—No, Sara, espera —Daniel llegó hasta mí y me sujetó del brazo, frenándome e impidiendo que me alejara de la sala—, no te vayas así, joder. Te aseguro que no tengo ni puta idea de lo que acaba de pasar... ¡Yo no la he

besado!

No lo escuché, tiré de mi brazo para soltarme, pero Daniel me sujetaba con fuerza.

—Joder, no le vayas con el cuento a Adam y Pear, al menos dame algo de tiempo.

¿Tiempo para qué? ¿Para inventarse alguna historia que justificara lo que había visto? «Oh, no, de ninguna manera».

—¿Qué? No, ni hablar. —Negué con la cabeza.

—No entiendo qué cojones ha pasado, Sara. Te juro que se me ha lanzado en cuanto has entrado.

«Sí, claro, a Will se le mete Tessa en la cama sin que se entere y a él le saltan las mujeres a los brazos sin pretenderlo. Vaya par».

—No, tengo que decírselo a Adam. Y a Pear. —Me solté del amarre de mi hermano y apunté a Chloe con mi dedo acusador—. Empezabas a gustarle, ¿sabes? Pero ahora me encargo yo de que se olvide de ti. Vas a salir de la misma manera que has entrado: rápido.

—¿No me vas a conceder el beneficio de la duda? ¿Vas a anteponer a Adam ante mí? —me preguntó mi hermano, sujetándome el brazo.

—Por supuesto que sí.

No dudé en contestar. Una y mil veces antepondría los intereses de Adam frente a los de mi hermano.

—Te repito que no sé qué ha sucedido. La loca esta —hizo un movimiento despectivo hacia la chica infiel— ha entrado detrás de mí hablándome del tiempo y no sé qué hostias más y me ha besado justo cuando abrías la puerta.

—Dan, no disimulemos más —intervino la asquerosa de Chloe—, por favor, estoy harta de mentiras y engaños.

—¿Pero qué coño dices, loca? —se aproximó a ella—. ¡DI LA PUTA VERDAD!

Corrí hacia ellos y me puse en medio. Daniel estaba muy alterado. En raras ocasiones perdía los nervios. Empecé a dudar. Cogí a mi hermano por los hombros y lo separé de la chica. Giré la cabeza y le grité.

—¡Lárgate!

La rubia oxigenada se marchó corriendo, sin mirar atrás, pero no parecía afectada, más bien me dio la impresión de que estaba... ¿satisfecha?

—Sara, un día —me suplicó mi hermano—, dame un día para ver por qué coño esa tía se me ha lanzado a la boca. Porque te juro que no entiendo una mierda y necesito averiguarlo. Mañana se lo cuentas todo a Adam y Pear, haya

llegado yo a algo o no.

No sabía qué hacer. Moría por contárselo a Adam, pero, por otra parte, debería aprender de mis errores y dar un voto de confianza a mi hermano, el que no di a Will. Lo pensé unos instantes hasta que asentí con la cabeza.

—Está bien. Tienes un día, Daniel. Ni uno más —le advertí con el dedo índice.

Me dio las gracias (supernovedad) y salió escopetado de la sala. Me quedé sola. Todo era muy extraño. ¿Por qué sonreía Chloe? Y, después de ver la reacción de mi hermano, tenía claro que no mentía, lo vi en sus ojos. Por eso acepté darle ese voto de confianza. Esperaba no arrepentirme.

Pasé una noche horrible, Adam dormía a mi lado, tranquilo como un bebé, y yo me sentía fatal sabiendo lo que sabía y sin poder contárselo. Le pregunté si había estado con Chloe esa noche, pero me explicó que ella había quedado con sus amigas.

«Claro, con sus amigas. Zorra mentirosa».

Le prometí a mi hermano que le daría un día y eso haría. «No sé por qué me dejo convencer por él, si fuera al revés...».

Al día siguiente era martes, y me tocaba sesión con Brenda, la psicóloga. Me notó inquieta y me asedió a preguntas, pero me inventé historias sobre ataques nocturnos; eso le encantaba. Por supuesto, no le dije nada sobre mi último ataque.

Salí de su despacho y fui directa a clase. Cuando llegué, alguien estaba discutiendo.

—Sara. —Adam me vio, según entré por la puerta, y vino hacia mí, agitado y acelerado.

—No pidas apoyo a tu querida *Totó*, Adam. Ella lo sabía todo y no te lo contó.

—¡Cállate, joder! No eres más que una jodida mentirosa. —Estaba muy enfadado. «Oh, oh, tengo un mal presentimiento».

Miré a mis amigos, se les veía sorprendidos y contrariados. ¿Se habían enterado de lo del beso de Chloe con mi hermano?

«No puede ser, ¿quién se lo ha dicho?». Chloe no podía ser tan tonta como para perjudicarse por iniciativa propia. ¿O sí?

—¿No me crees, Adam? Vale, pregúntale a ella. Pregúntale a tu superamigueta, que me parece a mí que no lo es tanto... —Chloe me miró triunfante. «Hija de... ».

Adam me miró y descubrió la verdad en mis ojos. No esperaba menos de

él. Aquella maldita conexión que teníamos... Aquello no debería estar pasando, pretendía contárselo más tarde.

—Adam, escúchame —intenté explicarle lo sucedido, no quería que pensara que lo había traicionado, pero no me dejó continuar.

—No... no puede ser... Tú no... tú nunca... —Negaba con la cabeza mientras caminaba hacia atrás alejándose de mí.

—Adam, iba a decírtelo esta noche.

Error. En aquella ocasión, fui yo quien lo vio en sus ojos. En realidad, yo, y cualquiera que mirara, porque parecían dos bolas de fuego.

—Esta noche. ¿¿ESTA NOCHE?? —Adam levantó los brazos y yo di un respingo por su grito (a pesar de esperármelo)—. ¿Desde cuándo coño lo sabes, Sara?

«Joder, ya estamos con el *Sara* de las narices. ¡Qué manía tienen todos de llamarme por mi nombre cuando se cabrean!».

—Desde que pasó, nos pilló *in fraganti* a Daniel y a mí. —Eché una mirada fulminante a Chloe. O se callaba, o la callaba yo de un bofetón.

—¿Sara? —me preguntó Pear dolida.

«Mierda». Me había olvidado de que Pear estaba ahí. «Soy la peor amiga del mundo. Esto no puede estar pasando. Joder, Daniel. La que hemos liado».

Adam se llevó las manos a la cabeza. Intenté aproximarme a él, pero me apartó con un gesto brusco.

—¿Por qué no me lo has dicho? ¿Por defender a Daniel? ¿En serio? ¿A Daniel?

—No, Adam, las cosas no son así. Escúchame, por favor. Todo tiene una explicación.

—Las cosas no son así —Adam repitió mis palabras y se rio sarcástico (mala señal). Un segundo después, dio un golpe fuerte a la mesa con la palma de la mano—. ¿Y cómo coño son las cosas, Sara? ¿Acaso no me has ocultado la verdad?

No podía contestarle. A ese Adam no lo conocía, estaba muy muy dolido. Nunca me había gritado así, ni mirado así. Me sentía como expuesta ante el tribunal de la Santa Inquisición Española: a la hoguera, sin miramientos. La pregunta es: ¿era culpable de lo que se me acusaba? Yo creía que no.

—Adam, por favor. Déjame explicártelo.

—Lo que pasa es que Daniel, a pesar de todos vuestros jodidos problemas, es tu hermano, tu sangre, y yo no. No necesito que me expliques nada, Sara. Vete a la mierda.

—Adam, espera. —Me acerqué a él y lo cogí del codo.

—¡Déjame en paz! ¡Ni te acerques! —Se zafó de mi agarre con violencia. Lo que vi en sus ojos me dejó destrozada.

No quería escucharme, le importaba una mierda que Chloe se hubiera besuqueado con mi hermano. Lo que le dolía, por encima de todo, era mi supuesta traición. Si tan solo me hubiera permitido explicarle que no había tal traición, que mi pecado fue conceder un día a mi hermano porque me juró que no había hecho nada y que quería intentar descubrir qué estaba pasando.

Miré a Oliver en busca de apoyo y comprensión mientras me caían lágrimas por las mejillas. Adam y yo nos habíamos enfadado antes, pero no de aquella manera. Estaba asustada. No podía perderlo. «Lo necesito más que al aire que respiro».

—Olly, déjame explicarte lo que ha pasado, por favor —le rogué.

Me miró como si lo hubiera traicionado a él también. Claro que lo nuestro traía cola. «No, tú no. Los dos a la vez, no». No pude evitar pensar que el día anterior estaban ambos enfadados conmigo por mi acercamiento con Will y que yo no hice nada para remediarlo. Y lo de Chloe fue la gota que colmó el vaso.

—Sí, luego te veo, primero... primero debo ir con Adam.

—Está bien —le susurré, llorando, cuando ya había salido por la puerta.

Brian se acercó a mí y me abrazó.

—Tranquila, Sara, está enfadado, pero se le pasará. Yo confío en ti, sé que no harías jamás nada en contra de Adam, y que no antepondrías a tu hermano por encima de él, no para hacerle daño.

Le di las gracias devolviéndole el abrazo. El resto de mis amigos se aproximaron a mí para brindarme su apoyo. Todos, excepto Pear.

—Pear, por favor, escúchame.

Se dio media vuelta y salió corriendo.

—¡Pear!

Corrí detrás de ella. Escuché las risitas de Chloe y compañía al pasar junto a ellas, pero las ignoré. Alcancé a mi amiga en las escaleras.

—Pear, espera. Perdóname y déjame que te lo explique todo. Daniel dice que...

Se giró y me miró enfadada, mientras levantaba la mano para hacerme callar.

—Sara, si me quieres, déjame en paz. Ahora no quiero ni verte. —Se dio la vuelta y bajó por la escalinata sin mirar atrás.

«Genial. Mis tres mejores amigos enfadados conmigo a la vez. Mi vida no podría ser mejor». A pesar de no creer en Dios, en momentos como aquel realmente pensaba que debía de existir alguien ahí arriba dispuesto a darme por culo por placer. De otra manera, ¿cómo era posible que me salieran las cosas tan mal? «Porque, cuando haces mal las cosas, estas son las consecuencias». A mi conciencia también le gustaba... tocarme la moral, por decirlo de una manera elegante.

Intenté, a lo largo de aquel maldito día, hablar con Pear, pero estaba muy enfadada y, como me dijo a la cara, no quería ni verme.

Por la noche, no podía dormir; no quería hacerlo si no tenía junto a mí ni a Adam ni a Oliver. Nunca pensé que me dejarían sola y, menos aún, después del ataque que había tenido días atrás. Me di cuenta de la enorme dependencia que tenía de ellos y me mosqueé. Nadie debería depender tanto de otra persona. Te hace débil.

Salí de mi dormitorio y escribí un mensaje a Pear:

Sara: ¿Puedo ir a tu habitación para que hablemos?

Pear: No.

«Joder. No me va a perdonar nunca». Me puse en su lugar y entendí su enfado. Enterarse de que mi hermano se había enrollado con otra chica y que yo lo sabía... era una traición, en toda regla, por mi parte. Claro que, si me hubiera escuchado, podría haberle explicado lo sucedido.

Como sabía que no iba a dormirme, me fui a la sala de música a tocar el piano. Estaba destrozada; cuando crees que nada puede ir a peor, suceden esas cosas. Y yo pensando que todos mis problemas eran estar peleada con Will y Daniel.

Intenté imitar a Beethoven con *Moonlight Sonata*. Más tarde (no sabía cuánto), estaba tan crispada que *Storm* de Vivaldi hizo acto de presencia. Había sobrepasado el toque de queda de la residencia, eso seguro. «Que vengan y me expulsen de una vez de este maldito colegio».

Escuché pasos a lo lejos. Se aproximaban a la sala.

—Joder, aquí estás. Te hemos buscado por todas partes.

El bueno de Oliver. «A buenas horas. No quiero verte. Ahora, no». No me giré, pero lo noté cerca de mí.

—No has buscado demasiado.

Suspiró de manera exagerada. Vamos, en su línea. Si creía que me amedrentaría con sus suspiros, lo llevaba claro. Entendía (reconozco que cada vez menos) el mosqueo de Adam y Pear. Pero ¿él?

—Es tarde, vamos a dormir.

No tenía ganas de discutir. «Bien, pues quizá yo sí».

—No tengo sueño, ve tú.

—Nena.

—¿Qué, Oliver? —Lo miré a los ojos por primera vez.

Había una firme determinación en nuestras voces. Los dos estábamos enfadados. ¿El motivo? Creo que cada uno teníamos el nuestro. Lo que me quedó claro es que no tenía demasiado que ver con lo que había sucedido con Adam. Me di cuenta de que, en realidad, no me apetecía discutir con él, no me sentía preparada para lo que tuviera que decirme.

—Vamos a dormir. Fin de la discusión. —Bajó la tapa del piano de un golpe seco.

Definitivamente, no íbamos a discutir. Él no quería, y yo no sabía ni lo que quería. Cuando estoy enfadada, soy como una montaña rusa y paso de un extremo a otro en segundos.

Lo miré, fulminándolo con la mirada, pero le obedecí. «Oliver gana. Por hoy».

Nos metimos en la cama, yo lo más alejada posible de su cuerpo. No quería rozarlo. «Que te den, rubiales».

Al día siguiente, no bajé a desayunar con la pandilla. El sueño nocturno no fue reparador ni muchísimo menos. Apenas dormí, solo pensé en todo lo sucedido, en mis amigos, que no me habían escuchado. Y me enfadé. Me enfadé con Oliver, con Adam y con Pear. «¡Tres en raya!».

En clase, los ignoré, me cambié de sitio con Moira para no tener que estar cerca de ninguno de ellos. Oliver y Adam parecían más receptivos (a pesar de mi actitud), pero Pear pasaba olímpicamente de mí. Era muy frustrante. Y yo soy de fácil enfado, lo reconozco. Estoy muy lejos de ser perfecta.

Pasó la mañana y llegó la clase de gimnasia. Aquel año conmemorábamos los deportes. Eso significaba que, cada dos semanas, practicábamos un deporte diferente. Aquel día, tocaba voleibol.

Estaba a punto de devolver un golpe cuando alguien me empujó y me hizo perder el equilibrio. Caí de rodillas y me hice daño.

«Ay, duele».

Examiné mis rodillas, sangraba. Como me escocían horrores, me salieron

muecas de dolor. Agité las manos, pero no se calmaba el escozor. Miré por encima del hombro para ver quién me había empujado: un esbirro de Tessa. No era un buen día para calentarme, tenía los nervios a punto para saltar a la mínima.

—Sara, ¿estás bien?

Era Adam, que se acercó a mí, con preocupación en el rostro. Lo miré con la misma expresión de extrañeza con la que miraría a una farola que de pronto me habla. Mi tren de pensamientos salió de la estación.

«No puede venir a ver si me ha pasado algo así, como si nada, no después de lo que me hizo pasar anoche. No después de pasar una noche horrible pensando que podría darme uno de mis ataques y que él no viniera a verme, a ayudarme; sabe que eso es sagrado. Pase lo que pase, no me puede dejar sola por las noches. Me prometió que siempre estaría a mi lado y ayer no lo estuvo, a propósito».

—Déjame ver. —Al comprobar que no le contestaba, se agachó junto a mí, y me tocó con su mano una de las rodillas, con delicadeza.

—No me toques, Adam.

—Sara, déjame ver qué te has hecho.

Nuestros amigos llegaron hasta nosotros junto al profesor.

—¡Que no me toques, Adam! —Le aparté las manos y me puse en pie. Di vueltas por el campo improvisado de voleibol en un intento de disminuir el dolor.

—Sara...

Adam me miró con dolor. Sentí el impulso de lanzarme a sus brazos y pedirle perdón, pero mi orgullo no me lo permitió. «Malditos genes Summers».

—Summers, vamos a la enfermería a que te curen eso. Seguid con la clase —terció el profesor. Di la espalda a Adam y me fui a la enfermería.

Después de que me curasen las rodillas, fui a comer. Llevaba el pantalón de chándal levantado hasta las pantorrillas para que les diera el aire a las heridas y se secase la pomada que me habían aplicado.

Llegué al comedor, pero no quería sentarme en mi mesa. Antes de coger la comida, me preparé un zumo de naranja; me apetecía, tenía la garganta seca. Me encontraba en tal estado de nervios por todo lo que había sucedido que se me cayó el zumo de las manos en mitad del comedor.

Todos los alumnos aplaudieron, todos excepto mis amigos. Me puse a limpiarlo, pero enseguida vino una de las cocineras a ocuparse del desastre.

Cogí una bandeja y me serví algo de comida. Divisé la mesa de mi hermano y allí me dirigí.

Me senté en una silla vacía y miré a mi hermano con resquemor.

—No me apetece sentarme con Adam y Pear, y es todo por tu culpa. Así que pienso comer aquí.

Mi hermano levantó las manos en señal de rendición.

—¡No te he dicho nada!

—¿Ahora eres tú la que está enfadada con Adam y Pear? —me preguntó Will.

No le contesté.

—Tienes un don especial para dar la vuelta a las cosas, Sarita —me dijo.

—No me han dejado explicarme. Solo se han enfadado y me han ignorado.

—¿Cómo se han atrevido a hacer semejante atrocidad? —El semblante de Will se transformó, en segundos, de falsa indignación a recochineo puro— ¿A que jode?

«¡Zas!». Miré al techo buscando a Dios y le pregunté, en silencio, que a ver por qué se empeñaba en seguir dándome por culo. «Porque te lo mereces», ahí estaba mi conciencia otra vez, aunque, en eso, tenía razón. Eso fue lo que yo hice con Will, no escucharlo, no permitir que se explicara. Y sí que jodía. Tenía una sensación arrolladora de impotencia y una enorme necesidad de que me creyeran. Era horrible. «¿Así se ha sentido Will todo este tiempo?». No me extrañaba que me pasara aquello, era un castigo por lo mal que me había portado con él. «Está bien, Dios todopoderoso, lo acepto. Haz conmigo lo que quieras».

—Aston viene hacia aquí.

«Colosal, ¿qué narices busca el rubiales en nuestra mesa? Es decir, ¿en la mesa de mi hermano? Joder, qué rápido me apropio de las cosas». Además de orgullo, los Summers tenemos el sentido de la propiedad muy extendido.

—¿Por qué te has sentado aquí? —me preguntó Oliver.

—No somos leprosos, Aston —le increpó Will.

Oliver hizo oídos sordos y esperó, paciente, mi respuesta.

—Porque me ha dado la gana.

Aunque reconocía que me había excedido con Will, por no escucharlo, eso no significaba que no estuviera enfadada con Oliver. ¿Por qué? Porque estaba enfadada con el mundo. Me apetece bronca con cualquiera que se cruzara en mi camino. Tenía un mal día.

—Ya has oído, Aston. Lárgate. No eres bien recibido. —La sensación de

triunfo que asedió a Will fue apabullante. Era la primera vez en la vida que apartaba a Oliver de mi lado y lo disfrutó. El rubio me miró para confirmar sus palabras y yo me quedé impasible.

—Muy bien. Cuando recuperes la cordura, ven a buscarme. Y veré si me apetece estar contigo.

«¡Qué valor! Y luego soy yo la que da vuelta a las cosas. Puedes esperar sentado, rubiales».

Adam

Me sentía muy jodido. No podía estar peleado con Sara más de un día, no me gustaba. La quiero con toda mi alma, como si fuera una parte de mí, como si fuera mi hermana, más que eso, en realidad. Por eso me había jodido tanto lo ocurrido, por eso no dejé que se explicara. Estaba cabreado y no atendí a razones, pero estaba seguro de que Sara tuvo sus motivos para actuar como lo hizo. «Si tan solo me dejara acercarme a ella».

—Adam.

«Daniel». Ni lo miré. «Jodido Summers». Y yo pensando que en el fondo éramos colegas. Supongo que él no tiene fondo.

—Ya sabes que a mí Oliver y tú me importáis una mierda. —«Joder, empezamos bien. Lo que digo yo, sin fondo»—. Oliver más que tú, en realidad. Pero, por alguna extraña razón que no alcanzo a comprender, mi hermana os adora, a los dos. Deberías concederle el beneficio de la duda y escucharla. —Finjo que no lo escucho, pero él sigue a lo suyo—. Ayer, la cité en la sala de descanso para echarle la bronca por su estúpido comportamiento con Will y, antes de que llegara, entró Chloe y, en cuanto notó que se abría la puerta, se lanzó a mi boca. Sara se mosqueó y quería contártelo al instante, pero la convencí para que me concediera un solo día para intentar descubrir por qué la pirada de tu novia se me había lanzado a los brazos.

—No era mi novia —lo corregí.

—Como quieras, el caso es que...

—¿Has descubierto algo? —lo interrumpí.

—No. Pero te aseguro que fue cosa de ella. Puedes creerme o no. A mí me la suda. Pero mi hermana no se merece tu desprecio. Esta vez, tiene razón.

Acabó su discursito de los cojones y se largó. Y sabía que tenía razón; debí escuchar a Sara. No entendía la actitud de Chloe, pero tampoco me rompí demasiado la cabeza pensando en ello, lo que más me importaba era Sara.

Fui a buscarla para disculparme por no haber estado con ella por la noche. Oliver me aseguró que él se hacía cargo, que era mejor que pasáramos la noche separados. Jamás la hubiera dejado sola de no haber estado Olly con ella.

Mientras caminaba por el colegio en busca de mi amiga, distinguí a lo lejos a Tessa y a Chloe. ¿Qué hacían esas dos juntas? Me pareció extraño de cojones, no eran amigas; de haberlo sido, no me hubiera enrollado con ella por muy buena que estuviera. Las seguí en silencio. Se metieron en el baño de chicas. «Mierda».

Sentía tanta curiosidad por aquella extraña pareja que pegué el oído a la puerta. Como no lograba escuchar nada, me arriesgué a entrar. Y di en el puto clavo, porque estaban dentro de uno de los baños, con la puerta cerrada, por lo que pude escucharlas sin que me descubrieran. Reían.

—*Te dije que mi plan funcionaría.*

Esa era Tessa Frambuesa. ¿A qué se refería? Una alerta se disparó en mi cuerpo.

—*Sí, ha sido genial, ¡los hemos separado! Y ha sido facilísimo.*

«¿Qué?».

—*Ya te dije que confiaras en mí. Sara es la debilidad de Adam y viceversa.*

—*No me importa haber perdido a Adam; de todas formas, nunca lo tuve. Siempre está Summers revoloteando por medio, me doy por satisfecha sabiendo que no se hablan.*

Me entraron ganas de entrar y partirles la cara a las dos. Escuché cómo celebraban toda la jugada hasta que no aguanté más y me piré.

Fui en busca de Sara, tenía que saber lo que habían hecho ese par. «Joder, ¡qué gilipollas soy!».

Salí corriendo del colegio y recorrí todos los lugares en los que solíamos estar. Después de un par de vueltas, la encontré en nuestro árbol con Olivia y Brian.

—Sara, necesito hablar contigo. —No dejé que me interrumpiera—. He pillado a Tessa y Chloe hablando en el baño. —Entonces tuve toda su atención. Le extrañó. Lógico. Esas dos nunca habían cruzado más de dos frases.

—¿Tu Chloe? —me preguntó Olivia.

«Los cojones *mi* Chloe». Aun así, supe a qué se refería.

—Sí.

—¿Con Tessa Sorpresa? —insistió.

«*Sorpresa* la que me he llevado yo».

—Que sí, joder.

Qué complicado lo ponen siempre las mujeres, no le dejan a uno arrancar.

—Habrás intentado escuchar lo que decían, ¿no, Wallace? —«Coño, qué

tocapelotas puede llegar a ponerse Sara cuando se lo propone».

—La duda ofende, *Totó*.

—¿Y qué has descubierto?

—Que lo tenían todo preparado, querían que tú y yo nos cabreáramos. Sabían que aparecerías en la *escena del crimen* porque escucharon a Daniel citarte en el comedor y se abalanzó sobre él para que tú los pillaras. Se la jugaron arriesgándose a que no me dirías nada porque Daniel lo negaría y tú le creerías...

Sara

La ira me poseyó y no fui capaz de controlarla. Pocas veces en mi vida me he sentido así. Había acumulado, desde el día anterior, un sentimiento demasiado negro en mi interior, y gritaba por su liberación. Era rabia por hacerme enfadar con Adam, rabia por robarme los patines y separarme de Will y rabia por meterse en su cama. Exploté. Y no había vuelta atrás. Me levanté de la hierba y me acerqué a Adam.

—¿Dónde estaban?

—¿Qué?

—¿Que dónde estaban? ¿En qué baño, Adam? —le pregunté, impaciente, mientras echaba a andar hacia el colegio.

—En el de la segunda planta, pero no sé si seguirán ahí.

Eché a correr en esa dirección.

—Sara, ¿a dónde vas?

Mis tres amigos me seguían mientras yo corría, enajenada, hacia el edificio principal. Subí los peldaños del patio a toda prisa y llegué a la entrada del colegio en un santiamén. Me paré un segundo para reflexionar. Estaban en el baño de la segunda planta y aún quedaba tiempo antes de volver a clase...

«¿Dónde estás, Tessa?». Me la jugué con la sala de descanso de la segunda planta. Además, ahí fue donde comenzó todo aquel embrollo. Subí los dos pisos que me separaban de mi objetivo como alma que lleva el diablo. Corrí por el pasillo hasta la sala de descanso. Llegué y me detuve ante la puerta abierta.

Las vi al fondo de la sala, riéndose por algo, y fui directa hacia Tessa. Adam me cogió de la muñeca, pero le grité que me dejara en paz de malas maneras. Tenía las mismas ansias de venganza que Uma Thurman en *Kill Bill*. Solo me faltaba la espada samurái.

Aparté a la gente que encontraba en mi camino a empujones e ignoré sus quejas. No sabía ni quiénes eran, no distinguía ningún rostro, solo el de ella.

Tessa.

Me lancé hacia mi archienemiga y la pegué un tortazo vertiendo toda mi rabia en ella. Me daba igual que me expulsaran, no me importaba nada, solo

quería venganza, venganza por todo lo que me había hecho. La odié, jamás pensé que podría albergar en mi corazón un sentimiento tan negro hacia otro ser humano.

—¿Qué haces? ¿Estás loca? —Intentó alejarse de mí, pero no se lo permití.

Tessa chillaba, se defendía con uñas y dientes y me alcanzó en varias ocasiones, pero no me dolía, no sentía nada, solo odio y ganas de venganza. La cogí de los pelos y la arrastré por media sala (sí, tal cual, vergonzoso). Sus gritos eran música para mis oídos. Y a mí me encanta la música. Nadie nos interrumpió, entiendo que Adam y Brian no dejaban que nadie se acercara, hasta que Tessa consiguió liberarse y ponerse encima de mí. Estuvo a punto de pegarme en la cara, pero Adam la sujetó la mano.

—Quieta, fierecilla. Ni se te ocurra.

Yo aún no había terminado. Aproveché la interrupción de Adam para lanzarme a por ella otra vez, pero no llegué a tocarla. En cuanto me posicioné encima de ella, unos brazos me sujetaron y me alejaron. Miré hacia atrás y vi que era mi hermano Daniel quien me retenía.

—¡Suéltame!

—¡Joder!, ¿qué ha pasado? —Daniel pedía explicaciones a Adam.

Yo intentaba liberarme y casi lo conseguí, porque me acerqué de nuevo a Tessa. Ella puso cara de terror y se colocó detrás de sus amigos, que habían ido a socorrerla. Pero volvieron a alejarme de ella. Entonces, me agarraban cuatro manos. Las otras eran de Will, reconocí sus brazos.

—¡Que me soltéis! —Chillaba mientras daba patadas al aire intentando en vano alcanzar a Tessa. No lo conseguiría. Me rendí. Fue entonces cuando noté el sabor de la sangre en mi boca y el horrible escozor en el ojo.

—¡Te juro que te vas a arrepentir de esta, Summers! ¡Te van a expulsar! ¡Te lo juro!

—No jures en vano, Teresa —le dijo mi hermano amenazador, pero calmado—, hasta donde yo sé ha sido cosa de dos. O mejor aún, has empezado tú.

—¡Y una mierda! ¡Ha empezado ella! ¡Me ha atacado sin motivo!

«¿Sin motivo? ¡Me cago en...!».

Me fijé en su aspecto, y una especie de satisfacción me subió por el pecho. Era como si le hubiera pasado una apisonadora por encima. Su perfecto pelo rubio apuntaba hacia todas las direcciones.

—¿Tú crees? ¡Adam, Brian! —Mi hermano llamó a mis amigos—. ¿Quién ha empezado la pelea?

—Tessa Sabuesa —contestaron los dos, al unísono, con chulería.

—¡Mentira! ¡Tengo pruebas! ¡Todo el mundo ha visto cómo venía hacia mí como una puñetera loca! ¡Porque estás loca, Summers! ¡Estás desquiciada!

No lo negué.

—Yo no he visto tal cosa —me defendió Olivia.

—¿Tú qué vas a decir? ¡Eres su amiga! ¡La directora no os va a creer a ninguno de vosotros!

Daniel continuó hablando.

—Jack y Aaron no son sus amigos, son amigos de su exnovio. Exnovio, por cierto, con el que se lleva de puto culo como sabe todo el colegio. —Will, que persistía en su agarre, se tensó ante aquellas palabras—. No moverían un solo dedo para ayudarla. Antes está Will. Es un tema de lealtad, no creo que lo entiendas. Chicos —se giró hacia sus amigos—, ¿quién ha empezado la pelea?

—Tessa —contestaron los dos, de nuevo, a la vez.

—Es una pena que, a lo largo de los años, te hayas forjado tantos enemigos, Tessa. Yo, sin embargo, todo lo contrario. ¿Qué piensas que va a contar la gente? ¿Lo que digas tú o lo que diga yo? ¿De qué lado crees que se van a poner?

Nadie habló; hasta los amigos de Tessa permanecieron en silencio. A Chloe no la veía, debió de huir pensando que después iría a por ella. «Cobarde». Estaban todos bastante acojonados. Mi hermano tenía muchos amigos en el colegio, era influyente y nadie quería llevarse mal con él. No entendí su defensa hacia mi persona; quizás se sentía mal por todo lo ocurrido, a pesar de que le habían tendido una trampa.

—¿Qué está pasando aquí? —El profesor de matemáticas apareció de la nada. El *buenorro*.

Will me soltó al instante creando distancia. No quería que los profesores pensaran que estaba de mi lado.

—Pelea de gatas. Deberíais expulsarlas a las dos. Vaya espectáculo más lamentable. Este colegio últimamente deja mucho que desear.

«Gracias, Will».

Fui a curarme a la enfermería con mi hermano y Pear. Mi amiga se enteró de toda la movida (porque aún no era muy popular Twitter que, si no, mi pelea hubiera sido *trending topic* dentro de los muros del *Crowden* en cuestión de segundos). Nos habíamos cruzado con ella a la salida de la sala de descanso. No nos dijimos nada. Ella me perdonaba y yo la perdonaba, aunque yo seguía *mosqueadilla*. No puedo evitarlo: cuando me enfado, me cuesta mucho

desenfádamme.

Había tensión en la sala. Mucha. Diría que hasta superaba los mil voltios. Pear se mordía la lengua para no discutir con mi hermano por todo lo que había pasado. A fin de cuentas, no tenía derecho porque ya no estaban *liados*.

Adam prestaba declaración en el despacho de la directora. Intentó acompañarme a la enfermería, pero no se lo permití. Le chillé y lo acusé de mi estado de nervios. Estaba descontrolada y necesitaba desahogarme. Siempre la pagas con quien más cerca tienes. Al menos, Adam puede estar seguro de que se ha ganado el cielo aguantándome tanta tontería.

En plena cura, apareció Oliver por la puerta de la enfermería. «El que faltaba».

—Nena, ¿qué ha pasado? —me preguntó, preocupado, mientras se aproximaba a mí. Y para qué negarlo, ese «nena» me derritió por dentro. Oliver siempre tiene ese efecto en mí. Mi mosqueo se redujo a la mitad, pero no quise hacérselo saber.

—Nada.

—Acabo de cruzarme con Tessa, tiene la cara magullada y un cabreo que te cagas. Dicen que has sido tú. ¿Es cierto? —me preguntó con cautela.

—Sí, ha sido ella. Que no se repita, Sara —le confirmó Daniel—. Yo me largo.

Oliver y Daniel en la misma habitación... Difícil situación. Si había mal rollo antes de que llegara, después, todavía más. Cuando ambos se encontraban a escasos centímetros el uno del otro, la tensión se podía cortar con un cuchillo.

Oliver me apartó el pelo de la cara (yo también acabé con pelos de loca) y me miró a los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó Pear en mi lugar—, está bien. —Pear me acarició el pelo. Intentó recomponerme las dos trencitas que llevaba puestas.

—¿Me podéis contar lo que ha pasado?

Le hicimos un breve resumen: Tessa con sus maldades + Sara desquiciada = pelea asegurada.

Por la noche, estaba sola en mi dormitorio. Había pedido a Oliver que me dejara sola con la promesa de ir a buscarlo si lo necesitaba. Me habían dado unos calmantes y me encontraba algo más relajada. A la mañana siguiente, debía ir a hablar con Peters.

«La que he liado hoy, no me reconozco. No me gusta verme así». Quería

que todo volviera a la normalidad.

Me levanté de la cama y fui a la habitación de Adam. Entré y lo vi tumbado en la cama, con la luz apagada. Estaba de espaldas a mí. Me tumbé junto a él, pero sin tocarlo. Suspiré drásticamente, imitando a Oliver, para que se percatara de mi presencia, pero nada. Como no dio señales de vida, decidí actuar.

—Adam, ¿estás despierto?

—No.

«Ya sabía yo que estaba despierto». Toda defensa empieza por un buen ataque.

—Adam, ayer me dejaste sola.

No intentó defenderse.

—Me prometiste que, pasara lo que pasara, jamás me dejarías sola por la noche. —Se giró y nos quedamos de frente.

—No te dejé sola. Cuando me largué enfadado, Oliver vino conmigo. — Era consciente de ello, sí—. Estuvimos hablando y me di cuenta de que tenía que haber dejado que te explicaras. Tú no me harías daño a propósito.

«Y ahora se da cuenta el señorito. Después de la que se ha liado».

—Te estuvimos buscando en tu dormitorio, en la pista de hielo, en el embarcadero... Fuimos hasta «Once metros» en la moto de Olly, pero no aparecías.

—¿Fuiste de paquete en la moto de Olly?

Adam gruñó.

—Estaba tocando el piano —le expliqué.

—Lo sé, ¿en la sala de música? ¿Cuándo coño vas tú a la sala de música? Siempre tocas en tu dormitorio.

—Quizá mi subconsciente no quería que me encontrarais.

—Y estábamos preocupados, pero decidimos dar una vuelta por el colegio. Por suerte, escuchamos el piano y reconocería ese sonido hasta en el infierno. Nos asomamos a la sala y ahí estabas: aporreando a Vivaldi.

«Yo no *aporro* a Vivaldi». Cada vez nos acercábamos más, ya casi nos tocábamos, sentía el calor de su cuerpo. Necesitaba aproximarme más.

—Quise entrar a pedirte perdón por no escucharte, pero estaba cabreado —reconoció—. Olly me dijo que se ocupaba él de ti. Y me largué. No he dormido nada en toda la noche, *Totó*. Pero sabía que estabas con Oliver; de lo contrario, no te hubiera dejado sola. ¿Me perdonas?

Adam me miró y me abrazó. Me acurruqué y me relajé en su pecho.

—Perdóname tú a mí, Adam. Lo siento mucho, debí decírtelo al momento.

—Ya está olvidado, *Totó*. Te quiero demasiado como para permanecer más tiempo enfadado contigo.

—Yo también te quiero, Adam. No sabes cuánto.

El secreto

Al día siguiente, me levanté con un dolor terrible en el ojo izquierdo; Tessa me había alcanzado bien en algún momento mientras nos rebozábamos cual croquetas por el suelo. Y me dio fuerte, la muy asquerosa.

Me di una ducha rápida. Mientras me secaba con la toalla, intenté mirarme en el espejo, pero era imposible. Estaba empañado. Cogí la toalla y limpié el vaho del cristal. No quedó demasiado limpio, pero lo suficiente como para verme la avería que tenía en el ojo.

«¡Normal que me duela!». El blanco de mi ojo no era blanco, era rojo. Daba miedo verlo. También lucía un bonito color morado por la zona de alrededor. No me afectaba a la visión, así que supuse que no era nada grave. De todas formas, me despedí de Adam y fui directa a la enfermería para que me dieran algo para el dolor.

Después de salir de la enfermería, con mi pastilla en la mano y otra bronca por parte de la enfermera de dos pares de narices por pelearme, debía personarme en el despacho de la directora. La última vez me avisó de que no me pasaría ni una más. Si me expulsaban, no sabía cómo se tomaría mi padre la noticia. Reconozco que iba un poco asustada.

Llegué a la antesala que precedía al despacho de Peters, y la guapa y estirada secretaria me informó de que podía pasar. Toqué la puerta antes de entrar, pero no la abrí hasta que escuché la voz de la directora dándome permiso. Estaba sentada detrás de su gigantesco escritorio de madera de roble con las manos cruzadas y la barbilla apoyada en ellas. No sonreía. Nada nuevo.

—Buenos días, Sara. —Me miró a los ojos y enfocó la mirada en mi ojo morado. Se levantó y se acercó a mí; me sujetó por la barbilla y me examinó el ojo—. ¿Te han curado bien ese ojo en la enfermería?

—Ajá.

—¿Te duele?

—Ajá. —Le mostré el calmante que aún tenía en la mano antes de que me echara la bronca por no tomarme nada para el dolor. Masoquista no soy.

—Bien, siéntate.

Me senté en la silla, enfrente de ella, a la espera de la reprimenda. Abrió

uno de los armarios y sacó una botella de agua. Me la tendió y me tomé el calmante. Permanecimos en silencio varios segundos hasta que, al fin, el mando supremo del colegio decidió hablar.

—Ayer interrogué a veinte personas diferentes, y casi todos ellos afirmaban lo mismo: que Teresa Marlock empezó la pelea. —Se levantó de la silla y dio vueltas por el despacho—. No obstante, es curioso que tú solo tengas un ojo morado y ella tenga la cara bastante más perjudicada. Es como si la hubieran pillado por sorpresa en lugar de ser ella quien atacara.

No me pronuncié. No había visto aún a Tessa Boloñesa, así que no podía emitir ningún juicio.

—Por otra parte, entre los testigos se encontraban tu hermano y varios de tus amigos. Y, si te soy sincera, dudo mucho que cualquiera de ellos permitiera que la señorita Marlock te pusiera una mano encima.

Seguía sin hablar.

—Lo que quiero exponer, Sara, es que estoy segura de que fuiste tú quien inició la pelea.

No me molesté en negarlo, ¿para qué? Las cartas estaban sobre la mesa. La expulsión a la vuelta de la esquina.

—¿No vas a negarlo?

—¿Para qué? Tú parece tener una idea clara de lo que ocurrió. —Desde años atrás, tuteaba a la directora cuando estábamos a solas.

—Sara, no utilices psicología inversa conmigo, que nos conocemos. —Se sentó en su sitio—. Algo muy grave ha debido de hacerte la señorita Marlock para que actuaras así, tú no eres una persona violenta. ¿Me lo vas a contar?

—No.

«Quizá, cuando tenga treinta años, te contaré que, bajo el tejado de tu querido colegio, los alumnos mantienen relaciones sexuales habituales, pero, de momento, mejor me callo».

—Lo imaginaba. Sara, sé que no estás pasando por tu mejor momento y que tenías que explotar de alguna manera. Como no tengo pruebas contra ti, la versión oficial va a ser que las dos iniciasteis la pelea a la vez. No es necesario que te explique lo poco contenta que está la señorita Marlock con esta solución. Y, desde luego, vais a estar las dos expulsadas durante una semana, pero no os vais a ir a casa. Estaréis recluidas en la biblioteca.

—Bien. —«Guau, mucho mejor de lo que me imaginaba. ¿Quién entiende a los adultos?».

—Y, Sara, que no se repita. No quiero que te acerques a Teresa Marlock

para nada. Ignora sus provocaciones y no te metas en más líos. ¿Entendido?

—Te lo prometo. —Crucé los dedos en mi espalda. No se puede ir por la vida prometiendo cosas así como así.

—Bien. Ahora vete a clase, pero, a partir de la semana que viene, estáis las dos expulsadas.

Cuando llegué a clase, mis amigos no se creían lo que les contaba. Me había librado de una expulsión en toda regla. Yo tampoco me lo creía. Minutos antes de que llegara el profesor, Tessa Caramesa entró por la puerta. La examiné de pies a cabeza: tenía la cara arañada y un ojo y un pómulo morado. La nariz hinchada y el labio cortado. Subí la mirada y llegué hasta sus ojos, que me miraban con odio y rabia, mucha rabia. Tessa pasó de largo y se sentó en su sitio, en la primera fila.

Las horas pasaron y cayó la noche. Fui con mis amigos a la sala de música a ver un ensayo de los chicos. Mientras tocaban, me asomé a la ventana y apoyé mi frente en el cristal, que se empañó por el vaho que provocaba mi respiración. Distinguí el embarcadero y algo dentro de mí me impulsó a salir del colegio y dirigirme hacia allí.

—¿A dónde vas? —me preguntó Adam.

—A dar una vuelta. —No di más explicaciones.

Llegué a mi destino. Reinaba un absoluto silencio. Solo se escuchaba el sonido del agua que transcurría por el río y el crujir de la madera bajo mis pisadas. Me senté y cerré los ojos, disfrutando de la soledad y la tranquilidad.

—Hola.

No abrí los ojos cuando escuché la voz de Will. Me quedé esperando su siguiente línea. Se sentó a mi lado y nuestros muslos se rozaron.

—La que liaste ayer, Sarita. —Giró la cabeza y buscó mi mirada—. Debiste avisarme de lo que ocurría. Al fin y al cabo, también es mi guerra.

Decidí mirarlo a los ojos. Los suyos eran casi negros, estaban muy dilatados.

—¿Tú crees?

—Sí, ¿acaso no te has peleado con ella por lo que nos ha hecho?

—¿*Lo que nos ha hecho*?

—Sí, Sara. *Lo que nos ha hecho* —enfaticó el «nos».

Decidí sincerarme con Will.

—No... no solo fue eso, Will. Lleva meses sin darme tregua. Fue un arrebato, me sacó de mis casillas, no pude controlarme. No me gusta perder así el control, pero tampoco me arrepiento. Lo necesitaba.

—Te ha hecho mucho daño, Sara. Cualquiera otro hubiera saltado mucho antes. ¿Te han expulsado?

—Una semana, a partir del lunes que viene. Pero en el colegio, nada de irnos a casa.

Me levanté y sacudí la falda del uniforme. Quería alejarme y estar sola. Mi cabeza no podía más, mis sentimientos estaban a punto de estallar y no era capaz de seguir mirando a Will después de todo el daño que le había hecho.

—Espera —me ordenó mientras me sujetaba del codo—, ¿te vas? ¿Y qué pasa conmigo, Sara? ¿Qué pasa con nosotros?

—Will —titubeé—, han pasado muchas cosas en estas últimas semanas. Si tú supieras...

—¿Me quieres? —me interrumpió.

—¿Qué?

No me esperaba una pregunta tan directa por su parte. ¿Lo quería? «Sí... sí lo quiero, a lo mejor no tanto como... Joder, estoy tan confundida».

—¿Me quieres, Sara?

—Sí —titubeé.

—Entonces olvidémonos de todo lo demás.

Me agarró de la nuca y me acercó a su boca. Su beso fue violento y agresivo. Había mucha necesidad en ese beso. Habían pasado muchas semanas desde nuestro último contacto íntimo. Me olvidé de todo, de mis problemas, mis pensamientos, mis dudas, solo deseaba que su toque me invadiera y me hiciera sentir.

Nos aproximamos a nuestro árbol hasta que quedé apoyada en él. No dejamos de besarnos. Nuestras respiraciones se aceleraron y nuestras manos recorrían nuestros cuerpos, reconociéndolos. Me separé de Will y le puse las manos en el pecho. Me miró asustado, pensando que lo rechazaba, pero era todo lo contrario.

—¿Has cambiado de opinión?

—Hazme el amor, Will.

Sonrió de oreja a oreja y aceptó mi petición con gusto.

—¿Aquí?

Asentí con la cabeza.

—Sí, aquí. Ahora.

—Cómo te gusta arriesgar, Sarita. Pero, esta vez, no me voy a quejar.

Nos tumbamos en la hierba y nos besamos por todas partes. Necesitaba sentirlo dentro. Le desabroché el pantalón y metí mi mano en su interior. Will

gimió y se puso encima de mí. No nos quitamos la ropa. Bastó con bajarle los pantalones y el bóxer y que él apartara mi ropa interior para que pudiera penetrarme. Sin embargo, cuando estaba a punto de hacerlo, caí en la cuenta de algo importante.

—Will, el preservativo.

—Tengo uno en la cartera.

Lo miré interrogante.

—Siempre llevo uno en la cartera. Todos los tíos lo hacemos. Es como las tías con el cacao de labios.

Sonreí porque era cierto que yo llevaba un bálsamo labial en la mochila o en el bolso. Lo ayudé a ponerse el preservativo y me coloqué a horcajadas encima de él, colocando mis rodillas sobre la fría hierba. Cuando lo tuve en mi interior, ya no hubo espacio para las dudas.

Cuando nos saciamos el uno del otro, nos quedamos apoyados en el tronco del árbol.

—¿Will?

—¿Hmmm?

—Nadie puede saber que estamos juntos.

No le hizo gracia. Lo supe. Quería proclamar nuestra reconciliación por todo el colegio.

—¿Por qué no?

—Porque se lio muy gorda con todo lo que ocurrió. Incluso mi familia se enteró.

—Sara, si me hubieras dejado explicarme...

—Eso no tiene remedio, Will. Vamos a empezar de cero. No vamos a escondernos siempre, solo dame unas semanas hasta que las cosas se calmen.

—No estaba nada convencido—. Por favor.

—Está bien, Sara. Pero no voy a esconderme toda la vida. No quiero salir contigo en secreto.

—Si nos vemos en secreto, nadie nos va a molestar.

—Entonces, ¿quieres venir ahora a mi habitación en secreto? —El muy incitador comenzó a darme besos por el rostro y el cuello. Así, ¿quién podía resistirse?

—Deja que envíe un mensaje a Pear para que nos cubra.

—¿Pear lo sabe?

—Sí, Pear siempre lo sabe todo.

Will y yo llevábamos dos semanas viéndonos en secreto. El mes de mayo llegó. Pronto llegarían las vacaciones de verano y tendríamos que separarnos de nuevo. Me fastidiaba. Me apetecía estar con él las veinticuatro horas del día. Una vez que hube tomado la decisión de volver con Will, lo hice entregándome del todo. Recordando lo fuertes que eran mis sentimientos por él antes de que pasara todo el asunto de Tessa.

Verse a escondidas tenía su morbo, aunque era difícil, porque lo tenía tan cerca y tan lejos a la vez... Casi podía tocarlo, pero no debía arriesgarme, por si nos descubrían. Aprovechábamos cada segundo que podíamos para vernos o tan solo para rozarnos durante segundos. En la cola del comedor, el simple roce de su brazo contra el mío me hacía cerrar los ojos y disfrutar de tan mísero contacto. Si nos cruzábamos por algún pasillo, nos las apañábamos para besuquearnos en algún rincón. A la pista de hielo no se acercaba porque los chicos siempre andaban por ahí; estaba a punto de finalizar la liga y tenían que entrenar duro. Por las noches, me escapaba un ratito a su habitación; nos la jugábamos mucho, teniendo en cuenta que Adam vive justo enfrente.

Pear y Daniel empezaron a hablar de nuevo. Intenté hacer entender a Pear (de todas las maneras posibles) que no tenía ningún sentido que yo hubiera vuelto con Will y que ella y mi hermano siguieran peleados. No se habían sentado a discutir sobre lo ocurrido, pero me había dado cuenta de que, cuando se cruzaban en los pasillos, se saludaban y se miraban con ojitos tiernos. Era un comienzo.

El primer domingo de mayo, Will tuvo partido de fútbol. Era un partido importante, la temporada estaba a punto de finalizar y su equipo encabezaba la tabla. Como Marco no se perdía un solo partido, fuimos todos a verlo. Yo, como siempre, con un libro, para disimular que le echaba miradas furtivas. Cada día llevaba peor el no poder tocarlo en público.

Pasaron los minutos y el árbitro tocó el silbato anunciando la finalización del primer tiempo. Antes de sentarnos a ver el partido, me aseguré de que todas mis amigas fueran al baño.

—Tengo que ir al baño. —Me levanté dispuesta a largarme lo más rápido posible.

Pear puso los ojos en blanco, sabía a dónde me dirigía.

—¿Otra vez? —preguntó Natalie, distraída.

—Sí —les grité desde la escalinata. En esos casos, lo mejor es darse

mucha prisa, para que no haya lugar a demasiadas preguntas o a que alguien decidiera acompañarme.

Fui corriendo hacia los vestuarios de los jugadores y, en cuanto giré la esquina, alguien me agarró de los brazos, mi espalda chocó contra su pecho de hormigón y me empotró contra la pared. Un maravilloso olor me invadió las fosas nasales.

—¿Adónde ibas tan deprisa?

—A buscarte.

Will estaba igual de desesperado que yo. Lo único que queríamos era besarnos y tocarnos. Abrimos la puerta de los vestuarios y nos metimos dentro. Nos magreamos todo lo que pudimos durante los escasos minutos que duraba el descanso.

Volví a mi sitio corriendo (me pasaba el día corriendo) quince minutos después, demasiado tiempo para hacer un pipí, pero nadie sospechó.

«Vaya, podría haberme ocurrido algo y mis amigos tan tranquilos disfrutando del aire libre».

Al agua, patos

Una semana después del partido de fútbol de Will, del que salieron victoriosos, disfrutaba junto a la pandilla de un copioso desayuno.

—Yo también quiero comer tortitas con sirope de chocolate. ¿Cuántas llevas ya?

No tenía ni idea, había recuperado mi apetito y no podía dejar de engullir tortitas. Sería la felicidad.

—Vuelves a estar rara —me informó Adam mientras se metía media tortita con nata en la boca.

No les hice caso y seguí con mi desayuno.

—Llevas semanas desaparecida. ¿En qué andas? —me preguntó Brian.

Miré a Pear para que me diera una respuesta, pero estaba ocupada tragándose un *croissant*.

—Estoy enseñando a Pear a...

«Mierda, ¿a qué? ¿A QUÉÉÉ?». Tenía que hacer tiempo. Supliqué con los ojos ayuda a mi amiga, que ya no comía, pero no dijo ni una palabra. Supuse que no se le debía de ocurrir nada, o eso, o se lo estaba pasando bomba a mi costa.

—¿A qué? —me interpeló Adam con la comida en la boca.

Me hice la tonta.

—¿Qué?

—Que, ¿a qué?

—¿A qué, qué?

«A ver quién aguanta más». Adam, confundido, sacudió la cabeza y tragó lo que tenía en la boca.

—Que a qué la estás enseñando.

—¿A quién?

—Sara, ¿me estás vacilando?

«Bien, he desviado la atención de dónde paso últimamente la mayoría del tiempo». Llevar una relación a escondidas era todo un reto. No pensé que fuera tan difícil. Lo mejor sería que confesara de una vez. Eché una ojeada por todos mis amigos. «Mejor suelto la noticia en otro momento, ahora son demasiados».

Por suerte para mí, Natalie decidió intervenir.

—He tomado una decisión. A partir de ahora, bueno, a partir de mañana, voy a ir todas las mañanas a correr con vosotros.

—No vas a aguantar ni dos minutos y nos vas a retrasar —le dijo Oliver, molesto.

—Sí voy a aguantar, me lo voy a tomar en serio.

—Ya veremos.

Al día siguiente, Natalie se presentó muy emocionada en el patio del colegio. Era nuestro punto de partida. Mientras calentábamos, nos preguntó qué hacíamos. Le explicamos que, antes de empezar a correr, hay que preparar los músculos, y nos obedeció en todo lo que le dijimos. Cuando llevábamos unos seis minutos corriendo, nos preguntó que cuánto quedaba para terminar.

—Cuarenta minutos.

—¿Qué? ¿Os habéis vuelto locos? Estoy a punto de desfallecer. —Natalie se tumbó en el suelo y supe (supimos todos) que no se levantaría hasta pasado un rato.

—¿Cuánto ha durado? —preguntó Adam.

—Seis minutos, treinta y ocho segundos —nos informó Oliver, mirando su reloj. Había puesto el cronómetro.

—¡¡He ganado!! —gritó Adam entusiasmado.

—¿Habéis apostado sobre el tiempo que duraría corriendo?

—Sí —contestamos los tres al unísono, sin ningún tipo de remordimiento.

Ese día, en clase de gimnasia, tocaba un nuevo deporte; era el turno de las piraguas. Estaríamos dos semanas practicando piragüismo. Y, por suerte o por desgracia para mí, compartíamos esa hora con la clase de Will y Daniel. Intenté no mirar a Will demasiado para que nadie sospechara, estaba segura de que se me ponían ojitos tontos cuando lo miraba.

Hacía un día soleado, era casi mediados de mayo, y se notaba que la primavera estaba presente. El sol brillaba con intensidad y el viento corría cálido; parecía un día de verano.

El profesor de gimnasia nos obligó a ponernos los trajes de neopreno y los chalecos salvavidas. También nos hizo echarnos crema solar por la cara y por la parte de los brazos y piernas que quedaba al descubierto por debajo del traje. Había piraguas de dos y tres plazas. Mis dos mejores amigos y yo nos metimos en una de tres plazas.

—Escuchadme todos. Meteos al agua y seguidme, intentaremos recorrer unos cuantos kilómetros.

«Vaya coñazo de clase». Adam me leyó el pensamiento.

—¿Y si nos vamos para el lado contrario a tomar el sol? Somos un montón de piraguas, no creo que el profesor se dé cuenta. Y, si no, podemos decirle que nos hemos perdido.

«Mmmm, qué apetecible, una hora repanchingados en la piragua tomando el sol, en lugar de una hora remando sin sentido».

—Por mí, sí.

Oliver asintió con la cabeza en señal de aprobación. Nos alejamos de la multitud cuando creímos que nadie nos veía, aunque, sin saberlo, otra piragua nos seguía los pasos de cerca.

Nos paramos cuando vimos que el grupo se había alejado lo suficiente como para no distinguirnos y nos relajamos. Hacía calor, los trajes de neopreno nos sobraban. Nos los quitamos, chalecos salvavidas incluidos, y nos quedamos los tres en bañador. Yo me senté a la cabeza de la piragua, subí las piernas por encima y me puse cómoda. Mis acompañantes hicieron lo mismo.

«Esto es vida. Podría quedarme así horas y horas».

—¡Oh, qué maravilla!

Me hizo gracia escuchar a Adam hablar de aquella manera. Comencé a reírme. Mi amigo me dio una patadita en el hombro con su pie.

—Y, tú, ¿de qué te ríes?

—De ti —le respondí con sinceridad—. Me hace gracia escuchar a un rockero *mojabragas* como tú expresarse así: «Oh, qué maravilla».

Oliver se carcajeó por mi comentario, yo me contagié y me reí todavía más.

—Qué graciosillos estáis hoy —escupió Adam, malhumorado.

Unos minutos más tarde, cuando se me tostaba la piel bajo los rayos del sol, y más a gusto estaba, sentí como caían sobre mí litros de agua.

«¡¡¡JODER, QUÉ FRÍA!!!».

Abrí los ojos, me incorporé y descubrí a los causantes del salpicón. Will y mi hermano se descojonaban de la risa por habernos mojado. Y no solo eso, sino que con los remos empujaban más agua salpicándonos de nuevo. Al ser yo la que estaba en primera posición, fui la que se llevó la mayor parte del agua, incluso sentí que Adam se parapetaba detrás de mi cuerpo.

—PERO ¿QUÉ COÑO HACÉIS? ¡¿SOIS GILIPOLLAS?! —Los insultos y los juramentos de mis dos amigos se interpusieron entre ellos.

Yo no me molesté en insultarlos. Me puse de pie encima de la canoa y me

lancé contra el cuerpo de mi novio secreto. Llevaba el traje de neopreno por la cintura dejando el pecho al descubierto. Y vaya pecho. Sentí el contacto de nuestros cuerpos cuando se tocaron y caímos los dos al agua.

Me había lanzado hacia él con intensidad, por lo que caímos al agua con fuerza y nos sumergimos en las profundidades del río. En cuanto tocamos el agua y nos vimos encubiertos por ella, aprovechamos para besarnos y tocarnos y yo, con la excusa de hundirlo más, lo abracé con fuerza.

Cuando salimos a la superficie, Oliver y Adam peleaban con su otro atacante, que no hacía otra cosa que seguir descojonándose de la risa. Yo, por mi parte, zambullí más a Will en el agua y lo besé por última vez. Cuando salimos, me mostré lo más indignada posible. Volví a subirme muy digna a mi canoa y me fijé en la expresión de felicidad de Will.

«¿Cómo no se han dado cuenta mis amigos de lo que está pasando a su alrededor?». No podía retrasarlo más, debía contárselo lo antes posible.

Logramos mezclarnos con el grupo, cuando regresaron de su excursión, y nos fuimos todos a las duchas. Yo solo pensaba en cómo les diría a mis mejores amigos que había vuelto con Will.

Para cuando terminé de vestirme, ya había tomado la decisión del cuándo: sería al día siguiente por la noche.

Debía preparar mi discurso.

Un punto de inflexión

Al día siguiente, después de cenar, me escabullí de mis amigos con la excusa de ir con Pear a la biblioteca a buscar unos libros. Cogimos esa dirección, para no levantar sospechas. Por el camino, intentaba convencer a mi amiga para que hablara con mi hermano, justo cuando nos cruzamos con el susodicho a la entrada de la biblioteca.

—Ahora o nunca —susurré a Pear en el oído.

—¡Daniel!

«Caramba, qué rapidez, mis consejos han surtido efecto». Mi hermano se giró hacia Pear, sorprendido, y mi amiga se puso roja como un tomate. Los segundos pasaban y no decía nada. Le di una patadita en el pie para ayudarla a arrancar.

—Que... que quería decirte, mmm... preguntarte... que... que... —«Uff, nada, no arranca». Le di otra patadita, de la que mi hermano fue consciente, porque me miró con la frente arrugada, pero yo me hice la loca y miré hacia el techo. Solo me faltaba silbar—. Que si te apetece quedar dentro de un rato para hablar.

—¿Para hablar de qué?

«Joder, Daniel. ¡Cómo te gusta poner las cosas difíciles! ¿Soy yo también así de impertinente?».

—Pu... pues no sé, de algo.

«¡Muy bien, Pear! ¿Quién va a resistirse a semejante proposición?».

—¿Vas a pedirme perdón?

—Pe...pe... ¿perdón?

—Sí, perdón por no confiar en mí, dos veces. —Le mostró dos dedos en la cara—. Y por dejarme tirado a la primera de cambio.

Me froté los ojos con las manos. La cosa no marchaba bien. Mejor les daba un empujoncito.

—Chicos, ¿por qué no empezáis por juntaros y exponer cada uno por qué está enfadado con el otro?

—Tú no te metas, lianta. —Me señaló mi hermano—. ¿Acaso me meto yo en tus cosas?

«Siempre».

—Daniel, en media hora te espero en la entrada de la biblioteca. Si no vienes, no te preocupes, que sabré interpretarlo. Espero que tú sepas *interpretar* las consecuencias de tal acto.

—¿Ahora me amenazas? —Se rio, sarcástico.

—Tómalo como quieras, Summers.

¡Esa era mi chica! No podría estar más orgullosa, a la vez que sorprendida. Nos alejábamos cuando escuchamos a mi hermano gritar.

—¡Tengo entrenamiento!

—¡Búscate la vida! —contestó mi amiga, gritando a la vez.

Con lo poco que quedaba para el próximo partido y con lo exigente que era el entrenador de los chicos, mi hermano no lo tendría nada fácil para escabullirse.

—¿Yo me pongo así de tonta cuando estoy nerviosa?

—No me hagas hablar.

Nos separamos un rato después y me fui a la habitación de Will, sabía que Adam no estaba en la suya porque entrenaban en la pista de hielo. Miré el reloj, aún tenían para una hora más.

En la habitación de Will, me tumbé en su cama con mi cabeza encima de su pecho mientras él me acariciaba el pelo. Estuve a punto de caer dormida. Pasó el tiempo... se acercaba el momento.

—Will.

—Dime.

—He tomado una decisión.

Will levantó la cabeza y giró la mía para que lo mirara, cambié de postura y me senté en la cama con las piernas cruzadas. Él puso las manos detrás de la cabeza y me miró expectante.

—Voy a decirles a Oliver y Adam que estamos juntos.

—¿Cuándo?

Miré el reloj.

—En quince minutos.

—¿Estás segura?

—Sí, no puedo seguir mintiéndoles. Me está matando por dentro. Prefiero enfrentarme a sus gritos y enfados a seguir así. —Will se incorporó, y nuestros ojos quedaron a la misma altura.

—Sara, no permitas que se inmiscuyan tanto en tu vida. Si se enfadan, es su problema, no el tuyo. ¡Joder, a ver si vas a tener que comunicarles cada decisión que tomes en la vida para que te den el visto bueno!

No lo entendía y no me molesté en explicárselo, no me apetecía discutir. Me tumbé de nuevo en la cama y lo obligué a tumbarse conmigo. Lo abracé con fuerza.

Al cabo de un rato, escuchamos las voces de Adam y Oliver. Habían llegado. Hablaban de algo de hockey. Cuando entraron en la habitación de Adam, sus voces dejaron de escucharse.

Los nervios se adueñaron de mí. «Tranquila, Sara, tan solo son Oliver y Adam. Son tus mejores amigos, no pasa nada. Ellos lo entenderán. Te quieren por encima de todo».

—Allá voy. —Me levanté de la cama.

Will me besó por última vez y me deseó suerte.

Me situé con sigilo enfrente de la puerta de Adam. Will cerró su puerta con cuidado. Cogí aire y entré sin llamar.

Los encontré sentados en la cama y con un cuaderno en medio con muchos garabatos encima. Supuse que sería alguna estrategia de juego. Adam explicaba algo a Oliver mientras gesticulaban movimientos con el bolígrafo. Al percibir que se abría la puerta de la habitación, los dos levantaron la cabeza.

—Hola, *Totó*. ¿Qué tal por la biblioteca? —Al segundo siguiente de formularme la pregunta, Adam bajó la mirada al cuaderno y siguió con su perorata.

Di un par de vueltas por la habitación. Cogí aire, otra vez.

—Chicos, necesito deciros algo.

Los dos miraron de nuevo hacia mí.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Oliver.

«Mierda, esto va a ser mucho más difícil de lo que pensaba».

—Yo he... he vuelto... —titubeé. Decenas de imágenes de Oliver y más me vinieron a la cabeza. ¿Por qué acudían a mí en aquellos momentos? ¿Por qué se me formó un nudo en el estómago si la decisión la había tomado hacía semanas? Intenté apartar las imágenes de mi mente como tanto tiempo llevaba haciendo. Creo que incluso hice un gesto con la mano, tal como hacía Tom Cruise en *Minority Report* cuando quería desechar alguna imagen.

—¿Has vuelto... qué? Y no empieces a marearme como el otro día.

—He vuelto con Will —afirmé lo más segura que pude. A partir de ese momento, evité mirar a Oliver.

—¿Cómo que has vuelto con Will? ¿Qué quieres decir?

«Ay, Adam, ¿tú que crees?».

—Pues eso, que estamos saliendo juntos desde hace varias semanas. Lo hemos mantenido en secreto. Lo he perdonado y...

—¿Es una broma? ¡Porque no tiene ni puta gracia!

—No, Adam. Hablo en serio.

—¿Le has perdonado que se tirara a otra tía? Porque recuerdas que fue eso lo que hizo, ¿no?

Como para no acordarme. Toda la discusión discurría entre Adam y yo. Oliver aún no se había pronunciado. Yo seguía sin mirarlo, pero sentía su mirada, taladrándome.

—Sí.

—¿Sí, qué? ¿Sí, lo has perdonado? ¿Sí, te acuerdas de que se folló a otra?

—Sí a las dos cosas, Adam —le contesté, cortante.

—No puedo creerlo.

Adam daba vueltas por toda la habitación. Oliver seguía sentado en la cama, apoyado en el cabecero, sin mediar palabra. Lo veía por el rabillo del ojo porque todavía no era capaz de enfrentarme a su mirada.

—¿Por qué, Sara? ¿Por qué has vuelto con él? ¿Acaso te gusta sufrir?

—Porque estoy enamorada de él. —No, definitivamente, era incapaz de mirar a Oliver mientras hablaba en esos términos de Will.

—No. ¡No! ¡Me niego a pensar que eso sea amor! El amor no puede ser tan destructivo. Vosotros no sois felices juntos. ¿Y no os dais cuenta a las personas que os estáis llevando por delante con vuestra historia?

«No nos hemos llevado a nadie por delante. Podía haber pasado, pero lo frenamos a tiempo». O eso pensaba yo...

—¡Lo vuestro es obsesión! Estáis obsesionados el uno con el otro, no entiendo por qué puta razón. ¡Sara, ese gilipollas no te aporta nada! ¿Acaso no lo ves?

La confesión iba mucho peor de lo que pensaba. Adam estaba encolerizado. Oliver, mudo.

—¡Adam, es mi vida!

—¡Muy bien! ¡Pues estréllate tú sola contra la puta pared!

—¡Perfecto!

—¡Bien!

—¿Y tú? —le pregunté, por fin, al rubio. Necesitaba mirarlo. Necesitaba que me dijera algo.

—¿Yo, qué?

—¿No vas a decirme nada?

No tenía que haber preguntado. Sus labios se apretaron en una fina línea.

—¿Y yo qué coño quieres que te diga, Sara? —La frialdad en su tono de voz me dejó sin palabras.

Ya estaba todo dicho. No podía permanecer allí ni un segundo más. Salí por la puerta dando un sonoro portazo. Observé la puerta de la habitación de Will, pero no me apetecía entrar. Quería estar sola, necesitaba estar sola.

¿Y yo qué coño quieres que te diga, Sara?

Sara, aquel *Sara* me dolió más que cualquier otro *Sara* que me dijera cualquiera. Hacía tiempo que Oliver no me llamaba por mi nombre. Me resultó extraño. No me gustaba que me llamara Sara. Quería que me llamara *mena*, como siempre.

12

El accidente

Pear

Regresé a mi habitación acompañada por Daniel. Al final, se las había apañado para escaparse del entrenamiento y encontrarse conmigo en la biblioteca. Y hablamos. Y discutimos. Y después nos besamos. Me sentía tan feliz. No pusimos nombre a nuestra extraña relación porque la palabra «novios» no existe en el diccionario de Daniel Summers, pero me conformaba con tenerlo así.

Estuvimos un rato largo magreándonos en su habitación y, a las tantas de la madrugada, Daniel me acompañó a mi piso. Estábamos a punto de entrar en mi dormitorio cuando escuché sonar un piano al fondo del corredor. Era Sara, fijo.

—Espera.

—¿Qué pasa?

—Tu hermana, está aporreando a Vivaldi en el piano. Solo lo hace cuando está muy disgustada, generalmente contigo o con Will.

—Pues esta vez yo no he sido. Que yo sepa.

—Voy a ver qué le pasa. Mañana hablamos.

Nos besamos y me encaminé a la habitación de mi amiga. Me sorprendió que su vecina de al lado no diera golpes en la pared para que cesara la música. Toqué la puerta, pero el piano no dejó de sonar; con aquel ruido era imposible que me escuchara. Sujeté el pomo de la puerta y empujé. Estaba abierta. Entré y la vi.

Se giró sorprendida ante la intrusión. Cesó la partitura. Se enjugó las lágrimas con las manos y se colocó el pelo por detrás de las orejas.

—¿Por qué estás aporreando a Vivaldi? ¿Has discutido con Will?

—No, me he peleado con Adam y Oliver. Bueno, con Oliver no sé si se puede considerar pelea a las dos frases que hemos cruzado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Les he contado lo de Will.

—No me digas más, se ha liado la de San Quintín.

Sara afirmó con la cabeza mientras lloraba sin consuelo. «Aquí no hacemos nada». Miré hacia la ventana e intuí que pronto amanecería.

—Están muy enfadados —las lágrimas caían por sus mejillas sin control. Me acerqué a ella y la abracé—, no sé si van a querer hablarme alguna vez. Pear, yo me muero, si ellos no me hablan, me muero.

—No exageres, no van a estar enfadados toda la vida. Te quieren con locura y tú no te vas a morir.

—Es la primera noche que paso sola desde los nueve años. Ninguno de ellos ha venido.

Me hablaba con absoluto terror, le temblaban los labios y las manos. La abracé más fuerte e intenté que se calmara, pero era imposible.

—Vamos, acompáñame.

—¿A dónde?

—Está a punto de amanecer, es una maravilla verlo desde un sitio secreto que conozco. —Me miró extrañada, seguro que pensando en que no había ningún lugar que yo conociera y ella no. Y era cierto, pero tenía que engañarla de alguna manera; de lo contrario, no vendría—. Vamos a las caballerizas.

—¿Quieres que vayamos a caballo?

—Sí, claro. A pie tardaríamos una eternidad y no me apetece andar. Ya sabes que no me gusta andar. Ni hacer ejercicio en general.

—Pear, yo monto a caballo lo justo, es probable que tardemos menos si vamos a pie.

—Tonterías. Venga, vamos, melusina. No me obligues a arrastrarte hasta allí.

—Pear, no me apetece, no tengo ganas de nada y no me gustan los caballos.

«¿Y arriesgarme a que tenga uno de sus ataques con Adam y Oliver desaparecidos en combate? Ni loca. Esta noche no dormimos ninguna de las dos».

—Sara, vas a hacer lo que yo diga y punto. Ponte las playeras, que nos vamos ya.

Me miró amenazante (por lo menos conseguí que dejara de llorar), pero sabía que cuando me pongo burra no hay quien me gane. Y, en el fondo, ella también temía sus ataques; por eso tocaba al piano, no se metería sola a la cama, no con lo alterada que estaba.

Nos escabullimos de la residencia y llegamos a las caballerizas. Fui a coger mi caballo, pero en el último momento se lo cedí a Sara; con lo poco

que le gustaba montarlos, mejor que lo hiciera con una cara amiga. Me había acompañado miles de veces a peinar y dar de comer a Percy, mi caballo. No es que fueran amigos íntimos, pero tampoco eran dos desconocidos.

Yo cogí otro caballo, uno propiedad del colegio. Los ensillé y ayudé a Sara a subirse sobre Percy. Salimos de las caballerizas y nos internamos en el bosque. El sol empezaba a despuntar por el horizonte y el cielo se teñía de naranja. Era precioso.

—¿Has visto qué bonito?

—No hay ningún lugar secreto, ¿verdad?

—No —me reí—, me has pillado. Pero, ya que estamos aquí, aprovecha el momento y disfruta.

—¿Cómo quieres que disfrute encima del bichito este?

—Sara, con las piruetas que haces sobre los patines, que tengas miedo a montar a caballo me resulta increíble, a la par que gracioso. Venga, relájate —la animé—. Podemos hacer lo que queramos. ¿Qué te pide el cuerpo?

—Me pide que grite. Tengo ganas de gritar a todo el mundo: a Oliver, a Adam, a Will... ¡A todos!

—Pues hazlo. Grita. Aquí no vas a despertar a nadie.

Un segundo después, escuché el alarido de mi mejor amiga.

—¡Muy bien! ¿Mejor?

—Sí. ¿Cuándo se han complicado tanto nuestras vidas, Pear? ¿Por qué debo elegir entre mi novio y mis amigos? No es justo.

—No tienes que elegir entre ellos. Todo se va a arreglar.

Sara siguió gritando y gritando delante de mí. Ella llevaba la marcha y abría el camino. Nos habíamos alejado del colegio, pero no estábamos perdidas, conocía bien esos parajes y mi compañera también. Sara es como una brújula. Además, bordeábamos la carretera, no había pérdida.

Con Sara no suelo tener miedo a casi nada, siempre sabe lo que hay que hacer, con la excepción de su vida sentimental. Pero eso es porque no quiere aceptar la realidad. Ya lo hará. Me preocupaba lo que había ocurrido. Más tarde, en el colegio, iría a hablar con Oliver y Adam para intentar arreglar las cosas.

Un fuerte estruendo de rueda me sacó de golpe de mis pensamientos. Miré asustada hacia la curva que teníamos delante y apareció, de la nada, un coche todoterreno a toda velocidad, a punto de salirse de la carretera.

—¡SARA, CUIDADO!

Demasiado tarde. Mi amiga, que en ese momento miraba hacia atrás,

sonriéndome, giró la cabeza hacia el coche. Pero lo tenía encima. Nadie hubiera podido reaccionar a tiempo. Vi cómo cerraba los ojos ante el inminente impacto y me decía adiós con la mirada. Ese segundo, ese puto segundo, fue suficiente para que se diera cuenta de lo que iba a suceder. De que, quizá, era la última vez que nos veíamos. No quiero ni imaginarme lo que es creer que estás a punto de morir. Lo que te pasa por la cabeza en esos momentos. Lo que le pasó a Sara por la cabeza en esos momentos. Nunca lo sabremos. Y yo jamás podré olvidar esa imagen. Todavía tengo pesadillas.

—¡NOOOO! ¡SARAAA!

El coche chocó contra Percy, que se encabritó y fue lanzado por el impacto hacia el suelo del bosque. Durante lo que me parecieron horas, fui testigo (incapaz de hacer nada) de cómo eran arrastrados por la tierra, intuía que ambos, porque a Sara no conseguía verla. Por instinto, mis malditos ojos se cerraron unos segundos. El solo hecho de imaginarme a Sara debajo del caballo o del coche provocó que se me parara el corazón. Dejé de respirar.

Cuando abrí los ojos, solo veía el humo que salía del coche y solo escuchaba los quejidos del caballo.

—¡SARAAA! —Me bajé de mi caballo y corrí hacia el desastre que tenía a escasos metros de distancia. Busqué a Sara con desesperación, no conseguía ver nada, las lágrimas me nublaban la vista.

Cuando llegué al coche, una puerta se abrió y alguien salió de dentro. Sangraba y gritaba, pero no podía oírlo, tenía taponados los oídos. Creo que por el pánico.

—¡Saraaa! ¡Saraaa! —grité, desesperada.

—¡Joder!, ¿de dónde coño habéis salido? ¡No os he visto! ¡Se me ha ido el control del coche en la curva! ¡HA SIDO SOLO UN PUTO SEGUNDO!

Llegué a la altura del caballo, y lo que vieron mis ojos me provocó náuseas. Estaba destrozado, había sangre por todas partes y emitía un sonido agonizante. Se moría. Junto al caballo, hallé a Sara.

«¡Oh, madre mía!».

Nunca había visto un cuerpo humano en tales condiciones. No pude soportarlo y vomité todo lo que tenía dentro. Cuando lo hube soltado todo, me acerqué a ella y la toqué con mis temblorosas manos. Se me llenaron de sangre. Había mucha sangre, estaba por todas partes, se me colaba su olor por las fosas nasales.

—¡Saraaa! —Lloré—. ¡Abre los ojos, Sara! ¡No te mueras, por favor! ¡NO TE MUERAS! ¡SARAAA!

—He llamado a una ambulancia. —Me giré hacia esa voz titubeante. El conductor del coche tenía el rostro cubierto de sangre, como el de Sara. Se aproximó a ella con intención de tocarla.

—¡No la toques! ¡No te acerques a ella!

—¡Necesito comprobar si está viva!

Sus palabras penetraron en mi cerebro. Examiné a Sara, su cuerpo maltrecho.

«No puedes estar muerta, no, no. No puedes estar muerta».

No permitiría que se acercara a ella de ninguna manera. Sujeté la cabeza de Sara, había escuchado en alguna parte que no hay que mover el cuerpo tras un accidente, por si tuviera alguna fractura relacionada con la espalda y que fuera a peor, pero no pude evitarlo, necesitaba tocarla. Apoyé su cabeza entre mis rodillas, me abracé a ella y lloré.

—Sara, aguanta, la ambulancia viene de camino, ellos te van a curar. No te mueras, por favor, no te mueras. No te mueras, por favor, no te mueras. No te mueras, por favor, no te mueras.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que escuché el sonido de la ambulancia. Me separaron de Sara y me dejaron a un lado. Se desprendieron de su camisa, dejando su cuerpo expuesto. Había tres personas atendiéndola. Durante los siguientes minutos, no supe lo que hacían. Ahora sé que intentaban reanimarla.

—¡Malcolm! ¡Malcolm! ¡Basta ya! ¡Está muerta! Ha muerto. No respira.

«¿Qué? No. No puede ser, no he escuchado bien. No puede estar muerta. No, no, no, no».

—No. Venga, preciosa, reacciona. ¡No es más que una cría!

—Malcolm...

—No te vas a morir en mis manos, tienes toda una vida por delante, reacciona. ¡Vamos! ¡Reacciona!

Más tarde supe lo que era la reanimación cardiopulmonar. Había visto esa imagen miles de veces por la televisión. Mientras uno de ellos contaba, el otro había apoyado el talón de la mano a la altura del esternón de Sara y realizaba compresiones. Lo alternaban con respiraciones en su boca. La mujer examinaba todo su cuerpo y hablaba con sus compañeros.

No puedo recordar lo que hablaban, en mi cabeza solo escuchaba el conteo de uno de los chicos, y palabras sueltas: «Parada cardiaca», «no reacciona», «no hay estímulo», «no respira», «masaje cardiaco».

Uno de ellos parecía desesperado, creo que el tal Malcolm (en ocasiones,

todavía escucho a su compañera gritando su nombre, pero no les pongo cara, a ninguno de ellos), no hacía más que darle golpes en el esternón. Hasta que dejó de hacerlo y acercó su boca a la de Sara.

—¡Esperad! ¡Respira! ¡Está reaccionando!

—Muy bien, muy bien, chica guapa. Así me gusta.

—Malcolm, el latido es muy débil, no sé si va a aguantar. Tiene un golpe muy fuerte en la cabeza, casi con seguridad que hay herida cerebral.

—Vamos a llevarla a toda hostia al hospital y que ellos valoren. Y que alguien atienda a esa otra chiquilla, ha entrado en pánico.

La intubaron y la metieron en la ambulancia. Recuerdo dos tubos. En la ambulancia me hablaban (para que saliera de mi estado), me informaban del de Sara y me explicaron para qué servían los tubos. Uno de ellos era para ventilar mejor y el otro para aislar la vía aérea, por si Sara vomitaba, para que no se atragantara y no se le fuera la lengua hacia atrás cerrando la faringe, la laringe y que no pudiera respirar.

Daniel

Me desperté empapado en sudor.

«¿He tenido una pesadilla?».

No me acordaba de por qué me había despertado, de repente, sobresaltado. «No, no ha sido una pesadilla». Era una sensación desconocida hasta ese momento que sentía en todo mi cuerpo. Miré por la ventana, ya amanecía. Aún me quedaba algo de tiempo para dormir, me había acostado a las tantas de la madrugada y me sentía agotado. Esas escasas horas de sueño no habían conseguido que descansara lo suficiente. Me tumbé en la cama y me dormí.

Poco después, me levanté con una mala sensación en el cuerpo. Me duché y fui al comedor a desayunar. Cuando llegué, mis amigos ya estaban allí. No tenía hambre, me puse un café y me senté en mi silla.

—¿Dónde está mi hermana? —pregunté a Will. Solía tenerla controlada.

—Aún es temprano, estará haciendo *footing* con Adam y Oliver, como todas las mañanas.

«Sí, será eso», pensé, nada convencido. Miré de nuevo hacia su mesa, estaban todos excepto Oliver, Adam, Pear y mi hermana. No entendía la razón de mi inquietud.

—¿Qué te ocurre, Dan?

—Tengo una extraña sensación en el cuerpo. No sé, como si algo no fuera bien.

—¿Algo? ¿Qué algo?

—No... no lo sé. ¿Dónde está Pear?

—Sí que estás paranoico. Ya sabes cómo es, le cuesta despegarse de las sábanas. ¿Es que no conoces a tu chica?

«Mi chica». Sí, la conocía, solía llegar la última a desayunar. «¿Es mi chica? No tengo ni puta idea de lo que es. Solo sé que pienso demasiado en ella».

—Venga, tío, tranquilízate, que todo está bien. —Mi amigo me dio una palmada en la espalda en señal de apoyo—. Mierda, Dan, estás temblando. ¿Qué te pasa?

—No lo sé —contesté con sinceridad.

—Oye, si estás tan intranquilo, llámala por teléfono. Lo más probable es que se haya dormido.

«Sí, eso voy a hacer, llamarla por teléfono».

Amanda Peters

Recuerdo esa mañana. Trataba temas escolares en mi despacho con varios profesores. Iba a explotarme la cabeza, empezaba la mañana movida. Sonó el teléfono. Era un número externo.

—Disculpadme, por favor —solicité a mis colegas—. Voy a atender la llamada, es externa.

Descolgué el teléfono y contesté.

—Amanda Peters.

—¿Amanda?

—Soy yo, ¿quién habla? —Era una voz conocida, pero la persona al otro lado del teléfono hablaba tan alterada, que no conseguía entender nada.

—Amanda, soy Laura Aston.

«¿Laura Aston?». Me pareció extraño que me llamase a esas horas. ¿Qué pasaría? Escuché con atención las siguientes palabras de mi interlocutora, pero no podía creerlo. No podía ser, era imposible. Sara Summers en ese momento hacía *footing* con sus amigos por el colegio. Era imposible que fuera ella.

—No, eso es imposible. No puede ser ella. Ella no. —No pude evitar empezar a sollozar. Era terrible lo que había ocurrido. Mis compañeros me observaban sin saber qué hacer.

Colgué y, aunque parecía que estuviese flotando, sabía lo que debía hacer.

—Amanda, ¿qué ocurre?

—Sara. —Me tembló la voz—. Sara Summers ha tenido un accidente.

—¿Un accidente? ¿Dónde? ¿En el colegio?

—Sí, en los alrededores. No sé mucho más.

—¿Está bien?

—No, está en coma. —Las piernas me temblaban y tuve que sentarme. Debía tranquilizarme. Cogí aire y me levanté—. Tengo... tengo que avisar a Daniel.

—No puede ser, pero ¿qué ha pasado?

—Hay que avisar a Aston y a Wallace.

—Sí, pero primero a Daniel. Primero a su hermano.

Daniel

«Joder, el tiempo pasa y no viene nadie. ¿Por qué estoy tan nervioso?».

Miré, por quincuagésima vez, hacia la mesa de mi hermana y comprobé, por quincuagésima vez, que no parecían preocupados. Casi era la hora de ir a clase y ninguno de los cuatro aparecía. Y ninguno de ellos cogía el maldito teléfono.

—Dan —me llamó Will—, Peters viene hacia aquí.

Seguí la dirección de su mirada y la vi. Vi la angustia y el miedo en su expresión. No me hizo falta saber nada más. Era mi hermana. Algo había pasado.

Me levanté y caminé despacio hacia ella. Antes de que me explicara nada, pregunté yo primero.

—¿Dónde está mi hermana?

—En el hospital.

La taza de café, que aún sujetaba en la mano, cayó al suelo a cámara lenta y se rompió en mil pedazos. Peters intentaba decirme algo, pero no la escuchaba. Eché a correr hacia la salida del comedor con un único objetivo: encontrar a mi hermana.

Adam

Fui al comedor a pesar de que apenas quedaban diez minutos para que empezaran las clases. «No sé ni para qué me molestó en venir. Bueno, sí, para buscar a Olly». No había sabido nada de él desde que la noche anterior había salido escopetado de mi habitación cuando Sara se marchó después de soltar el notición. Lo llamé cientos de veces, pero no contestaba. No quería hablar con nadie. Lo entendía. Oliver es muy especial, jodidamente especial; respeté su necesidad de aislarse y no lo busqué más.

Con Sara no había hablado aún, pero caminaba convencido de que tendría que escucharme en cuanto la viera. Cuando fui a su dormitorio a buscarla, casi de madrugada, para dormir con ella, no estaba. Los remordimientos que tenía por dejarla sola se solaparon con la mala hostia que me entraba solo de pensar que había vuelto con el gilipollas de Will.

Nada más entrar en el comedor, alguien chocó contra mi costado derecho con fuerza.

—¡Joder! ¡Mira por dónde vas, Summers!

El idiota de Will salió corriendo detrás de él y tampoco me vio. ¿A dónde irían tan rápido? Entré al comedor, había mucho alboroto. «¿Qué coño pasa?». Antes de ir hacia mi mesa con mis amigos, me fijé en el centro del comedor. Algo había llamado mi atención. Alguien. Era la directora Peters con varios profesores a su alrededor. Era extraño, nunca se la veía por allí; ella y los profesores comían en otro comedor. Me vio y empezó a caminar hacia mí. Y la expresión de su cara, mierda, la expresión de su cara... lo decía todo.

De repente, caí en algo.

Mis ojos oscilaron entre Will, Daniel y Peters. No quise hacer la pregunta, pero tuve que hacerla. Mi cuerpo comenzó a temblar y mi corazón a latir con mucha fuerza y rápido, muy rápido. Lo sentía en mis oídos. Empecé a negar con la cabeza.

—¿Sara?

—Sí, Adam. Está en el hospital.

El suelo del comedor se abrió bajo mis pies y caí en el abismo más profundo. No fui muy consciente de lo que sucedía a mi alrededor ni del

tiempo que transcurrió hasta que eché a correr. No sé qué pretendía, intentar alcanzar a Daniel, coger la moto de Oliver, aunque no tuviera ni carnet de conducir ni las llaves, o correr al hospital. Solo sé que pensé que, cuanto más corriera en esa dirección, más cerca estaría de ella.

Cuando llegué al parking del colegio, alguien me agarró del brazo y me metió en un coche. Volví en mí, era el coche de uno de los profesores. Peters iba de copiloto. Escuché palabras sueltas: *caballo, coche, accidente, coma, Sara...* Pero no hablaban de mi Sara, no, era imposible que se tratara de ella.

Tenía calor, sudaba. Me quité el jersey y me quedé en manga corta. «Joder, qué puto calor». Me abrasaba. Y empecé a sentirme mareado.

Redujimos la velocidad, miré por la ventana: habíamos llegado al parking del hospital. No esperé a que el coche se detuviera del todo, abrí la puerta y salí escopetado.

Fui a urgencias y pregunté por Sara Summers. No sabía por qué lo hacía, no era *Totó* la que había tenido ese horrible accidente, pero las palabras me salieron solas. Para mi sorpresa, la chica de recepción (creo que era una chica, no me acuerdo bien) me indicó que pasara a una de las salas que había al lado. Cuando entré, Daniel y Will estaban allí. Y el padre de Sara, los padres de Oliver y... mis padres.

—Adam. —Mi madre vino hacia mí y me abrazó.

Resulta que sí, que todo aquello era por mi Sara.

Me solté del abrazo de mi madre y me arrastré por la pared hasta llegar al suelo, que desapareció de nuevo bajo mis pies. Me volvió a engullir la oscuridad.

«Sara, Sara, Sara». Escuchaba mis propios gritos. «No, espera, no soy yo».

—¡Sara! ¡Sara!

Era Oliver. Me levanté y salí en su busca. Nos encontramos en la entrada de la sala de espera. Estaba llorando, nunca había visto llorar a Oliver.

—¿Dónde está?

No lo sabía, no sabía una puta mierda. No pude contestar ni a esa insignificante pregunta.

Sus padres corrieron a abrazarlo. Solo se escuchaban sollozos. Sollozos, lloros y lamentaciones. Me alejé porque no lo soportaba más, pero los sollozos no cesaron. Me topé con mi imagen en un espejo: era yo, era yo quien lloraba.

Como mil putos minutos después, el padre de Natalie (trabajaba como

cirujano en ese maldito hospital) se dignó a aparecer para hablarnos de Sara. «Por favor, que sean buenas noticias». El padre de Sara se aproximó a él, desesperado por escuchar noticias de su hija.

—John. —Lo abrazó y le apretó el hombro.

—¿Cómo está mi hija?

—No os quiero engañar. Ha tenido un accidente muy grave. El conductor de un todoterreno iba ebrio y por encima de la velocidad permitida. Se ha salido en una curva y se ha llevado a Sara por delante cuando paseaba a caballo. Ambos han sido desplazados varios metros por la tierra. El impacto ha sido muy fuerte y tiene una importante lesión cerebral. Los órganos del cuerpo se han desplazado y han impactado entre ellos, provocando daños internos que ponen en peligro sus funciones vitales. Ese desplazamiento ha provocado la rotura de varios vasos sanguíneos y una hemorragia interna. Le hemos extirpado el bazo y el apéndice, pero sigue habiendo órganos dañados. En el momento del impacto, creemos que se cayó del caballo, pero una de sus piernas debió de quedarse enganchada en el estribo, porque llegó en muy mal estado, presentaba múltiples fracturas de tibia y peroné. Ahora lo que más me preocupa es la lesión cerebral, hemos tenido que inducirle un coma para que el cerebro consuma el mínimo de energía hasta alcanzar una estabilidad y no sé... no sé cuándo se va a despertar, no sé si su cuerpo va a poder aguantar tanta intervención quirúrgica, habrá que ir con cuidado, pero... ¿Daniel?

Miré hacia Daniel, que se había sentado en el suelo; respiraba con dificultad. El padre de Natalie se acercó a su lado a gran velocidad.

—¡Daniel! —John se acercó a su hijo.

—¡Está sufriendo un ataque de ansiedad, no puede respirar! ¡Que alguien venga a ayudarme!

Aparecieron dos enfermeras y se agacharon al suelo para ayudar a Daniel.

«Joder, ¡esto es una puta pesadilla! No es real».

—¡Daniel! —Pear también corrió a socorrer a Daniel. Ni siquiera era consciente de que mi amiga estaba allí.

Me fui a mi rincón y me sumergí en mi abismo. Era un buen lugar.

13

En coma

Daniel

Recuperé la consciencia y respiré tranquilo. «Ha sido una pesadilla, solo ha sido una pesadilla». Sin embargo, algo no iba bien. Lo presentía.

¿Dónde estaba? Lo primero que me llegó fue ese asqueroso olor a desinfectante, a hospital. Después: los sollozos. Abrí los ojos y miré a mi alrededor. Me encontraba en una sala de hospital tumbado en un áspero sofá, y alguien me acariciaba el cabello.

«Sara».

Mi hermana había tenido un accidente. Recordé las palabras del doctor Murray: *...Los órganos del cuerpo se han desplazado y han impactado entre ellos, provocando daños internos que ponen en peligro sus funciones vitales. Ese desplazamiento ha provocado la rotura de varios vasos sanguíneos y hemorragia interna...*

—¿Daniel?

Me incorporé, era Pear quien me acariciaba.

—¿Dónde está mi hermana? —Pear se tensó ante la mención de Sara. La observé, tenía los ojos hinchados de llorar. Le temblaba el labio inferior y respiraba entrecortadamente.

—Daniel. —La madre de Oliver se sentó junto a mí. Me sentí protegido. Menos solo. No sé por qué—. Has tenido un ataque de ansiedad. Te han administrado unos calmantes y te has quedado dormido. Intenta no alterarte, por favor, tu familia te necesita. —Parecía estar a punto de ponerse a llorar. Notaba los esfuerzos que hacía por aguantar las lágrimas dentro de sus ojos.

Eché una ojeada por la sala: Pear y Laura estaban sentadas conmigo en el sofá, una a cada lado. En el sofá de enfrente, el marido de Laura y los padres de Adam. A Oliver lo vi apoyado en la pared, parecía drogado. Me entraron ganas de chasquear los dedos delante de su cara para ver si reaccionaba. Adam descansaba junto a él (no esperaba otra cosa), sentado en el suelo y con la cabeza escondida entre las piernas. Will se sentaba en una de las sillas con

la mirada perdida.

—¿Dónde está mi padre?

—Hablando con Alan. —Es el nombre de pila del doctor Murray, el padre de Natalie—. Tu hermano Alex ha ido con él.

—¿Mi hermano está aquí?

—Sí, vino al poco de llegar tú. También vinieron Kate y los amigos de tu hermana. Mis padres se han llevado a Kate a Edimburgo. Es demasiado pequeña para pasar por esto. Alan, después de varias horas, ha obligado a su hija y al resto a irse al colegio a descansar. Yo estoy intentando mover a Oliver y a Adam, pero no creo que lo consiga.

Me dio la sensación de que habían pasado demasiadas cosas.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Trece horas. —«¿Trece horas? No puede ser»—. Tuvieron que administrarte algo fuerte para que te calmaras.

«Joder, no me acuerdo de nada».

—¿Y mi hermana? —Una soga imaginaria alrededor de mi cuello me ahogaba, no me dejaba respirar con facilidad. Las palabras del doctor Murray se repetían en mi cabeza. Necesitaba ver a mi hermana.

Me levanté, y justo mi padre y mi hermano entraron en la sala con el padre de Natalie. Mi padre lo hizo con la cara desencajada. La soga me estranguló aún más el cuello. En cualquier momento me lo partiría en dos.

—Papá. —Me acerqué y abracé a mi padre. No pensé que, a mis diecisiete años, un abrazo de mi progenitor significara tanto, pero la verdad es que un poco de aire entró en mis pulmones —. Papá, dime que todo va a estar bien, por favor.

—Sara acaba de salir de la última operación —explicó el doctor Murray—. No podemos arriesgarnos más. Está muy débil, pero estable. Vamos a moverla a una habitación. —Oliver y Will reaccionaron, y Adam levantó la cabeza; no obstante, el doctor adivinó sus intenciones y mató sus esperanzas—. De momento no podéis verla. Id a casa, descansad y mañana venís y veremos si os puedo dejar entrar a su habitación.

—Alan, ¿se ha despertado? —preguntó la madre de Adam mientras acariciaba la cabeza a su hijo.

—No, está en coma. Y tenéis que haceros a la idea de que es imposible saber si va a despertarse o cuándo lo va a hacer. Pueden pasar horas o meses; sé que es duro, pero...

Oliver salió escopetado de la habitación. No supe a dónde iba y no me

importó. Que se preocuparan sus padres por él. Yo bastante tenía con lo mío. Las siguientes palabras del médico de mi hermana no las escuché. No dejaba de pensar en lo último que había dicho: que quizá mi hermana no despertara. Pero eso era imposible. Me negaba a aceptarlo.

—Daniel, vamos. He reservado un par de habitaciones en el hotel de enfrente para que Alex y tú podáis descansar. —Desperté de mi ensoñación tras las palabras de mi padre.

«¿Qué? Ni de coña. No pienso separarme de mi hermana, ¿y si se despierta y se ve sola? No, ni hablar».

—No me voy a ninguna parte.

—Daniel, por favor —me suplicó mi padre—, no hagas las cosas más difíciles. Tienes que descansar. Mañana, a primera hora, puedes venir de nuevo.

—No, de aquí no me muevo. Vais a tener que sacarme a rastras y, aun así, pienso volver en cuanto os deis media vuelta. ¿Y si abre los ojos, papá? ¿Y si se despierta y no me ve? —Reconocí la duda y el sufrimiento en el rostro de mi padre. Murray y él se miraron entre ellos.

—Está bien, puede quedarse —aceptó el doctor.

Una enfermera me guio a la habitación de mi hermana. Abrí la puerta sin pensarlo y entré acelerado. Mi padre, mi hermano mayor y el doctor entraron detrás de mí. Me acerqué a la cama y contuve la respiración. Esa no era mi hermana, ¿qué le había pasado?

—¿Qué... —mil lágrimas caían por mis mejillas y solo era capaz de hablar en susurros. La soga del cuello me apretaba demasiado—... qué le ha pasado en la cara?

—Por eso no quería que la vieras. Tu hermana se ha dado un golpe fortísimo al chocar contra el suelo, creemos que arrastró el rostro varios metros por la tierra, por las contusiones y las heridas que presenta. La hemos curado, pero ahora está muy hinchada, es cuestión de días que su aspecto mejore.

—¿Tú lo sabías? —pregunté a mi padre.

—Sí, Alex y yo hemos podido verla hace un momento.

¡Dios! Tenía el rostro deformado y amoratado. Me imaginé el sufrimiento por el que tuvo que pasar y un escalofrío me recorrió el cuerpo. El dolor que debió de sentir... Deseé con todas mis fuerzas que hubiera perdido pronto el conocimiento. Y que no se acordara de nada al despertar. Porque iba a despertar. Quise acariciarla pero... ¿Y si le hacía daño?

Tenía tubos y cables por todo el cuerpo. La habían tapado con una sábana hasta los hombros y tenía los brazos, llenos de moratones, sacados por fuera. Me senté en la silla que había enfrente de la cama y rompí a llorar como si tuviera dos años. No recuerdo haber llorado nunca así.

Varias horas después, me quedé solo en la habitación. Mi padre fue a acompañar a Alex al hotel y, de paso, a avisar a nuestros familiares de lo ocurrido. Aunque Alex insistió, no pudo quedarse. El doctor Murray no nos permitiría de ninguna manera que permaneciéramos los tres en la habitación. Me senté en una silla que había junto a la ventana. Después de horas mirando a la nada (sí, horas), me di cuenta de que desde allí no veía bien a mi hermana. Me levanté y acerqué la silla a la cama, a la altura de sus hombros. Acababa de sentarme cuando los aparatos que rodeaban a Sara arrancaron a pitar y a volverse locos. ¿Qué pasaba?

Empezó a entrar un montón de gente en la habitación, médicos y enfermeras. Se llevaron a mi hermana y me quedé solo. Salí corriendo detrás de ellos.

—¡Sara! ¿Dónde la lleváis? ¿Qué le ocurre a mi hermana?

El doctor Murray giró la cabeza y se dignó a contestarme.

—Daniel, tenemos que intervenir de inmediato. ¡No te muevas de la habitación!

Me quedé de pie en mitad del pasillo. «¡QUÉ PUTA PESADILLA! No te muevas, Sara. Aguanta».

Cuando mi padre llegó al hospital, yo seguía en mitad del pasillo mirando hacia la puerta por donde se habían llevado a mi hermana. Regresamos a la habitación y esperamos. Fue una espera eterna. Me dio tiempo para pensar en muchas cosas, demasiadas. Me acordé de Will y de los dos mejores amigos de Sara. No sabía dónde estarían, supuse que los habían obligado a ir a casa.

Mi padre me dio una pastilla que ni me molesté en preguntar para qué servía; abrí la boca y me la tragué. Me dejé caer en el sofá de dos plazas que había debajo de la ventana y me dormí.

Cuando me desperté, aún no habían traído a mi hermana de vuelta. Había amanecido. Ignoraba los días que llevaba en ese lugar. ¿Dos? ¿Tres? ¿Cuatro? Mi padre estaba sentado en la silla que había ocupado yo horas antes. Le pregunté por mi hermana y me dijo que llevaban horas en el quirófano y que aún no habían acabado.

«De puta madre. Son todo *buenas noticias*». Al menos, no había perdido la ironía.

Media hora después, se abrió la puerta de la habitación. Por fin traían a mi hermana. Murray nos explicó que habían conseguido estabilizarla. Me acerqué a la cama y comencé a gritarle, aunque sabía que no podía escucharme. Pero tenía que sacarlo de dentro.

—¡Despierta! ¡DESPIERTA YA! —La apunté con el dedo—. ¡NO SE TE OCURRA MORIRTE PORQUE TE JURO QUE NO TE LO PERDONO EN LA VIDA! —Me calmé después de desahogarme y me senté a su lado. La agarré de las manos—. Por favor, no me dejes solo. Por favor.

Dos días después, todo seguía igual. No dormía si no era con calmantes, que me atontaban los sentidos. Me despertaba por las horribles pesadillas. Tenía miedo de que mi hermana se desestabilizara como la última vez. Mientras escuchara el intermitente *pi, pi, pi* de la máquina que la controlaba, respiraba tranquilo.

Su rostro tenía mejor aspecto. Todavía lucía golpes y moratones, pero no se veía desfigurado; era ella. Aún no habían dejado entrar a nadie. En más de una ocasión escuché los gritos de Oliver y Adam que venían de fuera de la habitación. No me molesté en salir, permanecía dentro de ese cubículo veinticuatro horas al día.

Mi padre me llevó ropa limpia para que me cambiara. Había un pequeño cuarto de baño con una ducha, pero no la había usado aún. ¿Y si se despertaba justo mientras me duchaba?

Mi móvil se quedó sin batería, pero no quise cargarlo. No quería saber nada del resto del mundo. No quería saber nada de nadie.

Al sexto día, mi padre me informó de que empezarían a permitir entrar a la gente para que vieran a Sara. Bien, pero yo no pensaba moverme. Observé pasar a todos mis compañeros del colegio, escuché sus conversaciones. Algunas de esas conversaciones no las debería haber escuchado. Eran demasiado... privadas. Pero ellos sabían que yo estaba ahí (en ningún momento me escondí), por lo que fue su decisión hablar o no. No estaba dispuesto a moverme de esa habitación.

Los más habituales eran Will, Oliver, Adam y Pear. Venían todos los días, sin excepción. Más de una vez al día insistían en quedarse a dormir, pero no les dejaban. El resto de sus amigos venían cada dos días. Desde luego, ninguno de ellos pasaba más de tres días sin verla.

Hay determinadas visitas que nunca olvidaré. Una de ellas: la primera vez que Adam entró.

Me miró nada más entrar, pero no nos dijimos nada. Yo permanecí

afincado en mi pequeño sofá. Era mi nueva casa. Se acercó a la cama y se estremeció al ver a mi hermana. «Pues si la hubieras visto hace seis días... Ahora parece una modelo de pasarela en comparación con cómo estaba».

—Hola, *Totó*. —«*Totó*». Es el apodo que le puse yo cuando éramos unos críos, era increíble que siguieran llamándola así—. El padre de Natalie nos ha dicho que es muy probable que escuches todo lo que decimos. Nos ha aconsejado que no dejemos de hablarte. Quiero... quiero pedirte perdón. Perdóname, por favor. No voy a volver a discutir contigo en la vida, puedes hacer lo que quieras, lo que quieras, Sara, y yo te voy a apoyar en todo. —Se le caían las lágrimas, que intentaba disimular sin éxito, quitándolas con el dedo—. Pero no te vayas, por favor. —La situación le pudo y se echó a llorar encima de ella—. Eres la persona que más quiero en el mundo, no me dejes, por favor.

Mentiría si dijera que no me emocioné, nunca imaginé que la querría tanto. También me mosqueé. Por lo que pude entender tuvieron una bronca de la hostia. ¿Qué habría pasado?

Después de Adam, vino Oliver, pero solo permaneció en silencio mirándola durante, no sé, horas. No dijo ni una palabra.

Y, por último, Pear. Soy consciente de lo injusto que fui con ella en aquellos días. Debo reconocer que la culpaba... sí, joder, la culpaba, en parte, por lo que había ocurrido. ¿Por qué coño tuvo que obligarla a salir a montar? Si no hubiera insistido, todo aquello no estaría pasando. Estaba enfadado con ella. Frustrado. Equivocado.

Nada más entrar, se acercó a Sara y se sentó junto a ella. Le pidió perdón y habló con ella (¿por qué coño todo el jodido mundo pide perdón en esas circunstancias? Me tocaba mucho los cojones. Sé consecuente con lo que haces). Lloró, habló un poco más y lloró otra vez. Después intentó acercarse a mí, y digo *intentó* porque ni siquiera le permití acercarse a menos de dos metros. Levanté la mano y le ordené que se largara.

Al día siguiente, vinieron el resto de sus amigos. Reconozco que desconecté y no escuché lo que decían. Estaba hartito. Era más de lo mismo.

Los padres de Oliver y Adam eran asiduos. Lo mejor de las visitas de la madre de Oliver era que solía traer a mi hermana Kate. Me gustaba tenerla allí. Nuestros papeles se invirtieron, a menudo, y era ella quien me consolaba a mí a pesar de su juventud. Kate era demasiado madura para su edad, quizá por necesidad, porque siempre ha estado algo apartada de nosotros. Estuvimos años separados hasta que ella entró en el *Crowden* y, cuando lo hizo, ya

teníamos nuestras vidas hechas, sin ella. Necesitaba sentirme unido a mi familia. Y lo hice. Sobre todo cuando llegaron mis abuelos de Estados Unidos.

Durante las primeras semanas, solo permitían que entraran de uno en uno. Y todos los putos días eran iguales. Adam y sus conversaciones, Oliver y sus silencios, Pear y sus lamentaciones.

Y así pasaron tres semanas.

Y aquel lunes, tres semanas después de su primera visita, Oliver habló por primera vez. Fue la visita que más me impactó, sin ninguna duda.

Se acercó a ella con mucho cuidado y entrelazó su mano con la de mi hermana. La besó y antes de hablar, rompió a llorar. Conocía esa maldita sensación.

—Necesito contarte una cosa. Te he ocultado algo importante. ¿Te acuerdas de lo que dije después de que pasara lo que pasó entre nosotros? ¿Te acuerdas de que dije que teníamos que detenerlo porque estaba a punto de caer *loca e irremediablemente enamorado de ti*? Demasiado tarde, ya lo estoy. Al parecer, desde niños. Es una larga historia. —Mis ojos por poco no se salen de sus cuencas. ¿Oliver enamorado de Sara? ¿Y qué coño ocurrió entre ellos? Por sus palabras, no había que ser muy listo para adivinar a qué se refería—. Una larga historia que no te puedo contar. Porque nunca vas a saber cuáles son mis verdaderos sentimientos por ti. Quiero hacerte una promesa. Una promesa que voy a cumplir hasta el fin de mis días. Sé que estás enamorada de Will, de lo contrario no habrías vuelto con él a escondidas. —«Espera, ¿qué?»—. Te prometo que no voy a interponerme en esa relación. No importa lo que suceda entre nosotros, si tú lo quieres, yo te voy a apoyar.

Hundí la cara entre mis manos y me mantuve así durante un rato. ¿Qué coño pasaba en la vida de mi hermana? ¿Y por qué yo no me enteraba de nada, joder?!

Ese mismo día, cuando vino Will a verla, le pedí explicaciones. Me confesó que habían vuelto varias semanas antes del accidente, pero que lo mantuvieron en secreto por petición de Sara. Justo la noche del accidente, ella había quedado con sus amigos para contarles la verdad. Hasta ahí llegaban sus conocimientos. No me costó imaginarme la bronca que tuvieron esos tres tras la confesión. Por eso mi hermana *aporreaba a Vivaldi*, como me explicó Pear, aquella noche.

En todo ese tiempo, no había hablado más de cinco frases con Pear. Mi rechazo inicial cesó y dio paso a saludos cortantes pero educados y... la verdad, poco más. No estaba para nadie. Y menos para ella. Sabía que no

pasaba por un buen momento, que se sentía culpable, pero no podía ayudarla. ¿Cómo coño iba a ayudarla si yo sentía lo mismo? ¿Si la creía culpable?

Por la tarde, Murray abrió la veda y permitió visitas de más de dos personas. Vinieron varios de sus amigos y ese día... ese día Pear explotó. Reconozco que yo tuve toda la culpa. Ella intentaba consolarme y ayudarme, pero yo no permitía que nadie se acercara a mí, y, para más inri, a ella la miraba con rencor. La situación la sobrepasó.

—Ya no puedo más. ¡NO PUEDO MÁS! ¡Es mi mejor amiga la que se muere en esa cama! ¡Y fui yo quien la sacó de su habitación y la obligó a dar un paseo a caballo! Si no fuera por mí...

—¡Exacto! Si no fuera por ti... —Joder, ahí me lucí. Maldita situación.

—¿Qué coño quieres de mí, Daniel? ¿Qué quieres que haga? —me contestó llorando— No puedo volver atrás y no puedo...

—Pear —su amigo Marco la interrumpió. Me miró con evidente desaprobación e intentó tranquilizarla, que es lo que debería haber hecho yo en vez de alterarla más—, no te hagas eso, no pienses en los posibles «y si no hubiera hecho eso». El único culpable de lo que ha pasado es el maldito conductor del coche que iba borracho y a toda hostia por una estrecha carretera llena de curvas. ¡Tenemos que dejar de culparnos entre nosotros de una puta vez, joder!

Se abrazaron y se consolaron el uno al otro. Muy tierno todo. Yo tenía los nervios desquiciados, la sola mención del hijo de puta que había dejado así a mi hermana hizo que me entraran ganas de golpear cosas.

Sin pensarlo, me lancé hacia el sofá y comencé a dar patadas. Toda mi frustración se iba en esas patadas, hasta que alguien me agarró de los brazos para frenarme.

—Daniel, el sofá no te ha hecho nada. Ya está, tranquilízate. —Creo que fue Brian quien me detuvo.

—Tenemos que dejar de discutir entre nosotros y de echarnos las culpas, hay que permanecer unidos.

Menos mal que por la noche Adam vino tranquilo y, en parte, animado. Ese día no hubiera soportado un drama más.

—No te vas a creer lo que ha pasado hoy —le contó—. Moira se ha pegado con Tessa Milanese. Bueno, apenas le ha dado dos tortazos, porque las han separado. ¿Te lo imaginas? Con lo seria y tranquila que es Moira. Al parecer, ha sido a causa de un comentario poco afortunado que hizo sobre ti. No me han querido contar lo que ha dicho, creo que tienen miedo de mi

reacción.

A la mañana siguiente, noté la frustración de Adam en sus palabras. Ya no estaba tan animado.

—¿Sabes dónde está Olivia? En la iglesia que hay a la vuelta de la esquina de este maldito hospital. Va todos los días, es igual de atea que tú, pero va a rezar a vete a saber qué Dios para que no te lleve con él. Joder, es de locos.

Esa misma tarde, hasta el fuerte de Adam se derrumbó como el resto de los mortales.

—¡JODER! ¿Cuándo vas a abrir los putos ojos, Sara? ¿Sabes, qué? Yo también voy a rezar, voy a hacer una petición y una promesa. Voy a pedirle a Dios que no te lleve con él, que te deje con nosotros, y, a cambio, prometo no molestarlo nunca más.

El despertar

Un mes después del accidente

Daniel

Había pasado más de un mes desde el día del accidente. Más de un puto mes. Y nada. Sara no despertaba. Mis esperanzas decaían con el paso de los días. Faltaba poco para las vacaciones de verano. Pero yo no sentía que fuera verano, más bien parecía invierno, un jodido invierno frío y largo que no tenía fin.

Sara ya tenía casi todos los moratones del cuerpo curados. Sus órganos estaban sanos y se valían por sí solos. Lo que más me preocupaba era la pierna. Le hicieron varias intervenciones para intentar arreglar la avería que tenía en la tibia y el peroné, y después solo decían que había que esperar. Esperar a que se despertara y ver cómo le respondía. Tenía fracturas cerca de la rodilla y necesitaba tiempo. Pregunté a todo el mundo que pasaba por la habitación si podría patinar de nuevo, pero nadie se atrevía a decirme nada. Había que esperar. Joder, *esperar*, estaba hasta los cojones de esperar. ¿Qué le explicaría a mi hermana cuando se despertara y me preguntara por su pierna? La sola idea de que no pudiera patinar... Tuve que suplicar a Murray, tenía que hacerle saber lo importante que era para ella.

—Por favor, doctor Murray. Patinar es lo que más le gusta hacer en la vida, tiene que conseguir que se recupere sin secuelas. Por favor.

—Daniel, estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos.

Lo sabía, pero me gustaba recordárselo. Después de suplicarle, siempre hablaba con mi hermana.

—Pero primero tienes que despertarte, Sara. Cuanto más tiempo estés en coma, más graves pueden ser tus lesiones.

Sus amigos seguían sin faltar a las visitas. Le contaban todo lo que había pasado el día anterior en el colegio y gilipolleces varias. Adam era quien más

cosas le contaba y quien le actualizaba cada pocos días la música del iPod que le colocábamos en los oídos. Dicen que la música ayuda. Y mi hermana adora la música.

Hacía más de un mes que no pasaba por el colegio. No hice ni un solo examen final. La directora, en una de sus visitas, me dijo que no me preocupara por nada, que pasaba de curso y que haría los exámenes después del verano. Como si me importara.

La psicóloga del colegio venía cada dos por tres para hablar conmigo; decía que necesitaba hablar con alguien de toda aquella situación. ¡No necesitaba una puta psicóloga! Lo único que necesitaba era que mi hermana se despertara, ya no sabía cómo decírselo.

En ningún momento abandoné la habitación de mi hermana. No salía al exterior para nada. Me acostumbré a vivir dentro de esas cuatro paredes. Tardé más de tres semanas en fijarme en que eran de un rosa muy pálido. Mi padre y mi hermano me proveyeron de ropa y comida. Tampoco es que comiera demasiado. Pero sí me duchaba más a menudo; alguien (cualquiera que estuviera en la habitación) me hacía la guardia entretanto. Intentaba no mirarme demasiado en el espejo, no me gustaba lo que veía. No sé cuantos kilos perdí, calculo que los mismos que Sara. Cada vez estaba más delgada, parecía tan frágil. No era ni la mitad de lo que fue.

La mitad del día hablaba con mi hermana; le comentaba mis impresiones sobre las conversaciones que entablaban sus amigos con ella. La otra mitad del día, leía. No sé cuántos libros llegué a leer. Todos trataban sobre lo mismo: pacientes comatosos.

Mis mayores preocupaciones eran dos.

La primera: la pérdida de memoria. Era consciente de que la totalidad de las personas que sufren accidentes de esas características no se acuerdan de nada de lo que pasó el día del accidente, no se acuerdan de haberse despertado por la mañana, ni de haber desayunado. Nada. Pero algunos, además, pierden más memoria y pueden incluso no reconocer a sus familiares. ¿Y si Sara no se acordaba de nosotros?

Mi otra preocupación era que, cuando despertara, no fuera ella, sino otra versión de sí misma.

Lo hablaba con Murray día sí y día también (estoy seguro de que acabó hasta los cojones de mí) y siempre me decía lo mismo: que en ocasiones se trata de detalles insignificantes. Años atrás, me explicó, tuvo un paciente que al despertar del coma se volvió vegetariano; no soportaba ver un trozo de

carne roja. Mientras solo fuera eso... Pero ¿y si era peor? ¿Y si cambiaba tanto su personalidad y no era más que una sombra de lo que fue?

Como no pensaba en la posibilidad de que cuando despertara su recuperación no fuera completa, cuando me topaba con las palabras «parálisis» o «estado vegetativo» arrancaba la página, la tiraba a la basura y pasaba a la siguiente.

Aquella mañana, se abrió la puerta de la habitación a la misma hora de todos los días y entró una de las enfermeras asignadas a mi hermana: la cuarentona rubia. Su nombre lo ignoraba, pero sí sabía que la semana anterior le había tocado el turno de tarde y que aquella semana le tocaba de mañana. Me conocía los turnos de todas ellas.

—Buenos días, Daniel. ¿Ya has desayunado?

—No, estoy esperando a mi padre, que llegará en cualquier momento.

—Muy bien, ¿y cómo está nuestra chica favorita esta mañana?

—Igual. —Percibió la frustración y el cansancio en el tono de mi voz. Revisó las constantes de mi hermana y me palmeó el hombro en señal de apoyo.

—Ánimo, cariño. No pierdas la esperanza. Y no dejes de hablar con ella, te está escuchando.

Qué sencillas se ven las cosas desde fuera. Abandonó la habitación y nos quedamos solos. Me levanté y me asomé a la ventana. Otro día soleado. Ojalá ella hubiera podido verlo, con lo que le gusta tostarse al sol. Siempre la he criticado por tumbarse a tomar el sol, la solía llamar lagartija. En ese momento, hubiera matado por verla perder todas esas horas en la tumbona. Me giré hacia ella sonriendo y detecté un movimiento en su rostro. «¿Qué ha sido eso?».

—¿Sara? —Me acerqué a ella, pero seguía igual. Sin embargo, había visto un movimiento, no estaba loco. Salí de la habitación y grité para que alguien viniera a verla.

—¿Qué ocurre? —Entró la misma enfermera, la cuarentona rubia que estaba en la habitación de al lado haciendo su ronda.

—Se ha movido, mi hermana se ha movido. Estaba asomado a la ventana y, cuando me he girado, he visto un movimiento. —La examinó, le miró los ojos y las constantes vitales, pero no había... nada—. Te juro que se ha movido.

—Y te creo, es habitual en este tipo de pacientes. Son movimientos involuntarios.

—Ya sé lo que son los jodidos movimientos involuntarios, pero esta vez ha

sido diferente. —La enfermera me miró con lastima y se marchó. Sabía lo que había visto. Me acerqué a mi hermana y me quedé a escasos centímetros de su cara.

—Venga, Sara. Te he visto. Sé que estás ahí, en algún sitio. Vamos, despierta.

Sus parpados temblaron, la cogí de la mano y no aparté mi mirada de sus ojos. Un segundo después, los abrió.

—*¡Totó?*

Sara

—*Venga, Sara. Te he visto. Sé que estás ahí, en algún sitio. Vamos, despierta.*

«¿Despierta? ¿Estoy dormida?». Me movía en la oscuridad. No conseguía abrir los ojos. Pero alguien me hablaba, oía voces en la distancia. Y un constante pitido de una máquina que estaba cerca, muy cerca.

Despierta.

«Eso intento». Pero me costaba, era como si no tuviera cuerpo, como si estuviera en la nada. De repente, fui consciente de mis ojos y los abrí, despacio, dejando atrás la oscuridad. Los párpados me pesaban y tuve que hacer un verdadero esfuerzo para abrirlos. Una luz brillante y cegadora me inundó los ojos.

—*¿Totó?*

«¿Daniel? ¿Dónde estoy?». Observé mi entorno, pero no reconocí la habitación. Olía... raro. Las paredes eran rosas y el techo blanco con varios halógenos distribuidos por toda la superficie. A mi lado derecho había una mesita con varios jarrones llenos de flores y botellas de agua. Algunas vacías. Miré hacia la ventana, y la repisa que había justo debajo estaba llena de más jarrones con flores.

Intenté mover las manos, sentí un calambre y miré hacia abajo: de mi mano izquierda salía una vía intravenosa. Me molestaba. Regresé la mirada hacia mi hermano, pero no estaba en el mismo sitio. Se había levantado y salido por la puerta. Carraspeé porque sentía la garganta seca. Tenía mucha sed.

—*¡Doctor Murray! ¡Que venga alguien, ya! ¡Enfermera!*

Mi hermano volvió junto a mí, seguido del padre de Natalie y de varias enfermeras. ¿Qué hacía allí el doctor Murray?

—*¿Sara? ¿Cómo te encuentras?*

Confundida y muy cansada. Me dolían todos los músculos del cuerpo. Y no podía moverme, solo era capaz de girar mi cabeza de izquierda a derecha y viceversa. El miedo comenzó a atenazarme cuando me di cuenta de que no recordaba cómo había llegado a aquel lugar. Necesitaba que alguien me explicara qué hacía yo allí y por qué no podía moverme. Me puse muy

nerviosa.

—Tranquila, Sara. No te inquietes. —Debía de ser muy transparente—. Estás en el hospital, sufriste un accidente mientras paseabas a caballo y has estado en coma.

¿En coma? ¿Accidente? No me acordaba de nada, me sentía muy perdida.

—Tengo sed. —Apenas me salió un susurro. Me chupé los labios y tragué saliva.

Mi hermano abrió una botella de agua y me dio de beber, pero no conseguí tragar y se me cayó el agua por la barbilla. Daniel se disculpó y me mojó los labios con una gasa. Carraspeé de nuevo. ¿Se me había olvidado tragar?

—¿Por qué no puedo moverme? —Y esa no era mi voz, era mucho más ronca.

—Es algo natural. Tu cuerpo lleva muchas semanas sin funcionar. Lo mismo que tus cuerdas vocales, es cuestión de tiempo que todo vuelva a la normalidad.

¿Semanas sin funcionar? ¿Cuánto tiempo estuve dormida?

—¿En qué mes estamos?

—Hoy es veinte de junio.

—¿De qué año?

Mi médico y Daniel sonrieron.

—Del mismo año. Tranquila, has estado en coma poco más de un mes. Y en todo este tiempo tu hermano no se ha separado de ti. Ha estado viviendo en esta habitación contigo. No ha salido ni para comer. Te ha estado cuidando.

Las enfermeras me tocaban por todas partes. Una de ellas por poco me metió un dedo en el ojo. Me obligaron a hacer movimientos oculares y probaron mis reflejos.

Me giré hacia mi hermano. Sonreía de una manera que nunca lo había visto. Irradiaba felicidad.

—Tú siempre queriendo llamar la atención —bromeé.

—Es ella —dijo mi hermano al doctor.

Pues claro que era yo. ¿Quién si no?

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Cerré los ojos e intenté hacer memoria. Los recuerdos acudían a mí como flashes. Recordé mi pelea con Will por haberlo pillado con Tessa en la cama. Joder, se me encogió el estómago de recordarlo. El juego de la botella, la canción de los Beatles, Will y yo juntos... Y lo último que recordaba era la clase de gimnasia. Navegábamos todos en las canoas hasta que mis amigos y

yo nos separamos. Will y Daniel nos salpicaron y me tiré encima de Will. Nos besamos debajo del agua. Después de eso... nada. Esas últimas imágenes estaban borrosas, no supe si habían pasado en realidad o si eran producto de mi cabeza.

—Recuerdo estar con las canoas en clase de gimnasia y que Will y tú vinisteis a salpicarnos. Después de eso, nada. ¿Es real?

—Sí, fue la mañana anterior al accidente —informó mi hermano al doctor.

—Bien, teniendo en cuenta que el accidente sucedió la madrugada del quince de mayo, has borrado de tu memoria los dos días previos al suceso.

—¿Sara?

Esa voz. Mi padre. Se quedó mirándome desde el quicio de la puerta. Llegó hasta mí en dos pasos y me abrazó con fuerza. Apenas me dejaba respirar.

—¿Cuándo...? ¿Cómo...? ¿Por qué no me habéis llamado? —preguntó entre sollozos.

—Hola, John. Tu hija acaba de despertar hace apenas cinco minutos. La estamos examinando y todo parece estar bien.

Mi padre y el doctor Murray empezaron a hablar de un montón de cosas. Me preguntaron trocientas mil veces si estaba bien. Mi hermano cogió el teléfono y se lo puso en el oído. Llamaba a alguien. Se levantó y se aproximó a la ventana. Me apetecía comerme un yogurt. Y tocar el piano.

—*Oliver, mi hermana ha despertado.*

Oliver. Oliver. Su nombre retumbó en mi cabeza. Quería verlo. El corazón comenzó a latirme con fuerza. Había algo que..., no lo recordaba, pero algo importante había ocurrido entre Oliver y yo. También moría de ganas de ver a Adam, a Pear... a todos, pero Oliver... ¿Por qué tenía aquella sensación de que había olvidado algo importante?

Mi hermano no se alejó de la ventana y siguió llamando por teléfono mientras yo atendía a las miles de preguntas que me hacían mi padre y el padre de Natalie.

En aquel momento no me di cuenta, pero ahora me pregunto por qué mi hermano decidió llamar a Oliver en primer lugar. Nunca se lo pregunté.

Un rato después, ya me habían puesto en antecedentes sobre lo ocurrido. Un conductor borracho me había atropellado con el coche. No entendía qué narices hacía yo montando a caballo con lo poco que me gusta. Tendría que preguntarle a Pear. Necesitaba la ayuda de mis amigos para rellenar los huecos vacíos de mi memoria. Tuve suerte y, por lo que me contaron, el pobre

Percy se llevó la mayor parte del golpe; debió de fallecer casi al instante. Yo no tuve más que unas magulladuras y fracturas en la tibia y el peroné, pero me di un golpe fuerte en la cabeza, de ahí el coma.

Mientras me narraban la historia, noté algo extraño en sus expresiones. Mi hermano apenas me miraba. Tenía la sensación de que me ocultaban algo, pero lo dejé pasar. Me explicaron que me habían operado la pierna un par de veces y que iba a estar bien, pero, debido al tiempo que había estado postrada en la cama, me esperaban unos duros meses de rehabilitación. Intenté levantarme, pero no me dejaron. Debía ir con cuidado.

A cada segundo que pasaba, me hacía más consciente de mi situación, de lo que había ocurrido y de las consecuencias.

Mi hermano me ponía al corriente de todo lo acontecido en aquellas semanas, cuando se abrió la puerta de la habitación.

Oliver.

Fue como un sopapo de información. En cuanto lo vi, lo recordé todo. Todo.

Vino corriendo y me abrazó con la misma fuerza que había hecho mi padre una hora antes. Detrás de él, llegaron Adam y el resto de la pandilla. Nos fundimos todos en un enorme abrazo. Era todo muy extraño; para mí, había estado con ellos el día anterior, pero en realidad no los veía desde hacía semanas. No lo pensé demasiado, mi cabeza solo me permitía pensar en una cosa:

Oliver Aston.

Unos meses atrás

Después de aquel beso inesperado de Oliver que le recordó a Sara que sí podía volver a sentir algo gracias a un beso

Piel con piel

Después del no esperado pero alucinante beso de Oliver, me fui a mi dormitorio. Necesitaba pensar. En Will, en Oliver, en mí, en todo.

Me senté en el piano y comencé a tocar: *Apologize*, de One Republic.

Después de un largo rato desahogándome con el piano, la puerta de mi habitación se abrió. Sin llamar. Nunca llaman. Sea quien sea. «Debería acostumbrarme a poner el pestillo. ¡Necesito privacidad!».

—Hola, nena.

El repartidor de besos profesional vino directo al fondo de la habitación y se acodó en mi piano inclinándose hacia mí para mirarme a los ojos. Le eché un vistazo de reojo sin dejar de tocar. Se le veía contento. No estaba afectado. ¿Y por qué narices debería estar afectado? Tampoco es que a mí me hubiera afectado el beso que nos dimos. Mi subconsciente insistía en hacerme entender que no tenía ningún sentido mentirme y, aunque sabía que razón no le faltaba, lo ignoré.

—He venido a pedirte perdón.

¿Por el beso? ¿Y me lo decía así de sopetón? ¿Sin anestesia? Él siempre tan directo. No se andaba por las ramas. Yo también sería directa. Ya que nos metíamos de lleno en el asunto...

—¿Has venido a pedirme perdón por besarme?

—¡No! ¡Por supuesto que no! —me contestó, indignado. ¿Cómo que no? Y entonces, ¿por qué me pedía perdón?

—He venido a pedirte perdón por haberme puesto borde contigo delante de todos —me aclaró—. Lo siento de veras.

—Ah, eso —le dije, confundida. ¿Quién entiende a los hombres? De todo lo que había ocurrido horas antes, me pedía perdón por gritarme. ¿Y por meterme la lengua hasta la campanilla sin pedirme permiso no se disculpaba?

—Sí, eso. ¿Qué pensabas?

Seguí tocando el piano. Si él no lo sabía, no pensaba aclarárselo.

—¿Pensabas que quería pedirte perdón por besarte?

Me encogí de hombros.

—Jamás te pediría perdón por algo así. Te puedo besar cuando me dé la gana.

Mis manos dejaron las teclas al instante y mi voz emitió una sonora carcajada. Pero, este, ¿qué se creía?

—¿Tú crees? —lo reté. No sé por qué. ¿Qué buscaba? ¿Qué reacción era la que quería provocar en él?

—¡Claro que sí! ¿Por qué no podría besarte?

—¿Cómo que por qué? Porque no puedes.

—¿Eso crees?

—Sí —titubeé.

Oliver se sentó a horcajadas encima del taburete del piano y me cogió la barbilla. ¿Qué iba a hacer? Se aproximó a mí. ¿Iba a besarme? Me miró con sus ojos verdes y sonrió con superioridad. Acercó sus labios a los míos y me besó. Sentí sus cálidos labios sobre los míos y una sensación alucinante de plenitud me asoló. Segundos después, se separó de mis labios y me miró socarrón.

Me había besado. Me había besado porque le había dado la gana.

Insolente y guapísimo sabelotodo.

Entonces pensé que yo también podía besarlo cuando quisiera. Cambié mi postura y quedamos uno enfrente del otro.

Lo sujeté de la nuca y entonces fui yo quien acabó con la escasa distancia que nos separaba. Le metí la lengua. Me respondió con la suya y me agarró por la cintura. Nos besamos durante un buen rato sin despegarnos un centímetro el uno del otro. Introduje la mano por debajo de su camiseta para sentirlo más cerca, y Oliver, en cuanto sintió mi toque, se estremeció. Me costaba creer que nos estuviéramos tocando de aquella manera. Era extraño, pero, a la vez, se sentía tan... perfecto.

Oliver me cogió la mano y me instó a que nos levantáramos juntos de la banqueta. Nos sentamos en la cama sin soltarnos las manos. No dijimos nada. No era necesario. Las cosas entre nosotros salían solas, como si fuera su curso natural.

Le quité la camiseta y lo admiré en silencio. Tenía un cuerpo musculoso. Acerqué la palma de mi mano a su piel y tanteé su pecho con mi dedo índice. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo; desde la punta del dedo de la mano hasta la punta del dedo del pie. Su cuerpo desprendía muchísimo calor. Lo acaricié por todo el pecho con el mismo dedo, que me seguía hormigueando por los espasmos del escalofrío.

Lo miré a la cara y descubrí que observaba mis sutiles movimientos con los ojos muy abiertos. Nunca nos habíamos tocado de esa manera. Nunca nadie

había tocado a Oliver de esa manera. Yo fui la primera. Me gustaba la sensación que me provocó tal pensamiento.

El resto de mis dedos se unieron a la exploración. Lo acaricié por todo el pecho, el abdomen, el ombligo, las costillas, la espalda. ¿Cómo era posible que el simple hecho de acariciar a otra persona me provocara tanto placer?

Oliver se desprendió de mi camiseta y me dejó en sujetador. Era un sujetador muy sencillo; rosa de algodón. Imitó mis movimientos y me tocó. Rozó mis pechos, con su dedo índice, por encima del sujetador y sentí cómo se endurecían. Estaba muy excitada. Nunca pensé que mi mejor amigo podría proporcionarme ese tipo de sensaciones. Él sintió la dureza de mis pezones y paseó su dedo una vez más por encima del sujetador. Solté un gemido.

Nos miramos a los ojos y me bajó los tirantes del sujetador. Me acarició la espalda, a la vez que aproximaba su rostro al mío e iba directo al broche de mi sostén. Sentía su respiración en mi oído. Giré la cabeza para verlo de cerca y observé sus labios. Eran de un rojo intenso y estaban entreabiertos. Me apetecía besarlos. No, me moría por besarlos. Su boca era adictiva, no encontré otra razón para justificar mi deseo por ella. Intenté reprimir ese pensamiento mordéndome el labio inferior.

Consiguió desabrocharme el sujetador sin esfuerzo y me lo quitó. Me miró, me tenía hipnotizada por la intensidad de su mirada y sus roces. Me tocó el pecho con las dos manos y mis gemidos no tuvieron control.

Le aparté con suavidad las manos y me separé de él. Ansiaba tocarlo. En lo único en lo que pensaba era en su placer, más que en el mío propio.

Lo tumbé en la cama y me puse a su lado de rodillas. Le quité los zapatos y los calcetines. Oliver respiraba muy muy fuerte; yo también lo hacía. Acerqué mis manos a sus pantalones y los desabroché, tiré para abajo y se los quité. Solo llevaba encima los calzoncillos. Eran unos bóxer negros con la cinta elástica en gris. Los tenía muy apretados, apenas podían albergar lo que había dentro. Me subí encima de sus piernas y le pasé la lengua por el ombligo, que dejaba un rastro de vello rubio hacia abajo. Lo besé por encima del ombligo y llegué hasta el pecho. Mis manos lo acariciaron por todas partes. Los gemidos de mi mejor amigo me llegaban hasta lo más profundo de mi alma. Eso se lo provocaba yo; mis caricias.

Oliver me sujetó por las caderas y me tumbó de espaldas en la cama. Me desabrochó la falda y la deslizó por mis piernas; me quitó las medias. Nos miramos. Introdujo sus manos por debajo de la cinta elástica de mis braguitas rosas, a juego con el sujetador, y se deshizo de ellas.

¡Oh, por favor! ¡Iba a explotar de placer! Era lo más sensual que había hecho en toda mi vida. Estaba desnuda. Recorrió con la mirada todo mi cuerpo sin un ápice de vergüenza. Entonces comenzó a besarme, empezó por la boca. Sí, por fin. Necesitaba besarlo. Fue bajando por mi cuerpo, me besó los pechos y se metió los pezones en la boca. Me probaba, me saboreaba, y le gustaba. Siguió bajando y me besó las costillas y el ombligo. Me retorcí de placer. Metió la lengua dentro de mi ombligo y siguió bajando...

Cuando llegó al centro de mi placer, pensé que pasaría de largo. Oliver era inexperto en lo que a sexo se refiere. Me besó en mi sexo y yo arqueé la espalda. Mis gemidos resonaban por toda la habitación. Introdujo la lengua y me besó despacio. Metió las manos por debajo de mi trasero y me manoseó con ganas. Me subió hacia arriba para acceder mejor. Yo no pude más y exploté, exploté en un orgasmo que se formó desde lo más profundo de mi ser. No pensé que un orgasmo pudiera ser tan intenso sin penetración.

Recuperé la respiración mientras Oliver seguía besándome. Había subido hasta el ombligo de nuevo. Levantó la cabeza y me miró. Le brillaban los ojos.

—¿Te has corrido? —Siempre tan directo, no sabe ser de otra manera.

En otros aspectos de mi vida, estaba acostumbrada a esas preguntas tan directas por su parte, pero en ese ámbito... Me ruboricé.

—Sí —le respondí.

—Bien —me dijo, esbozando una sonrisa.

Siguió besándome, pero lo frené. Lo tumbé en la cama y me puse encima. Ahora me tocaba a mí; quería besarlo por todas partes. Me había vuelto adicta a su sabor.

Le sujeté los calzoncillos, los fui desplazando muy despacio por sus piernas y los arrojé al suelo. Lo tenía desnudo al completo, devolví el examen visual que él había realizado antes a mi cuerpo. Estaba muy excitado. Subí mis manos por sus piernas, acariciándolo y besándolo. Lo besé el hueso de la cadera y en la uve que se le formaba debajo del ombligo. Cuando llegué a la zona prohibida, acerqué mi mano con cuidado. Empecé a acariciarlo, de arriba abajo. No dejé de mirarlo. Oliver cerró los ojos, pero los abrió al instante. Nuestras miradas se clavaron la una en la otra y yo me perdí por completo en ese verde embaucador. Él me quitó las manos de su sexo.

—No sigas, no voy a poder aguantar más.

Se subió encima de mí y nos besamos en la boca. Nos besamos como si fuera la última vez que nos fuésemos a besar, con necesidad y pasión. Mis piernas se abrieron por instinto, y él se colocó entre ellas. Estaba excitada de

nuevo y empecé a moverme buscando el contacto. Oliver también se movió y ambos sentimos cuando su pene se posicionó a la entrada de mi sexo. Estábamos a punto de hacer el amor. En ese instante, no deseaba hacer otra cosa. Pero era su primera vez, no quería robarle su primera vez sin saber si estaba seguro.

—Oliver, ¿qué estamos haciendo?

—No lo sé, pero no pares, por favor. —Su voz sonaba ronca, profunda.

No, no pararía. Abrí más las piernas invitándolo a entrar. Me penetró, deliciosamente lento, y sentí su miembro deslizándose por mi interior hasta que nuestras caderas quedaron unidas. Los dos gemimos y nos miramos. Me besó para ahogar nuestros gritos. Pasé un brazo en torno a sus hombros y rodeé su cintura con mis piernas. Levanté mis caderas para encontrarme con las suyas hasta que nuestros movimientos se acompañaron. Nos movimos más rápido y nuestras respiraciones se aceleraron. Lo sujeté por las nalgas porque necesitaba sentirlo más profundo. Iba a correrme por segunda vez, pero no quería hacerlo sin él.

Dejamos de besarnos y nos miramos. Su expresión era de puro éxtasis. Estaba a punto. Le dije que sí con la cabeza y los dos caímos en un orgasmo arrollador. No habíamos usado preservativo. Yo tomaba la píldora y siempre había usado preservativo con Will, así que no existía peligro. Quizá fue por eso por lo que había sentido tanto placer. Terminamos, y Oliver se quedó tumbado encima de mí, con la cabeza escondida entre mis pechos.

—¿Estás bien? —Metí mis dedos por el nacimiento de su pelo y le subí la cabeza para que quedase a mi altura. Sudaba, los dos lo hacíamos. Y aún seguía dentro de mí.

—Sí, muy bien. —Me sonrió.

Salió de mí y nos quedamos abrazados en la cama. Permanecemos así, sin hablar, solo mirándonos. El sueño nos venció y nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente, me desperté temprano. Oliver y yo seguíamos abrazados y desnudos. Sentí su erección en mi trasero. «Vaya, así que este es el famoso despertar masculino». Nunca antes lo había notado. A pesar de dormir a diario con Oliver y Adam, nunca habíamos estado tan... cerca. Me excité otra vez. Sentí cuando Oliver se despertó.

—Buenos días, nene. —Me giré y quedamos frente a frente.

Oliver me sonrió.

—No sé si te has dado cuenta de una cosa —lo informé.

—¿De qué? —me preguntó, extrañado.

—Creo que ya no eres virgen.

Se rio a carcajadas.

—¿Tú crees? —me preguntó, sardónico.

—Bueno, más bien estoy segura.

—¿Ah, sí? Pues yo no lo tengo tan claro.

—¿Cómo que no?

—No, deberíamos hacerlo otra vez para asegurarnos.

Entonces fui yo la que me reí a carcajadas. Oliver me empujó hasta ponerme de espaldas y se tumbó encima de mí. Comenzó a besarme en la boca.

—Te gustó, ¿eh? —le pregunté con chulería.

Dejó de besarme y me miró a los ojos. Me separó las piernas.

—Sí.

Nos reímos y nos acariciamos. Le pasé las manos por su firme trasero. Me notaba preparada. Oliver me penetró sin más dilación.

—Shhh... y sin chillar, que hay alumnos por los pasillos.

¿Se podía tener el ego más grande? Y eso que era su segunda vez.

Nos movimos con desenfreno buscando el placer, que llegó pronto. Terminamos y recuperamos la respiración. Me besó en la frente.

—Vale, podemos hacerlo oficial, ya no soy virgen.

Nos reímos de nuevo, y sentí su pene moverse en mi interior. Todavía permanecíamos en esa postura cuando se abrió la puerta de mi habitación. ¡Joder, qué manía de no llamar! A Oliver y a mí se nos paró el corazón. A los dos. Sentí cómo ambos dejaban de latir durante un segundo.

—¡La hostia!

Era Adam; nuestros corazones latieron de nuevo y respiramos aliviados. Realicé un escáner visual de la pinta que teníamos y, por suerte, las sábanas nos cubrían, pero, claro, se intuía con facilidad lo que hacíamos.

—¿Qué coño hacéis? ¡Oh, joder! ¿Estáis desnudos?

Oliver salió de dentro de mí con cuidado y se levantó de la cama tal y como su madre lo trajo al mundo.

—Joder, Aston, córtate un poco y tápate. Todavía estás empalmado.

Oliver no le hizo ni caso y se metió en el baño. Oímos el ruido de la ducha. ¡Qué vergüenza! Me escondí debajo de las sábanas.

—¿Ahora te pones vergonzosa, *Totó*? Vamos, no te cortes y métete en la ducha con él. No creo que os quede nada por descubrir el uno del otro. Os espero en el comedor desayunando. Seguro que tenéis hambre.

Saqué la cabeza de debajo de mis protectoras sábanas y lo miré con el

rostro rojo de la vergüenza.

—Ya hablaremos tú y yo, jovencita —me dijo, jovial, antes de irse y cerrar con suavidad.

Me quedé en la cama, pensando. Nunca imaginé que algo así pudiera pasar entre Oliver y yo ni, desde luego, que me gustaría tanto.

Me levanté para darme una ducha. Entré en el baño justo cuando Oliver salía. Estaba mojado y seguía desnudo. Yo me excité al instante. Pero ¿qué me pasaba? Lo miré de arriba abajo. Tenía un cuerpo perfecto, era puro músculo, tenía la espalda ancha y las caderas estrechas. Quería secarle todas las gotitas de agua con mi lengua. «Joder, Sara, estás muy mal».

—Deja de mirarme así.

—Así, ¿cómo?

—Como si quisieras secarme con la lengua.

¿Es que acaso sabía leer mentes?!

—¡No te miraba así, creído! —mentí con descaro.

—¡Ya, lo que tú digas!

Ese día, en uno de los descansos entre clase y clase, no me aguanté las ganas de contárselo a alguien. Pear, Natalie y Olivia estaban conmigo. Moira estaba enferma en su casa con una gastroenteritis aguda.

—Chicas, ayer ocurrió algo con Oliver.

—Sí, que te metió la lengua delante de todos. ¡Fue la leche! —Se rio Pear.

—No, me refiero a que, más tarde, en mi habitación, pasó algo.

Mis tres amigas me miraron alucinadas.

—¿A qué te refieres con «algo»? ¿Os besasteis?

—Mmm... Sí.

—¿Hicisteis algo más? —Olivia parecía leerme el pensamiento.
¡Demonios con los lectores de mentes!

—Mmm... Sí.

—¿Hasta dónde llegasteis?

Dudé. ¡Por favor, éramos Oliver y yo! Empecé a ser consciente de lo que habíamos hecho, pero no me arrepentí.

—Sara, ¿hasta dónde llegasteis? —repitió Pear.

—Hasta el final.

Pear abrió los ojos como platos al escucharme.

—¿Te lo has tirado?

—¡No grites! Siempre igual contigo.

—¿Eso es un sí?

—Sí. —Les puse dos dedos en la cara—. Dos veces.

—¿Te corriste dos veces o lo hicisteis dos veces? —me preguntó Olivia. Sonreí, ampliamente, y les susurré la respuesta para darle más emoción.

—Ambas.

—¿Qué?

Les expliqué, paso a paso, todo lo que sucedió, *con pelos y señales* como dice mi mejor amiga. Con cada cosa que les contaba, más alucinadas se quedaban.

—Usaste preservativo.

No era una pregunta.

—No.

—¿Cómo que no?

—Es que sucedió sin más.

—Me parece alucinante que no usarais preservativo. Es una irresponsabilidad, Sara. ¿Ninguna de las dos veces? —Pear también me mostró dos dedos.

—No pasa nada, Pear. Yo tomo la píldora por mis desarreglos con el periodo, no hay peligro de embarazo. Por otra parte, con Will siempre uso preservativo, y Olly era virgen, así que no hemos corrido ningún riesgo.

—¿Y ahora, qué?

No entendí la pregunta.

—¿Qué quieres decir con que «ahora, qué»?

—Pues eso, que a ver qué sois ahora.

Las miré a las tres.

—¿Novios? ¿Follamigos? ¿Amantes? —sugirió Olivia.

«Ninguna de ellas», pensé.

—No somos nada de eso. Seguimos siendo Olly y yo. Nada ha cambiado.

Ese fin de semana, nos fuimos a esquiar a Saas Fee. Cogimos un vuelo y nos alojamos en casa de Oliver. Sus padres nos dejaron las llaves. Nos consideraban suficientemente adultos como para pasar solos un fin de semana en la nieve. Llegamos el viernes muy tarde y nos fuimos todos directos a la cama. Estábamos exhaustos.

A la mañana siguiente, nos levantamos muy temprano y subimos a las pistas. Pasamos allí todo el día. Esquiamos hasta que anocheció y regresamos

a casa.

Después de cenar, nos quedamos charlando en el salón de los Aston. Oliver estaba tumbado en el sofá tocando la guitarra. No tocaba nada en especial, solo probaba diferentes combinaciones de acordes. Llevaba una camiseta blanca de manga larga, el pantalón de esquiar puesto y los pies desnudos. Tenía una pierna flexionada en el sofá y la otra estirada y apoyada en la mesa que le quedaba a la izquierda. Me puse mala de verlo, no sabía qué me pasaba. No entendía si era por esa postura tan sensual que tenía o por qué narices, pero me entraron ganas de saltar encima de él y besarlo hasta que se acabase el mundo. Desde que habíamos estado juntos, no podía pensar en otra cosa. Decidí irme a dormir, era lo mejor. Me levanté y me sacudí los pantalones.

—Me voy a dormir.

—¿Tan temprano? —me preguntó Natalie.

—Sí, estoy cansada. Hasta mañana. —Me dirigí a las escaleras que llevaban a mi habitación. A Oliver no lo miré. Mejor así. Me preocupaba que pudiera leer el deseo en mis ojos.

—Sara, préstame el libro que me recomendaste —me dijo Pear.

—No voy a bajártelo. Si quieres, vienes conmigo y lo coges —le chillé mientras subía.

—¡No puedo moverme del sofá! ¡Estoy agotada! Mañana por la mañana cuando me despierte voy a tu dormitorio —me contestó, gritando también.

—¡Vale!

Llegué a mi habitación y cerré la puerta detrás de mí. Me apoyé en ella y suspiré. Permanecí así unos minutos hasta que reanudé mis movimientos. Me quité toda la ropa excepto las braguitas. Me puse la parte de arriba del pijama y, en ese instante, llamaron a la puerta. Pensé que quizá fuera Pear, que había decidido venir a por el dichoso libro. «Anda que no le habrá costado levantar el culo del sofá». Abrí, pero no era Pear.

Era Oliver.

Nos miramos sin decirnos nada. Seguía con la misma ropa con la que lo había dejado en el sofá. Tenía el cabello alborotado y los labios húmedos. Nos aproximamos el uno al otro al mismo tiempo. Aunque, más que aproximarnos, nos lanzamos. Nos besamos igual que animales sedientos y nos metimos en la habitación.

Oliver me empotró contra la puerta de la habitación y me besó con frenesí. Yo le pasé mis manos por los hombros y fui bajando hasta tocarle el culo. Se

agachó y me levantó la parte de arriba del pijama. No llevaba sujetador, se volvió loco con la visión y me acarició los pechos mientras se metía uno de mis pezones en la boca. Me tiró del otro con dos de sus dedos. «Uff, qué calor». Me volvía loca.

Me quitó la camiseta y siguió con su cometido. Cerré los ojos y levanté la cabeza hacia el techo. Comencé a gemir. Oliver me silenció con la boca, no queríamos que nuestros amigos nos escuchasen. Bueno, él no quería, a mí me era indiferente. Quería gritar y que supieran lo que me hacía sentir. Abandonó mis pechos y se puso de rodillas, me quitó la ropa interior y subió de nuevo, dejando un rastro de besos por todo mi cuerpo. Nos besamos. Lo toqué, a través del pantalón, y se volvió loco. Me cogió y rodeó su cintura con mis piernas, yo estaba desnuda y él no se había quitado ni una prenda. Comenzamos a frotarnos. Me llevó a la cama y caímos los dos. Yo encima de él. Empecé a desnudarlo. No me tomé demasiado tiempo, le quité la ropa desesperada por tenerlo dentro de mí.

Lo despojé de los pantalones y el bóxer a la vez. Cuando lo tuve desnudo en mi cama, no dejé que cambiase de postura, me senté encima de su erección y bajé. Los dos gemimos de placer. Empecé a moverme. Ahora era Oliver quien no podía silenciar sus gemidos. Lo cabalgué durante unos segundos hasta que comencé a notar un hormigueo en el bajo vientre. En esa postura, mis sensaciones aumentaban. Iba a ser rápido.

—Oliver —lo avisé.

Aumentó el ritmo de sus estocadas y se corrió conmigo. Terminé exhausta encima de él. Fue increíble. Me separé y me tumbé en la cama boca arriba. No nos dijimos nada, sobraban las palabras. Se levantó de la cama y fue al baño. Volvió con una toalla húmeda y me limpió. La tiró al suelo y se tumbó a mi lado. Nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente, yo fui la primera en despertarme. Me di la vuelta y me topé con la espalda de Oliver. Los rayos del sol se reflejaban en su pelo y parecía más rubio. Le acaricié la espalda, era muy suave. Me acerqué, olía a él. Mi mano seguía explorando su cuerpo, le acaricié la cadera y el costado, volví a subir y le acaricié el brazo. Me di cuenta de que se había despertado. Se dio la vuelta aún con los ojos cerrados.

—Me gusta que me acaricies —ronroneó.

¡No me lo podía creer! ¡¿Aquel era mi Oliver?! Me reí y confesé la razón de mi risa.

—Nunca pensé que esa frase saldría de tu boca.

—¿Por qué no? —me preguntó, con la frente arrugada, mientras se apoyaba en la cama con el codo.

—¿Y me lo preguntas? A ver, déjame pensar... ¿Porque rehúyes el contacto humano?

Se puso muy serio. Me di cuenta de que no le había gustado mi comentario.

—Jamás he rehuido tu contacto. Ni siquiera cuando nos conocimos. Siempre he aceptado tus caricias. Siempre me han gustado.

Retrocedí en el tiempo y recordé que era cierto que nunca se apartó de mí por estar demasiado cerca o me puso mala cara por rozarlo sin querer. Ni siquiera aquellos primeros días en los que nuestra relación era... tirante.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Se movió y se quedó boca arriba, mirando al techo, cubriéndose el rostro con el brazo—. Contigo es diferente, siempre lo ha sido.

No sabía qué decir, nunca me había planteado la posibilidad de que Oliver me viera diferente a los demás. Era consciente de que formaba parte de su círculo de confianza, era su mejor amiga, pero de ahí a ser especial...

—Sara, creo que tenemos que dejar de hacer esto.

Lo miré confundida. ¿A qué se refería?

—Tú y yo no podemos ser amigos que follan de vez en cuando.

Viva la sinceridad. Pero ¿qué esperaba de Oliver? Su negativa a seguir acostándonos me sentó peor que un jarro de agua fría. Porque no me había saciado. Pero tenía razón. ¿A dónde nos llevaba aquello? «A ninguna parte».

—Lo sé —reconocí.

—No, no lo sabes —suspiró—. Nena, estoy a punto de caer loca e irremediamente enamorado de ti, y eso es algo que no me puedo permitir.

«¡Ay, mi madre! ¿Qué? ¿Olly enamorado de mí?». Jamás una idea como esa se me hubiera cruzado por la cabeza, que pasara algo así sería... nefasto para nuestra relación. El amor lo fastidia todo. Al menos, ese tipo de amor. Había aprendido bien la lección. Prefería la amistad, era más segura. Y mi amistad con mi entonces compañero de cama era lo más seguro que tenía en la vida. No pensaba estropearlo por querer jugar un rato a las casitas.

—No me lo puedo permitir —continuó mi amigo— porque tú estás enamorada de Will y no pienso luchar contra eso. No quiero compartirte con él. No podría hacerlo. Por eso tenemos que parar ahora, para que las cosas sigan como siempre.

Había demasiadas cosas que analizar en esa última frase, pero lo dejé estar. Era lo mejor.

—Vale.

—Porque sigues enamorada de él, ¿verdad?

No me lo había planteado, aún estaba enfadada por todo el tema de Tessa, pero sí lo estaba. No podía deshacerme de ese sentimiento con tanta facilidad.

—No me respondas. No hace falta. No debí preguntártelo. Lo siento.

Sonreímos. Nos aproximamos y nos besamos en la boca por última vez. Lo saboreé todo lo que pude, pero acabó rápido. Oliver se levantó y se metió en la ducha.

Mientras tanto, yo pensaba en todo lo que había sucedido. Tenía razón, no podíamos seguir así, era demasiado peligroso.

Estaba medio traspuesta tirada en la cama cuando llamaron a la puerta. Debía de ser Pear, que venía a por el libro que me había pedido la noche anterior. Me levanté y me enrollé la sábana al cuerpo; no me apetecía vestirme, total, para recibir a Pear qué más daba. Abrí, y esa vez tampoco era mi amiga. Era Brian. Entró sin que le diera permiso a pesar de encontrarme semidesnuda. Empezaba a pensar que había demasiada confianza en la pandilla.

—Pear sigue tumbada en el sofá, no se ha levantado ni para ir a dormir. Tanto ejercicio ha podido con ella. Me ha dicho que te pida el libro que...

De repente, Oliver salió de la ducha desnudo y secándose sus partes con una minúscula toalla. La mirada de Brian osciló entre ambos: Olly desnudo, yo desnuda y con la sábana a modo de toga... Se puede decir más alto, pero no más claro.

—¡Shite^[2]!, decidme que esto no es lo que parece.

Suspiré de manera muy exagerada mientras me sentaba en la cama. Esa manera de suspirar me la había pegado Oliver. Todo se pega.

—Resulta que esto —nos señalé a Oliver y a mí— sí es lo que parece.

Ale, ya lo había dicho. No me apetecía mentir más y no ocurriría de nuevo, así que ¿para qué ocultarlo?

—¿Lo saben los demás?

—Adam sí. —Oliver habló por primera vez.

—Y Pear —lo miré disculpándome—, Olivia y Natalie.

Caramba, lo sabía más de media pandilla.

—Seré discreto. Me piro, sed buenos. O no.

¿Por qué no parecía demasiado sorprendido? Ya cerraba la puerta, pero la volvió a abrir en cuanto escuchó mi voz.

—Brian, el libro. —Cogí el libro de mi mesita y se lo acerqué mientras

Oliver se sentaba en la cama, poniéndose los calzoncillos con tranquilidad.

—Gracias, casi me lo dejo. —Lo cogió y abrió la puerta para salir—. Por cierto, Olly. ¡Enhorabuena! No has sido el último en perder la virginidad.

Oliver le lanzó el primer objeto que encontró a su alrededor (unos pantalones), pero no lo alcanzó porque Brian cerró la puerta justo a tiempo, mientras se desternillaba de risa.

—Voy a ducharme. —Dejé caer la sábana al suelo en cuanto se cerró la puerta y me fui al baño.

—Te espero.

—No es necesario, vete a desayunar.

—No, tranquila, te espero y bajamos juntos.

—Bien.

Y, así, nuestra relación volvió a la normalidad. No nos comportamos de manera diferente ni cogimos vergüenzas que nunca habíamos tenido. Sí que reconozco que eché en falta tenerlo en ese sentido, habían sido buenos momentos, pero teníamos que continuar con nuestra relación tal y como era.

De vuelta en el colegio, Adam me cogió por banda en cuanto pudo.

—¿No tienes nada que contarme, *Totó*?

—No.

—Venga, no te hagas la interesante. He hablado con Oliver.

—¿Y qué te dijo?

—Todo. Me ha contado todo lo que ha pasado entre vosotros y la razón por la que habéis dejado lo que fuera que empezara a tener.

—¿Te ha dicho que no quiere seguir acostándose conmigo porque está a punto de enamorarse de mí? —Formulé la pregunta de manera retórica, pero admito que la reacción de Adam no me la esperaba. Me esquivó la mirada y cambió de tema.

—Y, tú, ¿qué? ¿Qué pasa contigo? ¿Te has enamorado de él?

¿Por qué había hecho eso? Lo conocía lo suficiente como para saber que Adam, cuando quería mentirme, me rehuía la mirada y me cambiaba de tema. ¿Qué es lo que le había contado Oliver? Lo miré escrutadora, pero me dijo con la mirada: «No vas a sacar nada de mí».

—Contéstame, *Totó*.

—Tú no me has contestado a mí.

—Era una pregunta retórica, no necesita contestación. ¿Has visto cómo aprendo? —Movi6 la cabeza para que contestase a su pregunta.

¿Estaba enamorada de Oliver? «No, claro que no. Si lo estuviera, me habría dado cuenta». Estaba enamorada de Will. ¿Lo estaba? ¿Me habría acostado con Oliver si estuviera enamorada de Will? ¿Me habría acostado con Oliver sin estar un poco enamorada de él? ¿Se puede estar *un poco* enamorada? Demasiadas dudas. ¿C6mo se reconoce el amor? A Oliver lo quería, pero como amigo, eso es, por eso me sentía tan c6moda con él. Era amor, sí, pero fraternal.

—No —contesté a Adam sin atisbo de duda.

«Espero que no», pensé, muerta de miedo.

16

Confesiones

Adam

Horas después de volver de Saas Fee

Por fin me había quedado a solas con Olly. Empezamos a caminar y nos sentamos en nuestro árbol.

—¿Qué, rubiales? ¿Me vas a contar lo que ha pasado con *Totó*?

—Ya sabes lo que ha pasado con ella.

—Quiero oír tu versión. Llámalo curiosidad.

Me lo contó todo desde el principio. Cómo se enfadó con ella cuando la escuchó decir que no volvería a sentir a nadie más, cómo fue a pedirle disculpas por haberle gritado, cómo empezaron a besarse, cómo se exploraron el uno al otro, cómo terminaron haciendo el amor y cómo había terminado todo.

—¿Y tú te lo crees?

—¿El qué?

—Que estás a punto de enamorarte de ella.

—¿Qué quieres decir?

—Joder, Oliver, con lo listo que tú eres. —Parecía no entenderme. Le confesé lo que llevaba pensando desde los diez años—. ¿Has pensado en la posibilidad de que ya estés *loca e irremediablemente* enamorado de ella?

—¡Joder, no!

—Bien, pues interiorízalo un momento. —Me tumbé en la hierba, con la cabeza apoyada en mis brazos—. Tómame tu tiempo, no tengo prisa.

—Adam, no estoy para bromas, ¿a qué te refieres?

—Olly, yo no puedo explicarte lo que sientes por *Totó*. Tienes que darte cuenta tú mismo.

—No estoy enamorado de ella. La quiero igual que la quieres tú.

—Igual que yo, ¿eh? Pues nada, me paso luego por su dormitorio y me la follo. Queda entre amigos, ¿no?

—¿Pero qué dices, idiota? —De un momento a otro echaría fuego por la boca.

—¿Te molestaría?

—¿Que te acostaras con ella? —Asentí con la cabeza—. Sí, joder.

—No entiendo por qué, a mí no me molesta que vosotros os hayáis acostado. Es más, me alegro. Me jode que lo haga con Von Kleist porque no la merece, pero por nada más. ¿Qué sientes cuando la besas? —Me miró frunciendo el ceño—. ¿Sabes lo que sentí yo el día del juego de la botella? Nada, fue como besar a mi hermana. Podría tener una noche de sexo con ella porque está muy buena y, en el fondo, sé que no es mi hermana, pero no pasaría de ahí. Yo no la deseo, ¿y tú?

—A todas horas. —Perdía por momentos el color de la cara, y eso que es moreno de piel.

—¿Qué sientes cuando estás con ella, Olly?

—No es sencillo de explicar. Siento que, cuando estamos juntos, todo encaja. Es como si fuera mi otra mitad. Lo que a mí me falta, le sobra a ella, y viceversa. Pero esa es la manera en la que siempre la he visto. Nada ha cambiado. No la veo diferente por haberme acostado con ella.

—Exacto. Yo no siento nada de eso, Olly. Ella no es mi mitad.

Se frotó los ojos y se despeinó más.

—¡Mierda! ¿Eso es estar enamorado? ¿Estoy enamorado de Sara?

—¡Premio!

—Adam, esto es un puto desastre. Este no era el plan. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—Tranquilo, es lógico. Digo yo. Son sentimientos nuevos, no es fácil reconocerlos de buenas a primeras, pero tenían que salir.

Levanté la mirada.

—¿Desde cuándo lo sabes tú?

—Desde el principio. ¿Por qué crees que no has notado diferencia en tus sentimientos por acostarte con ella? Porque ya la querías de esa manera antes de eso. Tuve que callármelo durante años hasta que comenzamos a hablarlo los chicos y yo hace cuatro años.

—¿Ellos lo saben?

—Sí, claro. Déjame que te transporte cuatro años atrás. Estábamos todos

sentados alrededor de nuestro árbol, era junio y hacía un calor de pelotas. Lo recuerdo bien porque aquí no suele hacer mucho calor. A Sara le llegó un mensaje y sonó una melodía muy rara.

Cuatro años antes

—Pear, qué manía tienes de tocar mis cosas, ¿me has vuelto a cambiar la melodía del móvil?

—¡Sí! ¿A que te gusta? Y no me mires así, que tú tienes tus manías y yo no digo nada.

—Mentira, yo no tengo manías.

No pude evitar interrumpir su pequeña discusión y dar mi opinión. Sara es muy maniática, para todo.

—¡Uy, que no! ¡Habló la reina de las manías!

—Dime una, listo.

—Te puedo nombrar varias, pero empezaremos por... ¡la música!

—¿Qué pasa con la música?

—Siempre que escuchas cualquier melodía, empiezas a bailar con los pies y subes los hombros arriba y abajo, se mueven al ritmo de la música, no puedes evitarlo.

—¡Eso no es cierto!

—Sí que lo es, pero no te preocupes, a mí me parece adorable —añadió Oliver.

Un rato después, nos quedamos solos los chicos; las chicas se habían largado corriendo a conocer al nuevo profesor de matemáticas que acababa de llegar y que, al parecer, estaba muy bueno. Y luego dicen de nosotros, hay que joderse.

Oliver también se piró; en aquella época no le gustaba permanecer demasiado tiempo en grupo. Le gustaba más estar solo.

—¡Eh, tíos, yo no puedo aguantarme más! —anunció Brian.

—¿Qué pasa? ¿Te estás meando?

—¡No! ¿Me parece adorable? ¿EN SERIO? ¿Es que soy el único que se ha dado cuenta de que Olly está superpillado por Sara? —Lanzó un

tremendo suspiro—. ¡Joder, ya lo he soltado! Llevaba tiempo carcomiéndome. Es que es tan evidente...

—¿Qué dices? —Marco alucinaba—. ¡Eso es imposible! Lo que pasa es que están muy unidos.

—Que no, Marco, que te digo yo que hay algo más.

—Adam, tú pasas mucho tiempo con ellos. Algo habrás notado.

Me rendí ante la evidencia.

—Sí, está enamorado, pero no lo sabe.

—¿Sara no lo sabe?

—¡Oliver no lo sabe! Y Sara tampoco, claro.

—Vaya bombazo.

—Adam, y ¿por qué no se lo dices, a ver si se lanza?

—No, dale tiempo. Olly necesita su tiempo.

—¿Y no me dijisteis nada? Sois unos cabronazos.

—No me hubieras hecho ni puto caso, no estabas preparado para enfrentarte a tus sentimientos.

—¿Y ahora sí?

Preferí no contestar.

—Olly, ¿por qué no luchas por ella?

—No, ella está enamorada de Will. No tengo nada que hacer. No quiero meterme en medio.

—¿Y si no es así? ¿Y si estáis destinados a estar juntos? ¿Y si fue él quien se metió en medio de vosotros dos antes de que os diera tiempo a empezar nada? —Eso es algo que siempre había pensado desde que Sara apareció por la habitación contándonos que se había enrollado con Von Kleist.

—Adam, no insistas. La decisión está tomada. Sara no debe saber que estoy enamorado de ella. Jamás, ¿me entiendes?

—Como quieras. Pero creo que eres el único que se la merece, que está a su altura.

—Eso lo dices porque a mí me quieres y odias a Von Kleist.

—Odio a Von Kleist porque él está enamorado del envoltorio. Sara tiene muy bonito envoltorio, pero tú... tú lo estás de su esencia. Y, además, es un gilipollas.

—Precioso, pero no insistas, Adam. Ya te he dicho que la decisión está

tomada.

—Pero la tomaste antes de saber que la querías. Creo que *Totó* y tú encajáis, como un puzle.

—Adam, eso no cambia nada.

«Perfecto. Lo que tú quieras. Veremos cómo acaba todo». De momento, Von Kleist estaba fuera de la ecuación. Sara jamás le perdonaría que la hubiera engañado con Tessa.

De vuelta en la habitación del hospital

La dura recuperación

Salí de mi ensoñación y me di de bruces con la realidad. ¿Qué había hecho? ¿Cómo pude negar lo que sentía por Oliver? ¿Cómo pude dar la espalda a esos sentimientos, sin tan siquiera pararme a pensar qué significaban? ¿Sin averiguar por qué estaban ahí? ¿Cómo pude volver con Will cuando me sentía tan confundida? Cuando jamás tuve por él esos sentimientos tan diferentes, tan viscerales. ¿En qué clase de persona me convertía aquello? *Cobarde*, fue lo primero que me vino a la cabeza. Entonces, tocaba asumir las consecuencias.

Mis amigos me hacían tantas preguntas que apenas me dejaban contestar a todas. Y menos mal, porque al menos me tenían distraída. Intenté no mirar demasiado a Oliver. Me daba vergüenza. Me sentía asqueada. Había vuelto con Will dos semanas después de acostarme con él. Y todo por miedo, miedo a aquellos sentimientos a los que no podía dar nombre, a los que ni había intentado dar nombre. Intenté sonreír y contestar a todo lo que me preguntaban mis amigos.

Se notaba que me habían echado en falta. Me puse en su piel y me entraron escalofríos; debía de haber sido muy duro para ellos pasar por esa amarga experiencia. Los miré y descubrí cambios en su apariencia física. Se les veía más delgados y ojerosos, no tenían muy buen aspecto. Oliver se tumbó conmigo en la cama, y Adam hizo lo mismo, pero en el otro extremo. Estábamos acostumbrados a compartir camas estrechas. Me enfrenté a la mirada de Oliver.

«¿Estamos bien?», le preguntaron mis ojos.

«Estamos bien», me contestaron los suyos.

Y debíamos de estarlo, porque no noté mentira en sus ojos, ni rencor, ni enfado, solo... calidez. Claro que Oliver no sabía que yo había vuelto con Will porque lo manteníamos en secreto, ¿o ya no? Joder, «confundida» no definía bien mi estado de ánimo, andaba más perdida que después de ver el último capítulo de *Perdidos*.

Me entraron ganas de dormir, llevaba todo el día somnolienta. Los médicos me dijeron que lo primero que debía reestablecer mi cuerpo eran los «ritmos de sueño y vigiliass habituales».

Por momentos, me entraban ganas de llorar. No entendía el motivo. Me

sentía rara. Era como si todo aquello le estuviera pasando a otra persona, o a mí, pero en otra vida. Marco me miró y creo que fue consciente de mi malestar, porque dio una palmada y empezó a hablarme de tonterías para distraerme.

—Sara, tenemos que ponerte al día de todo lo que ha ocurrido este mes.

—Moira tiene novio y no adivinarías jamás de quien se trata.

—¿Quién es? —pregunté curiosa.

—¡Harry, el pirado! —me informó Pear, sin dejar que Moira hablara primero.

—¡No puede ser!

—¡No lo llaméis así! No es ningún pirado. Y es guapísimo —lo defendió su novia.

—Que se lo digan a Sara, que suspiraba por él a los diez años —dijo Pear.

—Si no lo cuentas, revientas.

—¿Te gustaba Harry, el pirado? —Adam me miraba horrorizado. «No me hagas hablar, guapito de cara, que todos tenemos un pasado». Sin menospreciar al novio de mi amiga, por supuesto, que al cabo de los años, había dejado de ser «Harry, el pirado» para ser solo Harry.

—¡Que no lo llaméis así!

Estábamos hablando de todo y nada cuando apareció Will por el dintel de la puerta. La habitación se volvió silenciosa, nadie decía nada.

¿Y qué se supone que tenía que hacer yo en ese momento? Antes de que tomara una decisión, él la tomó por mí. Se acercó con lentitud a la cama, y mis dos amigos se levantaron al momento. ¿Le dejaban el camino libre? ¿Qué ocurría? ¿Ya sabían todos que éramos novios? Supuse que se habrían enterado después del accidente. ¿Me encontraba en una dimensión paralela donde mi novio y mis amigos se llevaban bien? Apoyó una de sus rodillas en mi cama y me abrazó.

—Hola, Sarita. Te he echado de menos —me susurró al oído. Sentí su cálido toque sobre mis mejillas. Y tantas cosas más: miedo, arrepentimiento, vergüenza, dolor, cariño y... amor. Sí, amor también. Porque, a pesar de esos extraños sentimientos que me embargaban cuando estaba cerca de Olly, a Will lo quería. Pero no estaba locamente enamorada de él. Fue en ese preciso momento cuando empecé a darme cuenta. Y no tenía ni puñetera idea de lo que tenía que hacer.

Poco después, las enfermeras obligaron a todos a marcharse, a todos excepto a Daniel y a mi padre. Había demasiada gente en la habitación y yo

necesitaba descansar. Me habían sometido a infinidad de pruebas durante el día y estaba agotada.

El doctor Murray me informó de que la mañana siguiente debía levantarme de la cama; hacer pequeños movimientos e ir destensando mis músculos. Antes de la hora de dormir, entró un fisioterapeuta en mi habitación y practicamos ejercicios con las piernas: flexionar la rodilla izquierda, subirla y bajarla, arriba y abajo de nuevo, y así durante un buen rato. Según me contó, llevaba practicando esos ejercicios conmigo varias semanas mientras yo estaba en coma. Sin embargo, me llamó la atención que no hiciera los mismos ejercicios con mi otra pierna.

—¿Por qué no hacemos lo mismo con mi pierna derecha?

El fisioterapeuta y mi hermano se miraron. Y fue una mirada que no me gustó nada. ¿Qué me ocultaban?

—¿Papá? ¿Daniel? —Miré a mi hermano y a mi padre y les pedí explicaciones.

—Yo mejor os dejo solos.

—¿Qué le pasa a mi pierna? —pregunté con miedo. Me subió un escalofrío de la cabeza a los pies. Era algo malo. Sabía que era algo malo.

—Hija, sufriste múltiples fracturas en la pierna derecha, te han operado varias veces y vas a necesitar rehabilitación, pero vas a poder andar sin problemas y...

—¿Y patinar? ¿Voy a poder patinar? —pregunté, con un nudo en la garganta. El corazón dio un triple salto mortal, y después otro... y otro.

Mi padre se quedó mudo.

—¿Daniel?

—Sara, ahora lo más importante es que te mejores y que recuperes el control de tus piernas.

—¿Y qué coño significa eso?

—Que nos enfrentaremos a los problemas según vayan surgiendo. Ahora tu único objetivo es volver a andar con normalidad.

El doctor Murray vino a mi habitación y me explicó con exactitud el estado de mi pierna derecha que, la verdad, no pintaba demasiado bien. Había sido necesaria una intervención quirúrgica para acercar y fijar los extremos del hueso fracturado y, además, también se dañaron los músculos y tendones de la zona. Todo eso, junto con que había estado más de un mes en coma, sin moverme, incrementó la debilidad de los músculos de mi pierna y alteró la capacidad de mi cuerpo para usarla con normalidad. Así que, en resumen,

debía fortalecer toda la musculatura de mi pierna derecha.

Me aseguró que el tiempo de recuperación dependía de mí y de factores como mi edad, estado de salud, estilo de vida... En el caso de fracturas de tibia y peroné, los días de rehabilitación rondaban entre ciento cincuenta y doscientos días, pero podía haber complicaciones y otros nervios involucrados que alargaran este periodo. Lo primordial era que siguiera las instrucciones que me dieran.

Estuve a punto de echarme a llorar, pero decidí hacer caso a mi hermano (por una vez en la vida) y aparté ese problema de mi cabeza. Me concentraría en caminar, y lo demás ya vendría. No podía derrumbarme antes de empezar. No, de ninguna manera lo haría.

Esa noche, mi hermano durmió en mi habitación. Me dijo que, a partir del día siguiente, empezaría a dejarme algunos momentos. Lo había pasado muy mal, su apariencia física lo decía todo. Aquello significaba que... ¿me quería? Se me infló el pecho de pensarlo, y me asomó una sonrisa. No sé si él captó algo en mi mirada, algo de todo el amor que sentía por él, y de mis preguntas sobre nuestra complicada relación, porque noté que me miraba de reojo, sentado en la silla cerca de mi cama. Alternaba entre la tele que había colgada enfrente de mi cama y mi rostro.

Yo también hice lo mismo, miraba la tele y, de reojo, a él.

Estuvimos así un buen rato, hasta que se levantó de la silla y me sacó de dudas.

—Joder, Sara. —Se lanzó a mi cuerpo y me abrazó con fuerza—. ¡Cómo te quiero! No vuelvas a hacerme algo así. Me has quitado diez años de vida.

Le acaricié el pelo y asentí con la cabeza.

Seguíamos viendo la tele cuando Oliver y Adam se colaron en mi habitación. Hasta la mañana siguiente no harían más rondas, por lo que dormirían conmigo esa noche. Me pareció una idea estupenda. Y, de la misma manera que aparté el problema de mi pierna de la cabeza, aparté mis dudas con respecto a Oliver y Will. «Solo hasta que me recupere».

Al día siguiente empezaba mi rehabilitación. Estaba asustada, para qué negarlo, tenía miedo de que la pierna mala no me respondiera y no pudiera volver a caminar. No sé por qué pensaba esas cosas, el doctor me había dicho que podría andar sin problemas (patinar era otro asunto), pero que necesitaría tiempo y mucho ejercicio.

Me desperté a media noche encharcada en sudor. Había tenido una pesadilla horrible, la recordaba bien: por más que intentaba ponerme de pie,

mis rodillas se doblaban y caía al suelo. Antes de volver a dormirme, tomé una decisión: echaría a todo el mundo de mi habitación y solo nos quedaríamos el fisioterapeuta y yo. Quería enfrentarme a aquello sola, no quería que estuvieran presentes si mis piernas fallaban y... En fin, que prefería estar sola.

Por la mañana, cumplí con mis propósitos de la noche anterior. Mi padre y mis hermanos no estuvieron de acuerdo y se enfrentaron a mi decisión, pero no tenían nada que hacer, ya que el médico les dijo que era mejor no hacerme discutir, no era bueno para mi cerebro. Muy a su pesar, salieron por la puerta como los demás.

Apareció mi fisioterapeuta. Era una chica joven, muy alegre y simpática; tenía el cuerpo voluminoso y el rostro redondo. Toda ella me transmitía tranquilidad. Sabía lo que hacía.

Después de realizar varios ejercicios, recostada en la cama, llegó la hora de levantarme.

—Muy bien, Sara Summers, ha llegado el momento de salir de la cama. Debes de estar deseándolo. Vamos a ir paso a paso.

Un escalofrío me recorrió toda la columna vertebral. No había estado más nerviosa en toda mi vida. En esos momentos, hasta preferiría dar un discurso desnuda ante miles de oyentes.

Me ayudó a sentarme en la cama.

—Agárrate al andador. —Hice caso a lo que me decía y me puse de pie con su ayuda.

Fue duro; las piernas no me respondieron y no conseguí dar ni medio paso. Anna, la fisioterapeuta, intentó calmarme, después de que me pusiera histérica pensando que no volvería a andar en la vida, y me explicó que la rehabilitación sería un proceso largo y doloroso. Los primeros días serían los peores, porque tenía que acostumbrar a mis piernas a moverse de nuevo.

—No pretendas correr después de estar más de un mes en coma con los músculos dormidos. Date tiempo.

Durante las siguientes tres semanas en el hospital, estuve inmersa en mi rehabilitación física y neurológica. Seguía una dieta especial y realizaba terapias de memoria visual, auditiva y de lectura. Me pasaba horas jugando al juego infantil *memory*. Tenía sesiones de fisioterapia y de logopedia para

volver a hablar con fluidez. Me lo tomé muy en serio y no hacía otra cosa al día que practicar y practicar. Mi familia me decía que me lo tomara con calma, pero yo no podía. Quería recuperarme lo antes posible.

Me restringieron las visitas, me explicaron que para evitar demasiados estímulos que saturaran mi cerebro: no más de tres personas a la vez en mi habitación. Y menos mal, porque ya solo con esas tres me saturaba, no paraban de hablarme y de tocarme. Al parecer, el equipo médico les había recomendado que lo hicieran, todo para mi mejoría.

Después de esas tres intensas semanas, me dieron el alta en el hospital y dejaron que siguiera con mi rehabilitación en casa. Estábamos en julio y las clases habían finalizado. La directora Peters vino a visitarme en varias ocasiones y me dijo que no me preocupara por nada. En unos meses, si las cosas marchaban bien, me incorporaría a las clases con mis compañeros. Me pasaron de curso sin hacer los exámenes. Era una alumna de matrícula de honor y, con mis notas de los anteriores trimestres, pasaba de sobra. Oliver se encontraba en mi misma situación. Sin embargo, Daniel, Adam y Pear tendrían que estudiar en verano y presentarse a la recuperación en septiembre. De todas formas, me confesó *off the record*, que pasaban de curso, hecho del que ellos eran conscientes.

Cuando salí del hospital, lo hice en silla de ruedas, porque mi pierna derecha no me permitía hacer trayectos largos, pero, aun así, estaba animada. En esas semanas había mejorado muchísimo y era capaz de dar pasitos seguidos yo sola.

Pero los problemas empezaron cuando llegué a mi casa. Lo primero que vi al entrar al salón fue mi piano de cola. Le pedí a mi hermano que me ayudara a sentarme y empecé a tocar, pero mis dedos no respondían. Me sentía torpe y apenas recordaba ninguna pieza musical. Antes del accidente, las partituras acudían a mi cerebro como si las tuviera delante de mis ojos, pero entonces estaban en blanco, apenas atisbaba un par de compases sueltos.

Todo ello me crispó los nervios y acabé peleándome con el piano, con mi hermano y con todo lo que se me pusiera por delante. Y lo peor de todo es que ni siquiera podía levantarme de manera drástica y encerrarme en mi habitación dando un portazo. No, demasiadas escaleras. Necesité pedir a mi hermano Alex que me levantara y me llevara en brazos a mi dormitorio y me dejara sobre la cama. Lo que tenía claro era que sin portazo no me quedaba.

—Cierra de un portazo cuando salgas, por favor. —Mi hermano, que tiene más paciencia que un santo, me obedeció y dio un sonoro portazo. Bien, me

sentía algo mejor. Y seguro que él, también.

Como mi humor no mejoró en las siguientes semanas, a mi padre y a mi abuelo (toda mi familia de Estados Unidos se había trasladado a Edimburgo desde mi accidente) se les ocurrió cambiar de aires y largarnos todos a la casa de mi abuelo en Malibú. Me convencieron diciéndome que me vendría bien el buen tiempo y que habían localizado una clínica de rehabilitación de fama mundial. Y un equipo de psicólogos, por supuesto. No nos olvidemos de los psicólogos. No tenía nada que perder; acepté.

Una semana después, cruzábamos la verja de la estupenda mansión de mi abuelo en la costa californiana. Es blanca en su totalidad, el único toque de color se lo dan los marcos de las ventanas y las contraventanas, que son de color verde. La mansión, de diez habitaciones y catorce baños, tiene una piscina gigante con vistas al mar y una bajada directa a la playa. Siempre me ha encantado esa casa, pero entonces me sentía... rara. Era como tener al alcance de la mano todas las cosas que me hacían feliz, pero sin poder disfrutarlas. Y, en cierto modo, supongo que era así. ¿Para qué quería tener una piscina si no podía nadar? Y no solo eso, además tenía que ver cómo se tiraba mi hermana pequeña por uno de los toboganes. No la culpaba, que mi vida diera un giro de ciento ochenta grados no significaba que la de las personas que me rodeaban tuviera que hacerlo. Aun así, escuché a Daniel varias veces echar la bronca a mi hermana por hacer ese tipo de cosas delante de mí.

Permanecí en Malibú tres meses, tres largos y agónicos meses. Tres meses de rehabilitación física, mental, psicológica y no sé cuántas más. Toda mi familia me apoyaba y satisfacía todos mis caprichos. Bendita paciencia que tuvieron todos. Oliver y Adam se unieron a nosotros dos semanas después. Vinieron con sus respectivas familias y su sola presencia me daba ánimos. Con ellos, siempre me sentía menos triste.

Justo después de su llegada, empecé a realizar ejercicios en la piscina. Al final sí que la disfruté; no como me hubiera gustado, pero algo es algo. Mi nuevo fisioterapeuta me obligó a nadar, decía que era muy beneficioso para el desarrollo de mis músculos, así que todos los días permanecía una hora metida en el agua haciendo largos cada vez a mayor velocidad.

Comencé a tocar el piano después de cinco semanas enfadada con la música. No había recuperado mi agilidad en los dedos, pero conseguí

memorizar un montón de partituras y podía tocar media hora seguida sin parar para descansar.

Esto último no lo hubiera conseguido si no hubiera sido por la ayuda de Oliver. Me descubrió una noche peleándome con el piano y jurando en todos los idiomas que conozco. Me levantó del taburete y se sentó él en mi lugar. Después, me sentó sobre sus rodillas, quedando mis piernas colgando a ambos lados. Colocó sus manos en las teclas y me obligó a poner las mías encima. Estuvimos horas tocando.

«Poco a poco», como me decía todo el mundo.

Adam y Oliver estuvieron el resto del verano conmigo, como cada año. Pero llegó el momento de despedirse. Las clases habían comenzado, y Adam y Daniel debían presentarse a los exámenes que no habían hecho el curso pasado, así que el mes de septiembre lo pasé sola con mi padre y mis abuelos. Dábamos largos paseos por la playa y apenas cojeaba.

Para finales de octubre, era capaz de recorrer todos los kilómetros que quisiera sin andador y sin muletas. Caminaba con normalidad.

Sin duda, un verano que ninguno de nosotros olvidaremos en la vida.

De vuelta en el colegio

A principios de noviembre, me incorporé a las clases; casi seis meses después de mi accidente. Nadie me lo aconsejó, pero yo insistí. Necesitaba recuperar mi vida, mis rutinas. Algo que me hiciera sentir que seguía siendo yo. Mi cerebro funcionaba casi a pleno rendimiento y caminaba a la perfección.

Todos me decían que era un milagro y que debía estar contenta. No obstante, no lo estaba. Para mí, un milagro hubiera sido salir indemne del accidente y no ser la mitad de lo que fui.

Mi padre me llevó en coche al colegio y me acompañó al despacho de la directora. Hablamos durante una hora, todo en presencia de Brenda, la psicóloga, por supuesto. Ansiaba que la gente dejara de repetirme las mismas cosas cada cinco segundos: que me lo tomara con calma, que no acudiera a todas las clases, que debía seguir con los ejercicios de rehabilitación, que nada de esfuerzos, bla, bla, bla.

—¿Quieres que te acompañe a tu clase? —me preguntó mi padre una vez fuera del despacho de la directora.

—No, papá. Gracias, pero prefiero ir sola. —Me hubiera gustado mencionarle que no tenía cinco años y que era capaz de ir a mi clase por mis propios pies, pero me callé. Me callé porque, escasos meses atrás, no hubiera podido hacerlo yo sola y porque no se lo merecía después de todo lo que había pasado desde mi accidente.

—Está bien, dame un beso. Tómatelo con calma. El viernes vengo a recogerte. —Le di un beso y tomamos caminos diferentes; él hacia la salida y yo en dirección a mi aula. Me di cuenta de algo.

Era mi último año en el *Crowden School*.

Caminé despacio por los pasillos, saboreando cada paso, y recordando cientos de situaciones vividas entre aquellos muros. Después de todo lo que había renegado del colegio, me parecía increíble lo que lo había echado en falta.

Ojalá me hubiera incorporado a las clases con el resto de mis compañeros, ojalá hubiera podido ir el primer día a «Once metros» para estrenar el curso, o a bañarme en el río tirándome desde el embarcadero o ponerme mis patines

e ir un rato a la pista.

«Mis patines». Se me formó un nudo en el estómago al pensar en ellos. Sacudí la cabeza y los alejé de mis pensamientos: había llegado a la puerta de mi aula. Nadie sabía que estaba allí, la idea inicial era incorporarme la semana siguiente. Quise dar una sorpresa a mi gente. Solo esperaba que mi hermano no se me hubiera adelantado.

La puerta estaba cerrada, y el profesor y los alumnos, dentro. Cogí aire y sujeté la manilla con tanta fuerza que los nudillos se volvieron blancos. La solté. «Venga, Sara, con lo que te ha costado llegar hasta aquí, no te acobardes ahora». Sin pensarlo más, llamé a la puerta con suavidad y la abrí muy muy despacio. De hecho, no la abrí del todo, solo lo justo para introducir mi cabeza y asomarme a la clase. Veinte cabezas se giraron para curiosear quién llamaba a la puerta una vez iniciada la clase.

—¡Sara!

Mi nombre resonó por toda el aula. Un segundo después de entrar, mis pies no tocaban el suelo. Era Adam con su gran abrazo de oso.

—¿Cómo no nos has avisado de que venías hoy? —me preguntó, mientras me levantaba en volandas para darme vueltas.

—Quería que fuera una sorpresa.

—Bájala, Adam. No la acapares para ti solo —escuché quejarse a Pear.

Todos mis amigos nos rodearon a Adam y a mí y, en cuanto me dejó libre, nos fundimos en un abrazo. Me estrujaron y me besaron y yo... encantada, los había echado de menos. Acudieron a mi encuentro el resto de la clase, casi en su totalidad, todos me dieron la bienvenida y me dijeron que se alegraban de que estuviera bien. Durante mis meses de rehabilitación, recibí multitud de mensajes de casi todos ellos dándome apoyo.

—Bienvenida, señorita Summers. —El *buenorro* del profesor de matemáticas se acercó a saludarme. ¡Qué guapísimo, por favor!

El resto del día se me pasó volando, no hice otra cosa que no fuera saludar, dar besos y abrazos y explicar que me encontraba bien. El personal de las cocinas salió de su templo a la hora de comer para verme; los profesores, cuando se cruzaban conmigo, dejaban lo que estaban haciendo para darme un abrazo. Y así todo el colegio.

En el recreo, mi grupo de amigos y el de Will se juntaron y pasamos todos un buen rato. Will, al verme aproximarme a él, vino corriendo en mi busca. Por su expresión de desconcierto, adiviné que mi hermano había mantenido la boca cerrada. Tenía que poner en orden mi situación sentimental, pero todo a

su tiempo.

Por la noche, en mi cama, junto a Adam, no dejaba de pensar en mi pierna. No exterioricé mis temores con mi mejor amigo. Hablar de ello era convertirlo en una realidad. Y no estaba preparada.

Lo primero que hice en cuanto llegamos a Edimburgo fue acudir al hospital para que el doctor Murray viera mis progresos. Me hicieron radiografías de mi pierna mala y en dos días vendría el padre de Natalie en persona para darme los resultados.

Después de tantos meses de esfuerzos y de rehabilitación, sabría en qué situación se encontraba mi delicado hueso. A pesar de encontrarme en el *Crowden*, no fui capaz de entrar en la pista de hielo. Prefería esperar a los resultados.

Cuando me desperté por la mañana, tomé una decisión y, antes de bajar a desayunar, fui sola al despacho de la directora con la intención de adelantar un día la visita del doctor.

—Hola, Sara, cariño, ¿qué tal tu primer día? —me preguntó Peters, en cuanto me vio—. Ven, pasa a mi despacho.

Después del interrogatorio de rigor (¿has dormido bien? ¿te lo estás tomando con calma? ¿qué tal las clases?), le comuniqué mi decisión.

—¿Puedes preguntar al doctor Murray si puede venir hoy a darme los resultados de las pruebas, por favor?

—Sí, claro. Ahora lo llamo. —Descolgó el teléfono y marcó el número de memoria. Yo me quedé sentada, observando las estanterías llenas de libros, mientras ella hablaba con el padre de Natalie. En mis meses de ausencia, había incorporado varias novedades a su colección. De lejos, escuché la conversación que se mantenía enfrente de mí.

—¿Alan? Hola, Amanda Peters. Me pregunta Sara Summers si podríamos adelantar tu visita de mañana para hoy. ¿Tienes los resultados? ¿Sí? Perfecto. ¿A media mañana te viene bien? —Peters me hizo un gesto para que diera mi conformidad sobre la nueva cita. Asentí con la cabeza—. Perfecto, quedamos así, entonces. Hasta dentro de un rato, Alan, y muchas gracias por todo.

Bien. En un par de horas sabría algo más sobre mi futuro.

—Sara, voy a avisar a tu padre sobre el cambio en la visita de Alan. Va a llegar con el tiempo justo.

—No. —Precisamente había cambiado la cita porque no quería que viniera mi padre.

—¿Perdona?

—No quiero que avises a nadie, ni a mi padre, ni a mi hermano. Quiero hacerlo sola.

—Sara... —me recriminó.

—Por favor —le supliqué.

—Está bien. Tu padre me va a matar.

—Gracias.

Como llegaba tarde a clase, decidí no ir. Nadie me diría nada. Me dijeron que me lo tomara con calma. Paseé por el colegio sin rumbo y mis pies me llevaron a la pista de hielo. Entré, estaba vacía. En las horas lectivas nunca había nadie. Me acerqué a la barrera y me senté en los asientos de la primera fila. Observé la pista, sintiendo una horrible presión en la boca del estómago.

Durante los últimos meses, había olvidado los patines a propósito, porque mi objetivo era caminar y fortalecer mi pierna. No quería pensar en nada más, pero una vez que estuve casi recuperada por completo... solo pensaba en patinar.

Meses atrás, me había planteado la posibilidad de hablar con mi padre y comunicarle mi decisión de dedicarme al patinaje artístico como profesión. Tenía miedo; no sabía cómo se lo tomaría. Y ¿para qué sirvieron todos esos planes? No se puede pensar en el futuro porque un día sales de tu casa, te atropella un coche y adiós futuro, adiós sueños y adiós todo. Menuda mierda.

Me quedé dos horas observando la pista de hielo, sin interrupciones. Entonces miré la hora, quedaban cinco minutos para la cita con el doctor Murray. Me levanté y abandoné la pista. Tenía varios mensajes en el móvil y alguna llamada de mis amigos preguntándome por mi paradero. Mandé un mensaje a Oliver explicando que había salido a dar un paseo y que más tarde iría a clase. Me contestó con un escueto «ok». En otras circunstancias, seguro que habría indagado para que concretara más, pero, dado mi carácter inestable e irascible de los últimos meses, decidió callar.

Cuando llegué a la antesala del despacho de la directora, Murray y Peters me esperaban.

—Hola, Sara —me saludó mi médico con un apretón de manos.

Sonreí, inquieta, y tomamos asiento. Peters en su silla, detrás de la mesa de madera de roble, y nosotros, en las dos sillas apostadas enfrente de ella, destinadas para visitas. Empezaron a parlotear sobre mi mejoría, sobre mis rutinas, mis ejercicios..., pero yo solo deseaba saber una cosa.

—Doctor Murray, ¿cómo está mi pierna?

Divagó y divagó sobre el estado de mi pierna desde que llegué al hospital; las diferentes cirugías que tuvieron que hacerme cuando estaba en coma y un montón de datos más. Empecé a impacientarme. Cuando me explicó el objetivo de las últimas pruebas realizadas, utilizó demasiados términos médicos con los que no estaba familiarizada. Me encontraba al borde de un ataque de nervios y notaba la garganta seca, pero, a la vez, tenía la sensación de que, si intentaba beber, aunque solo fuera agua, vomitaría. Cuando no pude más, interrumpí su exposición.

—Yo no soy médico, no entiendo lo que dices. Lo único que quiero saber es si... —hice la pregunta crucial, el motivo por el que estábamos allí— ¿voy a poder patinar?

La sala se sumió en un silencio incómodo y yo no aparté mi mirada del rostro de mi médico. El estómago se me saldría por la boca en cualquier momento y me temblaba todo el cuerpo.

—No, lo siento mucho, Sara.

«No».

Mi corazón dejó de latir.

«No».

Se me cortó la respiración.

«No». «No». «No».

La respuesta del doctor retumbaba en mis oídos.

«No».

Miles de imágenes de mis competiciones pasaron por mis ojos.

«No».

Los entrenamientos con los chicos, nuestros partidos sin normas... Mis sueños. Se acabó todo.

Alguien me agarró del hombro. Hice un esfuerzo sobrehumano por volver a la realidad, al despacho de Amanda Peters.

—¿Sara? —Abrí los ojos, que ni me había percatado de haber cerrado, y vi a Peters agachada junto a mí sujetándome la mano.

—Sara. —El portador de la peor noticia que me habían dado hasta ese momento me cogió de la otra mano—. Tu rodilla no está al cien por cien a pesar de la rehabilitación. Este tipo de lesiones en la rodilla son muy complicadas. El diseño óseo y anatómico de la rodilla es quizás uno de los más complejos de nuestro cuerpo. Aun así, puedes llevar una vida normal, pero en cuanto al deporte, no, imposible.

Silencio.

—Hay una pequeña posibilidad, pero es muy remota. Hay una operación, es un método novedoso que solo realizan un puñado de doctores en todo el mundo y que podría rehabilitar tu pierna al noventa por ciento. No obstante, las posibilidades de éxito son del veinte por ciento y, aun así..., dedicarte al patinaje, de manera profesional, queda descartado.

—Necesito salir de aquí. —No aguantaba más, apenas escuchaba lo que me decían.

—Sara, espera, por favor, no te vayas así. Soy consciente de lo que significaba patinar para ti.

Significaba. Pasado. Porque no volvería a sentir el hielo bajo mis pies. Me levanté y liberé mis manos.

—Estoy bien. —Intenté disimular—. Solo tengo que asumirlo.

—Sara...

—Necesito espacio, por favor.

—Está bien. Pero no salgas del colegio. —Peters me cogió de la barbilla y me obligó a mirarla a los ojos—. Prométemelo, Sara.

—Te lo prometo. —Solo quería salir de allí y era capaz de decir o hacer cualquier cosa con tal de conseguirlo.

Abandoné el despacho y, para mi sorpresa, la secretaria de Peters no estaba en su sitio sentada. Me apoyé en la puerta y cerré los ojos.

«Nunca más voy a patinar».

Noté como una lágrima caía en mi mejilla, pero solo una. Creo que mi cerebro no había interiorizado aún la conversación de ahí dentro y muchísimo menos las consecuencias. Parecía un sueño, un horrible sueño.

Me despegué de la pared y arranqué a andar. Los pasillos estaban atestados de gente. No los veía, solo percibía alboroto a mi alrededor. Oía palabras sueltas, pero no encadenaba ninguna frase. El mundo perdió nitidez. A medida que avanzaba, tenía la sensación de andar sobre un camino fabricado con nubes, nubes blancas de algodón. Los escasos pasos que había dado cayeron firmes sobre la nube, pero intuía que, dentro de dos, tres, o cuatro pasos más, la nube se volvería real y se abriría un agujero por el que caería sin remedio; no tenía nada a lo que sujetarme. Mientras andaba, cada paso se tornaba más blando, era como una ruleta rusa, ¿cuántos compartimentos quedaban vacíos hasta la bala? ¿Cuántos pasos me quedaban por dar hasta que se abrieran las nubes y cayera?

Todo transcurría a cámara lenta, percibía estudiantes sin rostro pasar por mi lado y puertas que se abrían y se cerraban. Llegué a las escaleras de

caracol y las bajé, una a una, no sabía a dónde iba. De repente, sentí que alguien me sujetaba por un brazo, no conseguía ver quién era; mi mirada no enfocaba nada concreto.

—¿Sara? Sara, ¿estás bien? —La voz me sonaba, era familiar, demasiado familiar. Abrí bien los ojos y volví a la realidad. Me encontré con unos grandes ojos azules que me miraban con preocupación. Esos ojos... era como mirarme en un espejo—. ¡Sara! ¿Qué te pasa?

—¿Daniel?

Fue en ese preciso momento cuando el cielo se abrió y las nubes desaparecieron. Debería estar en el suelo, pero no lo estaba porque mi hermano me abrazaba con fuerza. Escondí mi cabeza en el hueco de su cuello y él me rodeó la cintura con sus brazos. Me apretó más contra él y lo abracé, lo abracé como nunca lo había hecho. Rompí a llorar.

No sé cuánto tiempo permanecimos abrazados, pero, cuando volví a la consciencia, estábamos los dos arrodillados en el suelo y yo no había dejado de llorar.

—Sara, ¿qué ha pasado? —me preguntó, preocupado.

—He hablado con el doctor Murray.

—¿Qué? Pero si no habíamos quedado hasta mañana. —Me miró a los ojos y vio la culpabilidad en mi mirada—. ¿Qué te ha dicho?

—Que no voy a poder patinar. —Me entendió, a pesar de la congoja y los sollozos.

—¿Qué? No puede ser.

Por desgracia, sí podía ser.

—Sara, ¿no te ha dicho nada más? ¿No hay ninguna posibilidad? ¿Nada?

Intenté recordar todo lo que habíamos hablado en el despacho.

—Sí, ha dicho algo de una operación, pero debe de ser algo novedoso y, no sé, no he escuchado bien.

—Sara, escúchame. Te juro que voy a encontrar al mejor cirujano de este maldito mundo para que te opere y te cure. Vas a volver a patinar, confía en mí. No vamos a parar hasta dar con la solución. —Me cogió de la barbilla y me levantó la cabeza—. ¿Me has entendido?

—Sí. —Seguía llorando sin control.

—Bien. Confía en mí, Sara.

Mi hermano fue a hablar con el padre de Natalie y se pasaron el resto del día y toda la noche localizando a un cirujano capaz de realizar esa operación. Después de millones de conversaciones y de mover hilos entre las personas

más influyentes que conocemos, un prestigioso cirujano de Estados Unidos me citó para la semana siguiente. Mi padre vino a buscarnos a Daniel y a mí, y volamos de vuelta hacia el hogar de mi familia.

Había durado tres días en el colegio. Un nuevo récord, sin duda.

La operación y lo que ocurrió después

Permanecimos en Estados Unidos un mes completo.

Mi nuevo médico parecía muy interesado en mi caso; había operado a un gran número de deportistas de élite y se intuía a simple vista que amaba su trabajo. Durante los primeros días, me hicieron mil pruebas y me explicaron con detenimiento cuál era el problema con mi rodilla y qué tratamiento le darían. Parecía optimista y supuso un gran alivio para mí. Estaba tan preocupada y asustada que una primera reunión negativa habría sido devastadora.

Aquellos días previos a la operación, tuve que prepararme física y mentalmente. Hice todos los ejercicios que me mandaron y cumplí a rajatabla con todas las recomendaciones. Mi hermano Daniel me acompañaba todas las mañanas a pasear y me ayudaba con mis ejercicios de rehabilitación. Y no me pasaba ni una con el tema de la alimentación. Y, así, pasaron los días: entre dietas, ejercicios y reuniones con mi médico.

El día de la operación estaba hecha un flan, la anestesia era local y me asustaba muchísimo, eso de estar viendo cómo te operan... ¿Y si se me pasaba la anestesia en plena operación? ¡Qué horror!

Cuando me sentaron en la silla de ruedas para acercarme al quirófano, parecía que iba al matadero, o eso fue lo que dijo mi hermano Daniel cuando me despedí de ellos como si no hubiera un mañana. Mientras me administraban la anestesia, empecé a sudar y no dejé de hacerlo en ningún momento durante las cinco horas que duró la intervención (que a mí me parecieron por lo menos veinte), pero pasaría por ello una y mil veces más si eso significaba que me curaría. Por fortuna, todo marchó bien y no sentí nada de dolor.

Después de salir del hospital, estuve más de quince días de reposo hasta que el doctor vino a verme al hotel en el que nos hospedábamos mi familia y yo. Había venido a verme casi todos los días para examinarme, pero esa visita era la definitiva. Nos sentamos los cuatro en el saloncito del que disponíamos; Daniel y yo, a un lado de la pequeña mesa dispuesta en el medio, y el doctor y mi padre enfrente. Una vez hechos los saludos de rigor, comenzó la reunión.

—Bien, Sara. Tengo buenas y malas noticias.

Joder, otra vez a sudar. No sé cuál quería escuchar primero. Mi corazón latía desbocado. Recordé mi última conversación con el doctor Murray y reconozco que me vine abajo. Mi hermano me agarró la mano para infundirme apoyo.

—¿Empezamos por la buena?

—Por favor.

—Hemos conseguido reconstruir tu rodilla casi en su totalidad. No solo vas a poder caminar con normalidad como hasta ahora sino que, además, vas a poder correr, saltar, patinar... todo lo que quieras hacer, Sara.

«Patinar». Lo había dejado para el final. ¡Podía patinar! Me lancé a sus brazos desde mi posición. No podían ser mejores noticias. Estaba pletórica. No acababa de creérmelo. Mi padre y mi hermano me abrazaron. Necesitaba corroborarlo.

—¿Seguro? ¿Puedo patinar?

—Sí, Sara. Sin embargo —«mierda, siempre hay un pero»—, no te aconsejo que pienses en el patinaje como en una profesión.

Ah, vale, que todavía quedaba la mala noticia. No entendía nada.

—Entonces, ¿puedo o no puedo patinar?

—Puedes patinar, puedes correr, puedes practicar deporte, pero sin excesos. Dedicarte profesionalmente a cualquier deporte es imposible, Sara. Como he dicho, tu rodilla está casi recuperada por completo, pero ese pequeño porcentaje que no hemos alcanzado te imposibilita para el exceso de entrenamiento que supone una profesión de deportista. Lo siento, Sara. Pero puedes patinar como *hobby*.

—Doctor, Sara no quiere dedicarse al patinaje profesional, siempre lo ha considerado un *hobby* —interrumpió mi padre. Nunca llegué a confesarle mis más ocultos anhelos. Nunca le dije que quería ser patinadora. Entonces, ya no importaba.

—Un *hobby* que ama más que cualquier otra cosa, por lo que he podido observar.

«Mira, papá, él lo ha pillado a la primera, ¿por qué tú nunca lo has querido ver?».

—Centrémonos en la pierna. —Mi padre intentó escurrir el bulto, no compartía mi pasión por el patinaje. O eso, o entendía a la perfección lo que pasaba, quizá lo supo siempre, pero estuvo escurriendo el bulto. Nunca lo sabré.

—Tu pierna está bien y puedes patinar sin preocupaciones, incluso puedes

participar en algún torneo a pequeña escala. La recuperación de tu pierna es del noventa por ciento, lo que significa que puedes lesionarte con facilidad, y otra lesión sería funesta. Podrías perder la movilidad en esa pierna. Por lo demás, puedes correr, saltar, nadar...

—Está bien, doctor, lo entiendo. Muchas gracias por todo.

—Ha sido un placer, y espero que, en cuanto lleges a Edimburgo, juegues uno de esos torneos de hockey sin reglas con tus amigos. Pero con cuidado.

Podía patinar, no sería patinadora profesional, pero lo importante es que podía patinar. No voy a negar que hubo algo que me oprimió el pecho en aquel instante porque se había cerrado, de manera permanente, una de mis posibles salidas profesionales, pero, después de hacerme a la idea de no poder patinar, aquello era un regalo, un regalo que me daba la vida.

A primeros de diciembre, regresé al colegio. Había perdido el primer trimestre completo, por lo que tendría que meterle caña a partir de entonces. Nunca creí que podría tener problemas con mis estudios... si me lo hubieran dicho un año antes, los habría tildado de locos.

Las primeras semanas fueron frenéticas. Quise ponerme al día con todo lo antes posible, pero mi cerebro no trabajaba tan rápido como me hubiera gustado. Todos me apoyaban: mis amigos, mi novio, mi familia, el profesorado...

Desde mi regreso, el profesor de gimnasia se ocupó, casi a tiempo completo, de mi rehabilitación. Todas las mañanas, a primera hora, tenía sesión con él. Y me obligaban a nadar una hora diaria.

Mantenia correspondencia vía email con mi médico americano. Insistía en decirme que necesitaba acostumbrar la pierna a mis rutinas. Daniel me acompañaba todas las mañanas y me ayudaba con los ejercicios de rehabilitación, tal y como hizo en Estados Unidos; parece que le cogió gusto, y yo encantada. Will venía con nosotros en algunas ocasiones. Era el único momento en que nos veíamos, porque el resto del día, entre las clases, la rehabilitación, los ejercicios mentales... Apenas tenía tiempo para nosotros, y el problema era que no sabía si aquello me aliviaba o me entristecía. Creo que un poco de las dos. Tenía que aclararme en cuanto a mis sentimientos, no podía retrasarlo más porque, al final, me acabaría explotando en la cara. Y no era justo para Will.

La tercera mañana de mi entrenamiento empezaron los problemas. Corría sin esforzarme y Cameron, el profesor de gimnasia, me llamó la atención:

—Sara, no te estás esforzando. ¿De qué tienes miedo?

¿De qué tengo miedo? ¿Tú qué crees? No confiaba en mi rodilla, a pesar de todo lo que me decían y de que sabía que estaba bien, no confiaba en ella.

—De romperme la rodilla, de que estalle en mil pedazos —me sinceré.

—Sara, no te vas a romper, puedes correr. Debes correr, de hecho. De lo contrario, vas a hacer vaga a tu pierna.

Para él era fácil decirlo, no estaba en mi piel.

Diez días después, Oliver y Adam vinieron conmigo al entrenamiento. Llevaban días insistiendo y no pude negarme más. La verdad es que intentaba evitar a Oliver porque no me dejaba concentrarme en lo mío, solo hacía que me comiera más la cabeza por nuestra situación. Su cercanía no ayudaba. No ayudaba a mi paja mental, porque a mi rehabilitación ayudaba mucho, muchísimo. ¿Por qué siempre sabe lo que necesito?

Minutos después de trotar sin ganas, Oliver me animó a que corriese con él y... paso a paso me fui soltando.

—Muy bien, nena. Venga, no tengas miedo. ¡A ver si me ganas!

«Sí, claro, pues te vas a quedar solo corriendo, rubito. Estoy yo como para echar carreras».

—¡Venga! —me incitaba una y otra vez.

Intentaba alcanzarlo, pero, cuando me acercaba, aceleraba y lo perdía. Así estuvimos durante una hora; me ponía la miel en los labios para después quitármela. Y, sin darme cuenta, estuve corriendo dándolo todo.

Al día siguiente, cuando entramos en clase, el profesor aún no había llegado. Nos sentamos en nuestros pupitres y esperamos. Mis amigos debatían sobre no sé qué, y yo andaba sumida en mis pensamientos. Todos los días me insistían para que fuera a la pista de hielo, pero no me atrevía. Continuaba aterrada, ¿y si hacía un salto y al pisar el hielo me lesionaba? No. Prefería esperar a sentirme preparada. No era el momento. Empezaba a pensar que quizás el momento no llegaría nunca.

—Ven a bailar conmigo. —Oliver interrumpió mis divagaciones.

—No hay música y no me apetece bailar, Olly —contesté.

—¡Hace siglos que no bailamos! Yo te canto al oído, ven conmigo.

—Oliver, no, no me apetece —me quejé, mientras me arrastraba a la mitad de la clase.

Me cogió las manos y comenzó a moverse con gracilidad.

—Sigue sin haber música.

La boca de Oliver se acercó a mi oído y comenzó a cantar *Back for good*, de Take That. Tuve una época, en mi pubertad, en la que me encantaba escuchar Take That. Mis amigos se reían de mí y decían que era la peor música que habían escuchado en su vida. Claro que, ¡qué iban a decir los *rockeros*! Me reí por su acertada elección y me animé. Bailamos y acompasamos nuestros pasos a la canción. Todo surgió... como antes. Como si no hubiera ocurrido el accidente. El profesor Sinclair nos interrumpió.

—Summers, Aston, sois una pareja de baile encantadora, pero sentaos ahora mismo, que empezamos con la clase. —Lo dijo como si nosotros fuéramos los causantes de que hubiera llegado tarde, perdiendo media clase. ¡Qué morro!

Oliver me susurró al oído.

—Ya puedes tachar otra cosa de tu lista de objetivos a medio plazo.

—¿El qué?

—Bailar con el mejor bailarín de toda Escocia.

Creído.

Poco antes de las vacaciones de Navidad, Natalie convocó un gabinete de crisis urgente media hora antes del comienzo de las clases. Y recalcó que solo podíamos asistir las chicas. Con lo abandonadas que tenía a mis amigas, no lo dudé, y acudí puntual a la cita. Dejé por un momento mi entrenamiento mental (todavía realizaba ejercicios con el *memory* y un montón de cosas más para recuperar mis habilidades) y me dirigí a mi clase.

Durante el camino, pensaba en Pear. Me di cuenta de que había estado tan ensimismada en mis asuntos y tan metida en mi rehabilitación que hacía tiempo que no teníamos un momento a solas, ella y yo. No la veía contenta y, aunque intentaba disimularlo, no era la misma. Algo le pasaba. Pear es una chica muy positiva y siempre tiene una sonrisa y buenas palabras para regalar a los demás; si había algo que la perturbaba, sin duda era por mi hermano Daniel. No tenía ni idea de en qué punto se encontraban. Tenía que hablar con ella.

Cuando llegué a clase, vi que dentro del aula solo estaban mis amigas. Necesitaba pasar un rato con ellas, airearme de mis problemas y sentirme útil. Me había perdido muchas cosas mientras estuve en coma. Y, en cuanto pudiera, intentaría quedarme a solas con Pear.

Saludé a mis amigas y me senté junto a ellas. Sin más dilación, Natalie nos expuso sus preocupaciones:

—Estoy planteándome la posibilidad de acostarme con Brian. Siempre me ha hecho tilín y ¿qué mejor que perder la virginidad con un amigo? Creo que me sentiría más segura y no sé... cuidada. Necesito que me digáis qué os parece la idea. ¿Afectará luego a nuestra amistad?

Oh, oh, tema escabroso.

—A mí me parece bien. —No esperaba otra respuesta por parte de Pear. Siempre ha tenido claro que amor y sexo son cosas diferentes.

—A mí no me parece bien —la contradijo Moira—, tienes que estar enamorada antes de hacer una cosa así.

—Pues a mí tampoco me parece mala idea, ¿por qué no? —dijo Olivia. Habían hablado todas mis amigas y... solo faltaba yo.

—Sara, ¿tú qué opinas?

—Yo me callo. —Era lo mejor, dadas las circunstancias.

—Pero tu opinión es la que más me interesa, Sara.

Suspiré. Aquel tema de conversión era lo que menos necesitaba en ese momento.

—Por favor, Sara. Tú te has acostado con uno de tus mejores amigos. Tres veces. —Joder, con las puntualizaciones—. Dime qué debo hacer.

—¿QUÉÉÉ? REPITE ESO.

Moira se levantó de la silla y me miró con los ojos desorbitados. Me quedé sin palabras. ¿No lo sabía?

—Mujer, ¿a qué viene tanto escándalo? —se quejó Olivia—. Ni que fuera noticia nueva.

—¿Cómo que te has acostado tres veces con uno de tus mejores amigos? ¿Con quién? ¿Cuándo?

Pues no, no lo sabía. ¿Cómo era posible?

—¿Cómo que con quién? Moira, ocurrió hace meses, ¿dónde estabas tú? —le preguntó Pear.

—¿Cuándo pasó?

—Pues... en abril, sí, en abril, justo antes de aquel fin de semana que fuimos a Saas Fee sin adultos, ¿no te acuerdas? —le dijo Natalie.

—¿Te refieres a esa semana que estuve en mi casa con gastroenteritis y que no pude venir al colegio en quince días?

Nos quedamos las cuatro pensativas. Era posible. Ups.

—Mmm... sí, creo que sí. Fue esa semana —confirmé yo.

—¿Y me lo contáis ahora?

—Shhh, no chilles. Si te callas, te lo contamos todo.

Miramos hacia la puerta del aula, pero aún no llegaban nuestros compañeros. Entre susurros, contamos a Moira, entre todas, mi experiencia sexual con uno de mis mejores amigos.

Tessa

—¿QUÉÉÉ? REPITE ESO.

Me acercaba con Megan a clase y, antes de llegar, escuché los gritos que venían de dentro. Joder, era la voz de Moira. Todo el día andaban con sus historias, no se puede ser más escandalosas. Desde el regreso de Summers, no se les veía a todos tan alicaídos. Una lástima.

—Mujer, ¿a qué viene tanto escándalo?

Estaba a punto de irrumpir en el aula, pero la siguiente frase que escuché me dejó atónita:

—¡Sara! ¿Cómo que te has acostado tres veces con uno de tus mejores amigos? ¿Con quién? ¿Cuándo?

¿Qué? ¿Sara se había acostado con uno de sus mejores amigos? ¿Con quién? Megan y yo nos miramos con los ojos agrandados por la sorpresa. ¿Le había puesto los cuernos a Will? Hice un gesto a Megan para que guardara silencio y nos quedamos escuchando detrás de la puerta.

—¿Cómo que con quién? Moira, ocurrió hace meses, ¿dónde estabas tú?

—¿Cuándo pasó?

—Pues... en abril, sí en abril, justo antes de aquel fin de semana que fuimos a Saas Fee sin adultos, ¿no te acuerdas?

En abril, tiré hacia atrás en el tiempo... Parece que fue justo después de que me metiera en la cama de Will; habían pasado ocho meses ya.

Continué escuchando, necesitaba saber con quién había sido.

—¿Te refieres a esa semana que estuve en mi casa con gastroenteritis y que no pude venir al colegio en quince días?

—Mmm... sí, creo que sí. Fue esa semana.

—¿Y me lo contáis ahora?

—Shhh, no chilles, si te callas, te lo contamos.

¡Mierda! Empezaron a susurrar y no pude escuchar nada más. Hice una seña a Megan para que me siguiera y nos metimos en el baño. Me gustaba planear maldades en el baño.

—¿Tú has escuchado lo mismo que yo? —me avasalló Megan en cuanto cerramos la puerta del baño.

—Sí, vaya con Summers. Y parecía tonta.

—¿Con quién crees que habrá sido? Podría haber sido con cualquiera de ellos cuatro.

Inútil. Esa chica no veía más allá de sus narices.

—No. Cualquiera de ellos, no. Es Aston o Wallace, estoy segura. Necesito averiguarlo. Tengo que descubrir con cuál de los dos ha sido.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—Los voy a observar. Si han tenido sexo entre ellos, ha debido de cambiar su relación, no van a comportarse como si nada, solo hay que fijarse bien.

Salimos del baño y entramos en clase. Todavía estaban las cinco inseparables dentro del aula, cuchicheando, pero nos hicimos las locas como si no hubiéramos escuchado nada. Minutos más tarde, entraron los chicos.

Los observé durante todo el día, pero no veía nada extraño entre ellos. «Quizás debería poner mi atención en Marco y Brian... No, no. Estoy segura de que ha sido con Oliver o Adam».

A última hora, decidí actuar. Me posicioné en mitad de la clase a charlar con varios compañeros, para aproximarme más, y escuché sus conversaciones. Estaban todos callados cuando Marco empezó a dar golpes a la mesa con la palma de la mano. Cuando cogió el ritmo, se puso a cantar. Joder, se pasaban todo el puto día cantando, aquello parecía *Sonrisas y Lágrimas*:

*I never thought I'd miss you half as much as I do.
And I never thought I'd feel this way the way I feel about you.
As soon as I wake up, every night, every day.*

Varios de ellos se unieron al italiano. Fantástico. Estuve a punto de vomitar.

*I know that it's you I need to take the blues away.
It must be love, love, love.
It must be love, love, love.
Nothing more nothing less love is the best.*

—Venga, chicos, a bailar todos —los animó Marco—. ¡Sara, venga, que ayer te vi bailar con Olly, no te hagas la remolona!

Adam sacó a bailar a Sara al pasillo de la clase, y Oliver fue detrás. Ella se colocó en medio de los dos y empezaron a mover las caderas al son de la

melodía. Delante, detrás, delante, detrás. Todos se reían a carcajadas. Aunque Sara no se sentía segura; sus movimientos eran comedidos. Sin embargo, no había ni un atisbo de vergüenza en ellos, ahí estaba frotándose por delante con Adam y por detrás con Oliver. Joder, no había podido equivocarme, su amante tenía que ser uno de ellos dos. Pero, por más que observaba y observaba, se comportaban como siempre. Varias estrofas más tarde, el profesor de historia entró en clase.

—Ya vale de cánticos y bailes, todo el mundo a su sitio.

Nos ordenó ir a la página cincuenta y ocho. La busqué y, horror, tocaba la revolución industrial. Qué coñazo. Empezó con su aburrida exposición, pero se detuvo a medio camino.

—Señor Verti, ¿quiere estarse quieto? Todavía escucho los golpes de sus palmas contra la mesa.

—Sí, profesor Sinclair.

Puse los ojos en blanco. Gentuza. Acerqué mi cabeza a Megan y le susurré al oído:

—No voy a descubrir nada. Se lo voy a contar a Will.

—¿Qué dices? ¿A Will? ¿Crees que no lo sabe? —Afirmé con la cabeza—. ¿Estás segura, Tessa? Se va a liar una gorda.

Sonreí. Sí, se iba a liar una gorda. Y, al fin, Will sería mío.

Por la tarde, después de las clases, fui en busca de mi objetivo. Lo busqué por varios sitios, sin éxito, hasta que lo divisé a lo lejos. Y no había ni rastro de su queridísimo amigo del alma. Y era raro, porque esos dos no se separaban ni para mear. Genial, resultaría todo más violento si estuviera Daniel Summers delante. Era mi oportunidad.

Lo que «omití» contar

Will

—Will, necesito hablar contigo de algo importante.

«¿Tessa? ¿Qué demonios querrá?». Fingí no haberla escuchado.

—Will, es importante —insistió. Ya se cansaría. Me di la vuelta, ignorándolas tanto a ella como a su amiga.

—Está bien, como quieras. Te soltaré el bombazo delante de todos tus amigos. Te advierto que va a ser algo... humillante.

Joder, qué agonía. No soportaba a esa chica, era superior a mí. No se me olvidaba lo que nos había hecho a Sara y a mí. Aquel maldito día que se metió en mi cama, ese día abrió una brecha en nuestra relación que nos había costado mucho cerrar, tanto que no estaba seguro de haberlo conseguido del todo. Desde que Sara y yo habíamos vuelto a estar juntos, algo había cambiado, ella no era la misma. Y tenía la sensación de que cada día iba a peor, cada día la sentía más lejos.

—Sara ha mantenido relaciones sexuales con uno de sus mejores amigos. Tres veces.

«¿QUÉÉÉ? Maldita zorra sin escrúpulos». Me lancé a por ella como un loco y la acorralé contra la pared hasta que nos quedamos a escasos centímetros.

—Retíralo. Ahora.

Mis amigos intentaron que me alejara de ella, pero la tenía bien acorralada, a pesar de no tocarle ni un solo pelo de la cabeza. No permitiría que siguiera haciéndonos daño con sus mentiras. Su amiga ni se acercó a nosotros. Se quedó en un segundo plano a dos metros de distancia. Chica inteligente.

—¡RETÍRALO! —repetí, fuera de mí.

—Will, tranquilo —me dijo Jack—. Déjala, por favor. No merece la pena. —Le hice caso y me separé de ella. No sin lanzarle una última advertencia.

—Yo que tú me lavarías la puta boca antes de volver a hablar de mi novia.

—Estoy diciendo la verdad —insistió.

—Ni se te ocurra siquiera nombrarla —la amenacé.

—Ocurrió por primera vez en abril; justo antes de que se fueran a Saas Fee a esquiar sin la supervisión de un adulto.

Recordé ese fin de semana. Sara y yo aún no nos habíamos reconciliado, pero yo seguía sus pasos de cerca. ¿Cómo coño sabía Tessa lo de Saas Fee?

—Y Moira no pudo ir porque estaba en su casa con gastroenteritis.

¡Joder! De eso no me acordaba, pero eran demasiados datos.

«No, no la escuches, no es más que una de sus tretas. Tú confías en Sara. No permitas que te haga dudar de ella».

—No te miento. Pregúntale a ella. ¿Crees que te invitaría a contárselo si no fuera cierto? Se lo he escuchado decir a sus amigas. Pregúntale y, si no es cierto, os pido perdón de rodillas. A ti y a ella.

Joder, había mucha determinación en su voz, demasiada. No podía ser, Sara no me haría algo así. Y de haberlo hecho... ¿Cuándo? Necesitaba saberlo. Retrocedí al mes de abril. Antes de volver a estar juntos en secreto, ella me aseguró que nunca había tenido relaciones sexuales con sus amigos a pesar de dormir juntos. ¿Me mintió? ¿O fue después? ¡Mierda! Empezaba a dar por sentado que lo había hecho. La amiga de Tessa se acercó con precaución a mí y habló por primera vez.

—Will. Tessa no miente. —«Pues será la primera vez»—. Yo también lo escuché. Lo comentaron ayer en el aula. Lo siento.

¡Y una polla que lo sentía! «¡Oh, joder, joder! No puede ser». Sin embargo, había algo en mi interior que me decía lo contrario. Para ese momento, ya tenía el estómago revuelto y el corazón martilleaba mi pecho con fuerza.

«¿Sara, qué has hecho? Y ¿con quién?».

Sara

Descansaba en mi árbol con mis amigos mientras hacíamos estúpidos tests de estúpidas revistas para adolescentes. Saboreé el instante. Me encantaban esos momentos. Si algo había aprendido a hacer después del coma, era a valorar cada momento del día, cada actividad que realizaba. Era un lujo volver a estar así con todos ellos. Despreocupados. Felices.

Nos reímos como locos cuando Pear afirmó que, según las respuestas que había dado, Adam J. Wallace era una chica decidida, coqueta y autosuficiente.

Miré hacia el frente porque advertí que alguien venía hacia nosotros: era Will. Venía solo. Mis amigos continuaron analizando sus respuestas mientras yo me levantaba para acudir a su encuentro. Sin embargo, no me permitió acercarme a él.

—¿A cuál de los dos, Sara? —me preguntó a bocajarro—. ¿A cuál de los dos te has follado? ¿A Aston o a Wallace?

¿Qué? No podía ser. ¿Cómo se había enterado? ¿Quién se lo había dicho? Durante el segundo que transcurrió hasta que le contesté, pasaron por mi cabeza infinidad de posibilidades. ¿Se lo dijo Oliver? ¿Adam? ¿Alguno de mis amigos? ¿Por qué? No, imposible. Ellos nunca harían algo así. ¿Y, entonces, cómo lo había sabido? «No, por favor, esto no puede estar pasando».

—Will... —No me salían las palabras. Quise sujetarle el brazo, porque necesitaba tocarlo, pero me apartó la mano con brusquedad.

—¿CON CUÁL DE LOS DOS?

El grito provocó que mis amigos se levantaran del suelo y vinieran hacia nosotros.

—Eh, ¿qué ocurre? —nos preguntó Adam, preocupado.

Ninguno de los dos contestamos ni apartamos la vista el uno del otro. Necesitaba hacerle entender que no le había sido infiel. Que aquello que intenté olvidar durante meses pasó mientras nosotros no estábamos juntos. No quería que se sintiera engañado, aunque ahora me doy cuenta de que mi comportamiento no tenía justificación. Sí, lo había engañado. Lo engañé durante meses ocultándole la verdad de mis sentimientos. No sé cómo, recobré

la voz.

—Will, escúchame, por favor. Cuando sucedió aquello, tú y yo no estábamos juntos y yo...

—¡Tú y yo siempre estamos juntos! —me interrumpió, sin darme opción a réplica, porque, demonios, tenía razón.

—Tranquilo, Von Kleist. —El tono de Adam fue claramente amenazador.

—¿Has sido tú, Wallace? ¿Tú te has follado a mi novia? —le preguntó, con voz de ultratumba.

Parecía una pesadilla, pero no lo era. Era real. Will se había enterado de lo que hice, de lo que hicimos. No entendía cómo. Lo que estaba claro era que, tal y como predije, el asunto me había explotado en la cara. Me lo merecía por no haberle puesto remedio cuando tuve que hacerlo. Por no haber sido clara con respecto a mis sentimientos ni con Will, ni conmigo.

Adam y el resto del grupo comprendieron, en ese instante, lo que ocurría. Will se había enterado de que había mantenido relaciones sexuales con alguien más aparte de con él. Pero no sabía con quién.

—Te estás pasando, Von Kleist. Ten mucho cuidado con lo que dices — interrumpió Oliver.

No necesité escuchar la siguiente frase de mi novio para saber que hubiera sido mejor que Oliver no interviniera. Cerré los ojos desolada antes de que Will volviera a hablar.

—¡Sé que has sido tú, Aston! ¡Siempre lo he sabido, hijo de puta! —Will se lanzó hacia Oliver para darle un puñetazo, pero Brian y Adam lo sujetaron. Por su parte, Marco y Olivia agarraron a Oliver, que no se amedrentó, y se lanzó contra su enemigo número uno.

Otra pelea no, por favor. Intenté tranquilizar las cosas, pero estaban ambos demasiado crispados por la situación; por el pasado que arrastrábamos.

—Will, escúchame. Te repito que fue cuando tú y yo no estábamos juntos. —Intenté hablar con calma, pero no podía. Los nervios pudieron conmigo y comencé a chillar. Fue mi manera de defenderme. No la mejor, la única que encontré—. Lo habíamos dejado porque tú te acostaste con Tessa, ¿recuerdas?

—¡No me toques los cojones, Sara! Yo no me he acostado con Tessa, pero tú sí lo has hecho con ese imbécil. ¡Y, además, me mentiste!

Ante tal insulto, Oliver reaccionó de nuevo e intentó aproximarse a Will, pero, por fortuna, mis amigos lo sujetaron.

—No, no te he mentado. —Eso sí que no. Ocultar información no es mentir.

—Sí, lo hiciste. Te dije que yo confiaba en ti todas las noches cuando te

metías en la cama con ellos, y tú me mentiste en mi cara. Me aseguraste que no hacíais *nada sexual*. ¡Claro, porque follar no es nada sexual!

Recordé esa conversación, fue cuando nos encontramos en el embarcadero y tuvimos nuestra primera charla pacífica. Oliver y yo nos habíamos besado en el juego de la botella, pero no había pasado nada más. Todavía.

—En ese momento no había pasado nada.

—¡Qué conveniente! ¿Y esperas que me lo crea?

—Sí. ¡Will, créeme, por favor! ¡En ese momento no habíamos hecho nada!

—Pues no lo hago. No te creo ni una puta palabra. —Me señaló con un dedo acusador y su rostro quedó a escasos milímetros del mío— ¿Cómo te sienta, Sarita?

«Como que me lo merezco».

—Ya basta, Von Kleist. Lárgate o no respondo —lo amenazó Oliver.

Will rio con amargura.

—No puedo creer que me esté pasando esto. —Se pasó las manos por el cabello, desesperado.

—Venga, Will. Tranquilo. —Brian intentaba apaciguar las cosas.

—¡Dejadme en paz! —Intentó zafarse de sus captores sin éxito—. ¿Por qué volviste conmigo? ¿Por qué, si es más que obvio que sigues sin creerme con lo de Tessa? ¿Por qué, si no es a mí a quien quieres?

He ahí las preguntas que ni yo sabía contestar. Se me ocurrieron algunas posibles respuestas. Por cobardía, comodidad, añoranza... y, joder, por amor. Porque aún lo quería.

—No me contestes, no quiero saber nada. ¡Me das asco! No te acerques a mí.

Después de su amenaza, se dio media vuelta y se marchó dando fuertes pasos. Fui consciente de dónde me encontraba. Todos mis amigos me rodeaban. Cerré los ojos e intenté alejar el dolor de mi pecho.

—No voy a llorar —les dije, con las lágrimas a punto de asomar—, esta vez no. Todo esto es culpa mía. No creo que exista una manera peor de hacer las cosas.

—Joder, ¿pero cuándo cojones os habéis acostado vosotros dos? —nos preguntó Marco, alucinado.

—Anda mira, pues no he sido la última en enterarme.

Me senté en el suelo, apoyando la espalda en el árbol, y pensé en todo lo que acababa de suceder.

—Tranquila, Sara. —Estaba muy nerviosa y empezaba a temblar. Había

conseguido contener mis lágrimas de milagro—. Tranquila.

Mis amigos intentaban calmarme. De pronto, me di cuenta de que había una voz que no escuchaba.

—¿Dónde está Oliver?

Me levanté y miré hacia todos los lados. No estaba.

—¿Dónde está?

«Oh, no». Había ido a buscar a Will.

Will

¡Joder, era cierto! Sara y Aston juntos. Porque sabía que había sido él, tenía que ser él. Regresé al lugar donde me esperaban mis amigos, sin ser consciente de haber hecho todo el camino andando.

—Will, ¿qué ha pasado? —me preguntó Aaron.

Me pasé las manos por el pelo y me senté en uno de los escalones. ¿Qué coño había pasado? «No lo sé, no tengo ni puta idea, joder». No entendía ni yo lo que había sucedido. Estaba en *shock*.

—Eh, tíos. ¿Qué hacéis?

Dan. No me dio tiempo a pensar en una respuesta porque formuló, al instante, otra pregunta.

—¿Le ha pasado algo a mi hermana?

¿A qué venía esa pregunta? Levanté la cabeza, que tenía entre mis rodillas, y lo miré interrogante.

—¿Por qué viene Oliver Aston corriendo hacia aquí con pinta de querer matar a alguien?

Aston. Mi cerebro se activó. Miré hacia donde señalaba Dan y me levanté. Corrí a su encuentro.

—¡Aquí me tienes, Von Kleist! —me gritó el cabrón—. ¡No te tengo miedo!

Nos encontramos a medio camino, con la adrenalina a punto de estallar. No sé quién golpeó primero, ni segundo, pero yo no paré de darle hostias a diestro y siniestro, una por cada toque al cuerpo de Sara. Solo de pensarlo se me revolvía el estómago y me entraban ganas de vomitar.

Caímos al suelo y seguimos pegándonos. Mis amigos intentaban separarnos, pero no lo consiguieron, los dos estábamos demasiado enzarzados en la pelea. Oí que me llamaban, pero no hice caso. Después de un montón de hostias, nos separaron.

Distinguí sangre en el uniforme del hijo de perra que tenía enfrente, pero no la suficiente. Muchos alumnos se agolparon a nuestro alrededor y supe que no dejarían que nos pegásemos más.

Me supo a poco. «Ya te pillaré en otra ocasión, cabronazo».

Cuando se disipó todo el alboroto, Dan me acompañó a la enfermería del colegio. La enfermera me atendió a mí en primer lugar. Por suerte, había varias salas y Aston y yo no teníamos que vernos la cara. Intentaba contener la ira, pero estaba a punto de explotar. En cuanto la enfermera salió por la puerta, me desaté.

En un arrebato de rabia, arrasé con todas las medicinas y los ungüentos que había encima del mostrador. Respiré tan fuerte que mi pecho subió y bajó con violencia. Todavía se escuchaban los ruidos de los botes rodando por el suelo. Miré a mi amigo, que permanecía de pie, apoyado contra la puerta sin decirme nada. Apreté los puños con fuerza y me cagué en todos mis muertos. Comencé a dar patadas a uno de los armarios hasta que conseguí desencajarlo.

—¡JODER! ¡HOSTIA PUTA!

—¿Te sientes mejor?

—No.

Tenía ganas de gritar y de pegarme con todo lo que se me cruzara por delante. Y la actitud pasiva de Dan no ayudaba demasiado.

—¿No me vas a preguntar por qué me he peleado con Oliver Aston?

—No me hace falta; sé por qué te has peleado con él.

¿Daniel sabía lo que había sucedido entre su hermana y Aston? ¿Desde cuándo? ¿Qué más sorpresas me esperaban aquel día?

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que mi hermana estaba en el hospital, allí escuché muchas conversaciones. Muchas conversaciones privadas que quizás no debería haber escuchado.

Cojonudo, parece que era el día de las confesiones.

—Ya, de puta madre. —Me reí sin ganas, o más bien, me reí para no llorar—. Así que soy el único que no sabía que mi novia se tiraba a uno de sus mejores amigos.

—Cuidado, Will, estás hablando de mi hermana.

—Mierda, lo siento, pero es que... Aston me saca de mis casillas, no puedo evitarlo, es superior a mí, siempre he sabido que la quiere para él. Nunca la ha mirado de la misma manera que Adam. Joder, los odio a los dos, a los tres. No quiero volver a ver a tu hermana ni en pintura.

—No deberías odiarlos. A ellos, me refiero, porque a mi hermana no la odias, no de momento.

—¿Ahora eres defensor de esos dos gilipollas?

Otra novedad.

—No, pero me he dado cuenta de que la quieren. La quieren por encima de todo.

«Sí, no te jode. La quieren tanto que se la follan. Joder».

—¿Sabes si tu hermana —cómo me dolieron aquellas palabras— está enamorada de él?

—No lo sé, Will. Mi hermana estaba en coma, no podía contestar.

—¿Quieres saber algo? No estuvieron juntos una vez, fueron varias. —Me miró extrañado y continué hablando—. Una vez puede ser un error, pero más no. Más es una confirmación.

—¿Una confirmación de qué?

—De que está enamorada de él. No se hubiera acostado con él tres veces de no haberlo estado.

—Tienes demasiados datos, ¿cómo te has enterado de todo?

—Tu hermana lo comentó el otro día con sus amigas en clase.

—¿Y lo oíste directamente?

—No.

No podía decir que sí porque sería mentirle en su cara y eso, a él, no podía hacérselo.

—¿Quién te lo ha contado? ¿Quién escuchaba detrás de la puerta?

Su rostro pasó del blanco al rojo. Si se enteraba de que Tessa se había vuelto a meter en la vida de su hermana, era capaz de hacer cualquier cosa. Desde el accidente de Sara, mi amigo estaba descontrolado.

—Eso no importa ahora, Dan —sentencié.

—¿Estás protegiendo a la persona que ha destrozado la vida de mi hermana?

—No, te estoy protegiendo a ti.

De una expulsión y una probable demanda legal por agresión.

21

Cambios

Después de buscar a Oliver por todo el colegio, unos compañeros de clase me informaron de que Will y él se habían peleado en el patio y que los habían llevado a ambos a la enfermería. Me dirigí al lugar lo más rápido que pude, sin esperar al resto de mis amigos y sin darles ningún tipo de explicación. Entré corriendo al colegio y subí por las escaleras de dos en dos. Llegué a la planta de la enfermería.

Entré. Había dos puertas precedidas por una pequeña sala de espera. Antes de decidirme por alguna de ellas, mi hermano salió por la puerta de la derecha. Nos miramos, pero no nos dijimos nada. No había en sus ojos decepción o enfado como otras veces, más bien todo lo contrario, había comprensión y apoyo. Sin embargo, no era el momento. Solo pensaba en encontrar a Olly y ver cómo estaba. Si mi hermano había salido por esa puerta, era porque ahí debía de estar Will. Elegí la otra puerta.

Abrí de golpe y descubrí a Oliver sentado en la camilla con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos; se sujetaba la mano izquierda, que mantenía con el puño cerrado, con la mano derecha, en la que sostenía además unas gasas. Supuse que sería para las heridas de los nudillos, por los puñetazos. Puede que en las películas los puñetazos no generen consecuencias para quien los da, pero la realidad es que sí las tiene. Se puede producir una fractura en la mano cuando uno de sus huesos se quiebra.

La mano está formada por huesos falanges y huesos metacarpianos. Las falanges son los huesos de los dedos. Los metacarpianos son los huesos que forman los nudillos y conectan la mano a la muñeca. Estaba segura de que los nudillos de Olly no debían de estar en su mejor momento, me dolía solo de pensarlo porque todo aquello había sido por mi culpa. No es agradable que se peleen por ti, es doloroso e inútil, porque a golpes no se arreglan las cosas.

A medida que me aproximaba a él descubría, con horror, heridas por todo el rostro. Si entonces, que eran tan recientes, se le notaban tanto, no quería imaginarme cómo estaría al día siguiente. Llegué hasta él con lágrimas en los ojos.

—Olly, ¿qué te ha hecho?

—Tranquila, estoy bien. Y él también se ha llevado lo suyo —me contestó,

a la defensiva. Ignoré su tono porque creí que debía de estar muy enfadado con Will y conmigo, por todos los líos que nos traíamos y que afectaban a nuestro entorno sin remedio.

—¿Te han mirado bien las heridas? —Me situé entre sus piernas y le sujeté la barbilla con mi mano para verlo de cerca. Primero lo examiné de manera visual y luego lo toqué con cuidado por toda la cara. Oliver hacía muecas de molestia y cerraba los ojos por el dolor, pero yo seguía con mi examen. Me paré en la herida de su ceja y la rocé con la yema del dedo—. Esta herida no está curada, necesitas puntos. ¿Dónde está la enfermera?

—Ha ido a buscar no sé qué. No he prestado demasiada atención. —Se le notaba la frustración en la voz. Cada segundo que pasaba, mi culpabilidad crecía.

Acerqué la gasa a su ceja y le limpié la herida con mucho cuidado; adelantaría trabajo para cuando volviese la enfermera. A la vez que limpiaba, lo miraba de reojo. No debería haber ido a buscar a Will, habría sido mejor dejar las cosas como estaban y no tomar decisiones en caliente, nunca traen nada positivo. Si lo sabré yo. Oliver se dio cuenta de mis miradas furtivas.

—No me mires con esa cara. Hace mucho tiempo que teníamos este asunto que resolver tu novio y yo.

Apreté demasiado, sin querer, la gasa contra su frente, y Oliver dio un respingo por el dolor. Acerqué mi boca a su ceja y soplé con suavidad para calmarlo. Dejé la gasa sobre la camilla y puse mis manos alrededor de su nuca con la precaución de no hacerle daño, apoyé mi cabeza en su hombro y lo abracé con fuerza.

—Lo siento, es culpa mía.

Me eché a llorar por el desastre que era mi vida y por todo lo que me había llevado por delante.

—No voy a negar tu parte de culpa, pero él tampoco tenía que haber reaccionado de esa manera y yo... —levanté la cabeza de su hombro y lo miré a los ojos pensando «¿tú, qué?»—... yo no debería haberme metido en medio de vuestra relación. Fue un error.

Sus palabras me provocaron un fuerte dolor en el pecho. ¿Fue un error? ¿Se refiere a que él y yo estuviéramos juntos de manera íntima? Nunca lo consideré un error, fue algo que pasó entre los dos y que ni quisimos ni pudimos evitar. Y fue precioso. Que lo hubiera enterrado en el fondo de mi cabeza no significaba que lo considerase una terrible equivocación; es que me daba terror pensar en lo que podían significar todas las sensaciones y los

sentimientos que viví aquellos días, porque era algo que no había sentido antes, ni siquiera por Will. Y eso daba que pensar, pero no quería hacerlo, porque mi amistad con Oliver era lo más importante que tenía en la vida y no podía arriesgarme a fastidiarlo por intentar algo que igual mataba lo que teníamos.

Además, él no me quería de ese modo, no estaba enamorado de mí, sería como darme golpes yo sola contra la pared.

No quise preguntar a Oliver a qué se refería con que había sido un error, era demasiado doloroso. La puerta de la enfermería se abrió y aparecieron por el umbral la enfermera y mis amigos. Todos se aproximaron para ver cómo estaba su compañero y yo me alejé con sigilo. Me quedé en un segundo plano.

—Fuera todo el mundo, tengo que terminar de curarlo —nos gritó la enfermera. No parecía estar de buen humor, casi nunca lo estaba—. Y, cuando digo todo el mundo, me refiero a que salgáis todos, Adam y Sara incluidos.

Mis amigos se quejaron, pero yo sabía que no había nada que hacer. Me asomé entre sus cabezas, envié una sonrisa de apoyo a Oliver y le susurré con los labios que luego lo vería.

Esa noche dormimos los tres juntos. Hablamos de todo lo que había pasado sin entrar demasiado en los detalles. Olly todavía sentía molestias por todo el cuerpo debido a la pelea, se tumbó en la cama y en pocos segundos se quedó dormido. No era de extrañar, con tanto calmante que le habían suministrado. Adam aprovechó la intimidad y me preguntó sobre mi relación con Will.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—No lo sé, Adam —me sinceré—. Will debe de odiarme y razones no le faltan. Y, aunque no lo hiciera, no podemos volver a estar juntos a corto plazo, necesitamos tiempo para asumir lo que ha sucedido, para ordenar nuestros sentimientos y, en el futuro... veremos si queda algo que salvar.

—¿Cómo coño se ha enterado?

—No tengo ni idea, pero supongo que este tipo de cosas no se pueden ocultar. —Nos tumbamos en la cama y reinó el silencio. Después de mi accidente, todo mi entorno andaba con pies de plomo conmigo. Parecía que todo lo que hacía estaba bien, tenían miedo de mi reacción. No discutían conmigo, así que no sabía lo que pensaban en realidad. Asco de vida.

No creí que mi relación con Will superase aquel nuevo mazazo, no creí que me perdonase. Si a mí me costó perdonar (y no estaba segura de haberlo hecho) su posible desliz con Tessa, no quería pensar lo que debía de estar sufriendo. Debí habérselo contado antes de volver con él, debí haber sido

sincera, era algo lo suficientemente importante como para hacerlo, pero no había vuelta atrás. Hay que aprender a vivir con las consecuencias de nuestros errores.

Tessa. Me acordé de lo horrible que fue aquella noche y las noches y los días siguientes. No tenía ni idea de lo que había ocurrido aquel día, puede que Will tuviera razón cuando me juraba y perjuraba que no pasó nada. Lo que sí es seguro es que entre mi mejor amigo y yo sí pasó. Y no importaba que Will y yo estuviéramos enfadados, porque tenía razón cuando decía que él y yo siempre estábamos juntos. Si hubiera escuchado que había estado con otra chica en esos meses de *impasse*, me habría vuelto loca. Así somos las personas, egoístas por naturaleza.

«Perdóname, Will».

Pensé que estaría mucho peor después de nuestra ruptura, que tendría el corazón destrozado y unas ganas tremendas de llorar, pero no fue así. Estaba triste y decepcionada, pero mi relación con Will había pasado por tantos altibajos en los últimos años que creo que mi cuerpo y mi mente estaban acostumbrados. O puede que, después de mi accidente, hubiera dejado de sentir. Veía las cosas desde otra perspectiva. Y un desengaño amoroso no me parecía la cosa más terrible del mundo. En los últimos meses, había aprendido a luchar para seguir adelante con mi vida y eso es lo que haría. Aunque fuera una mierda de vida.

Al día siguiente, en el colegio, no se hablaba de otra cosa. Caminaba con Oliver por los pasillos y todos se giraban para mirarlo y comentar en susurros sus apreciaciones. Tenía el rostro hecho un cromo. Dolía verlo. Supuse que era cuestión de un par de días, hasta que pasase otra cosa y la gente perdiese el interés en nosotros.

No me crucé con Will en los pasillos, pero sí lo vi en el comedor. Lo miré de reojo y nuestras miradas se cruzaron. No parecía enfadado, la pelea con Oliver se había ocupado de paliar ese sentimiento en parte; ahora solo quedaban decepción y tristeza. No sé qué es peor. No tenía el rostro tan magullado como Oliver, pero se había llevado el peor golpe, el del corazón. Y esas heridas son más difíciles de cerrar.

Los ánimos estaban decaídos. Por suerte, Brian siempre estaba dispuesto a poner las cartas sobre la mesa para que afrontásemos lo que había sucedido y

pudiésemos seguir con nuestras vidas.

—Joder, la que se ha liado. No llevo la cuenta de cuántas personas me han preguntado el motivo de la pelea, pero sospechan que ha sido algo que concierne a Sara.

—¿Qué perspicaces! —contestó Pear, con desdén —¿Por qué narices se pelearían Oliver y Will si no es por Sara? ¿Por el último *muffin* de la cafetería? Idiotas...

—Creo que lo mejor es que hablemos con naturalidad de lo que ha pasado. Vosotros dos os habéis acostado, ¿y qué? No habéis cometido ningún delito. Esas cosas pasan todos los días; además, ninguno de los dos tenía pareja en ese momento.

Todos miramos a Brian sin saber qué contestar. Hablar de mi vida sexual con Olly no era lo que más me apetecía en ese momento. Y menos delante de siete personas que me escrutaban con la mirada.

—¿Qué? ¿No estáis de acuerdo? ¿O es que es demasiado pronto para bromear sobre el tema? ¡Por Dios, vosotros dos habéis mantenido relaciones sexuales! ¡RELACIONES SEXUALES! ¡Es la hostia! Deberíamos poder hablarlo sin ruborizarnos, siempre hemos hablado de todo sin que nos causara problemas.

Tenía razón, éramos un grupo extrovertido en ese sentido, quizás porque éramos amigos desde los nueve años y porque pasábamos juntos muchas horas. No teníamos pelos en la lengua para hablar de nuestras intimidades.

—Tienes razón, Brian. ¿Qué quieres saber? ¿Dónde fue? ¿Cómo? ¿Cuántas veces? ¿En qué postura? ¿Quién alcanzó primero el orgasmo? —le pregunté a bocajarro. «Vale, creo que me he pasado». Oliver me miró horrorizado, y Marco intentó esconder la risa. Las chicas me miraban con atención con los ojos desorbitados, y Adam negaba con la cabeza intentando, también, disimular una sonrisa. Pear me dio una patada por debajo de la mesa que, por supuesto, notaron todos.

—Vale, aún es demasiado reciente para hablar de ello. Démonos un par de semanas —aceptó Brian—. ¿Cómo van esas heridas, Olly?

—Mejor que ayer y peor que mañana.

—Voy a coger otro café. —Adam se levantó y se dirigió a la cafetera.

—Me estoy dando cuenta de que, después de todo, no te has acostado con Brian —dijo Pear a Natalie.

—¿Qué decís? —preguntó el aludido.

—¿Os habéis fijado en el culo de Adam? —nos preguntó Olivia,

intentando salvar el incómodo silencio—. ¿Desde cuándo tiene ese culo tan apetecible?

Las cuatro chicas ladeamos la cabeza y miramos lascivas el culo de Adam.

—Muy buen culo, sí —opinó Pear.

—Yo no le veo nada especial —replicó Brian, molesto.

—Envidioso.

Me reí. Eso es lo que tienen los amigos, te sacan una sonrisa cuando menos te lo esperas. Pero no todo podía ser recibir. Aproveché que mis amigos estaban distraídos hablando de traseros para hablar con Pear.

—Pear.

—Dime, melusina.

—¿Cómo van las cosas con mi hermano?

—Uff, vaya temita para hablarlo ahora en mitad de la comida.

—Lo siento, he estado en mi propio mundo. Soy una mala amiga.

—Sí que lo eres, pero te perdono. —Me dio un beso en la mejilla—. Y con respecto a tu hermano... estamos en un punto muerto desde tu accidente.

—Pear...

—No te preocupes, estoy bien.

—No, no lo estás. ¿Qué os ha pasado?

—Durante el tiempo que estuviste en coma, Daniel estuvo... ausente. Intenté acercarme a él para brindarle mi apoyo, pero estaba muy hermético, encerrado en sí mismo. No me dejó aproximarme y yo... lo necesitaba a él. Yo estaba delante cuando ocurrió todo y... En fin, no fue fácil para nadie. Creo que estoy enfadada con él por apartarme. Por una parte, lo entiendo, pero, por otra, me dan ganas de pegarle una patada en las pelotas.

Sí, mi hermano también despierta en mí ese sentimiento a menudo.

—Pear, voy a decirte algo que he aprendido estos últimos meses. Vive el momento y lucha por lo que quieres, bastante dura es la vida como para que la compliquemos más.

—Consejos vendo, pero para mí no tengo.

—¿A qué viene eso?

—¿Crees que no me he dado cuenta de que aún no has pisado el hielo? ¿A qué demonios esperas?

—Eso es diferente.

—¿Ah, sí? Explícamelo.

—Yo... yo no quiero patinar.

Me miró con la ceja levantada. Me conocía demasiado.

—Repítetelo todos los días hasta que te lo creas.

Por la tarde, mi hermano se aproximó a mí. No hablamos del tema prohibido (Will-Sara-Oliver); sería muy incómodo. Si me costaba hablarlo con mis amigos, pues con mi hermano... Por un momento, me entraron ganas de preguntarle por Pear, pero me contuve. Debía dejar que esa relación fluyese a su ritmo.

—Vamos un rato a la pista —sugirió sin preaviso. ¿A la pista? ¿De hielo? ¿Pero qué les había dado a todos de repente con el hielo? ¿Había hablado con Pear?

—¿Para qué?

—¿Tú qué crees? —me dijo, riéndose. Pero no era una risa sincera, estaba tenso—. A patinar un rato. Solo un poco, con calma, un primer contacto con el hielo. Yo te ayudo.

—Daniel.

—Sara —me contestó, con el mismo tono de advertencia.

—No puedo.

—No digas gilipolleces, es hora de que lo intentes, tu rehabilitación ha ido muy bien.

—No, Daniel, no puedo.

—No quieres, lo que no sé es por qué. ¿Me lo explicas?

¿Qué tenía que explicar? No quería enfrentarme a lo que fui una vez y que no volvería a ser. Era demasiado doloroso, era como si me quedara ciega de repente y me ofreciesen un ratito de vista borrosa al día. Prefería no ver nada en absoluto. No sé si era una buena opción, pero era mi opción.

—Ahora no me apetece —mentí. Quería que se fuese y se olvidase del tema.

—Bien, ¿mañana? —insistió.

—Vale, mañana hablamos.

Mis amigos también me apretaban para que fuera a la pista, ni siquiera había ido a ver entrenar a los chicos, era como si una pared invisible me estuviera impidiendo entrar. Ellos seguían insistiendo y yo me negaba. A ver quién se cansaba antes.

Al día siguiente, mi hermano vino en mi busca e intentó convencerme para que fuéramos juntos a la pista. Qué pesado. Le dije que no me apetecía y me puso mala cara, pero no me dijo nada. Un día después, cuando le insistí en que no me apetecía, no solo me puso mala cara; también me chilló, así, de repente. Creo que estaba desesperado. Y yo, inestable. Bonita combinación.

Pasaron los días y nada cambió. Will ni me miraba, cosa que en el fondo agradecía. Prefería que no me mirase a ver esa expresión de decepción en su rostro. Oliver y él sí que habían tenido que verse las caras en el despacho de la directora. Por lo que me contó Olly, intentó por todos los medios saber el motivo de la pelea, pero, por fortuna, ambos supieron mantener el tipo y estar de acuerdo en la pequeña mentira que se inventaron sobre la marcha. Al parecer, se pelearon porque uno le había mirado mal al otro. ¿Quién empezó? Los dos a la vez. ¿Creíble? No, pero, como nadie había dicho algo diferente a la directora, no le quedó más remedio que castigarlos con una expulsión de quince días. Eso sí, con una advertencia: la próxima pelea, expulsión automática del colegio.

Como la familia de Will vivía en Alemania, la directora aceptó que ambos se quedaran en el colegio.

Las heridas de Oliver se fueron curando día tras día. Todas las noches le hacía las curas y le aplicaba las pomadas. Y todas las noches le pedía perdón.

En cuanto al patinaje, Daniel seguía insistiendo, todos los días sin descanso. Había días que se enfadaba y discutíamos, otros días venía más suave intentando razonar conmigo, pero no conseguía convencerme. Me preguntaba cuándo se cansaría.

No quiero patinar

Entrábamos en nuestra última semana de colegio antes de las vacaciones de Navidad. Will y Oliver seguían sin poder ir a clase. Tampoco es que les importase demasiado. Oliver aprovechó esas dos semanas para pasar más tiempo con sus preciados mapas estelares. Y, en cuanto llegaba el atardecer, se situaba en el telescopio y pasaba así media noche.

Me desperté el lunes por la mañana y no sentí a Olly a mi lado. Abrí los ojos y descubrí que era porque no estaba. Habría ido a correr antes de que nos levantásemos nosotros. Últimamente corría mucho, muchísimo. Empezó con la rutina cuando todavía tenía contusiones por el cuerpo, y en contra de las recomendaciones del médico del colegio.

Me encontré con Adam en la escalinata de la residencia y salimos a la calle para nuestra sesión matutina de *footing*. Yo por fin me había soltado y llevaba varias semanas cumpliendo con mis ejercicios diarios. Corría igual que antes.

Cuando nos encontramos con Oliver, estaba tirado en el suelo intentando recuperar el aliento. Le dijimos que nos esperase ahí descansando hasta que nosotros cogiéramos ritmo, pero no quiso. Insistió en levantarse y acompañarnos, alegando que ya había descansado suficiente. Lo observé; estaba al borde del colapso. Tenía la camiseta empapada y le chorreaba el cabello del sudor. Pero no insistí, porque con Oliver no se puede discutir. Cuando quiere hacer algo, lo hace. Adam y yo nos lo tomamos con calma al principio, para dejar que nuestro loco corredor recuperase la respiración.

Cuando estuvimos satisfechos con el ejercicio y estirábamos los músculos, se aproximó a nosotros Andrew, mi entrenador de patinaje. Había estado evitándolo, lo reconozco. Sabía lo que quería, que volviese a la pista y me pusiera los patines, pero no podía hacerlo. Me daba terror.

—Hola, chicos ¿cómo va todo?

—Bien —contestamos los tres, a la vez. A poco explicativos no hay quien nos gane.

—Eso está bien. ¿Cómo van los entrenamientos? —preguntó a los chicos.

Mis amigos le explicaron en qué punto de la liga se encontraban; Andrew mostraba excesivo interés y, claro, ellos se emocionaban y seguían a lo suyo.

Mierda. Así, como quien no quiere la cosa, habíamos entrado en el tema *pista de hielo*. Intenté alejarme para que no me tocara la conversación, pero era demasiado tarde.

—¿Y tú, Sara?

«Ya estamos».

—Yo, ¿qué? —Me hice la tonta, aunque no me serviría de nada.

—Quedan dos meses para el campeonato intercolegial de patinaje, estás a tiempo de presentarte, ¿qué me dices?

¿Qué? ¡Estaba loco! Yo no quería ni pisar la pista y él pretendía que me presentara a un campeonato.

—No puedo competir.

—¿Quién lo dice?

—Mi cirujano.

—Eso no es cierto, he hablado con él y me ha explicado lo que habló contigo. No puedes dedicarte al patinaje de manera profesional, pero sí puedes participar en algún torneillo de menor escala.

Yo no dije nada, solo quería que me dejase en paz. Repetí en mi interior: «¿Presentarme al torneo? Ni de coña».

—Sara, nadie dice que tengas que ganar, es solo para que vuelvas a la pista a patinar. ¿No crees que ya es hora?

Yo continué sin contestar.

—Sara —ahora era Adam quien me increpaba—, solo inténtalo y a ver qué pasa, nosotros te acompañamos. Vamos, entramos en el hielo y patinamos por diversión, como en los viejos tiempos.

Esos viejos tiempos no volverían. ¿Acaso era yo la única que lo entendía?

—No quiero.

—¿Por qué? Tu pierna está bien, hace tiempo que has vuelto a correr con normalidad y estás recuperando tu vida.

—Es el último paso que te queda —Entonces era Oliver quien me animaba. Maldito traidor tocapelotas.

Pero yo no podía hacerlo, no sé por qué no lo entendían. ¿Por qué insistían tanto? Que se fueran haciendo a la idea de que no volvería a patinar, como había hecho yo. Hay muchísimas otras cosas que hacer en la vida, ¿no?

—Dejadme en paz. No quiero competir, ¿es que no lo entendéis? —Me di media vuelta y corrí hacia el colegio.

Mientras me duchaba, pensaba en todo lo que había pasado desde el accidente. Y reconozco que echaba de menos la pista. A lo mejor podría ir

solo a mirar. La última vez que fui, fue el día que el doctor Murray me dijo que no podría patinar. Ese tipo de cosas no se olvidan, te marcan de por vida y te crean fobias e inseguridades.

Después de las clases, fui a la pista y me senté en las gradas, en primera fila. Es donde solía sentarme cuando venía a animar a mis chicos en los entrenamientos. Observé a la gente; había varias patinadoras entrenando giros y algún que otro jugador de hockey. Me quedé ahí sentada durante horas. La gente entraba y salía, pero yo permanecía ahí observando todo.

Will

Llevaba más de media hora buscando a Dan y no lo encontraba. Al final me decidí por la pista de hielo. La había dejado para el final por motivos obvios, no quería cruzarme con Aston ni con Sara. Dolía demasiado. Y verlos juntos me mataba.

Entré, y lo descubrí apoyado en la pared mirando hacia las gradas. Estaba muy concentrado. Me acerqué a él y le palmeé el hombro para que saliese de su mundo particular.

—¿Qué pasa, Dan? ¿Qué haces sujetando la pared?

—Mi hermana —señaló con la cabeza hacia la primera fila de las gradas—, no quiere patinar. Tiene miedo. He intentado de todo, pero nada.

Lo sabía. Sabía que me encontraría con ella. Y no es porque parase demasiado por la pista, pero tenía la intuición de que ese día estaba allí. Dan me había contado en alguna ocasión que intentaba que su hermana volviera a patinar. No pensé que Sara pasaría por esta situación, di por sentado que, en cuanto regresara de la operación, patinaría de nuevo. Es lo que había hecho siempre. Lo que más le gustaba hacer en la vida. Eso y acostarse con su mejor amigo, claro. Joder, no me aguantaba ni yo, si pudiera me patearía el culo. Pensaba en cómo la ayudaría yo de seguir juntos... «No, Will, no es asunto tuyo. Ni lo pienses». Miré a Sara y suspiré de alivio, estaba sola.

—¿Qué has intentado? —pregunté a mi amigo. Solo por curiosidad. Sí, sí, solo por curiosidad.

—Te juro que lo he probado todo, mil maneras diferentes de convencerla, pero no se atreve a ponerse los patines.

—Quizá no habéis tocado la tecla adecuada, ¿quieres que lo haga yo? Total, a mí ya me odia. —«¡Mierda! ¿De dónde coño ha salido eso? ¿Qué parte de no es asunto tuyo es la que no has entendido, Will?».

—Will, no quiero llegar a esos extremos, mi hermana desde el accidente está inestable, no la quiero presionar.

—Chorradas, lo que pasa es que vosotros os empeñáis en tratarla como si fuera una jodida muñeca de cristal que va a romperse en cualquier momento, pero no es así. Sara es fuerte, joder, puede tener muchos defectos, pero la debilidad de mente no es uno de ellos. —«Bah, estaba claro desde el principio

que iba a involucrarme. Soy un puto pringado».

—Bien, tú mismo. Inténtalo.

«Lo hago por ayudar a mi mejor amigo, no porque sea un puto pringado. Joder, ¿a quién coño quiero engañar?».

Miré a Sara y fui caminando hacia ella con decisión. Mientras caminaba, pensaba en qué decirle. Joder, me odiaría aún más, pero era necesario. Llegué hasta ella y me situé enfrente, apoyado en la barandilla que separa los asientos de la pista. Le tapé la visibilidad, y, así, no tenía más remedio que mirarme.

—Hola, Sarita. Me ha dicho un pajarito que no te presentas a la competición. Tanto ruido con la dichosa operación, ¿para qué?

—Ahora no, Will.

—No sé de qué se sorprende la gente. Yo lo veía venir. —Tenía toda su atención. «Hazlo, Will. No te echas atrás, no la mires a los ojos, di lo que has venido a decir y lárgate»—. Siempre acabas fracasando en todo lo que haces. Nuestra relación, los campeonatos de patinaje, ¿cuándo fue la última vez que ganaste algo? Ni me acuerdo, entre apuestas y accidentes. Y no nos olvidemos del piano, ya ni siquiera eso haces bien. No te preocupes, Sarita, yo entiendo que te hayas vuelto una cobarde.

La expresión de dolor que cubrió su rostro me destrozó por dentro. «Perdóname, Sara». No podía verla; me di media vuelta y me marché. No había dado ni diez pasos cuando mi mejor amigo me enfrentó.

—¿No te has pasado?

—No. Deja que mis palabras hagan mella en ella y la ciegue la rabia. Volverá a patinar o, al menos, a intentarlo. Vigílala de cerca.

Me fui con el corazón destrozado. Puta vida.

Sara

Me quedé petrificada cuando Will se fue, después de lo que me dijo. Mi primer pensamiento fue enfadarme con él, chillarle y desahogarme. Estuve a punto de dar el paso, pero decidí calmarme. Entonces pensé. Pensé en lo dolido que tenía que estar Will para decirme esas cosas tan horribles. Le había hecho un daño irreparable. Nuestra relación era insalvable, no quedaba nada de lo que fuimos, ahora solo éramos capaces de hacernos daño. No, no podía enfadarme con él porque no tenía la culpa, solo intentaba curar sus heridas y, si para ello era necesario que me usase como saco de boxeo, lo aceptaba.

Además, tenía razón, había fracasado en todo en la vida. Y por eso no quería patinar, no quería sumar un fracaso más. Pero no era una cobarde. Eso sí que no. Siempre me había enfrentado a lo que viniera (solo había una excepción: Oliver) y nunca había agachado las orejas, no era ese mi carácter. ¿Es posible que estuviese siendo una cobarde y que lo estuviera disfrazando con el miedo?

Seguí pensando en ello mientras me encaminaba a la salida de la pista. En la puerta, me crucé con mi hermano. Percibí cómo titubeaba, no sabía qué hacer, no sabía cómo tratarme, ¿habría escuchado lo que me había dicho Will? ¿También pensaba que era una cobarde? Le ahorré el incómodo momento de decidir si decirme algo o no saludándolo con un asentimiento de cabeza y dejándolo atrás. No me siguió.

Los dos días siguientes fueron horribles, no hacía más que repetir y repetir en mi cabeza las palabras de Will.

La noche del miércoles, mientras estaba tumbada en la cama, me di cuenta de que debía tomar una decisión: o intentar patinar o no hacerlo nunca. Me movía en la cama porque no podía concentrarme. Me levanté y fui al armario. Cogí un pantalón de deporte negro y una sudadera a juego y me cambié de ropa a oscuras. Cuando me ponía las playeras Adam se despertó.

—¿Sara?

—Sí, tranquilo. Estoy bien.

—¿Qué haces? —Se levantó de la cama y me vio calzándome—. ¿Dónde vas a estas horas?

—A pensar.

—¿No puedes pensar aquí?

—No. No puedo, Adam. Voy a airearme y vuelvo, no te preocupes. —Le di un beso en la mejilla. No sabía qué decisión tomar, pero estaba segura de que quería hacerlo sola.

—Está bien. No tardes.

Abrí la puerta de mi habitación y me fui. Cuando salí a la calle, el viento gélido me azotó en la cara; no esperaba que hiciera tanto frío. No me había abrigado demasiado, por lo que corrí hasta el polideportivo. Abrí con mi llave y fui directa a la pista de hielo. Lo primero que hice nada más entrar fue ir a los vestuarios, abrir mi taquilla... y allí me esperaban: mis patines. No había decidido aún meterme en la pista a patinar, pero, por si acaso, los cogí. Y porque me apetecía verlos. No los había tocado desde el accidente, sabía que estaban ahí, pero no había querido acercarme. Hacía siete meses que no patinaba.

Salí a la pista y me senté en la primera fila de las gradas. Estaba en penumbra. Solo había encendido las luces, que se proyectaban sobre el hielo como charcos de luz. Apoyé la bolsa con los patines en la butaca de al lado. Dejé la mente en blanco, debía tomar la decisión y aceptar las consecuencias.

Si decidía no hacerlo, se acabaría para siempre. Hablaría con mi familia y les pediría, por favor, que aceptasen y respetasen mi decisión de no volver a patinar. Y, si decidía hacerlo... aceptaría lo que viniese, aceptaría que no volvería a ser lo que fui, pero que, a pesar de ello, podía seguir con mi gran pasión como un... *¿hobby?*

Flexioné mi rodilla izquierda y apoyé la barbilla en ella. Miré hacia la pista. Permanecí así bastante tiempo. ¿Una hora? ¿Dos? No sabía qué hacer. Estaba aterrorizada. Tal vez, si pisase el hielo, podría sentir mejor a lo que me enfrentaba. Sí, eso haría. Saqué los patines de la bolsa y me los puse. Di el último tirón al cordón y cogí aire.

Me puse de pie y entré en la pista. Las gradas quedaban ocultas por la oscuridad, solo estábamos el hielo y yo. Mi primer contacto con él fue extraño, era como si nos conociéramos de toda la vida, pero a la vez fuera la primera vez que nos veíamos. Sin embargo, no me sentía insegura, todo lo contrario, pisé con fuerza y fui patinando despacio hasta el centro.

«Y ahora, ¿qué?».

Intenté recordar la primera vez que me había puesto unos patines, pero no pude. Desde que tengo uso de razón había sabido patinar. Era demasiado

pequeña como para acordarme, tenía tres años. Me quedé de pie, quieta, y me vinieron miles de imágenes diferentes a la cabeza. Mis entrenamientos, los campeonatos, los premios que empecé a ganar desde los ocho años, jugando al hockey sin reglas con mis chicos, haciendo el gamberro sin más... Eran tantos los recuerdos.

Recordé un día en especial; un día de entrenamiento en el que bajé a la pista a jugar con los chicos. Me tocó en el equipo con Adam y jugábamos contra Oliver, Marco, Brian y Daniel. Era un reto. Teníamos todas las de perder, así que decidimos atacar los puntos débiles de Oliver; de algo tenía que servir ser sus mejores amigos. El plan era situarme enfrente de la portería contraria y que Adam me pasara la pastilla; yo empezaría a dar vueltas para despistar a nuestro portero favorito hasta parar de golpe y colarle el disco por la derecha, que es su talón de Aquiles. Así lo hicimos y, por supuesto, metí gol y lo celebré con Adam. Oliver se enfadó y decidieron que lo mejor era atacarme a lo bestia y hacerme caer. Mi hermano se prestó voluntario para la hazaña, ¿quién si no? Estuvimos varios minutos peleando entre nosotros mientras él intentaba tirarme.

No pudo hacerlo, por más que lo intentó todo, pero, cuando desistió y me dejó tranquila, Olly me hizo la zancadilla por detrás y caí. A partir de ese momento, nos volvimos locos y empezamos a perseguirnos los unos a los otros por la pista. El partido quedó en segundo plano. Fue un gran día. Es uno de los recuerdos más bonitos que tengo.

No podía dejar que esas imágenes fueran solo recuerdos.

Quería volver a vivirlas.

Tomé la decisión: quería intentarlo.

Entrenar

Por primera vez desde que había entrado en la pista, fui consciente de la música que sonaba de fondo: *Wind of Change*, de Scorpions. Empecé a patinar con temor, con mucho cuidado, igual que si anduviera por encima de una placa de hielo que podría resquebrajarse en cualquier momento. El problema: no estaba segura de qué era lo que podría resquebrajarse, si el hielo o yo.

Me recorrí patinando toda la pista de arriba abajo, pero sin saltar y sin hacer giros. Era lo que más miedo me daba, prefería en primer lugar familiarizarme con el hielo.

Continué patinando, relajada (y a la vez con el corazón a mil por hora), durante unos minutos, hasta que me di cuenta de que debía saltar; tenía que descubrir si era capaz de hacerlo. Me preparé, empezaría por uno pequeño, sencillo: un *salchou*. Patiné marcha atrás y dibujé círculos con mis pies, tomé impulso y... me arrepentí en el último momento.

«Mierda».

Lo intenté un par de veces más, pero nada, en el último segundo algo me frenaba. Aun así, no me rendí. Podía estar así horas y horas, estaba dispuesta a ello, lo intentaría las veces que hiciera falta, como si era necesario que lo intentase un millón de veces, estaba segura de que en algún momento mi cuerpo saltaría.

Will

Estaba tumbado encima de la cama compadeciéndome de mí mismo cuando llamaron a la puerta de mi habitación. Miré la hora y vi que eran las doce de la noche. Joder, ¿quién coño llamaba a esas horas? Me levanté cabreado y abrí. Era mi mejor amigo quien me esperaba al otro lado.

—Me ha llamado Adam. —Lo miré esperando que continuase, estaba claro que tenía algo más que decir, algo relacionado con Sara. No creí que Adam llamase a Daniel para hablar sobre el tiempo—. Mi hermana ha ido a la pista de hielo.

Los dos sabíamos lo que significaba aquello. Que mis palabras habían surtido el efecto deseado.

—¿Me acompañas?

—No creo que quiera verme allí.

—No nos va a ver.

En ese caso, acepté. No me lo perdería por nada del mundo.

—Pasa, me voy a vestir.

—Tranquilo, hay tiempo. Lo meditaré hasta la saciedad antes de lanzarse.

Me puse unos pantalones vaqueros, los primeros que pillé, y un jersey. Cogí una chaqueta y salimos.

Cuando llegamos al polideportivo, comprobamos que estaba abierto. Sara siempre lo dejaba abierto cuando venía por las noches, así sus amiguitos de los cojones podían entrar a patinar con ella. Según me vino la imagen de Oliver Aston, la expulsé de mi cabeza. No podía pensar en eso. No era el momento. Bastante me había amargado ya la existencia.

Dejamos los vestuarios atrás y entramos en la pista, que estaba en penumbra. Solo se iluminaba el hielo. Miramos hacia las primeras filas y allí estaba ella. Pensativa. Temerosa. Deseé poder meterme en su cabeza para darle ánimos. Deseé que las cosas fueran diferentes entre nosotros. Y deseé que no se hubiera acostado con su mejor amigo. Hablando del demonio, no debía de andar lejos. Si Adam había tenido la decencia de avisar a Dan, sin duda había avisado a toda la jodida caballería.

Dan me guio hacia uno de los extremos y nos quedamos allí, apoyados en

la pared hasta que Sara decidiese hacer algún movimiento, si es que decidía hacerlo. Con ella nunca se sabe. Es imprevisible. Actúa por impulsos, sin detenerse a pensar primero. Es una de las cosas que más me gusta de ella, su espontaneidad, pero también es una de las cosas que más odio.

Alrededor de una hora después, se inclinó hacia el suelo y cogió la bolsa de los patines. Dan y yo nos miramos sin decirnos nada: había llegado el momento. Se tomó más tiempo de lo habitual en atarse los cordones, estaba inquieta.

Entró en la pista, despacio, y se situó en el centro. Se quedó allí parada y no hizo más movimientos. «Venga, Sara. Ya que has llegado hasta aquí ahora no te puedes echar atrás». Permaneció unos minutos sin moverse y, cuando creí que no podría hacerlo, empezó a patinar. Patinaba de manera lenta, segura, sin florituras. «Tendrá que acostumbrarse al hielo».

Después de varios minutos de toma de contacto con la pista, intentó saltar, pero en el último momento se acobardó. Unos segundos más tarde, lo intentó por segunda vez, pero tampoco lo consiguió.

—Suéltate ya —pronuncié en voz alta. Dan me miró y suspiró con impaciencia.

Lo intentó varias veces más, sin éxito. No era poco lo que había conseguido, había entrado en la pista, había patinado. Cuando creí que no saltaría, atisé un cambio en su actitud, en su postura. La había visto patinar tantas veces que detectaba cada movimiento que hacía, había determinación en su postura, en su actitud. Aceleró y... ¡saltó!

—¡Sí! —murmuramos Dan y yo al unísono.

Una vez hizo aquel salto, ya no hubo quien la parase, empezó a combinar saltos, uno detrás de otro. Se atrevió incluso con saltos más complicados, hizo un *axel* y después un doble *axel*. El miedo había desaparecido.

«Muy bien, Sara».

Escuchamos ruidos del otro lado de las gradas y vimos cómo bajaban por las escaleras todos sus amigos aplaudiendo, chillando y silbando. Sara se giró, por el alboroto, y se sorprendió al verlos allí. Pensaba que estaba sola.

Adam fue el primero en llegar hasta ella, la cogió en volandas y la abrazó con fuerza. Los demás se unieron al instante y se abrazaron todos. «Precioso». Yo debería estar ahí. Pero no lo hacía, porque me cabreé tanto con el asunto del jodido Aston que no medí las consecuencias. Porque, aunque me corroyese por dentro, cuando sucedió, ella y yo estábamos enfadados, ella pensando que yo la había engañado y yo cabreado con su actitud errática.

Creí que lo podríamos haber superado juntos, pero ya era demasiado tarde. Quería a Sara, pero la odiaba a la vez. No sabía lo que pasaba con Aston, en qué punto se encontraban, pero todo parecía indicar que se habían olvidado de lo que ocurrió y que seguían con sus vidas como amigos. Yo rezaba todos los putos días para que fuera así. Para que no se enamorase de él. Para que no fueran felices juntos. Ni separados. Porque lo que deseaba era que Sara fuera infeliz y se diera cuenta de que solo conmigo volvería a estar plena.

Los amigos de Sara la seguían felicitando; entraron sin patines y hubo más de un resbalón. Vi de refilón cómo se abrazaban Aston y Sara. Suficiente. Decidí marcharme.

—Ve con ellos —animé a mi amigo.

—No, prefiero dejarla que lo disfrute con los suyos.

—Tú eres uno de los suyos, Dan. No te pierdas este momento. Vete y abrázala por mí. Por favor.

—Will...

—Estoy bien.

—De acuerdo.

Me quedé parado viendo cómo mi amigo se dirigía hacia ellos. Cuando Dan llegó hasta Sara, la sujetó por los hombros y la giró para verla de frente. Vi la enorme sonrisa que tenía en la cara. La atrajo hacia sí y se abrazaron. Sonreí. Era bueno verlos así y no peleando.

—¡Vamos a ponernos los patines! —escuché decir a Brian.

Se me rompió el alma por no poder vivir ese momento con ella. Otra experiencia que no habíamos podido compartir juntos. La odié por ello. Me escabullí, sin que me vieran, hacia la salida.

Sara

Estaba feliz, no me podía creer que estuviera patinando. No todo estaba perdido. Cogí prestado el teléfono de Daniel y llamé a mi padre y a mi hermano Alex para compartirlo con ellos. Mis amigos ya estaban allí. Y Daniel. Solo me faltaba Will. El instinto me hizo girarme hacia atrás y mirar hacia uno de los extremos de la pista, había alguien allí. ¿Era Will? No, lo más probable era que fueran imaginaciones mías.

Me quedé sola en la pista mientras todos salían a ponerse los patines tras la sugerencia de Brian. No podía dejar de sonreír y de patinar. Quería patinar toda la noche.

La pandilla entró en la pista con los patines puestos. Mi hermano venía con ellos. Su presencia hacía que ese momento fuera aún más perfecto. Era como si no hubiera pasado el tiempo, como si no hubiera existido el accidente. Los observé con disimulo, a él y a Pear. Parecían animados y juraría que incluso tonteaban. Sí, tonteaban, la actitud coqueta de Pear y las miraditas de mi hermano lo confirmaban. «No la dejes escapar, Daniel. No hagas las cosas tan mal como yo».

Sentía los músculos agarrotados, tendría que practicar todos los días para acostumbrar a mi cuerpo. Lo estaba deseando.

Nos pasamos casi toda la noche en la pista: jugando, riendo, disfrutando.

Al día siguiente, casi no podíamos ni levantarnos. Por suerte, era el último día de clase antes de las vacaciones de Navidad, así que apenas había clases. Todo el mundo andaba frenético preparando maletas y organizando el vestuario para asistir al concierto de Navidad.

No sé cómo, pero Andrew sabía que la noche anterior había empezado a patinar. Le faltó tiempo para venir a animarme a inscribirme en el campeonato.

—Andrew, es una locura. Apenas he empezado a patinar, no me da tiempo a preparar un campeonato.

—Sara, no quiero que te apuntes para ganar, quiero que lo hagas para disfrutar del momento y aprovechar el que con toda probabilidad sea el último campeonato al que puedas asistir.

Al año siguiente iríamos a la universidad y tendría que dejar apartados los

patines. El cuerpo me dio una sacudida solo de pensarlo.

—No lo sé, Andrew.

—Vamos, Sara. Anímate, sin tomártelo en serio. Hazlo por diversión. Disfruta patinando como siempre has hecho. —Sonrió. Estaba a punto de convencerme y lo sabía—. Vamos a hacer una cosa —propuso—, empezaremos con calma, aún hay tiempo para apuntarse y dentro de un mes vemos cómo vamos. ¿Te parece?

Era cierto que sería mi último campeonato. La última oportunidad para patinar enfrente del público. El final de una etapa. Tenía que hacerlo, por mí. Sonreí.

—Está bien, me has convencido.

—¡Esa es mi chica! Eres una luchadora, Sara. No te vas a arrepentir. Disfruta de las navidades y vuelve con las pilas cargadas. Voy a dedicar todo mi tiempo a tu entrenamiento.

Lo abracé, agradecida, y nos dimos un beso de despedida. Volvería con las pilas cargadas, eso era un hecho.

En el concierto de Navidad, me senté junto a Pear. Fui consciente de que deseaba contarme algo, pero no podía porque estábamos rodeados de gente.

—Venga, suéltalo ya —le dije, muy bajito, cerca del oído. Ella sonrió, aun sin mirarme, y se hizo la interesante—. ¡Si lo estás deseando!

—No, lo estás deseando tú, cotilla.

Cierto. La había notado especialmente contenta toda la mañana y quería saber la razón. Algo me decía que algún miembro de la familia Summers tenía algo que ver.

—Está bien, pesada, te lo voy a contar. —Puso los ojos en blanco y miró en derredor, comprobando que todos miraban ensimismados el concierto—. Ayer decidí hacerte caso y, cuando salimos de la pista, me fui directa a la habitación de Daniel.

Dejó de hablar para darle más morbo al asunto.

—¡Sigue contándome! No me dejes así. ¿Te abrió la puerta y te dejó entrar para que hablaseis?

—No. Me abrió la puerta y me lancé a darle un morreo de los buenos. Casi me lo como allí mismo.

—¡Sí!

—¡Cállate! —Miré hacia todos lados y sonreí con cara de circunstancias a toda la gente que nos miraba—. Y luego soy yo la escandalosa.

—¡Es que es genial, Pear! Entonces, ¿estáis juntos?

—No lo sé. De momento, hemos vuelto a ser «amigos con derecho a beneficios sexuales» —me lo dijo con la sonrisa más inmensa del mundo. Y yo le devolví el gesto. Por fin, las cosas empezaban a ir bien.

La noticia de mi vuelta a la pista cayó con mucha alegría en mi familia y en las familias de mis amigos.

En navidades, fuimos a los Alpes, siguiendo la tradición. Fueron unas navidades diferentes. Las viví de otra manera. Disfrutando cada momento y agradeciendo a la vida que me hubiera concedido una nueva oportunidad.

En el pueblo de Saas Fee hay una pista de hielo. Me pasé todos los días de mis vacaciones practicando con los patines, reencontrándonos y acostumbrándonos el uno al otro. Se pasaron los días volando y, antes de darme cuenta, tocaba regresar al *Crowden*.

Volví al colegio emocionada. Tenía una par de meses escasos para prepararme para el campeonato. Estaba muy animada. Tenía ganas de entrenar a todas horas, quería demostrarle al mundo entero que había vuelto.

Que Sara Summers había vuelto.

Descubrimientos

Los meses de enero y febrero fueron frenéticos. Apenas quedaban cuatro semanas para los exámenes y seis para el campeonato. Los días se me fueron patinando y estudiando muchísimo. Tenía que ponerme al día con mis compañeros. Todavía me costaba memorizar las cosas como antes, pero mejoraba día a día.

A principios de febrero, Andrew y yo decidimos que me inscribiera en el campeonato de patinaje. Como cada año, la primera eliminatoria era en el *Crowden*, lo que me daba ventaja. Estábamos preparando un gran número. Mi pierna respondía bien y me sentía satisfecha con los avances que había hecho.

Los exámenes nos fueron bien a toda la pandilla y estábamos inmersos en la elección de la carrera universitaria para el año siguiente. Natalie lo tenía claro, quería estudiar Medicina, al igual que su padre, y Moira sería enfermera. Olivia quería estudiar Filología y Marco, Ingeniería.

El resto no lo teníamos tan claro. Brian y Pear dudaban entre varias opciones, y mis dos mejores amigos y yo... no teníamos ni idea. Lo que teníamos casi todos claro era que queríamos ir a la misma universidad, la de Edimburgo. No es que fuera la decisión más madura, pero queríamos estar juntos y, además, esa universidad ofrece una amplia gama de estudios universitarios y está muy bien considerada.

En plena clase de historia, la directora Peters irrumpió con varios profesores y nos entregó la documentación que necesitábamos rellenar para la inscripción en la universidad. Tocaba decidir. No era justo que tuviera que cerrar en ese momento a qué me dedicaría durante el resto de mi vida, no estaba preparada para tomar una decisión así. No sabía qué quería hacer, no sabía quién quería ser.

—Adam, ¿qué vas a poner? —le pregunté, para ver si me daba alguna idea.

—Ni pajolera idea, mis padres quieren que estudie Derecho para que algún día herede el despacho familiar. Pero no me apetece una mierda. ¿Tú qué vas a poner?

Negué con la cabeza. Hasta que se me ocurrió una idea.

—Si quieres nos apuntamos los dos a Derecho, así estaremos juntos.

Sé que no fue una decisión responsable, pero estudiar Derecho no me

disgustaba. Y estaría con Adam.

—¿Qué cuchicheáis? —nos interrumpió Oliver.

—Creo que vamos a apuntarnos los dos a Derecho. ¿Y tú?

—No lo sé.

—Podemos apuntarnos los tres a lo mismo.

—Me parece bien.

Y así fue como decidimos estudiar los tres la carrera de Derecho. Desde luego, no fue la decisión más meditada y madura del mundo. En aquel momento, nuestros estudios universitarios poco nos importaban.

La semana del campeonato, tenía los nervios a flor de piel. Estaba preparada, pero asustada a la vez. Nunca lo había estado tanto. Siempre había estado muy segura en la pista, pero ya no.

Cada pocos minutos, necesitaba ir al baño a mojarme el rostro y despejarme. Si hubiera sabido lo que acarrearía una de mis múltiples visitas al servicio... no habría ido.

Me miraba en el espejo mientras me ajustaba la coleta, cuando entró una alumna. Era una compañera de clase de Daniel. Apenas habíamos hablado en los nueve años que llevaba estudiando en el colegio; no por nada especial, no habíamos coincidido. En cuanto la vi entrar, supe que algo sucedía. Temblaba y tenía los ojos rojos e hinchados de llorar.

—¿Estás bien?

Ella ni me miró. Intenté recordar su nombre. Kelly. La cogí del brazo, a la vez que volvía a intentar entablar conversación con ella.

—Kelly, ¿estás bien?

Dio un respingo cuando notó mi contacto; ni me había visto al entrar en el baño.

—¿Qué?

—Que si estás bien, tienes mala cara. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, gracias. Estoy bien.

No lo estaba. No quise darme la vuelta y dejarla sola con su problema porque se veía que necesitaba ayuda. Insistí.

—Ya sé que no somos amigas, pero puedes contarme lo que sea, quizás pueda ayudarte. A veces resulta más sencillo hablar con desconocidos.

—Nadie puede ayudarme, van a expulsarme del colegio y mis padres me van a matar.

Rompió a llorar. La abracé.

—Tranquila, Kelly, todo tiene solución. Te lo aseguro.

—Estoy embarazada.
Vaya, eso no me lo esperaba.

Tessa

Estaba en el baño, frustrada por los últimos acontecimientos. Nunca imaginé que Summers fuera capaz de apuntarse al campeonato de patinaje. Se suponía que no podía patinar, pero ahí estaba, entrenando a tope y mejorando día a día.

Necesitaba tranquilizarme, era imposible que me ganase, había perdido demasiados entrenamientos y no estaba al cien por cien. No tenía nada que temer. Ese año el campeonato sería mío, como el año anterior.

Un sonido en la puerta me sacó de mis pensamientos. Alguien había entrado en el baño. Esperaría a que saliera, no me apetecía cruzarme con nadie. Poco después, oí entrar a otra persona y me pareció que alguien sollozaba. Antes de que me diese tiempo a reaccionar, escuché la voz de Summers. Bendita casualidad.

Preguntó a la alumna desconocida qué le pasaba. Kelly, la llamó Kelly. ¿Kelly? Mmm, sabía quién era. Seguí jugueteando con el móvil porque me importaba una mierda lo que le pasase a esa chica, hasta que oí algo que me hizo poner el oído.

—*Estoy embarazada.*

¿Perdona? ¿Embarazada? No sabía ni que tuviera novio. Empezaron a hablar entre susurros, pero pude escuchar cómo Summers intentaba calmarla.

—*¿De cuánto crees que estás?*

—*Tres semanas. Me van a expulsar en cuanto se enteren en Dirección.*
¿Qué voy a hacer?

Más lloros y más sollozos. Puse los ojos en blanco. Qué pesadez.

—*Estás de muy poquito y quedan menos de cuatro meses para que acabe el curso. No tienen por qué enterarse, si es que decides seguir adelante.*

—*No sé qué hacer.*

—*¿Tienes a alguien a quien acudir?*

—*Sí, mi hermana mayor. Vive con su marido en Londres.*

...

Dejé de escuchar. No necesitaba saber más. Al parecer, Summers la había convencido para que no dijera nada; lo ocultaría hasta que acabase el curso

para así poder graduarse en el *Crowden*. Si la expulsasen en aquel momento, figuraría en su expediente. En cambio, si lo ocultaba, su expediente estaría impecable y podría tomarse un par de años sabáticos e ir más tarde a la universidad. Bien pensado, aunque no me gustaría verme en su pellejo.

Claro que todo ese plan dependía de que nadie se enterase de la verdad, y resulta que yo me había enterado. De momento, lo mantendría en secreto, podría serme útil en el futuro.

Para que luego digan que escuchar detrás de las paredes es una pérdida de tiempo. Para mí, era mi pasatiempo favorito.

Sara

Había regresado al hielo después de acompañar a Kelly a la cafetería de la pista para que se tomara algo caliente. Pobre Kelly. Estaba muy asustada. Deseé que todo le saliera bien y que pudiera ocultar su embarazo hasta que acabasen las clases. Sería una faena que la expulsaran en los últimos meses de colegio.

Un par de horas después, di por finalizado mi entrenamiento; estaba agotada. Llamé a Olly para comprobar si ya me esperaba en mi habitación. Me contestó al cuarto tono.

—*Hola.*

—*Oliver.*

—*Dime.*

Resoplaba.

—*¿Qué te pasa?*

—*Nada.*

—*¿Por qué parece que te falta el aliento?*

—*Porque estoy corriendo.*

—*¿A las diez de la noche?*

—*Yo me voy ya a la cama, estoy rendida.*

—*Vale, ahora voy, nos vemos allí.*

Cuando apareció por mi habitación, venía completamente sudado, el pelo le goteaba y lo tenía pegado a la frente, tenía pinta de haberse echado una botella de agua por encima. ¿Qué le pasaba para que se diese esas palizas corriendo? Se quitó la camiseta y las playeras y las dejó tiradas en el suelo. Al girarse para irse a duchar, no pude evitar mirarle la retaguardia. «¡Mira para arriba, mira para arriba, Sara. Deja de mirarle el culo!». Decidí que lo mejor era que me metiese en la cama, me esperaban unos días muy duros, quedaban tres días para el campeonato. No me permitía pensar en ninguna otra cosa.

Llegó el día del campeonato, y me levanté más tranquila de lo que

esperaba. No tenía ni las esperanzas ni la intención de ganar. Esa vez no. Tan solo quería vivir la emoción de una competición por última vez. Mi última competición.

—¿Tienes tus patines? —me preguntó Adam cuando terminábamos de desayunar.

—Sí, he dormido con ellos, por si acaso. —Después de lo que hizo Tessa la última vez, no pensaba arriesgarme.

—Chica lista.

Nos dirigimos a los vestuarios de la pista, donde tenía preparado mi traje para la competición. Era azul clarito y tenía un lazo rosa en la cintura que se ataba por la espalda con una lazada.

Cuando salí, todos mis seres queridos vinieron a abrazarme y a darme besos. No faltaba nadie. Mi padre, mis hermanos, mis amigos y las familias de Adam y Oliver (faltaba Will... pero ya lo había dado por perdido). Las tres hermanas pequeñas de Adam estaban emocionadas, la más pequeña aún no había entrado en el *Crowden* porque apenas tenía cinco años, pero las otras dos, de ocho y once años, se habían apuntado ese año a patinaje sobre hielo. Supongo que ver a tu hermano mayor y a sus amigos todo el día en el hielo influye para que te guste más.

Desde el jurado, nos indicaron las posiciones de salida. Cada año competíamos los mismos colegios y cada colegio contaba con dos candidatas. Nos había tocado a los alumnos del *Crowden* los primeros. Yo tenía el tercer turno.

Mientras esperaba, intenté relajarme. Quería disfrutarlo. Cuando sonó mi nombre, me acerqué a la pista. En cuanto pisé el hielo, sufrí un subidón de adrenalina. No sé si fue porque no estaba allí para ganar, sino para participar, pero bordé el programa. Saboreé cada movimiento y, aunque se trataba de un programa sencillo, por mi problema con la pierna, al jurado le gustó.

Durante la siguiente hora, se fueron sucediendo el resto de patinadoras. A cada cual mejor. Decidí esconderme un rato en los vestuarios hasta que me tocase de nuevo. Me quité los patines y me masajé los pies y la rodilla. Cuando me los colocaba de nuevo, la puerta de los vestuarios se abrió.

Tessa.

Ni en mis más perturbadores sueños me hubiera imaginado lo que ocurriría a continuación.

Intenté ignorarla, pero fue imposible. Había venido a por mí.

—Hola, Summers.

No contesté. No quería discutir. No quería que me estropeará el momento.

—Me tienes sorprendida, muy sorprendida. —No le hice el más mínimo caso, pero ella insistió con su discurso—. No pensé que podrías mejorar tanto en estos dos últimos meses. Para ser sincera, no entraba en mis planes que te presentaras a este campeonato —suspiró—, pero aquí estás. Y lo estás haciendo bien, demasiado bien. No es que tema que puedas ganarme, sin embargo, comprenderás que no puedo arriesgarme.

Sus últimas palabras hicieron que levantase la mirada hacia su cara. Tenía los brazos cruzados e irradiaba hostilidad. Me levanté de mi asiento y me acerqué a ella. ¿Qué quería decir con eso? ¿Era una amenaza? Pronto lo descubrí.

—¿A qué has venido, Tessa?

—A pedirte que te dejes ganar.

Me reí ante su planteamiento. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Bastará con una caída aparatosa de la que no te puedes levantar. Eso te restará los puntos necesarios para asegurarme la victoria.

Pero ¿hablaba en serio?

—Estás loca, Tessa. ¿De verdad has llegado a creer en algún momento que aceptaría semejante locura? Estás peor de lo que aparentas.

—No pensé que fuera a ser sencillo, pero resulta que tengo una baza.

Escuché con atención. Estábamos muy cerca la una de la otra. Podría golpearla y amordazarla, meterla en un coche y que se la llevaran lejos. Un problema menos. «No, Sara, sabes que eso no va a pasar».

—Tengo la sensación de que siempre estoy en el lugar y en el momento indicado. El otro día te escuché hablar con Kelly en el baño, sé que está embarazada y que va a *intentar* —enfaticó esa palabra— ocultarlo hasta que acabemos el curso y así tener un expediente perfecto para cuando quiera ir a la universidad en un par de años. Lástima que ese estupendo plan no dependa de ella.

—¿A dónde quieres llegar?

—Déjate ganar, Summers. O te prometo que voy donde Peters y se lo cuento todo.

No sería capaz de hacer algo así. Me negaba a pensar que involucraría a esa pobre chica en nuestros problemas.

—No te atreverás, ni siquiera tú puedes ser tan mala. Esa chica es inocente, ¿arruinarías su vida solo por ganar un campeonato de patinaje?

—No, no. No te equivoques, Summers. Esa no es la pregunta. La pregunta

es: ¿eres tú capaz de hacerlo? Porque depende de ti.

Aquello no podía estar pasando. ¿De dónde venía aquel odio tan profundo y visceral que tenía contra mí? Estaba dispuesta a llevarse a cualquiera por delante con tal de quedar por encima de mí. La idea del secuestro regresó a mi mente.

—Venga, Summers. Ambas sabemos lo que vas a hacer. No le des más vueltas. No vas a arruinar la vida de esa chica. Tu conciencia no te lo permitiría.

—¿Por qué me odias tanto?

—¿Acaso crees que después de la paliza que me diste me quedaría tan tranquila sin buscar venganza? No, Sarita, haberlo pensado antes de enfrentarte a mí y de tomar lo que no te pertenecía. Y, ahora, me voy; me toca salir en breve.

Me quedé ahí sola, de pie, sin saber qué hacer. Pensando en lo injusta que era la vida. Injusta porque Kelly no se merecía ser expulsada por el capricho de Tessa. Injusta porque yo tampoco me lo merecía.

Los primeros sentimientos que me vinieron eran de pura rabia. Rabia porque mi enemiga se saliese con la suya y rabia porque, si hacía lo que me decía, todo el mundo pensaría que no estaba preparada, que mi pierna había fallado y que no volvería a patinar jamás. Pero, al cabo de pocos segundos, me invadió la tristeza porque, si decidía aceptar el chantaje, la última imagen que tendrían de mí sería cayendo al hielo e incapaz de levantarme.

Antes de que se cerrase la puerta de los vestuarios, Tessa me dio la estocada final.

—Y Summers... que sea una caída convincente.

Porque los sueños, sueños son

Salí de los vestuarios y me dirigí a la pista. Me aproximé a la barandilla y apoyé mis codos en ella. Tessa interpretaba su programa. Miraba hacia ella, pero en realidad no la veía. Estaba perdida en mis pensamientos. Era inútil que me plantease la posibilidad de tener una conversación conmigo misma sobre si aceptar o no el chantaje de Tessa porque, como ella había recalcado, la decisión ya la había tomado. De ninguna manera podía permitir que Kelly fuese expulsada, no si estaba en mi mano evitarlo.

Unos brazos me agarraron por detrás y me cubrieron los ojos con las manos. Oliver. Su colonia inundó todos mis sentidos.

—Olly —susurré con suavidad.

—Me has pillado —me dijo al oído mientras separaba sus manos de mis ojos—. He venido a desearte suerte, eres la siguiente.

Continuaba mirando hacia la pista; sacudí la cabeza para dejar la mente en blanco y le agradecí sus ánimos. Aunque no servirían para nada. Mi moral estaba por los suelos y él lo notó.

—¿Estás nerviosa? —continuó susurrándome al oído.

—Sí —conseguí contestarle.

Oliver me dio la vuelta y se aproximó a mí, juntó su frente con la mía. Me agarró por la cintura. Cerramos los ojos.

—Estate tranquila. Lo estás haciendo muy bien, nena.

Zas. Fue como si me hubieran dado una bofetada. Supuse que, cinco minutos después, no seguiría sintiendo lo mismo.

Su aliento se entrelazó con el mío, nuestros labios casi se rozaron. Durante unos segundos, creí que iba a besarme, hasta que abrió los ojos y se apartó, con demasiada brusquedad, de mí. Me guiñó un ojo y volvió con nuestra gente. Me quedé con una sensación extraña en el cuerpo. Como si deseara ese beso más que nada en el mundo. «No, Sara. Olvídalo».

Un minuto después, escuché mi nombre por los altavoces. Me crucé en la entrada con Tessa, que me sonrió con desdén. Entré y patiné hasta el centro de la pista.

De fondo: *Los miserables, I Dreamed a Dream.*

Sonaron los primeros compases, pero no me moví. Me quedé quieta en

mitad de la pista. Quizás lo mejor era que me rindiese, ¿para qué empezar a ejecutar un programa en el que terminaría tirada en el suelo? No merecía la pena. No había ninguna necesidad de alargar la agonía.

Levanté la vista y miré hacia las gradas. Todos me miraron con extrañeza, no entendían por qué permanecía de pie sin moverme. Supondrían que serían los nervios los culpables.

La música seguía sonando.

Mis ojos se encontraron con los de Pear, que me sonrió y me dio ánimos. Una lágrima recorrió mi mejilla. ¿El motivo? No lo sé: frustración, impotencia, tristeza. No quería mirar a nadie, no quería que viesen el fracaso en mis ojos.

Antes de centrar mi mirada en el hielo, me crucé con los ojos verdes de Oliver. Se me cerró el estómago.

Estoy muy orgulloso de ti.

Nos miramos durante unos instantes. Me sonrió y nos comunicamos con la mirada. Sentí su apoyo y su comprensión. Estaría orgulloso de mí hiciera lo que hiciera; en ese momento lo comprendí. Había llegado hasta ahí y eso era lo importante.

Paseé mi mirada por toda mi familia: mi padre, mis hermanos, Adam, Brian, Nick... todos me sonreían. Todos estaban orgullosos de mí.

Tomé una decisión. Cerré los ojos. Patinaría hasta el final, entonces caería para no levantarme, pero no me rendiría antes de tiempo. Lo haría por ellos y por mí. Demostraría, durante unos minutos, que seguía siendo la misma. Y luego se acabaría. Para siempre.

Escuché la música, ya debería haber hecho varios movimientos, por lo que decidí improvisar. Andrew iba a matarme. La melodía era suave, empecé a moverme en el primer «Soñé un sueño tiempo atrás». Mis primeros movimientos fueron suaves, acordes a la pieza. Di vueltas por la pista. Despacio, tranquila. Disfrutando de cada segundo. Porque el tiempo corría en mi contra y había comenzado la cuenta atrás. No quería llegar a cero.

La pieza comenzó a coger fuerza y yo con ella. Empecé con los primeros giros. Comencé a dar vueltas y disfruté de la sensación. Me acordé de cuando Will me preguntó qué se sentía al dar tantas vueltas. Parecía que había sucedido en otra vida. Lo recordaba tan tan lejano. Qué pequeños eran mis problemas por aquel entonces y qué grandes los veía yo. Seguí dando vueltas, mientras el tiempo seguía corriendo sin que yo pudiera evitarlo. Aquella sería mi última actuación y era consciente de que iba a saberme a poco.

En el momento más álgido de la pieza, di el primer salto: triple *axel* y, tras aterrizar, lo combiné con un doble *loop*. Durante los siguientes segundos, giré y giré, salté y salté. Encadené un ejercicio con otro sin parones, sin demoras. Quería darlo todo. Los espectadores se levantaron y me aplaudieron. Quizás fueron los segundos que mejor he patinado en toda mi vida. Y casi todo el público asistente a ese evento conocía mi historia. Los aplausos continuaban, pero yo los escuchaba muy lejanos.

La letra se cortó durante unos instantes y solo se escuchaba la dulce melodía. Había llegado el momento de caer en picado. Cuando comenzó la letra de nuevo ejecuté un triple *loop* y... caí al suelo.

Miré hacia las gradas; todos me animaban para que me levantase. Mi mirada se cruzó con la de mi mejor amigo, de nuevo, y negué con la cabeza. La música siguió su curso. Ella no había llegado a su final, yo sí. No me levantaría. Subí las rodillas y escondí la cabeza entre ellas. Lágrimas de frustración se deslizaron por mis mejillas.

Siempre había pensado que nadie podría frenarme, que podría hacer lo que quisiera en la vida. Cualquier sueño estaba al alcance de mi mano. Así de prepotente era. En ese instante, me di cuenta de que estaba yendo a contracorriente. El primer golpe que me dio la vida fue en mi accidente. El segundo me lo llevé en ese momento. Y el último, el peor de todos, aún estaba por llegar. Adiós a mis sueños. Necesitaba esa dosis de realidad.

—¿Qué ha pasado?

Andrew entró en la pista y vino corriendo, se aproximó a mí muy preocupado. Yo seguía sentada en el suelo. Me limpié las lágrimas con la mano.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —No me había hecho daño, no físico al menos.

—Ven, te ayudo a levantarte.

En cuanto me levanté, la pista empezó a llenarse de gente: Oliver, Adam, Daniel, mi padre... Y las gradas rompieron en aplausos. Mentiría si no reconociera que me emocioné.

Joder.

Me inundaron a preguntas. No estaba preparada para contestarlas. Quería salir de allí. Les aseguré que me encontraba bien y salí del hielo. Les pedí, por favor, que me dejaran sola unos minutos; quería cambiarme de ropa y quitarme los patines. Entré en el vestuario y me senté en uno de los bancos de madera. Aún no me había quitado el segundo patín cuando se abrió la puerta.

Will.

No sabía que había ido a verme.

«No, ahora no. Por favor». Tener a Will destilando su veneno en ese momento no era lo que más necesitaba.

—Vete, Will. No quiero discutir. —Terminé de quitarme el patín y me levanté para recoger la bolsa de mi taquilla y guardarlos. Abrí la taquilla y alcancé la bolsa. Volví a mi sitio y me senté.

—¿Por qué te has tirado?

«¿Qué? ¿Cómo narices...?». Me quedé quieta, sujetando con una mano la bolsa y, con la otra, uno de los patines. Tres segundos y reaccioné.

—No me he tirado —mentí.

Will puso los brazos en jarras y me miró. Le mantuve la mirada; si la apartaba, le daría munición para convencerse más de que tenía razón. Permanecimos así varios segundos. Los conté: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

—Llevo desde los nueve años viéndote patinar. Conozco cada movimiento, cada giro, cada salto... y te has tirado. Estoy seguro.

Pues claro que estaba seguro. ¿Cómo no? El señorito era un sabelotodo. Bien es cierto que tenía razón, pero me fastidiaba. Me fastidiaba mucho. No podía decir la verdad, por Kelly. Will tenía que irse. Sabía que, si seguía insistiendo, me rendiría y le confesaría todo. Tuve que ser cruel con él, no me quedó más remedio.

—¿Qué quieres, Will?

—Solo quiero saber por qué lo has hecho. —Suspiró de pura frustración —. Era tu momento, Sara. Tu momento para demostrar a todo el mundo que te habías recuperado.

—Te repito que no me he tirado —enfaticé cada palabra.

—No me lo creo. Prueba otra vez.

Y, además, se ponía chulo. Era absurdo continuar con aquella discusión. Me puse las playeras y una sudadera por encima del traje de competición. Me solté la coleta y dejé mi melena suelta, que cayó hasta debajo de los hombros. Will me observaba en todo momento.

—Sara...

—¡Déjame en paz, Will! ¡DÉJAME EN PAZ!

Recogí la bolsa con los patines y le di un golpe al pasar por su lado, sin querer. Fui más brusca de lo que pretendía. No quería que me siguiera. No quería derrumbarme ante él y estuve a punto. Tuve que espantarlo. Me paré

antes de abrir la puerta y lo miré por encima del hombro.

—No me sigas. Tú y yo no somos nada, Will. No tienes derecho a preguntar. Ya no.

Abrí la puerta con violencia y la cerré dando un portazo. No me dio tiempo a ver su expresión después de mis duras palabras. Era mejor así. Salí a los pasillos y pasé de refilón por la pista. Todavía seguía el campeonato. Me encaminé hacia la salida y dejé el hielo atrás.

Respiré el aire puro a mi salida. Cerré los ojos unos segundos antes de alejarme de la pista. Otra vez, los recuerdos. Me vinieron a la mente imágenes mías recogiendo premios. «No, Sara, deja de torturarte. Ya no eres esa chica».

No quería patinar más. ¿Para qué? Ya nada merecía la pena. Me acerqué al contenedor de basura y arrojé mis patines, mis amados patines, a la basura. Adiós.

Porque los sueños, sueños son. Y la vida sigue.

Los chantajes de Tessa

Si en algún momento pensé que Tessa se conformaría con ganar en la competición, me equivocaba. Su odio hacia mí no tenía límites.

La semana después de la competición, la pasé explicando a todo el mundo que me encontraba bien: a mi padre (que me llamaba todos los días. TODOS LOS MALDITOS DÍAS), a mis amigos, a mis hermanos... La lista era larga. Mi familia creía que me había caído en aquel salto e intentaba animarme y asegurarse de que estaba bien, física y mentalmente; y mis amigos no se lo tragaban, ninguno de ellos. Por una vez, estaban en el mismo bando que mi exnovio. A ellos no había podido negárselo, pero les expliqué que no podía contarles de momento mis razones para hacer lo que hice y, aunque hubo alguna que otra discusión, sobre todo por parte de Olly, lo entendieron y me concedieron algo de tiempo.

Hice lo correcto en lo que se refiere a perder a propósito el concurso. En cuanto a arrojar los patines al contenedor de la basura... Debía dejar de actuar por impulsos, después llegaba el arrepentimiento. Para cuando quise ir a recuperarlos, ya era tarde, el camión de la basura había pasado y arrasado con todo a su paso. Mala suerte.

Diez días después de mi fracaso, sucedió un hecho insólito. La noche anterior, alguien accedió al garaje del colegio y rayó, con mucha mala leche, el coche nuevo de William Von Kleist. Apenas tenía un par de meses, se lo habían regalado sus padres por Navidad por estar a punto de graduarse en el *Crowden*. «Si estuviéramos juntos, ya no tendría que llevarlo yo», pensé, con nostalgia.

Nos enteramos de la noticia unos minutos antes de que empezara nuestra primera clase de la mañana; algunos de nuestros compañeros lo estaban gritando por los pasillos. En aquel colegio, los chismes viajaban a la velocidad de la luz.

—¡Alguien ha rayado esta noche el coche de Von Kleist! —Escuchamos, cuando ya estábamos sentados en nuestros sitios.

Por instinto, todos mis amigos y yo miramos hacia la misma persona. Él, que se notó observado, nos miró con incredulidad.

—¡Yo no he sido, joder! —se defendió Oliver—. Me importa una mierda

el coche de Von Kleist.

Cierto. Además, Oliver no haría algo así, no era su estilo. Es posible que Adam lo hiciera, pero Olly no. Adam. Lo miré y se dio cuenta de mi acusación.

—¡Yo tampoco he sido! Pero que se joda. Papaíto se lo arreglará y fin del problema.

—¿Quién habrá sido? —preguntó Brian—. Se lleva bien con todo el mundo. Excepto con vosotros tres.

Me encogí de hombros. No tenía ni la menor idea. Quizá querían rayar otro coche y se equivocaron, aunque era poco probable. Por otra parte, ya no sabía nada de su vida, podía haber forjado alguna enemistad con alguien en aquellos meses.

A la hora de la comida, mis amigos se adelantaron al comedor y yo me quedé en clase terminando unos ejercicios de matemáticas. Debía estudiar si no quería bajar la media. Estuve sola hasta que la voz que menos soportaba en todo el mundo rompió mi concentración.

—Hola, Summers.

Joder. ¿Acaso esa chica no tenía nada mejor que hacer que tocarme las narices constantemente? Qué fijación, por favor.

—Lárgate, Tessa. Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Verás, es que tengo un problema.

—Y a mí me importa una mierda.

—Qué tensa estás, Summers. Relájate. Como te decía... tengo un problema.

«Respira, Sara». Conté hasta diez. Seguí con mis ejercicios. Pasé de ella. Fingí que no se encontraba en aquella clase hablando conmigo.

—Ayer intenté acercarme a Will.

Me tensé por la mención de su nombre, pero no levanté mi mirada del papel.

—Como vosotros ya no tenéis nada, y no creo que lo volváis a tener, pensé que era mi oportunidad, pero me rechazó. Y no de muy buenas maneras.

¿Y qué esperaba? Will no la soportaba después de todo lo que nos había hecho. Me parecía increíble que mantuviera las esperanzas. Aquello confirmó mis sospechas de que no estaba bien de la cabeza.

—El caso es que me enfadé mucho y, cuando me enfado, hago cosas muy malas.

Una bombilla se encendió en mi cabeza. Joder, Tessa. Ahora sí que se

había pasado. Levanté la mirada y me encontré con sus odiosos ojos, que me miraron con indiferencia.

—Has sido tú quien ha rayado el coche de Will. —Chasquéé la lengua—. No me gustaría estar en tu pellejo. Will debe de andar muy muy cabreado, y no va a parar hasta llegar al responsable.

—Exacto, yo tampoco quiero estar en mi pellejo. —Se sentó en la silla que había a mi izquierda, la silla de Olly—. De hecho, esta mañana Will ha convocado una reunión en su clase y ha amenazado a todos para que confesase el culpable y, después de las clases de la tarde, dicen que va a venir a nuestra aula.

Parecía muy tranquila mientras me lo contaba. Me hizo sospechar. Ella leyó la pregunta en mi cara.

—No puedo permitir que Will se entere de que he sido yo. No sé qué sería capaz de hacer, creo que lo tengo un poquito saturado.

«¿Un poquito?». Dudé sobre si era optimista o imbécil. Me incliné por la segunda opción.

—Y he pensado que solo existe una persona en el mundo contra la que Will no tomaría represalias.

Esperaba que eso no significase lo que estaba pensando. Pero sí. Su siguiente palabra me lo confirmó.

—Tú.

Mis carcajadas resonaron por toda la habitación. No se me ocurrió otra cosa que hacer. Mis emociones de las últimas semanas eran como una montaña rusa, pasaba de la risa al llanto en cuestión de segundos, mi cuerpo estaba confundido y ya no sabía ni cómo reaccionar ante lo que me rodeaba. Porque, para ser sincera, no quería reírme, quería cogerla de los pelos y arrastrarla por toda la habitación como había hecho hacía casi un año. Pero, como eso no iba a suceder, mi cuerpo reaccionó así. Será un mecanismo de defensa.

—Tessa, me matas. Estás de psiquiátrico. —Me la imaginé con un traje blanco y con las manos sujetas a la espalda en una habitación blanca con las paredes mullidas. Qué imagen más maravillosa.

—No te preocupes, Summers. —Ignoró mi comentario—. Puede que al principio se enfade contigo, pero se le pasará, siempre te acaba perdonando por todo lo que haces. Y, si te soy sincera, nunca entenderé el motivo. ¿Qué le das, Summers?

No pensaba seguir con aquella conversación.

—No voy a hacerlo, no sé en qué tipo de realidad alternativa vives para

llegar a pensar que yo te ayudaría.

—En la misma realidad en la que Kelly está embarazada.

Oh, joder. Otra vez no. Me levanté de mi silla, la cogí de la pechera, la obligué a levantarse y la estrellé contra la pared más próxima.

—Me incitaste a apostar a mi novio, me robaste los patines para asegurarte la victoria, te metiste en su cama, intentaste separarme de Adam y me has obligado a retirarme de una competición de la forma más humillante posible. ¿Quieres seguir tensando la cuerda, Tessa? Porque te juro por mi vida que me tienes al límite.

Me sentí inestable, era capaz de hacer cualquier cosa en ese momento. Al final, la loca que iría al psiquiátrico de las paredes mullidas sería yo. Tessa intentaba hablar, pero no podía. Estaba asustada. Me separé de ella por mi propio bien.

—Esta es la última vez que te pido algo.

—¿Y por qué coño debería creerte? —Me quedé enfrente de ella, cruzada de brazos.

—Te juro que, si me ayudas con esto, el secreto de Kelly seguirá siendo un secreto. Te repito que es la última vez.

—Más te vale, Teresa. —Me acerqué a ella—. Porque la próxima vez me va a importar todo una mierda. Kelly, su embarazo, este colegio, la expulsión... ¡Todo! ¿Me has entendido?

—Perfectamente.

Me alejé de ella y aprovechó para irse con el rabo entre las piernas. Pero con su objetivo cumplido, mal que me pesara. Siempre ganaba ella. Pero nunca más. «Lo siento, Kelly, pero esta es la última vez que te ayudo o terminaré con los nervios destrozados y cometiendo alguna locura».

Cuando llegué al comedor, mis amigos se extrañaron de que llegase tan tarde. No les di explicaciones y dieron por supuesto que me había entretenido con los estudios. Cogí algo de comer y me senté en mi sitio. Eché un vistazo por el comedor hasta toparme con la mesa de Will, pero él no se encontraba allí. Me esperaba una tarde entretenida. Diez minutos después, nos levantamos y fuimos a clase.

La última clase pasó muy despacio. Quería que todo acabase de una vez. Mentiría si dijera que no tenía miedo, porque sí lo tenía. Will y yo estábamos peor que nunca y no tenía ni idea de cómo reaccionaría ante mi falsa confesión por el acto vandálico contra su coche.

En cuanto el profesor dejó la clase, y antes de que diese tiempo a cualquier

alumno a salir por la puerta, Will entró en nuestra aula seguido de sus inseparables amigos: Aaron, Jack y, por supuesto, mi hermano Daniel.

Uno de ellos se apoyó en la puerta, dejándonos claro que nadie saldría de allí hasta que ellos no quisieran. Will, al pasar junto a mí, ni me miró. Era como si no existiera. No me sorprendió, y después de lo que iba a hacer, no íbamos a poder permanecer ni en la misma habitación los dos juntos. Se apoyó en la mesa del profesor y nos miró a todos de frente.

—No me voy a andar con rodeos —explicó—. Como ya todos sabréis, esta noche alguien ha accedido al garaje del colegio y ha rayado mi coche. Voy a llegar hasta el culpable, eso os lo puedo asegurar. Si estoy aquí, es para dar la oportunidad a quien haya sido de que confiese. Es lo mejor que puede hacer. Lo consideraré un atenuante.

No se escuchó ni un susurro. Mis manos comenzaron a sudar y una gota me resbaló por la espalda. Will seguía con su discurso.

—Si confiesa ahora, prometo ser más amable —dijo, de manera suave, pero sonaba a amenaza—. Tenéis un minuto. —Se giró hacia su reloj y conectó el cronómetro.

Había llegado el momento. Miré hacia Tessa y me instó con la cabeza a que me levantara. Hice el amago y me volví a sentar. Mierda. Cerré los ojos y suspiré. Cuando los volví a abrir, la mirada de mi enemiga era de clara advertencia.

—Treinta segundos —nos advirtió Will. Joder, qué rápido pasaba el tiempo ahora.

Los cuatro rostros de nuestros secuestradores eran máscaras de fría amenaza. Miré a mi hermano, que permanecía estudiando cada rostro que tenía alrededor. Buscaba algún signo de culpabilidad en alguno de ellos. En ningún momento miró hacia mí porque, para él, era inocente.

Me levanté, asegurándome de hacer el suficiente ruido para que me vieran. Mi hermano, entonces, sí miró hacia mí, pero su expresión no se suavizó. Estaban los cuatro muy cabreados.

—Siéntate, Summers.

Los dos nos miramos con sorpresa. Nunca nos habíamos llamado por nuestro apellido. Resultaba extraño. No lo obedecí. Adam tiró de mí para que me sentase y me miró desconcertado.

—He sido yo —me pronuncié. Todo mi alrededor se revolvió. Mis compañeros empezaron a murmurar diferentes expresiones de incredulidad. Adam seguía tirando de mí y me susurró:

—¿Qué haces?

—¿Perdona? —Will, confundido, arrugó la frente y se aproximó a mi sitio.

—Yo te he rayado el coche.

—¿Pero qué...? —comenzó a decir Daniel.

Will levantó la mano, indicándole a mi hermano que se callase.

—¿Tú? —Cruzó los brazos sobre su pecho y me miró sonriendo. Al parecer, le hacía gracia que me hubiera declarado culpable. Tenía que hacer algo más drástico para que me creyera.

—Sí, yo.

—No me lo creo.

—¿Crees que no te odio lo suficiente?

Escuché un gemido a mi alrededor, intuí que había sido Moira. Will me miró sin inmutarse, pero ya no sonreía. Era un tempano de hielo. Le hizo un gesto a Jack, que seguía custodiando la puerta.

—Todo el mundo fuera. Ya —ordenó.

Jack abrió la puerta. Mis compañeros dudaron; algunos no sabían si moverse, por miedo, y a otros les podía la curiosidad.

—¡He dicho *ya!*

Ante el grito de Will, salieron todos escopetados. Tessa me miró mientras salía y me guiñó un ojo. Maldita víbora. Mis amigos se quedaron. Cuando salió el último alumno, Jack cerró la puerta, pero esa vez no se quedó allí apoyado, sino que vino hacia nosotros. El primero en interceptarme fue mi hermano.

—¿Qué cojones estás haciendo, Sara?

Me solté de su agarre y le mentí en toda su cara.

—¿Qué parte de *yo he rayado el coche* no entiendes, Daniel?

—¡Tú no has sido! —me gritó—. No harías algo así.

Vaya, gracias. Era la primera vez que creía en mí, lástima que en esa ocasión necesitase todo lo contrario.

—¿Qué coño pasa contigo, Sara? Estás haciendo cosas muy extrañas —me acusó Will, enfadado.

—¡No me pasa nada! —les grité a todos—. Te he rayado el coche porque no te soporto y quería hacerte daño.

—Sé que no has sido tú —se aproximó peligrosamente a mí—, y ambos sabemos que tienes maneras mucho más efectivas para hacerme daño que rayarme el puto coche.

—Piensa lo que quieras.

—Lo que no sé es a quién coño estás protegiendo. —Su mirada se dirigió hacia Oliver.

—Ni lo mires, Will. Él no ha sido.

—Él tiene voz —dijo Oliver, mosqueado por aquella situación.

«Ahora no, Olly».

—Está bien, tú ganas. Has sido tú. ¿Te has quedado más tranquila? ¿Te has desquitado lo suficiente o necesitas algo más? ¿Quieres que te dé mi guitarra para que puedas tirarla al río?

—Estoy bien, gracias —respondí, sardónica.

—Me alegro por ti. —Les hizo una seña a sus amigos—. Vámonos.

Los cuatro salieron por la puerta, no sin que antes mi hermano dijera la última palabra.

—Voy a llegar al fondo de todo este asunto.

Cerraron la puerta del aula, me senté en la primera silla que encontré y choqué mi frente contra la madera. Joder. Cuando levanté la cabeza, todos mis amigos me miraron.

—¿Qué? —les pregunté a la defensiva.

—Estamos esperando a que nos cuentes ya de una vez qué coño pasa.

Bien, había llegado el momento.

—Kelly está embarazada.

—¿Kelly?

—¿Qué Kelly?

—¿Quién es esa?

—Kelly Osborn, va a la otra clase. Rubia, ojos claros. Rellenita. Andares extraños.

—Joder, Oliver. ¿Cómo consigues retener tanta información?

—Porque es superdotado.

—Porque me fijo en los detalles.

—¿Y qué narices tiene que ver esa chica en todo esto? —terció Adam, dejando el tema de Kelly de lado.

—Me lo confesó unos días antes del campeonato en los servicios. Tessa lo escuchó y ha estado chantajeándome desde entonces. Fin de la historia. —Una vez lo dije en voz alta, me sentí estúpida por haberme dejado manejar por una insulsa como Tessa Marlock.

—¿Qué quieres decir con que ha estado chantajeándote?

Les conté todo. Desde cómo me encontré con Kelly en el baño hasta cómo Tessa me abordó en clase aquella mañana. Mis amigos mostraron su

disconformidad con todo y Pear incluso se levantó dispuesta a salir de clase y enfrentarse a Tessa. Por suerte, conseguí retenerla. Había que pensar en Kelly, me repetía una y otra vez. ¡Maldigo el día que entré en ese baño! Nos calmamos y les hice prometer que no dirían nada. Tenía tal cansancio mental que lo mejor era dejar el tema.

Pasé el resto del día estudiando en la biblioteca. Era la mejor manera de evadirme del mundo.

Por la noche, en la cama, miraba el techo en penumbra. Sentí cómo Oliver se revolvió a mi lado y se quedó en mi misma posición, con los brazos detrás de la cabeza.

—Me lo tenías que haber contado antes. No me gusta que me excluyas de tus problemas.

—Lo siento.

Me acurruqué en su pecho desnudo, respiré su aroma y me olvidé de todos mis problemas. Pasé mi brazo por su cintura y Olly me abrazó con fuerza. Hacía muchísimo tiempo que no teníamos un contacto tan próximo. No nos evitábamos, pero tampoco propiciábamos ese tipo de situaciones. Habíamos dormido juntos muchas noches después de nuestro pequeño romance (por llamarlo de alguna manera), pero no así. No tocándonos con cada fibra de nuestra piel. Me entraron ganas de besarle el pecho y acariciar todo su relajado cuerpo, pero me contuve. Él no me veía de esa manera, me repetí por millonésima vez. Era un amor fraternal. Aun así, coloqué mi pierna encima de las suyas.

¡Atrévete a apartarme!

Oliver me dio un dulce beso en la cabeza y nos dormimos abrazados.

Hoy cumpla dieciocho años

Me desperté, como todas las mañanas, antes de que sonase el despertador. Abrí los ojos y me empapé de la luz del amanecer.

Aquel día cumplía dieciocho años. Guau.

Miré a mi lado y solo vi a Adam dormido. Recordé que la noche anterior nos habíamos metido los tres juntos a la cama, entonces... ¿dónde estaba Oliver?

Me giré hacia el dormilón y le hice cosquillas en las orejas con la sábana. Le molestaba muchísimo, pero quería despertarlo.

—Adammmm.

Gruñidos.

—Adammmm, ¿qué día es hoy?

Más gruñidos. Era imposible despertarlo. Qué chaval. Era como un oso hibernando. La puerta de mi habitación se abrió y entró el chico desaparecido, empapado en sudor.

—¿Y tú de dónde sales?

—Me he despertado temprano y he ido a correr un rato.

¿Un rato? A juzgar por su apariencia, había estado corriendo toda la noche.

—Estás todo sudado.

—No me digas. No se te escapa una esta mañana. —Le saqué la lengua en señal de burla—. Feliz cumpleaños, listilla.

Se aproximó y me dio un beso en la mejilla.

—Me voy a duchar, no tardo nada.

Antes de que se fuera hacia el baño, lo agarré de la mano y lo tiré en la cama. Cayó encima de mí, pero al segundo se incorporó y se quedó entre Adam y yo. Quiso quejarse, pero le puse la mano en la boca y no lo dejé hablar.

—Ayúdame primero a despertar al oso.

Comenzamos a molestar a Adam con más intensidad; podemos llegar a ser muy puñeteros. Oliver le gritó su nombre al oído para que se despertase y yo lo destapé.

—Joder, tío. Apesta a sudor, ¡qué asco das! Quítate de encima —se quejó Adam.

¿Asco? Para nada. Qué curioso que algo que para algunos resulta desagradable a otros se nos antoje... apetitoso. «En fin, a otra cosa, Sara».

Objetivo despertar a la marmota: cumplido. Nos reímos, y Olly se fue a la ducha. Adam me felicitó y lo obligué a que me diese algunos mimitos. Los necesitaba.

Tocaron a la puerta, dejé de molestar a mi amigo y miré hacia la entrada de mi habitación. La puerta se abrió y apareció Pear en pijama.

—¡Feliz día, cumpleaños! —dijo, mientras se metía en la cama entre Adam y yo.

—Gracias.

—¿Cómo te has levantado esta mañana? ¿Te sientes más madura? ¿Ya sabes que puedes ir a cárcel a partir de hoy?

¿Cómo me sentía? Igual que siempre. No me sentía más madura ni diferente, aunque sí había algo en mi interior que burbujeaba. Era una sensación nueva, una sensación de... ¿libertad? Ya era mayor de edad y podía tomar mis propias decisiones. Y hacer un montón de cosas que hasta el día anterior no podía hacer, no legalmente.

Uno a uno fueron llegando todos mis amigos. ¡Menuda sorpresa! No me lo esperaba. Pensé que los vería como cada año, en el comedor. Nos tumbamos en la cama como pudimos. Marco y Brian fueron los últimos en llegar y traían dos bandejas llenas de comida. Los miré alucinada.

—¿Qué es todo esto?

—La directora nos ha dejado traerte el desayuno a la cama, ha dicho que seamos discretos, no quiere que esto se repita cada vez que un alumno cumple años. Nos hemos pegado un madrugón de cojones, hemos ido los primeros al comedor y hemos cogido de todo —me explicó Brian.

—Y tanto que de todo —se quejó Marco—. Es increíble que en un grupo de nueve personas se tomen seis clases diferentes de leche: de avena para Sara, de soja para Pear, semidesnatada para Natalie y Moira, con fibra para Olivia, normal para nosotros y con chocolate para Adam. Tío, madura de una vez. Desayunas lo mismo desde los nueve años.

—¡Que te den! —gritó el aludido.

—Chicos, es genial. Muchas gracias. Es el mejor regalo que me podíais dar.

—¡Qué rico todo! —Olivia daba palmaditas con las manos mientras se ponía de rodillas encima de la cama.

Arrancaron todos a comer como si no se hubieran alimentado en una

semana. Me quedé mirándolos, a todos ellos. Hablaban y reían, y yo, por primera vez en meses, me sentía feliz. Feliz de tenerlos a mi lado. Y feliz porque me habían dado justo lo que necesitaba.

Después de ponernos morados con el desayuno, Oliver encendió dos velas, con el número uno y el ocho, y me dijo que pidiera un deseo. Después de pensarlo, ya sabía lo que quería hacer.

—Mi deseo es...

—¡No lo digas en alto! —me interrumpió Moira.

La miré, tranquilizándola con los ojos, y continué.

—Mi deseo es que cada uno de vosotros pida un deseo. Y, como es mi cumple, seguro que se cumplen todos.

Mi idea resultó ser una sorpresa y una alegría para casi todos.

—Genial, Sara. Eres la mejor.

—Todos a pedir un deseo, acerquémonos a las velas. —Brian nos invitó con los brazos para que acercásemos todas nuestras cabezas mientras Oliver encendía de nuevo las velas y las colocaba encima de una tostada—. Vamos, Pear.

—Yo paso. Pedid vosotros.

—¿Cómo que pasas? No digas tonterías y acércate —insistió Brian.

—Yo no pido deseos.

—¿Pero qué tontería es esa? —añadió Natalie.

—No es ninguna tontería, no me gusta pedir deseos y punto.

¿Y punto? Parecía mentira que nos conociese desde los nueve años. Estaba clarísimo que no lo dejaríamos pasar. Y, además, ¿desde cuándo no le gustaban los deseos?

—Pear...

—La última vez que pedí un deseo fue cuando pensé que Daniel se había liado con Chloe. Lo odié. Y deseé con todas mis fuerzas que sufriera tanto como me estaba haciendo sufrir a mí. —Solo me miraba a mí—. Y, entonces, tú tuviste el accidente y casi te mueres, y Daniel sufrió; ya lo creo que sufrió. Prefiero no pedir más deseos.

Me acerqué a ella.

—Eso no tuvo nada que ver con mi accidente.

—Ya, bueno, lo que sea. ¿Abrimos los regalos?

Will

Era el cumpleaños de Dan y Sara. No la había felicitado y no creía que lo fuera a hacer. Apenas nos dirigíamos la palabra más que para pelearnos. No tenía sentido. Sabía que no había sido ella quien había rayado mi coche, pero no lograba entender qué o a quién protegía. Si había sido Aston... no quería ni pensarlo, porque me daban ganas de liarle a hostias con medio colegio. Y no porque me hubiera rayado el puto coche, sino porque significaría que ella estaba defendiéndolo. A él. Joder. No existía nada en la vida que me pudiera joder más que ver a esos dos traidores unidos. Me jodía y mucho.

—Hola —me saludó Dan, al sentarse a mi lado.

—Feliz cumpleaños, colega. Ya eres mayor de edad. —Le palmeé la espalda.

De momento, estábamos los dos solos en nuestra mesa del comedor. Sara y sus jodidos amigos aún no habían llegado. Había mirado varias veces hacia su mesa. ¿Por qué? Porque era gilipollas. Era una especie de acto reflejo, llevaba haciéndolo tantos años que ya no podía evitarlo.

—Will, quería hablar contigo. —Aparté la mirada de la mesa de Sara, porque sí, estaba mirando de nuevo. Joder.

—¿Qué sucede?

—Mi hermana no te ha rayado el coche. Estoy seguro.

Tenía ese tema pendiente de hablar con Dan, pero, por una cosa o por otra, no habíamos encontrado el momento. Le transmití todas mis sospechas.

—Ya lo sé. Tu hermana está muy rara, algo ha pasado. Te lo cuento porque me importas y es tu hermana, no porque me interese nada de lo que pasa en su estúpida vida.

Dan me levantó la ceja.

—Lo que tú digas.

Lo fulminé con la mirada.

—Pero tienes razón —me dijo—, algo pasa.

—¿Tú crees que se cayó por aquel salto el día de la competición? —le pregunté.

Se le salieron los ojos de las orbitas.

—¿Cuál cojones es la otra alternativa?

Joder, no sospechaba nada.

—Dan, tenemos que hablar.

Mi amigo miró la hora del reloj.

—Ahora no puedo. He quedado con mi padre. Luego te busco.

—¿Tu padre ha venido al colegio?

—Sí, quería darle el regalo de cumpleaños a mi hermana en persona. Ya te enterarás.

—No me interesa.

—Claro, claro.

Idiota.

Sara

Mis amigos me arrastraron hasta la entrada del colegio, no entendía qué se traían entre manos. Intenté sonsacar algo a Adam, pero me juró y perjuró que no sabía nada, que lo había llamado Daniel por teléfono y le había dicho que me acercaran a la entrada del colegio. Cuando llegamos, reconocí la silueta del hombre que estaba de espaldas.

—¿Papá? —Corrí a su encuentro.

Mi padre me abrazó y me felicitó por el cumpleaños. No tenía ni idea de que venía ese día al colegio. Mi hermano Daniel lo acompañaba. No nos habíamos felicitado el uno al otro, era la costumbre.

—He venido a traerte tu regalo de cumpleaños, está fuera esperándote. — Lo miré extrañada. ¿Qué me habría comprado?

Salí a la calle seguida por mi padre. Y... aquello que vieron mis ojos no podía ser real.

¡¡¡ERA UN COCHE!!! ¡¡Me había comprado un coche!! ¡Un precioso BMW Serie 3 Cabrio, rojo! Y venía rodeado con un lazo blanco gigante. Me acerqué, dando saltitos y gritando de alegría, a tocarlo, para comprobar que era de verdad. Volví con mi padre y lo abracé. Él me dio las llaves y regresé al coche para sentarme en el lugar del piloto. Toqué todos los botones y abrí todos los compartimentos que había. ¡Me encantaba! Oliver y Adam se aproximaron y se metieron conmigo en el descapotable. Empezaron a toquetearlo todo.

—Te dije que le iba a gustar. —Escuché cómo mi hermano hablaba con mi padre—. ¡Esto es para que no vuelvas a coger mi coche sin permiso! —me gritó Daniel.

Espera, ¿ese coche era mío? Pensé que sería un regalo común para mi hermano y para mí.

—Yo nunca te he robado el coche. —Intenté parecer convincente.

—Sara, no me hagas hablar, que, cuando tú vas, yo vuelvo.

—Luego vamos a celebrarlo al pueblo, os invito a comer a todos —añadió mi padre, intentando evitar que sus dos hijos iniciasen una nueva discusión.

—Yo puedo llevar a dos más en mi coche nuevo —dije, entusiasmada, acariciando el volante con mis manos.

—Yo ni loco voy contigo, aprecio demasiado mi vida —dijo Daniel.
Cretino.

Más tarde, a la hora de la comida, nos dividimos en varios coches y mi padre nos llevó a todos a comer a un restaurante a Perth. A mi hermano y a mí incluso nos dejó beber vino, pero no nos gustó demasiado. No entendía por qué gustaba tanto a los adultos.

Por la tarde, no fuimos a clase; supuse que mi padre ya lo había concretado con Peters. Después de comer, nos invitó a unos helados. Pasamos un bonito día en familia.

El nuevo novio de Tessa

Había pasado una semana desde que había alcanzado la mayoría de edad. Todos los días íbamos a Perth a dar un paseo, lo hacíamos solo por subirnos al coche. Adam y Olly me rogaron que les dejara conducirlo y, a pesar de mi renuencia, al final, lo consiguieron. Para que se quitaran la inquietud.

Ese día me tocaba comer rápido. Me serví algo ligero y, quince minutos después de sentarme, me despedí de mis compañeros y me fui a la biblioteca. Quería coger prestadas unas partituras para practicar con el piano.

A medio camino, tuve que darme la vuelta, al percatarme de que había olvidado la mochila en el comedor. Mierda. Mi cabeza ya no era la de antes.

Cuando llegué a mi mesa, nadie me vio. Estaban los chicos muy entretenidos hablando de algo. Y las chicas estaban ojeando una revista. Según me acercaba, escuché el último comentario de Adam.

—Os digo que es cierto. Además, lo he comprobado.

—¿Cómo? —le preguntó Marco, sospechoso.

—El otro día puse el coche de Sara a ciento ochenta kilómetros por hora. —Adam tintineó las llaves de mi coche en sus dedos—. Y fue como la seda. Ni un temblor. La hostia, chavales.

«¿QUÉÉÉ?».

—¿Que has hecho qué?

Todos se sobresaltaron por mi grito, incluso Oliver, que suele ser imperturbable.

—¡La hostia!, ¿tú no te habías ido?

—¡Adam James Wallace! ¡Devuélveme mis llaves! ¡Ahora!

Me miró, primero fulminándome con la mirada por llamarlo por su nombre completo (lo odia) y, después, con su mejor carita de inocente al darse cuenta de que lo había pillado en su travesura. Se levantó de la silla.

—¡Me tengo que ir, Sara Fiona Summers! —Salió corriendo del comedor. «¡Me lo cargo!»). Acababa de desvelar, delante de todo el comedor, mi secreto mejor guardado: mi segundo nombre. Desconocido por todo el mundo, incluso por la mayoría de mis amigos, excepto por mi familia. Jamás utilizo mi segundo nombre, me lo puso una tía abuela de mi madre porque decía que debía llevar un nombre escocés, puesto que toda la familia de mi madre es

escocesa. Y no me gusta nada. Todavía le echo en cara a mi padre que aceptara tal cosa. ¡Y la culpa es de Daniel! ¡Que se chivó a Adam y Oliver cuando teníamos diez años! Claro que mi querido hermanito tampoco se libra de segundo nombre. En realidad, ninguno de los cuatro hermanos lo hacemos.

—¡Adam! —Iba a perseguirlo, pero no sin antes decir mi última palabra. Oliver era, sin duda, el cómplice de Adam en cuanto al robo de mi coche.

—Ya hablaremos de esto, rubiales.

—¡Me declaro inocente! ¡Él me obligó a hacerlo! —Olly puso los brazos en alto e intentó disimular la risa. Capullo traidor.

—¿Fiona? ¿En serio? —me preguntó Brian, tronchándose de la risa.

—¿Ese no es el nombre de la novia de Shrek? —preguntó Olivia.

Los fulminé con la mirada, a todos, y salí detrás de Adam. Tenía que recuperar mis llaves. Y echarle una bronca de narices por llamarme Fiona.

Cuando dejé el comedor atrás, divisé al velociraptor de mi mejor amigo doblando la esquina que daba a las escaleras. Corrí detrás de él y las bajé de dos en dos. Salimos al patio y estuve a punto de alcanzarlo. Adam perdía fuerzas porque no hacía más que reírse. Se iba a enterar. Llegamos hasta nuestro árbol y se escondió detrás de él.

—Da la cara, Wallace.

—Vamos, *Totó*, lo he hecho por el bien de tu coche. ¿Acaso no sabes que hay que llevarlo al límite para que tenga una vida plena y placentera? Lo dicen los mejores especialistas del mundo de la automoción.

Sí, claro. ¿Qué sabría él, que apenas acababa de sacarse el carnet de conducir? ¡Era la primera vez que tenía unas llaves de coche en su poder! Entonces, me di cuenta de algo.

—¿De dónde sacaste las llaves?

—Me las dio Oliver. Estamos juntos en esto, deberías dividir tu mala hostia entre los dos.

Ya sabía yo que era cosa de los dos.

—¿Y cómo narices las consiguió él, si no me he separado de ellas?

—Lo ignoro, supongo que te metería mano y no te diste ni cuenta.

¡Cómo no iba a darme cuenta de algo así! Adam seguía parapetado detrás de nuestro árbol, dábamos vueltas, como tontos, alrededor de él y, cuando estaba a punto de alcanzarlo, Olivia me sujetó del brazo y me obligó a detenerme.

—¡Me has llamado Fiona! —le dije, a pesar de que Olivia insistía en separarme del árbol.

—¡Lo siento! ¡Se me ha escapado! —Lo sentía tanto que le lloraban los ojos de la risa.

—Sara, no te imaginas lo que ha pasado en el comedor —me dijo Olivia, muy seria.

—Ilumíname —le dije, sin apartar mi mirada de Adam James Wallace.

—Ven, siéntate. —Entonces, la miré, y me di cuenta de que tenía la cara desencajada. ¿Qué narices pasaba? Más dramas no, por favor. Estaba saturada.

—Olivia, ¿qué ocurre? —le dije, con clara impaciencia en mi voz.

—Acaba de pasar algo en el comedor, algo que no te va a gustar nada.

—Suéltalo ya, Olivia. —Adam salió de detrás del árbol y se situó a mi lado, preocupado.

—Al parecer, Tessa se ha echado nuevo novio. Se acaba de enrollar con él delante de medio colegio y han hecho oficial, delante de sus amigos, que son pareja.

Joder. Tessa, Tessa, Tessa. ¿Y a mí qué narices me importaba lo que hiciera esa petarda? No quería saber nada de ella. Me crispaba incluso escuchar su estúpido nombre. No tenía ganas ni de llamarla hamburguesa. Así de mal estaban las cosas.

—Olivia, ¿te importaría no nombrármela, por favor?

—Pero es que no sabes quién es el novio.

—¡No me importa! Por mí como si se lía con... ¡con el Papa!

—Sara...

Me di la vuelta, dispuesta a marcharme y no seguir escuchando nada más. Pero, Olivia, insistió.

—Sara, su novio es tu hermano. Es Daniel.

Me quedé paralizada. ¿Daniel? No, no era posible. Él no me haría algo así, sabía lo dañina que había sido esa arpía para mí. Olivia estaba equivocada. Me giré hasta quedar enfrente de mis dos amigos, que me miraban: ella con tristeza; él, sorprendido.

—No puede ser, ¿estás segura? —preguntó mi amigo.

—Sí, Adam, lo he visto con mis propios ojos.

Yo seguía sin reaccionar. ¿Tessa y Daniel? Imposible. Me repetía a mí misma que no, que, antes que con ella, mi hermano se liaría con cualquier otra. Y eso, en el caso de que estuviera soltero y sin compromiso. Pero, hasta donde yo sabía, él y Pear seguían juntos.

—¿Pear lo sabe? —Mi voz salió como un susurro. «Que me diga que no,

por favor. Que me diga que no».

—Estaba en el comedor cuando saltó la noticia.

No. Pobre Pear. ¿Cómo había podido mi hermano hacer una cosa así? No entendía nada. Me negaba a creerlo, necesitaba confirmarlo con él. Le mandé un mensaje de texto.

Sara: ¿Dónde estás?

Ni hola ni nada, directa al asunto. No esperé su respuesta. Avancé, a paso ligero, hacia la entrada del colegio, intentando asimilar todo lo que me había contado Olivia. Primero aclararía el asunto con Daniel y después iría a buscar a Pear, una vez tuviera claro lo que había sucedido. Subía por las escaleras, hacia el comedor, cuando recibí la respuesta.

Daniel: En mi clase, ¿por qué?

«Como si no lo supieras».

Sara: No te muevas.

Tardé cuatro minutos. Cuatro minutos en subir diez plantas a todo correr y llegar hasta su clase. Adam y Olivia venían conmigo. Cuando entré, me faltaba el aire. Oteé toda la clase y vi a Daniel y a sus amigos (entre los que se incluía mi exnovio) apoyados en las mesas. Había bastantes alumnos más. Iba a ser como ver un espectáculo en vivo y en directo. Me acerqué a ellos con la respiración agitada. Mi mirada se dirigió primero a Will, pero la aparté. Él ni me había mirado, lo que era habitual.

—Dime que no es verdad —exigí a Daniel. Aún tenía esperanzas.

—Todavía no te leo la mente, aunque me falta poco para conseguirlo, te lo aseguro. ¿El qué no es verdad? ¿Puedes ser más explícita, por favor?

—Dime que no estás liado con Tessa.

—No estoy liado con Tessa.

Lo sabía, sabía que no podía ser cierto.

—Estamos saliendo juntos, es algo más que un simple lío.

Me sentí como si me arrojaran un cubo de agua fría a la cara. Solo podía pensar en Pear. «No tienes perdón, Daniel». Miré a Will, que parecía indiferente, como si no fuera con él. Y, en cierta manera, así era; a él no tenía

por qué importarle lo que me pasase a mí con Tessa. Ni lo que le pasase a Pear con mi hermano.

—Entonces es cierto. No me lo puedo creer. —Pasé de la incredulidad a la furia en segundos.

—Tampoco exageres, hermanita.

—Tienes que dejarla, ahora mismo —le ordené.

—¿Perdona?

—Que la dejes, Daniel.

—¿Y por qué tendría que hacer tal cosa?

—¿Por qué? ¿Te parece poco que sea mi archienemiga número uno?

—Oh, Sara, por favor, que no tienes doce años. Madura de una vez.

—No puedes estar con ella después de lo que me ha hecho.

—¿Qué te ha hecho? ¿Te ha copiado algún modelito? ¿El color del esmalte de uñas, quizás?

—No, Daniel. Me ha hecho cosas... cosas graves. Y tú lo sabes. —«Y tú también», le dije a Will con la mente. No podía echar la culpa a Tessa por lo que nos había pasado a Will y a mí, porque la culpa era mía. Pero, si ella no se hubiera empeñado en joderme la vida y no se hubiera acostado con mi novio, ahora seguiríamos juntos. O quizá no. Quizá hubiera ocurrido de todas formas. Imposible saberlo. Pero, de todas maneras, me parecía increíble que Will apoyara a Daniel en aquello.

—No pienso dejarla por algo que pasó hace un año, Sara. ¡Un año! Cometió un error, pero no ha vuelto a hacerte nada desde aquello.

¿Que no me había hecho nada nuevo? «Si tú supieras. ¿No te basta mi palabra, Daniel?». Y yo pensando que empezábamos a tener una relación de hermanos normal...

—¡Sí que me ha hecho!

—¿Qué te ha hecho? —me preguntó, interesado, mi hermano.

—Ella... ella...

—Venga, Sara, dímelo. Dime qué es lo que te ha hecho y, si lo considero lo suficientemente grave, la dejaré. Te lo prometo.

No podía decir nada, no se trataba de mí. Debía proteger a Kelly, demasiadas personas lo sabían ya. Y la clase estaba llena de gente, cada vez llegaban más alumnos. Todos en silencio, todos escuchando la pelea de los mellizos Summers. Ni los amigos de mi hermano ni los míos se habían pronunciado.

—Dímelo —me insistió.

—No tengo que darte explicaciones, Daniel. ¿No te vale con que te diga que me ha hecho daño?

—No, no me vale.

—¿Y qué pasa con Pear?

—¿Qué sucede con ella? —Aunque quisiera ocultármelo, había visto un atisbo de dolor en sus ojos. O quizá me lo había imaginado, con Daniel nunca se sabe. Nunca sé lo que pasa por su cabeza.

—¿No estabais juntos?

Daniel se rio.

—Por supuesto que no, solo nos divertíamos a ratos. Y me he cansado. Díselo a tu amiguita, para que no me acose reclamando amor.

A veces piensas que conoces a las personas, pero en realidad no las conoces para nada. En aquel momento, mi hermano era un desconocido para mí. Una persona horrible, sin sentimientos. Mi enfado llegó a su peor momento.

—Te odio, Daniel. Eres despreciable.

—Nada nuevo. Hace años que lo asimilé. ¿Algo más?

—No. Nada más —le contesté, más triste que enfadada.

Abandoné la clase ante las miradas de decenas de ojos. Olivia vino conmigo, pero Adam no. Mi hermano y él no era que se llevasen bien, pero tampoco se llevaban mal, siempre habían tenido una conexión especial.

—Lárgate, Adam —se anticipó mi hermano—. Y no me des el sermón, que nos conocemos.

—Que te jodan, Daniel.

Daniel

Plan A, fracasado. Debíamos pasar al plan B. No es que tuviera demasiadas esperanzas de que mi hermana confesara a la primera, pero tenía que intentarlo. ¿Qué coño me ocultaba?

Aunque contaba con ello, en el fondo de mi mente, estaba enfadado. Enfadado con ella por creer que era capaz de liarme con su peor enemiga. A veces, tenía dudas de los resultados de los miles de tests de inteligencia que le habían hecho a lo largo de su vida. ¿Cómo una persona tan inteligente podía ser tan obtusa?

Por otro lado, ¿qué esperaba? Me había esforzado mucho por que pareciera real, porque tenía que creerlo todo el mundo y, sobre todo, tenía que creerlo mi objetivo: Tessa Marlock. Me aseguré de que la bronca con mi hermana la tuviéramos en clase, para que lo escuchasen todos y le fueran con el cuento a Tessa. Necesitaba que confiase en mí.

—Joder, Dan. Te has pasado —me dijo Aaron. Les hice una señal, a todos, para que saliésemos de clase. Ya no me interesaba que los demás escuchasen nada.

—Hasta yo sé que esa tía odia a tu hermana y se pasa el día haciéndole putadas. ¿En qué coño estás pensando?

—Aaron tiene razón, y no importa que haya pasado un año, se metió en la cama de Will, joder —añadió Jack. Se quedó mirando a Will, esperando alguna clase de explicación. Decidí ser yo quien los pusiera en antecedentes.

—Le ha hecho algo.

—¿De qué hablas?

—De Tessa. Ha hecho algo a mi hermana. Pero no sé el qué. Y ha quedado claro que Sara no me lo va a contar.

—Joder, ¿era una encerrona?

—Sí —continuó Will—, creemos que Sara se dejó caer en el campeonato de patinaje a propósito. Y seguro que no fue ella quien me rayó el coche. Teníamos la sospecha de que Tessa estaba metida en esto y acabamos de comprobar que andábamos bien encaminados.

Will me contó, la noche de mi cumpleaños, todas sus sospechas, y

estuvimos pensando cuál podía ser la manera más rápida y eficaz de saber lo que había pasado. Llegamos a la conclusión de que, si mi hermana no confesaba por las buenas, tendríamos que sonsacárselo a Tessa por las malas; si es que era ella la culpable, que, a juzgar por la reacción de Sara, parecía que sí. Nos echamos a suertes cuál de los dos sería el afortunado novio de Tessa. Perdí yo. Solo esperaba que, cuando todo aquello pasase, Pear me perdonase. Pero tenía que hacerlo. Y no podía arriesgarme a contárselo todo, porque era imprescindible que Tessa viese que había muy mal rollo entre nosotros y que no tuviera duda de que mi acercamiento a ella era real y no iba con segundas intenciones.

—¿Y cuál es el plan?

—Aproximarme lo suficiente a Tessa y encontrar alguna mierda con la cual amenazarla para que confiese. Tengo que ganarme su confianza y descubrir qué cojones ha hecho a mi hermana.

—¿Y después?

—Devolvérsela, multiplicado por cien.

—Cuenta con nosotros.

Sara

Debía encontrar a Pear. Escuché un sonido de móvil. Era el de Olivia.

—Chicos, Moira me ha mandado un mensaje, están todos en la habitación de Pear. —Salimos del edificio principal y corrimos hacia la residencia. Cuando llegamos, abrí la puerta de la habitación de mi amiga sin llamar. Entré la primera y vi a todos mis amigos sentados entre la cama y el suelo.

—Hola. —Reconozco que fue poco original, pero no sabía qué otra cosa decir. Me acerqué a Pear y me senté a su lado.

—Nos ha dicho Olivia que estabas con Daniel. ¿Qué ha sucedido? —me preguntó Brian.

—Quería que me dijera a la cara que se ha liado con Tessa. Y exigirle que la dejara.

—¿Y ha funcionado?

—¿Tú qué crees?

Pear no dijo nada, permanecía en silencio. No me gustaba. Pear nunca estaba callada, siempre tenía algo que decir, siempre tenía que abrir su corazón y expresar lo que sentía, porque no es de las que se lo guardan dentro.

—Yo aún no me lo creo. ¿Daniel con Tessa? ¿Es una broma de mal gusto?

—No, no es broma. No sé ni cómo me he sorprendido al principio. Todo lo que hace mi hermano lo hace pensando en sí mismo y el resto del mundo poco cuenta. No importa quién salga perjudicado por el camino. Me había olvidado. Lo siento, Pear. Ojalá pudiera borrar todos los actos de mi hermano. Pero no puedo.

—Daniel puede tener a quien quiera, ¿por qué con ella?

—Porque me odia. —Marco tenía razón, mi hermano podía liarse con cualquiera, la mitad del colegio suspiraba a su paso.

Las primeras palabras de Pear fueron para defender a mi hermano.

—Daniel no te odia, Sara.

—Pear, no lo defiendas. No se lo merece. Abre los ojos. No puedes ponerte de su lado después de lo que ha hecho.

—No, Sara, abre tú los ojos. Ignoro la razón por la que Daniel ha hecho lo que ha hecho, y soy consciente de que la mayoría de la gente que lo rodea le importa una mierda, pero tú no eres una de ellas. Es probable que seas la

persona que más quiere en el mundo.

—Pear, ¿cómo puedes pensar así después de lo que ha hecho? Te ciega tu amor por él. Eres demasiado buena.

—No, Sara. Daniel es la persona más fuerte que conozco, no se implica emocionalmente con nadie, pero yo lo he visto derrumbarse. Lo he visto derrumbarse por ti. Cuando tuviste el accidente y el padre de Nat nos contó lo que le pasaba a tu cuerpo, tu hermano tuvo un ataque de ansiedad por imaginarte en esa situación. No me digas que te odia, porque no es así.

—¿Qué... —estaba muy confusa— qué le sucedía a mi cuerpo? ¿Por qué tuvo un ataque de ansiedad?

—Genial, Pear. Tenías que soltarlo —le recriminó Adam.

—Lo siento. Lo siento, Sara. Pero es que no me parece justo tu trato hacia Daniel.

—¿Alguien va a contarme qué demonios dijo el doctor Murray?

Silencio. Nadie dijo nada.

—Oliver.

Silencio.

—Adam.

—Puede que, cuando despertaste del coma, tu padre y tus hermanos decidieran suavizar la situación. Para que no te alteraras, no había motivo para que supieras todos los detalles, lo peor había pasado.

—¿Qué dijo, Adam?

—No recuerdo las palabras exactas.

Los miré a todos, pero nadie parecía dispuesto a contarme nada.

—Estoy bien, ha pasado casi un año desde mi accidente, podéis contármelo. No soy tan frágil. Puedo soportar lo que sea.

—Es curioso que no recuerde casi nada de aquellas semanas —dijo Oliver, sin mirarme. Tenía la vista perdida en la pared, como si estuviera pensando en alto—. Sin embargo, algunas palabras de Murray las tengo grabadas a fuego en mi cabeza. *«El conductor de un todoterreno iba ebrio y por encima de la velocidad permitida. Se ha salido en una curva y se ha llevado a Sara por delante... El impacto ha sido muy fuerte y tiene una importante lesión cerebral. Los órganos del cuerpo se han desplazado y han impactado entre ellos, provocando daños internos... Ese desplazamiento ha provocado la rotura de varios vasos sanguíneos y una hemorragia interna. Le hemos extirpado el bazo y el apéndice, pero sigue habiendo órganos dañados... Una de sus piernas debió de quedarse enganchada en el*

estribo...». Y creo que, más o menos, ahí fue cuando Daniel colapsó.

A partir de ese momento, esas palabras también se grabaron a fuego en mi mente. Sería algo que compartiríamos Oliver y yo para toda la vida. Cada vez que hablábamos de mi accidente, era más consciente de lo que tuvieron que pasar las personas que me querían. Me levanté y salí de la habitación.

Vagué sin rumbo por el colegio, pensando en todo lo que había pasado desde mi accidente, y mis piernas me llevaron al embarcadero. Me senté y cerré los ojos.

—Sara.

—Hola, Olivia.

Comenzó a hablar sin que yo le preguntase nada.

—No hablamos demasiado de tu accidente, ni siquiera entre nosotros. Es un tema tabú. Los «días oscuros» lo llamamos. Fue... —la animé para que continuase—... fue horrible, Sara. Daniel sufrió un ataque de ansiedad, tuvieron que atenderlo entre tres personas y suministrarle pastillas para que se calmara. Cuando despertó, se negó a salir de tu habitación, no quería que te despertaras y te sintieras sola. Se encerró en su mundo y no se comunicaba con nadie. Apartó incluso a Pear de su lado. Tu padre estaba desesperado. Adam... no quiero ni pensar en lo que hubiera hecho Adam si te hubiera pasado algo, no creo que lo superara en la vida. Estaba destrozado. Eres casi todo su mundo. Oliver... no asimilo que sea capaz de acordarse de esas palabras porque durante esas semanas era un fantasma, como si estuviera muerto en vida, no reaccionaba a casi ningún estímulo externo. Pear se sentía culpable; ella lo vio todo, te obligó a salir a montar a caballo y es algo que no se va a perdonar nunca. Lleva meses acudiendo al despacho de Brenda. Tiene pesadillas por las noches.

—Ella no tuvo la culpa —susurré. ¿Por qué no me habían contado nada de eso antes?

—A ver si puedes convencerla tú de eso. Fueron unas semanas horribles, discutíamos entre nosotros, nos pasábamos media vida en ese hospital infernal, rezando para que todo saliera bien, rezando para que despertaras y para que, cuando lo hicieras, despertaras tú. Porque no sabíamos quién podría despertarse de ese coma. Y, entonces —las lágrimas se deslizaban por mis mejillas sin vergüenza—, una mañana, Daniel llamó a Oliver. Y le dijo que te habías despertado —se rio—. Y que querías tocar el piano. Entonces lo supimos, te habías despertado y eras tú. Era tu esencia. Nuestra Sara había vuelto.

—Gracias, Olivia. —Rodeé su cuello con los brazos y la abracé con fuerza.

Del embarcadero fui directa a la habitación de Daniel. Me olvidé de todo, de todos mis problemas, de Tessa, de sus mentiras, de ellos dos juntos. Llamé a la puerta y enseguida me abrió. Lo había sorprendido, no me esperaba. Miré con disimulo dentro de su habitación y comprobé que estaba solo. Sin embargo, me quedé en la puerta.

Me acerqué a él y lo abracé. Lo abracé con todas mis fuerzas, como si fuera el último abrazo que daría en mi vida. Quería decirle tantas cosas. Al principio, se quedó frío, supongo que por la sorpresa, pero, al momento, me correspondió y me rodeó con sus brazos. Comencé a llorar.

—Daniel, perdóname. No te odio. Perdóname, por favor.

—Ya lo sé.

—Te quiero y siempre te querré, hagas lo que hagas.

Noté su sonrisa en mi cabello. Dicho aquello, recordé que se había liado con Tessa y seguí con mi enfado.

—Pero no te creas que se me olvida que te has liado con mi peor enemiga y que has traicionado a mi mejor amiga.

—Sara...

—Lo que le has hecho a Pear no tiene nombre. Vete a la mierda, Daniel. Eres lo peor.

—¡Sara! —me llamó cuando me iba—. Bipolaridad. Háztelo mirar.

Le hice un corte de mangas y me marché. Escuché el portazo cuando cerró la puerta.

Hay hermanos perfectos que se quieren y viven en armonía. Pero no era nuestro caso. Nosotros no nos llevábamos bien y nuestra relación no era sencilla, porque los dos éramos de carácter complicado. Sin embargo, había algo que entonces sabía y que no iba a olvidar. Daniel y yo nos queríamos. Y eso no iba a cambiar, pasase lo que pasase.

El viaje definitivo

Febrero pasó. El sol se hizo su hueco, y cada día brillaba con más intensidad.

Cinco de marzo de 2010: otra fecha que jamás olvidaríamos.

Cuando ocurre una desgracia, nunca viene sola; empiezas a caer y a caer y parece no haber fin. Y, cuando crees que no puedes caer más, el suelo vuelve a abrirse bajo tus pies y sigues cayendo hasta que te sumerges en el abismo más profundo. Y, entonces, ¿cómo sales de ahí?

Desde que me había enterado de toda la verdad de mi accidente, Pear y yo no nos separábamos ni un minuto. Me atrincheré en su cama y la obligué a que me hablase sobre esas pesadillas y sobre sus sesiones con Brenda, la psicóloga. No había vuelto a subirse a un caballo, y me propuse cambiarlo. Sabía que me costaría, pero el esfuerzo valía la pena. También hablábamos mucho de mi hermano. Pear insistía en buscar un motivo oculto para que estuviera haciendo aquello. Yo creí que era una manera desesperada de seguir confiando en él y negar la realidad. Y la realidad era que estaba enamorada hasta las trancas de mi hermano. Ya sabía yo que ese rollito de amigos con derecho a roce era peligroso, porque corres el riesgo de enamorarte. «¿Sigues pensando en Pear, Sara? ¿O te ves reflejada en la situación? Maldito subconsciente. Maldito Oliver».

El día cuatro de marzo, estaba deprimida. No por nada en especial, pero había días que me levantaba animada y otros días que me levantaba tristonera. Era uno de esos días en los que eres consciente de todos los problemas que arrastras a tus espaldas y... te abrumba. Mi accidente, Pear y su caballo, Pear y su culpabilidad, mi fracaso con Will, mis sentimientos por Oliver, a los que me negaba a darles nombre, la nueva traición de mi hermano, Tessa, mis patines...

Era jueves, y Oliver se había marchado con sus padres a Edimburgo a pasar el día y hasta la mañana siguiente no volvería. Solía hacerlo de vez en cuando.

Por la tarde, después de las clases, Adam entró en mi dormitorio. Venía con la maleta preparada. Se iba a esquiar con sus padres y sus hermanas.

—Hola, *Totó*. Vengo a despedirme.

Intenté poner la mejor de mis sonrisas. No quería que se fuera preocupado.

Era tradición en su familia irse todos los inviernos, los seis, a esquiar un fin de semana largo. Me levanté de la cama y lo abracé. Aspiré su olor y me sentí mejor. Me sentí en casa.

—Pásalo muy bien, Adam. Nos vemos el domingo.

—¿Estás bien? —Me conocía demasiado.

—Sí, claro que sí.

—¿Vas a dormir con Pear?

—Sí, no te preocupes, y vete ya.

—Sara, ¿quieres que me quede?

—¡No, por supuesto que no! Adam, voy a estar bien, no te preocupes. Y, además, Olly viene mañana.

—Puedo quedarme, no me importa. Ya lo sabes.

—Adam. Estoy bien. Venga, ¡lárgate ya! —Lo sujeté del brazo y lo obligué a salir de mi dormitorio. No quería que se fuese, quería que se quedase conmigo. Pero no podía hacerle eso. Se merecía unos días con su familia. ¿Por qué tenían que irse mis dos mejores amigos el mismo fin de semana? Intenté contener las lágrimas en mis ojos, sin éxito.

—Joder, *Totó*. Voy a decirles a mis padres que se vayan sin mí.

—Adam, no, por favor. Yo...

—Pero pídemelo. Necesitas pedírmelo. Tienes que aprender a pedir ayuda cuando la necesitas, *Totó*, nunca lo haces.

Me costaba pedir ayuda, lo reconozco. Y es difícil romper con ese tipo de actitudes.

—Quédate conmigo, por favor. —Me acabé rindiendo.

Adam me abrazó, y yo me sentí egoísta.

—Soy la peor persona del mundo.

—No. No lo eres. Y no te preocupes, mañana, en cuanto llegue Olly, me iré por mi cuenta y me reuniré con mi familia en las pistas.

—No te merezco.

—Nadie lo hace. —Me sonrió de medio lado y me dio un beso en la cabeza.

Adam se fue a hablar con sus padres para explicarles que, al final, no iría con ellos. No se lo tomaron mal, entendían que eran tiempos difíciles. Y, además, solo tardaría un día en reunirse con ellos. Vinieron todos a mi dormitorio y se despidieron de mí. Adam no deshizo la maleta y nos metimos temprano en la cama. Al día siguiente, le esperaba un duro día de viaje.

Por la mañana, nos despertamos temprano, pero nos quedamos en la cama

hablando y recordando tiempos mejores. Adam se iba a media mañana. Como no tenía nada mejor que hacer hasta la hora de la salida, decidió venir a la clase de primera hora con nosotros. Apenas cinco minutos después de que empezase la clase, la secretaria de la directora Peters irrumpió en nuestra aula.

—Disculpad la interrupción.

—¿Qué necesitas, Sharon? —preguntó con amabilidad la profesora. Ojalá hubiera sido tan amable con nosotros. Así hubiéramos dejado de llamarla «La Terminator».

—Vengo a buscar a Adam Wallace.

¿A Adam? Me extrañé.

—¿Qué has hecho, Adam? —le preguntó Brian.

—¡Nada! —se defendió mi amigo.

—Muy bien. Señor Wallace, salga, por favor.

Adam se levantó y salió de clase acompañado por Sharon. En cuanto se cerró la puerta, empecé a preocuparme, no sabía la razón. Habían podido llamarlo por cualquier motivo, pero algo en mi interior me decía que no, que había sucedido algo grave. Me levanté de mi silla y me acerqué a la salida.

—Señorita Summers. ¿Dónde cree usted que va?

—Necesito ir al servicio.

—¿No es capaz de aguantarse con la edad que tiene? Siéntese.

—No, no me puedo aguantar.

—Si sale por esa puerta, señorita Summers, lo hace con la mitad de esta asignatura suspendida. Y no es lo que más le conviene.

Ni lo dudé, salí de clase y di un portazo. Subí por las escaleras, despacio, como si no quisiera llegar a mi destino; tenía un mal presentimiento en el cuerpo. Mi corazón empezó a galopar en mi pecho y, a medida que me aproximaba, me inquietaba más. Aceleré el paso. Cuando llegué a la planta donde se encontraba el despacho de Peters, escuché a alguien discutir. Era la voz de Adam. Empecé a correr.

—¡Dejadme en paz! ¡No me toquéis!

Descubrí a Sharon sentada en su sitio con los ojos llorosos. Pasé igual que una exhalación a su lado hacia la puerta del despacho de la directora.

—¡Espera, Sara! ¡No puedes entrar ahí!

Abrí la puerta y lo primero que vi fue a Peters, junto con Brenda, y con el jefe de estudios. Sus caras no presagiaban nada bueno.

—*Totó* —me susurró Adam, apenas con un hilo de voz.

Miré a mi izquierda, y Adam vino lanzado hacia mí. Tenía una expresión en la mirada que no le había visto en mi vida. Estaba desolado. Me abrazó, con tanta fuerza, que caímos los dos al suelo. Adam lloraba sin consuelo, y yo no sabía qué le pasaba. Nos quedamos abrazados en el suelo. Él lo hacía como si no tuviera nada más que abrazar y como si se le escapara el tiempo entre los dedos.

—Tranquilo, cariño. Estoy aquí. No me voy a mover. Shhh, estoy aquí — repetía una y otra vez.

Rompí a llorar sin poder evitarlo. Porque me rompía el alma verlo así. Porque algo muy malo había pasado. Porque, a pesar de tenerlo entre mis brazos, lo noté muy lejos. Más lejos que nunca.

—*Dejémoslos solos.* —Escuché, de fondo, la orden de Peters.

—*Amanda, no creo que sea lo mejor.*

—*Brenda, vámonos. Necesitan unos minutos a solas.*

Permanecimos en el suelo dos horas. Dos horas, llorando. Dos horas, sujetando a Adam con mis brazos y susurrándole palabras de amor. Oliver entró en algún momento, no recuerdo cuándo, y se unió a nosotros.

Más tarde, la noticia cayó sobre mí como un rascacielos de cien pisos. La familia de Adam había tenido un accidente de coche en la nieve. No habían sobrevivido. Ninguno. Ni su madre, ni su padre, ni ninguna de sus tres hermanas. Había fallecido toda su familia. En el acto. Y él debería haber estado en ese coche. Pero no estaba, porque yo le pedí que se quedara conmigo.

Dos días después, se celebró el funeral en Edimburgo. Vino todo el mundo. Familiares, profesores, alumnos. Era abrumador. Todos se aproximaban a Adam para darle el pésame y era comprensible, es lo que se hace en esos casos, pero no deja de ser doloroso. Era un recordatorio constante de lo sucedido. No le dieron a Adam ni un puto segundo de tregua.

El momento del entierro fue el peor, sin ninguna duda. Yo no me solté del brazo de Adam; tenía la sensación de que, si lo hacía, se desplomaría. Desde aquellos gritos que escuché en el despacho de Peters, no había dicho ni una palabra más, ni una. No tenía ni idea de cómo íbamos a superar aquello.

Cuando acabó todo, la gente seguía acercándose a Adam para darle todo su apoyo. «Dejadlo en paz, joder. ¿Por qué tienen que suceder estas cosas? ¿Por qué la vida es tan injusta?». Por eso nunca he creído en Dios, porque, si existiera alguien ahí arriba, no habría permitido esa desgracia.

Me acordé de las hermanas de Adam, apenas habían empezado a vivir.

Tenían tanta vitalidad, tantos sueños. Y sus padres, siempre tan comprensivos con las trastadas que hacíamos. Derrochaban amor entre ellos y entre las personas que se encontraban a su alrededor. Eran una familia completa, una familia que irradiaba felicidad. Y ahora no estaban. Y no volverían. No podía más, necesitaba airearme. Aproveché el momento en que los abuelos de Adam lo arrancaron de mis brazos para consolarlo para escabullirme.

Salí del cementerio hacia el aparcamiento. No podía respirar. Necesitaba aire. Aceleré el paso y llegué hasta la mitad de la carretera. Cogí aire y lloré sin consuelo. Cerré los ojos. Intenté sacarlo todo. Me abracé a mí misma y sentí que el mundo daba vueltas a mi alrededor. Escuché pasos que se acercaban.

—Sara. Vuelve ahí dentro. Ahora.

Era mi hermano.

—Daniel, déjame tranquila.

—No, Sara. Tienes que regresar.

—No puedo. No puedo, Daniel. Es demasiado doloroso. No puedo soportarlo.

—Pues vas a tener que hacerlo. —Me secó las lágrimas con sus manos y me empujó, de vuelta, camino al cementerio—. Trágate las lágrimas, Sara. Trágate las porque no puedes permitirte las, no delante de Adam.

—Daniel.

—No, escúchame. Ese chico acaba de perder a toda su familia. Ahora mismo, su vida pende de dos hilos muy finos y tú eres uno de ellos. No puedes derrumbarte, no mientras él pueda verte, porque caerá contigo. Tienes que ser fuerte, Sara. Tienes que hacerlo por él, para que tenga en quién apoyarse. Y, cuando se duerma, si es que lo consigue, entonces llora todo lo que necesites y desahógate. Pero ahora, no.

—Tienes razón —reconocí sollozando—. Lo siento. Esto me supera. Dame un minuto, por favor.

Mi hermano asintió con la cabeza. Me sequé las lágrimas y me puse las gafas de sol. Intenté tranquilizarme, debía hacerlo por Adam. Volvimos juntos al cementerio. Busqué a Adam con la mirada. Y lo encontré. Parecía... parecía un niño perdido, un niño de tres años que se había perdido y que no encontraba a su madre. Era horrible. «Trágate las lágrimas, Sara. Te necesita entera».

Me acerqué a él y le di la mano. Me la asió con fuerza. Como si necesitara mi contacto para seguir viviendo. En cierta manera, supongo que así era.

Uno tras otro, los asistentes al funeral se fueron marchando.

Mi padre tuvo que llevarse a mi hermana Kate a rastras a casa. Las hermanas de Adam eran sus amigas, y no entendía por qué, de un día para otro, no las vería nunca más. Intenté explicárselo, pero... es que yo tampoco lo entendía. La abracé con fuerza e intenté transmitirle seguridad.

Lo más difícil fue convencer a nuestros padres y a los abuelos de Adam para que se fueran y nos dejaran solos. Adam necesitaba permanecer con sus padres más tiempo, no estaba preparado para marcharse. Necesitaba despedirse y no podía hacerlo con cien personas a su alrededor diciéndole lo mucho que lo sentían.

Después de estar horas enfrente de las tumbas de su familia, empezó a anochecer. Ninguno dijimos nada, no fue necesario.

La noche se volvió más oscura. Las horas pasaron.

¿Cómo te despidas de toda tu familia? ¿Cómo tomas la decisión de marcharte y dejarlos atrás? Cuando falleció mi madre, yo era tan pequeña que apenas lo recuerdo. No recuerdo estar en el cementerio despidiéndonos de ella. Quizá ni fui al entierro, quizá mi padre nos evitó ese dolor.

Adam rompió a llorar, desesperado.

Más tiempo pasó.

Adam dejó de llorar, para, minutos después, volver a empezar.

Empezó a llover.

Permanecimos los tres enfrente de las tumbas, sin movernos.

A cada minuto que pasaba, más fuerte llovía. Ya no sabía si Adam lloraba o no. No sabía si lo hacía Oliver. No sabía si lo hacía yo.

—Sacadme de aquí, por favor —nos suplicó, tiempo después, con la voz rota.

Esa noche, en mi cama, con Adam abrazado a mi cuerpo, pensé que en la vida pasas momentos buenos y momentos malos junto a la gente que quieres. Los momentos buenos son muy fáciles de llevar y todos nos queremos y somos muy amigos. Pero es en los momentos malos cuando te das cuenta de cuánto amas a las personas que están a tu lado. Porque su dolor es tu dolor. Mientras acariciaba la cabeza de Adam, pensé que ojalá fuera capaz de poder arrancar ese dolor de mi mejor amigo de su corazón y asumirlo como mío, haría lo que fuera con tal de aliviarlo.

Dos meses después

30

Oscuridad

Mayo nos alcanzó y, en dos meses más, nos graduaríamos en el *Crowden School* y nos iríamos a la universidad. Llegábamos al final de una etapa de nuestras vidas y una nueva se abría.

Adam había regresado al colegio apenas dos semanas después de la tragedia, a pesar de la renuencia por parte de todos los adultos. Y nosotros volvimos con él. Esas dos semanas, antes de volver, estuvo viviendo en mi casa, pero sus abuelos le dijeron que no tenía que ser así, que ellos eran su familia y que esperaban que, cuando regresara a Edimburgo para ir a la universidad, se fuera a vivir con ellos.

Adam no dijo ni que sí ni que no, la verdad es que no decía demasiado. No hablaba, no dormía y apenas comía. Lo poco que decía era para chillar o discutir por la más mínima cosa. Oliver y yo le dejamos hacer y lo apoyamos en todas sus decisiones, tenía que vivir su duelo a su manera. Y había dejado el hockey. Todos lo hicieron. Seguir jugando sin Adam... no era una posibilidad. Incluso Daniel lo dejó.

Era una situación muy difícil. Adam era un espectro, no era Adam. «Necesita tiempo», me repetía a mí misma todos los días, «volverá cuando esté preparado para hacerlo». Pero el resto de mis amigos no opinaban lo mismo.

—Sara, tienes que reaccionar, por Adam. No está bien. —Brian intentó razonar conmigo, una vez más, pero yo no estaba por la labor.

—¡Pues claro que no está bien! ¡Dejadlo en paz!

La más mínima crítica a mi Adam hacía que sacase las garras, no me gustaba que nadie hablase mal de él ni que criticasen sus actuaciones. Yo sí podía hacerlo, pero los demás no. Quien quisiera entenderlo que lo hiciera y quien no... era su problema. Estaba pasando por el peor momento de su vida. Necesitaba tiempo y comprensión por parte de todos, no gente diciéndole lo que podía o no podía hacer.

—Sara, esto va a terminar mal —me advirtió Marco, negando con la cabeza.

—¿En serio? —Me enfrenté a él—. ¿Peor de lo que está?

No me contestó.

—Esto ya ha acabado mal, Marco —sentencié.

Me levanté y preparé un zumo de naranja antes de ir a la residencia. En el fondo, sabía que tenían toda la razón, no podíamos seguir así. Habíamos dejado su tiempo de duelo a Adam, no le habíamos parado los pies por miedo a desestabilizarlo, pero se estaba destruyendo y no debíamos permitirlo. Había llegado la hora de hacerlo reaccionar para que pudiese seguir con su vida.

Entré en la habitación de Adam, que apestaba a alcohol. No era ninguna novedad, se emborrachaba dos veces por semana. Lo que no entendía era de dónde narices sacaba las botellas. Si pillaba por banda al cabrón que se las estuviera dando, le rompería todos los dientes. Adam todavía dormía. Descorrí las cortinas para que entrase algo de luz y me enfrenté a sus protestas, como todos los días. Me senté en su cama y le ofrecí el zumo de naranja con una pastilla.

—Bébetelo —le pedí con suavidad.

—Y, si no lo hago, ¿qué?

Quería provocarme, pero no lo conseguiría, no pensaba enfadarme con él. ¿Así era yo cuando estaba en mi rehabilitación? Recordé estar enfadada con el mundo. Recordé pensar que nada peor podía pasarme en la vida. Qué equivocada estaba y qué egoísta fui.

—No se te quitará el dolor de cabeza en todo el día.

—Me importa una mierda. —Se levantó de la cama y acercó a su boca la botella de *whisky* que había en la mesa.

—Adam, no. —Me levanté y le quité la botella, como tantas veces había hecho en los últimos meses. Oliver y yo intentábamos con todas nuestras fuerzas que no bebiera, pero había días que conseguía echarnos de malas maneras de su dormitorio y no nos dejaba entrar hasta el día siguiente. Pero, en esta ocasión, no me ganaría la batalla. No estaba dispuesta a que se acercara a esa botella. Primero, intentaría hacérselo entender por las buenas —. Así no desaparecen los problemas. Cuando se te pase el efecto del alcohol, volverán.

—Entonces volveré a beber. Problema resuelto.

Me quitó la botella, con brusquedad, de las manos y bebió un trago.

—Adam, para. —Intenté quitársela.

—Que te jodan, Sara. Hazme un favor y olvídate. —Arrojó la botella contra la pared y se rompió en mil pedazos.

Me alegré de que lo hiciera. Está demostrado que arrojar objetos contra la

pared disipa parte de la rabia. Y, además, ya no podía beberse esa botella.

—Voy a limpiarlo.

—No, Sara. No vas a limpiar nada, ¡vas a largarte de aquí! ¡Fuera!

Estaba más alterado de lo habitual.

—¡No pienso irme a ninguna parte, Adam!

—¡Quiero que te vayas! ¡Que desaparezcas de mi vida! ¡Aléjate de mí! ¿Es que no lo entiendes? ¡NO QUIERO QUERER A NADIE!

—Adam, mírame. —Le cogí la cara con mis manos y nos sentamos en la cama—. A mí no vas a perderme.

—Así será más sencillo cuando no estéis. —Hizo caso omiso de mi declaración, no me estaba escuchando.

—Te repito que no voy a separarme de ti. Te guste o no, estás atado a mí de por vida.

Ese día, por la tarde, Adam tenía sesión con Brenda. Tenía que estar con ella tres días a la semana. No sabía de qué hablaban, no nos habían dejado entrar. Aproveché ese rato para subir a la azotea del edificio principal y aislarme del mundo. Pensé en la familia de Adam. Los echaba de menos, eran mi familia. Me acogieron como una más desde los nueve años. Había visto nacer a dos de sus hermanas. Las había tenido en mis brazos cuando apenas tenían horas de vida. Pero mi dolor no era siquiera una sombra del dolor de Adam. No tenía derecho a sufrirlo, pero me lo permitía unos escasos momentos al día.

Me llegó un mensaje de Oliver. Quería saber dónde estaba. Le expliqué mi paradero y esperé. Llegó a la azotea cinco minutos después. Vino a avisarme de que debía irse a pasar la noche a Edimburgo. Su abuelo había venido de visita y quería pasar un día con él.

Yo estaba apoyada con los codos en el muro que separaba la azotea del abismo, y Olly me abrazó por detrás juntando mi espalda con su pecho.

—¿Seguro que estaréis bien? Hoy Adam tiene mal día. Acabo de dejarlo con la pandilla en su dormitorio.

—Sí, vete tranquilo. Puedo manejarlo.

—Está bien, llámame si me necesitáis. No importa la hora que sea.

Me dio un beso en la mejilla y se fue. Me quedé un buen rato pensando, aprovechando mis últimos momentos en soledad. Cuando estaba a punto de irme, me llamaron por teléfono. Era Brian.

—¡Sara! Ven al dormitorio de Adam. ¡Ya!

—¿Qué ocurre?

—¡Ven ya!

Colgué y salí corriendo. ¿Qué habría pasado? No fui consciente de haber hecho todo el camino desde la azotea hasta la residencia. Cuando llegué al piso de los chicos, abrí la puerta de la habitación de Adam sin saber lo que me encontraría dentro. Todos mis amigos estaban allí, y Adam daba vueltas por la habitación. Se le veía enloquecido y discutía con Marco.

—¡Dámelo, Adam!

—¡Que te jodan! ¡Que os jodan a todos!

Adam y Marco estaban a punto de pegarse. Me metí en medio.

—¿Qué está pasando aquí?

—Eso —Marco señaló la bolsita que Adam llevaba en la mano— es lo que está pasando. Y no me digas que no te lo advertí —me escupió las palabras en la cara.

Miré con detenimiento la minúscula bolsa, sin saber a qué se refería Marco, hasta que descubrí lo que era. «Oh, joder. No, no, no. Adam, no. Eso no».

—¿Qué coño es eso, Adam? —No necesitaba su respuesta para saber lo que era, pero quería que me lo dijera.

—¿A ti qué coño te importa?

—¡No me hables así! ¡No soy una puta desconocida en tu vida!

Me fijé en sus ojos, tenía las pupilas dilatadas y respiraba con dificultad. Estaba eufórico y agresivo al mismo tiempo. Estaba drogado.

—¿Cuánto has consumido? ¿Cuánto, Adam? ¡CONTÉSTAME! —Adam vaciló y no me contestó. Le quité la bolsa de la mano y fui al baño.

—¿De dónde coño lo ha sacado? —pregunté a Brian y Marco al pasar por su lado. Cuando yo no estaba con Adam, ellos lo acompañaban.

—No lo sé —respondió Brian—, te juro que no lo sé. —Marco ni me contestó, se agarraba el pelo con las manos y tenía los ojos llorosos.

—Sara —me dijo Moira, llorando—, te avisamos de que esto podía pasar.

—Ahora no, Moira. No es el momento.

—¿Desde cuándo lo está consumiendo? —Pear vino detrás de mí hacia el baño.

—Es la primera vez. —Arrojé todo el contenido de la bolsa que, por suerte, era bastante, por el retrete. No debía de haber consumido mucho.

—¿Cómo puedes saberlo?

—¡PORQUE LO SÉ Y PUNTO! —Estaba muy nerviosa. Cuando tiré de la cisterna del retrete, las manos me temblaban.

—¡Sara!

—¿Qué? —Salí del baño a todo correr.

—Algo le sucede, Sara. ¡Algo le pasa a Adam!

«Oh, madre mía, Adam». Estaba sufriendo espasmos y le costaba respirar, le temblaba todo el cuerpo y parecía que iba a ahogarse en cualquier momento. Me acerqué a él y noté que tenía mucho calor, chorreaba de sudor y tenía la mirada desenfocada.

—Está sufriendo un ataque —pensé en alto.

—¿Un ataque de qué? —preguntó alguien.

—¡No lo sé, joder! ¡YO NO LO SÉ TODO! —Coloqué la palma de mi mano en su mejilla e intenté llegar hasta sus ojos. «Vamos, Adam, mírame. ¡Reacciona!».

—Voy a avisar a la directora, ¿tiene que venir alguien a ayudarnos!

—¡No! Creo que es un ataque de ansiedad —les chillé, a todos en general, sin apartar mi mirada de Adam.

—¡Sara! ¡Alguien tiene que ayudarlo! ¡No puede respirar!

—No avises a nadie, dame un minuto primero.

Adam cayó al suelo, llegué hasta él y lo coloqué en posición fetal, después me puse detrás de él en la misma posición. Lo abracé, sin apretar demasiado, de manera que mi pecho tocaba su espalda. Mandé callar a todo el mundo, necesitaba silencio.

—Vamos, Adam. Respira, respira conmigo. Mira cómo lo hago yo, imita mis movimientos. —Inspiré y expiré muy despacio, mi pecho se movía arriba y abajo—. Es fácil, llevas haciéndolo toda la vida. Adam, siénteme, siente cómo respiro. —Su respiración se suavizó y su cuerpo se relajó—. Así, tranquilo, tranquilo, siente cómo se mueve mi cuerpo y haz lo mismo. Así, muy bien, Adam. Lo estás haciendo muy bien. Respira.

Levanté mi mirada hacia mis amigos, estaban todos paralizados, llorando. Todos. Yo también lloraba, aunque no había sido consciente de ello. Olivia aún seguía con la mano en la manilla de la puerta, preparada para salir en busca de ayuda. Cerré los ojos y escondí mi cabeza en la nuca de Adam. Seguimos respirando juntos durante unos minutos más.

Al cabo de un rato, me levanté y me situé delante de él. Lo miré a los ojos y deseé, de nuevo, con todas mis fuerzas, quitarle parte de ese dolor que ninguna persona a su edad debería sufrir. Éramos demasiado jóvenes para sufrir tanto. No habíamos empezado a vivir aún. La vida no podía ser tan dura.

—Ayudadme a meterlo en la cama.

Para la hora de cenar, Adam se había quedado dormido en mi regazo. Le acaricié la cabeza y lloré en silencio. No sabía si había pasado la crisis de ansiedad, no tenía ni idea de lo que debía hacer. Estaba muy asustada. Y muy perdida.

—Sara —me llamó Marco con suavidad—, vete a descansar un rato, yo me quedo con Adam.

—No, ¿y si se despierta con otra crisis?

—Creo que ha pasado lo peor. Necesitas descansar, duerme un poco. No puedes estar ahí sentada toda la noche. Yo me quedo.

—Estoy bien. No voy a moverme de aquí.

—Vale. Entonces haremos turnos para acompañarte.

Asentí con la cabeza y la apoyé en el cabecero de la cama. Lágrimas nuevas brotaron de mis ojos.

Adam no se despertó hasta el día siguiente. Supuse que el cansancio y la ingesta de alcohol y drogas, junto con el ataque de ansiedad, pudieron con él. Me alegré de que hubiera descansado.

—¿Sara?

Adam se incorporó, nos miramos el uno al otro y los recuerdos de la noche anterior vinieron a nuestras memorias. Supe que él lo estaba reviviendo todo. Se lo noté. Permanecí impasible. Brian y Pear estaban con nosotros. Nadie dijo nada. Cuando fui consciente de que Adam recordaba todo lo que había pasado, me levanté y fui al baño.

—Si vuelves a hacer algo así, no te lo perdono en la vida, Adam.

Regresé a la habitación y me tumbé en la cama de espaldas a ellos. Estaba agotada y no tenía ningún sentido marcharme a mi habitación. No me molesté ni en ponerme ropa más cómoda. Quería dormir y olvidarme de la que, con toda probabilidad, había sido la noche más difícil de mi vida.

Debería haber avisado a Oliver, pensé, poco antes de dormirme. Pero no quería preocuparlo. Cuando viniese, se enteraría de todo; lo peor había pasado. O eso esperaba. Estaba en un estado semiinconsciente y escuché los susurros de mis amigos.

—Adam, vete a comer algo, necesitas alimentarte.

—No quiero dejarla sola.

—Ya me quedo yo con ella.

—No, quiero quedarme.

—Está bien, te traemos algo de comer entonces.

—Vale. Traed algo para Totó.

—*Sí, por supuesto.*

Por la tarde, vino Oliver. Los chicos le explicaron todo lo sucedido la noche anterior, y Olly me echó en cara que no lo hubiera llamado al momento. Como no quería alterar a Adam, la pagó conmigo. No necesitaba esa mierda. Salí de la habitación del infierno y vagué por el colegio.

Todavía no habían acabado las clases. Natalie me había contado que Peters fue a la habitación de Adam mientras yo dormía. Le explicaron que había sido una noche dura y que no habíamos dormido demasiado, sin entrar en detalles, por supuesto. Supondría la expulsión directa de Adam del *Crowden*. La directora nos permitió faltar ese día a todas las clases; estaba siendo muy permisiva con todo el asunto. Se lo agradecería toda la vida. «En algún momento lo haré en persona, cuando me sienta con fuerzas».

Caminaba tan ensimismada en mis pensamientos que no me fijé ni por dónde iba, hasta que acabé chocándome con alguien.

—Mira por dónde vas, idiota.

Tessa. Nos miramos la una a la otra. Había llegado hasta la puerta de la sala de descanso donde casi todos los alumnos pasábamos el rato después de comer y antes de que empezaran las clases.

—Joder, Summers. Vaya careto que llevas. Estás horrible. ¿Hace cuánto que no te lavas el pelo? Y un poquito de maquillaje tampoco te vendría mal... te lo digo por si quieres dejar de parecer un zombi.

Intenté pasar de ella, pero cuando alguien tiene ganas de pelea...

—¿Sabes? La vida me sonríe. Estoy feliz. —Y, de verdad, su expresión era de pura felicidad. Empezó a soltarme un discursito de lo bien que le iban las cosas, aunque a mi cabeza solo llegaba un bla, bla, bla. Hasta que un nombre hizo eco en lo más profundo de mi mente y reaccioné.

Daniel.

—¿Qué has dicho?

—Pues eso, que nunca me ha gustado Daniel. No es que no sea guapo, que lo es, pero tenía una especie de obsesión hacia Will. Pero ahora que lo tengo enamorado, tengo ganas de jugar y divertirme con él...

No permití que terminara la frase. La cogí del cuello y la arrastré por el pasillo hasta que la empujé contra la pared.

—No te atrevas a hacerle algo a mi hermano, porque te vas a arrepentir.

Tessa comenzó a chillar y a pedir ayuda, yo descargué todo mi cansancio y mi furia en ella.

—¡Daniel, ayúdame! ¡Está loca!

Mi hermano y Will, que debían de estar dentro de la sala de descanso, vinieron corriendo hasta donde nos encontrábamos y nos separaron. No había llegado casi ni a tocarla.

—¡Esta vez no te libras de la expulsión, Summers! ¡Ya estoy hasta las narices de tanta amenaza! ¡La que te vas a arrepentir vas a ser tú de meterte en mi camino!

Intenté, con todas mis fuerzas, soltarme de Will para poder llegar a ella. Daniel me miró a los ojos y vio algo que no le gustó.

—¡Llévatela, Will! ¡Llévatela!

Will me arrastró hasta uno de los pasillos y me apoyó en la pared.

—Suéltame —le exigí.

Me soltó al instante y puso sus brazos en alto.

—¿Qué te pasa, Sara? —me preguntó, preocupado—. Estás muy nerviosa, te tiembla todo el cuerpo.

Me di cuenta de que parecíamos dos desconocidos. No sabíamos nada el uno del otro. Yo no sabía cómo le iba la vida y él tampoco sabía cómo me iba a mí la mía. No sabía del infierno que había pasado la noche anterior ni del desastre que era mi vida esa misma mañana. La situación se escapaba de mi control. No éramos más que marionetas de la vida.

—Tienes que tranquilizarte. No puedes seguir bailando al son de esa chica. Te maneja a su antojo, te saca de tus casillas. No te dejes, Sara.

Daniel apareció por la esquina del pasillo y llegó hasta nosotros.

—¿Qué pasa contigo? —me acusó—. He conseguido tranquilizar a Tessa, pero no puedes jugártela de esa manera. La directora Peters no va a consentir que le pegues de nuevo, te lo aseguro. Por mucho apellido Summers que lleves, a la próxima, serás expulsada.

—No me importa —me apoyé contra la pared, derrotada.

—Sara, sé que estás pasando por algo muy difícil —no tenía ni idea—, pero no puedes dejar que Tessa te altere de esa manera.

—Tú no sabes lo que me ha hecho.

Mi hermano se acercó a mí y colocó sus manos en mis hombros.

—Sí lo sé.

«¿Perdona?».

—¿Qué sabes?

—Lo sé todo, Sara. Y no gracias a ti. Pero necesito tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para hacer pagar a Tessa por todo lo que te ha hecho. Deja que yo me

ocupe, confía en mí. Aunque sea por una vez en tu vida. Yo me voy a ocupar de todo. Ve con Adam. ¿Qué tal está?

—No lo sé.

Y esa era la terrible verdad. No tenía ni idea de en qué estado se encontraba mi mejor amigo. Lo que sí sabía, de lo que sí estaba segura, era de que lo sacaría de ese maldito agujero.

Después de mi interludio con Daniel y Will, volví a la habitación de Adam. Cuando llegué, estaban varios de nuestros amigos dentro, no me fijé ni en quiénes eran.

—Dejadnos solos —ordené.

Salieron al instante. Todos excepto uno, claro. Me acerqué a Adam y hablé alto y claro.

—Quiero que me lleves contigo, estés donde estés. Arrástrame hasta el fondo, Adam. Y, una vez los dos estemos ahí abajo, te cogeré de la mano y te sacaré de ahí. Pero, primero, necesito encontrarte. Déjame encontrarte.

La decisión

Unos días después de esa terrible noche, ocurrió algo que cambió nuestro futuro. O, desde luego, el futuro que creíamos tener a corto plazo. Pero, si algo había aprendido en mi corta vida, era que las cosas sucedían por algo, y que cuando no era el momento de hacer lo que llevábamos toda la vida planeando... no era el momento. No importa lo que digan los demás, tú sabes que has tomado la decisión acertada. La que tenías que tomar para intentar encauzar tu vida.

Estaba en mi cama junto a Adam. Oliver se había ido horas antes a su habitación a dormir. Habíamos intentado dormir los tres juntos, pero era una causa perdida. La cama era demasiado estrecha para lo inquietos que estábamos. Nos movíamos mucho y era imposible conciliar el sueño. Incluso estando solo los dos me costaba dormir.

Todos los días vivía con miedo. Tenía miedo de que cualquier día me llamasen para informarme de que Adam había tenido un accidente o que le había pasado alguna otra desgracia, pero no podía cogerlo de la mano y llevarlo a mi vera. No tenía cuatro años, tenía dieciocho. ¿Qué pasaría cuando acabáramos el colegio? No sabía cuáles eran los nuevos planes de Adam, si es que tenía alguno.

Escuché mi teléfono móvil. Lo tenía siempre encendido, y con el volumen a tope, necesitaba saber que, si alguien intentaba localizarme, lo haría a la primera.

—¿Sara?

¿Adam? Me incorporé y encendí la luz. No podía ser Adam porque dormía junto a mí. Pero, al girarme, descubrí que no estaba. ¿Cuándo se había ido?

—Adam, ¿dónde estás?

—Necesito que vengas a buscarme.

Estaba borracho perdido. ¿Cuándo narices se había largado? ¿Y cómo no me había dado cuenta? No podía creer que me hubiera dormido de una manera tan profunda.

—Dime dónde estás.

—No lo sé, en una cabina de teléfono, me he dejado el móvil en tu dormitorio. No me encuentro bien.

«Genial, Adam. ¿Cuántas cabinas de teléfono hay en Perth? Piensa, Sara, piensa».

—Dime lo que ves a tu alrededor, cualquier cosa que veas, por insignificante que te parezca.

Comenzó a darme datos, me costaba mucho entenderlo, estaba tan borracho que apenas podía hablar. Mientras lo mantenía al teléfono, me puse un abrigo por encima del pijama y unas playeras. Cogí las llaves del coche y fui al garaje. Arranqué el coche y salí disparada hacia el pueblo. Cuando llegué a la verja de la entrada, le expliqué al vigilante que debía ir a buscar a Adam. Nos conocía, eran muchos años en aquel colegio, y sabía por la difícil situación por la que pasaba mi mejor amigo en esos momentos. Me preguntó que cuándo se había ido y cómo. No pude contestarle porque no tenía ni idea.

No me puso problemas, pero me dijo que debía informar a la directora al día siguiente. Acepté sin rechistar, qué remedio.

Después de unos minutos conduciendo, Adam me dio un dato importante sobre su paradero. Sabía dónde estaba. Aceleré y fui en su busca. Quince minutos después, llegué a mi destino. Lo encontré sentado en la acera, delante de la cabina de teléfono y con la cabeza escondida entre las piernas.

—Adam.

Levantó la cabeza y me miró con el semblante sombrío.

—Joder, la he vuelto a cagar.

—Vamos, Adam. Vamos a la cama. Tienes que dejar de pillarte estos pedos. Te estás jodiendo la vida.

Asintió con la cabeza. Lo ayudé a levantarse y a subirse en el coche.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunté, mientras lo llevaba de vuelta al colegio.

—He cogido la moto de Olly.

Claro, por eso había podido salir del colegio sin que lo vieran. Con la moto no era necesario pasar por la verja de entrada, podía salir por el bosque y, desde ahí, acceder a la carretera que llevaba al pueblo. Miré alrededor y no vi la moto. Supuse que la habría dejado en alguna parte y habría venido andando. Viendo lo ebrio que estaba, era una buena decisión. Al menos le quedaba algo de responsabilidad.

—¿Te acuerdas de dónde la has dejado?

—No.

Quizá me excedí con lo de la responsabilidad. Una sonrisa asomó por mis labios, en mitad de la tragedia.

—Olly va a matarme. —No entendía cómo era capaz de hablar, estaba sentado en el coche casi inconsciente. Sus últimas fuerzas las había utilizado en hablar por teléfono conmigo. Y, una vez que lo había encontrado, se había dejado vencer por el cansancio.

—Casi seguro que sí. Quiere más a esa moto que a nada en el mundo.

—No, a ti te quiere mucho más —susurró, apoyado contra la ventana. No le di demasiada importancia, no sabía ni lo que decía. Segundos después, cayó en un profundo sueño. Y fue un alivio, porque no tuve que dar demasiadas explicaciones al vigilante al volver al colegio. Mejor dormido que borracho.

A duras penas conseguí meterlo en mi habitación. Arrastrar un peso casi muerto es difícil. Y más para una chica tan poca cosa como yo. Cuando estaba a punto de tirarlo en la cama, Adam se echó para atrás.

—Voy a vomitar.

Su cuerpo empezó a convulsionarse y yo reaccioné a tiempo y lo acompañé al retrete. Mientras él estaba de rodillas en el suelo, mojé una toalla en el grifo para pasársela por la frente. Le aparté los rizos y esperé a que terminase para limpiarle la boca. Cuando acabó, se quedó sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Me senté junto a él.

—No puedo más, Sara. No lo aguanto más. Necesito desconectar y dejar atrás toda esta mierda. Necesito largarme de aquí.

—Bien, pues larguémonos.

—¿A dónde?

—A donde tú quieras.

—¿Vendrías conmigo?

Giré mi cabeza a la derecha y me encontré con sus ojos. Cerré los míos y apoyé la cabeza en su hombro. Me rodeó con su brazo.

—Iría contigo hasta el fin del mundo si fuera necesario, pero prométeme que vas a intentar mejorar.

—Te lo prometo.

—Todo va a salir bien. —Lo besé en la cabeza.

—Te quiero, *Totó*.

—Y yo a ti. Adam, sé que no puedo hacer nada para cambiar las cosas y para hacer que te sientas mejor, pero necesito que sepas que no estás solo. Oliver y yo estamos contigo y vamos a estarlo siempre. Somos tu familia.

Nos quedamos unos minutos callados en los que solo se escuchaban nuestras respiraciones. Ambos asumiendo lo que estábamos a punto de hacer.

—¿Y qué pasa con la universidad? —preguntó Adam minutos después.

—La universidad no se va a mover. Seguirá aquí cuando regresemos.

—¿Y si no lo hacemos?

—No lo sé, Adam. Universidades hay por todo el mundo. No es algo que me preocupe.

—Tu padre va a poner el grito en el cielo.

—Ya nos enfrentaremos a ello cuando toque.

—Me apetece Estados Unidos.

—Así será entonces.

Nos quedamos dormidos en el suelo del baño.

De madrugada, me desperté y zarandeeé a Adam para que nos moviésemos ambos a la cama. No conseguimos dormirnos de nuevo.

A las siete de la mañana en punto, Oliver entró en mi habitación. Adam y yo estábamos sentados en la cama con el ordenador portátil en mis piernas.

—Hola, qué madrugadores —nos saludó, sorprendido. Sorprendido porque, por primera vez en meses, Adam parecía animado.

—Hola —contestamos Adam y yo, sin levantar la vista del ordenador.

—¿Qué hacéis ahí tan concentrados?

—Comprando unos vuelos por internet.

—¿Unos vuelos? ¿A dónde?

—A Boston. Será nuestra primera parada.

—¿Primera parada? ¿De qué estáis hablando?

—Nos vamos a Estados Unidos en cuanto acabemos los últimos exámenes en el *Crowden* y no sabemos cuándo regresaremos. Adiós, Edimburgo. Adiós, universidad. Hola, futuro incierto.

—Ah, genial. ¿Y pensáis largaros sin mí?

—Hemos comprado tres pasajes.

—¿Con qué dinero?

—Hemos utilizado la tarjeta que los abuelos de Adam le prestaron *para emergencias*.

—Bien.

Oliver no lo dudó ni un segundo. Nos íbamos los tres. Decidimos mantenerlo en secreto. Cuanto más tarde lo supiesen nuestras familias, mejor.

—Por cierto —añadió Adam—, te aconsejo que vayas al pueblo con Sara en su coche y busques tu moto.

—¿Qué quieres decir con que *busque mi moto*? —preguntó el aludido, inquieto.

Adam y yo nos miramos y me puso cara de cachorro abandonado. «Ah, no,

guapito, de esta sales tú solo. Explícaselo tú al señorito obsesivo compulsivo con sus cosas».

—Voy a ducharme, os dejo para que habléis. ¡Suerte! —grité a Adam desde el baño.

A la hora de presentar la matricula definitiva para la universidad, ninguno de los tres lo hicimos. Fue entonces cuando fuimos conscientes de que nos íbamos. Abandonaríamos a nuestras familias y a nuestros amigos. Adam lo necesitaba, y tanto Oliver como yo haríamos cualquier cosa por él.

La venganza

Estábamos todos juntos cenando en el comedor. No recordaba cuándo había sido el último día que compartimos una comida los nueve juntos. Adam estaba más animado, nuestro viaje le hizo atisbar una pequeña luz al final del túnel. Observé a todos mis amigos y, por primera vez en meses, fui consciente de que no sabía nada de lo que había sucedido en sus vidas desde el accidente de la familia de Adam. Había estado concentrada en él y me había olvidado de todo lo demás.

Tampoco les habíamos contado nuestros planes de futuro. Que lo supieran no iba a cambiar nada, se enterarían cuando llegase el momento. Sí parecían sorprendidos por la repentina recuperación de Adam, pero no dijeron nada. A veces, es mejor callar. Miré a Pear y se me creó un nudo en el estómago, ella sería a quien más echaría de menos. Estaba más alejada de ella que nunca. Esperaba que me perdonase algún día por abandonarla, esperaba que lo entendiese.

Dirigí la mirada hacia la mesa de mi hermano. La que se iba a liar cuando se enterase. Preferí no pensarlo. Me fijé bien en él y descubrí lo concentrado que estaba, hablando con sus amigos. Algo tramaban. ¿Qué sería?

Will

Por fin teníamos a Tessa donde queríamos. Dan había hecho un trabajo cojonudo; había costado, sobre todo a él, que había tenido que enrollarse con ella, pero habíamos dado con algo. Algo muy jugoso. Algo ilegal. Algo que haría cantar a la rubita como un pajarillo si no quería que la expulsasen. Cuando saliese toda la verdad, esperaba aportarle algo de alegría y tranquilidad a Sara.

En los últimos meses, Sara vivía en una realidad paralela. No se relacionaba con nadie, no hablaba, no iba a clase, no comía bien. Pasaba la mayor parte de las horas del día con Adam. Era como si ninguno de ellos estudiara en el colegio, no se les veía el pelo. Estaba preocupado, no debería estarlo, pero lo estaba. No podía evitarlo. Cuando preguntaba por ella a Dan, él se frustraba más de lo que estaba. No sabía nada de su hermana desde hacía más de dos meses.

Juntamos los cuatro las cabezas, no queríamos que nadie nos escuchara.

—No basta con subir el vídeo que hemos conseguido a la web del colegio —explicaba Dan—. Necesitamos encontrar a alguien que sea capaz de divulgarlo en todas las televisiones y ordenadores. Y, sobre todo, que no puedan apagarlo en un par de horas. Quiero que lo vea todo el mundo.

—No creo que haya demasiados alumnos capaces de hacer algo así —dijo Jack—. Tu hermana es una de ellas, pero, como a ella no podemos pedírselo, la lista disminuye.

—No, no podemos pedírselo a ella. Y yo diría aún más —añadió Dan—. La persona que lo haga no solo tiene que ser capaz de hacerlo, tiene que estar dispuesta a arriesgarse a que la pillen y caerse con todo el equipo. Una cosa así solo lo haría alguien que idolatre tanto mi apellido como para que no le importe arriesgarse a una expulsión a un mes de graduarnos. Manipular la web del colegio y transmitir un vídeo sin consentimiento de la persona implicada no está permitido. Lo he comprobado.

Sabía por dónde iba mi amigo. «Joder».

—Así la lista baja —añadió Jack.

—Sí, baja tanto que tan solo queda una persona en ella —aclaró Dan.

—Aston —me escuché nombrar en alto.

—Exacto, Oliver Aston. Es nuestra única posibilidad.

El jodido Oliver Aston.

—Joder, tu hermana no podía juntarse con un simple mortal, no, tenía que hacerse la mejor amiga de un puto superdotado como ella, de alguien que está a su nivel, no como yo, que soy un puto pringado.

—Will, no creo que mi hermana se juntara con Oliver por eso.

—¿Y entonces por qué coño se juntaron?

—Es mejor que no te dé mi opinión.

—¿Qué es lo que crees? ¿Que el puto destino los unió? ¡Como si no lo supiera ya, joder!

—Ya hablo yo con él. —Me cambió de tema. Sí, mejor. Porque estaba a punto de liarme a hostias con la puta pared—. Conociéndolo, voy a tener que ser persuasivo.

—Va a aceptar por ella, por Sara. Haría cualquier cosa por ella —reconocí.

—Eso espero.

Daniel

¿Dónde podía andar Aston? No tenía ni puta idea. Antes los tenía más controlados, pero ya no sabía dónde coño se metían. Y no podía avasallarlo en su clase porque necesitaba pillarlo a solas. Así que me volví loco, buscándolo por todo el colegio, después de finalizar las clases.

Lo primero que hice fue ir a su habitación, pero no había nadie. Después de probar por todos los malditos rincones del colegio, me acerqué al laboratorio. Abrí la puerta y ¡bingo! «Debería haber venido aquí en primer lugar... con lo friki que es...».

—Aston —lo saludé al entrar.

—Summers —me contestó, con desprecio, sin levantar la mirada del cuaderno.

—Necesito que me hagas un favor.

Miró hacia atrás, buscando a la persona a quien se suponía que yo estaba pidiendo el favor. Muy gracioso. Entonces hizo cómo que se percataba de que me estaba dirigiendo a él y empezó a descojonarse de la risa.

—Sí, claro. —El muy imbécil esbozó una de sus habituales sonrisas cónicas.

—Estoy hablando en serio, Oliver. Necesito que me ayudes con algo importante. —Decidí llamarlo por su nombre a ver si así limábamos asperezas.

—Aún no ha llegado el día en que yo te haga un favor, Summers. —Quedó claro que limar las asperezas de los últimos nueve años no iba a ser cosa fácil. Tuve que intentarlo por otros medios más... rastreros. Joder, esperaba que no llegásemos a las manos. No quería más problemas. En cierto modo, iba a disfrutarlo. Me encantaba penetrar en esa pose de imperturbabilidad y tocarle los cojones.

—¿Y por mi hermana? ¿Lo harías por ella?

Cambió la expresión burlona de su cara.

—¿Por Kate?

¡Ja! ¡Lo tenía! Ya me prestaba toda su atención.

—No, Aston. No es por Kate. Es por mi otra hermana, ya sabes, por la que estás «loca e irremediabilmente enamorado». Si no recuerdo mal, creo que

esas fueron tus palabras.

Joder, fue como si me lanzara dardos envenenados por los ojos.

Al día siguiente, estaba todo preparado. A la hora del desayuno, Tessa vino a mi mesa, como todas las mañanas. Intentó darme un beso en la boca, pero aparté la cara. Me miró sorprendida y no esperé ni un segundo más. «Que empiece el espectáculo».

—Ven, vamos a un sitio más tranquilo.

—¿Qué ocurre?

—Tengo una sorpresa para ti.

—Me gustan las sorpresas.

«Pues esta te va a encantar». Intenté no mostrar ningún sentimiento. Los chicos nos siguieron hasta la primera aula que encontramos vacía. Cerramos la puerta y la rodeamos.

—Querida mía, mira lo que grabé hace un par de días en el móvil.

Le enseñé el vídeo que había conseguido grabar de puta casualidad. Se le pusieron los ojos como platos. Quiso arrebatarme el móvil de las manos, pero levanté el brazo. Era imposible que llegara, era demasiado bajita. Intentó subirse encima de mí para llegar a su objetivo.

—Tranquila, fiero. —La aparté de mí sin dificultad.

—Daniel, ¿qué coño significa esto? ¿Cuándo lo has grabado?

—Ya te lo he dicho, hace un par de días. Me escapé de clase para ir al baño, y te vi, con tus dos amiguitos, deambular por los pasillos. Vuestra actitud decía a gritos que algo malo estabais a punto de hacer. Decidí seguirlos.

—¡Esa no soy yo!

Me partí el culo de la risa.

—No me jodas, Tessa. Se ve clarísimo que eres tú. Luego hay tomas aun mejores.

Como no era tonta, enseguida se dio cuenta de que por ahí no podía seguir.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué quieres de mí?

—Porque creo que no te has portado bien en los últimos años. —Me miró con sospecha—. Te has metido en la vida de mi hermana y ha llegado la hora de que pagues por ello. Has sido muy estúpida al creer que me liaría contigo después de todo lo que has hecho. Y ahora quiero que confieses.

—No sé de qué estás hablando. —Se puso a la defensiva. Estaba muy confundida y superacojonada. Joder, se había creído que estaba loco por ella. Una vez más, dudé de los tests de inteligencia de mi hermana. ¿Cómo había podido con ella aquella criatura tan insignificante?

—Te ayudaré a recordar. ¿Ves este portátil? —Le mostré el ordenador que llevaba en mis manos— A ver, abrimos página web del *Crowden* y... subiendo vídeo.

—¡¡No!! ¡Por favor, no! Pídeme lo que quieras, haré lo que sea, pero no subas ese vídeo, por favor. Nos expulsarían a los tres. Por favor, Daniel. —Ya habían llegado las lágrimas—. No lo hagas. Voy a devolverlo todo.

—¿Ves cómo empezamos a entendernos? Muy bien, Tessa. Y ahora, quiero que confieses todo lo que le has hecho a mi hermana. Y no te dejes nada que tengo el dedo muy largo. —Le di a subir el vídeo de nuevo.

—¡No, por favor! Voy a contártelo todo, pero no subas ese vídeo.

Lo detuve. Encendí la grabadora de mi móvil. Tessa, a pesar de sus suplicas, intentaba matarme con la mirada.

—Yo... yo incité a Summers para que hiciera la apuesta y robé sus patines el día de la competición para que perdiera —titubeó.

Eso ya lo sabía. Quería más.

—Continúa.

—Cuando... —miró a Will, de reojo, venía lo más crítico—... cuando Will y Sara volvieron a estar juntos, decidí hacer algo para separarlos.

—¿Qué me hiciste? —Will la asió del brazo.

—Eh, tranquilo, Will. —Le toqué el hombro para que se tranquilizase. Sabía lo duro que resultaba para él. Sacaría a cualquiera de sus casillas. Pero no podíamos llamar la atención ni joderla pasándonos de la raya con Tessa. Estábamos muy cerca del final.

—Megan me ayudó. Fue a los establos y puso nervioso a uno de los caballos, a propósito. El caballo se encabritó y tuvieron que tranquilizarlo con ketamina. —¡Joder! Era mucho peor de lo que pensábamos—. Cuando se la administraron, Megan se quedó con la jeringuilla, suele quedar algún resto. Lo guardamos y, en la cena, te lo eché en la bebida sin que te dieras cuenta y...

—¡¿Pero tú estás loca?! ¿Eres consciente de lo que podrías haberme hecho? —Entre Aaron y yo tuvimos que sujetar a Will para que no se lanzara a por ella.

—Will, sé por lo que estás pasando, pero, si no te tranquilizas, vas a tener que largarte. Tenemos que acabar con esto. —Lo miré a los ojos e intenté tranquilizarlo.

Mi amigo asintió con la cabeza y se apoyó en la pared intentando tranquilizarse.

—Eran solo unas gotas —se defendió Tessa—. No corrías ningún riesgo.

—Sigue —le ordené.

—Por la noche, me colé en tu habitación —se dirigió a Will—, me desnudé y me metí en tu cama. Megan estaba en la ventana, controlaba la entrada a la residencia y, en cuanto Sara apareciera, me avisaría. Lo demás ya lo sabéis.

«Tranquilízate, Daniel, tranquilízate». La animé a que continuase.

—Más tarde, me alié con Chloe para separar a Summers de Adam. No sabíamos qué hacer hasta que te escuchamos quedar con tu hermana en el comedor. Era nuestra oportunidad. Chloe fue detrás de ti y se aseguró de cerrar la puerta. Te besó en cuanto sintió que se abría. Sabíamos que lo negarías todo y nos la jugamos a que Summers no contara nada a Adam. Acertamos.

La hice una seña con la mano. «¡Suéltalo todo, coño!».

—Después de que tu hermana me golpeará, juré que me vengaría en cuanto tuviera la oportunidad. Y mi primera oportunidad llegó cuando escuché detrás de la puerta de nuestra clase cómo Summers comentaba con sus amigas que se había acostado con uno de sus mejores amigos. No supe con quién había sido, no hablaron de nombres. Intenté averiguarlo, pero fue imposible. Decidí contárselo a Will para que se pelearan y terminaran. Así, Will sería solo para mí. Supongo que fue con Oliver, después de lo que pasó luego...

—No me toques los cojones, Tessa. No te lo recomiendo. —Will se había sentado en el suelo y tenía la cabeza entre sus rodillas—. Sigue, estoy seguro de que tú tienes algo que ver con la caída de Sara en el campeonato de patinaje.

—Poco antes de ese día, mientras estaba en el baño, escuché a Sara hablar con Kelly, es una chica de vuestra clase.

—Ya sabemos quién es Kelly —la interrumpí. Lo que no entendí es qué coño pintaba ella en el asunto.

—Lo que no sabéis es que está embarazada.

Me importaba una mierda lo que pasase en la vida de los demás. Seguía sin saber a dónde nos llevaba eso.

—¿Y?

—Kelly se lo confesó a Summers. Y... si esa información llegaba hasta la directora, la expulsarían al instante.

Suficiente, lo vi todo claro.

—¿Con eso amenazaste a mi hermana?

—Sí, le dije que, si no se dejaba ganar, lo contaría todo.

—¿Algo más?

—La obligué a cargar con las culpas de lo de tu coche —habló a Will—. En realidad, fui yo, no soportaba que no me quisieras incluso habiendo perdido a Summers. Y eso es todo.

—¿Acaso te parece poco?

—Eh... no.

Perfecto, ya tenía toda la información que necesitaba. Volví a levantar la pantalla del portátil y... «Subiendo vídeo». En escasos minutos estaría por todo el colegio. Aston se había asegurado de ello.

—¿Qué haces? ¡Te lo he contado todo!

—Ya lo sé.

—¿Entonces por qué subes el vídeo? Para, por favor. —Sus lágrimas no me conmovieron para nada. Cien lágrimas tuyas equivalían a una de mi hermana. Tenía una larga penitencia por delante.

—¿Creías que después de todo lo que has hecho no iba a subirlo?

—No, no, no, por favor. —Se puso de rodillas y empezó a suplicarme para que no lo hiciera.

—Suéltame y lárgate. Y vete preparando las maletas.

Su actitud cambió, en un segundo, de sumisa arrepentida a tigresa al ataque. Me atacó con todas sus ganas, pero me zafé sin esfuerzo. Nos dimos la media vuelta los cuatro y la dejamos en el suelo llorando. De camino al punto de encuentro con Oliver, hablé con mi amigo.

—¿Estás bien, Will?

—No, joder, no. No estoy bien. Esa tía ha arruinado mi relación con Sara.

—Después de verificar con Aston que todo está bien, voy a buscar a mi hermana, necesito que sepa todo esto —dije, señalando la grabación de mi móvil.

—No permitas que escuche lo de la ketamina.

—¿Por qué?

—Porque sigue pensando que me acosté con ella. Y quiero que deje de creerlo porque confía en mí. No porque Tessa lo haya confesado todo.

—Will, ¿estás seguro?

—Sí.

—De acuerdo.

Sara

Cuando entré con Adam en el edificio principal (llegábamos tardísimo al desayuno, pero, tal y como estaban las cosas, no quería obligarlo a madrugar), había un gran revuelo. Todos los alumnos estaban revolucionados. ¿Qué narices había ocurrido? En ese colegio no había ni un puñetero día tranquilo.

—¡Sara! ¡Adam! —nos llamó Pear—. Venid corriendo. No os vais a creer lo que está pasando. Daniel acaba de llamarme por teléfono para avisarme.

¿Daniel había llamado a Pear por teléfono? Pues sí que me había perdido cosas aquellos meses que había estado concentrada en Adam. Pensé que no se hablaban. Nos agarró de las manos, y fuimos los tres, corriendo, a una de las salas de entretenimiento. Cuando entramos, todo el mundo estaba absorto viendo la televisión. Miré a ver qué demonios estaban viendo y... «¡No puede ser!». Eran Tessa y sus dos amigos. Se los reconocía de sobra en el vídeo. Y estaban... ¡robando dinero de las taquillas de los alumnos!

—Joder —exclamó Adam a mi lado—, ¿esa no es Tessa Molinesa?

—Lo es —nos confirmó alguien a nuestras espaldas. Era Daniel—. Y los otros dos son Marvin y Megan. Y no habéis visto lo mejor, después de las taquillas de los alumnos, entran en la sala de los profesores y roban algunos exámenes.

—¿Has visto todo el vídeo?

—Yo he subido el vídeo, Sara.

Entonces me di cuenta de algo. Daniel me dijo que estaba ocupándose de mis problemas con Tessa. Lo entendí todo.

—Esto es lo que buscabas saliendo con ella.

—Exacto. Te dije que confiaras en mí, que yo me ocuparía de todo. No vuelvas a ocultarme algo así.

Giró sobre sus talones y ni siquiera me dio tiempo a darle las gracias por lo que acababa de hacer por mí.

Aquel día fue una locura, en el colegio no se hablaba de otra cosa. A la hora de la cena, aún comentábamos las últimas novedades.

—La directora anda frenética intentando averiguar quién ha sido el culpable de distribuir el vídeo por todas las televisiones del colegio.

Intentaron cortarlo y dejar de emitirlo, pero fue imposible, estuvo más de dos horas en antena. No sé quién ha sido, pero lo aplaudo. —Marco comenzó a aplaudir con sus manos.

—Sí, según el profesor de informática, puede contar con los dedos de su mano derecha los alumnos capaces de hacer algo así. Y cito palabras textuales: «Ha sido un trabajo impecable, mal que nos pese» —añadió Olivia.

—No consiguen dar con el origen. Quien haya sido ha borrado bien sus huellas. ¿Quién habrá sido? Con todos los enemigos que tiene Tessa, vete a saber.

—Sí, me pregunto quién habrá sido —dijo Adam frotándose la barbilla con el dedo—, ¿eh, Aston?

—¿Qué? —preguntó el aludido, con tono de suficiencia.

—¡No disimules, Olly! Sé que has sido tú.

«¿¿Quééé??».

—¿Has sido tú?

Oliver me respondió con media sonrisa. ¡Había sido él!

—Yo solo he distribuido el vídeo y me he asegurado de tenerlo en antena durante horas, el resto ha sido cosa de Summers.

—Vaya —comentó Brian—, Oliver Aston y Daniel Summers trabajando en equipo. Eso no se ve todos los días.

«No, eso no se ve todos los días».

—Y al fin se ha resuelto el asunto de los robos. Desde hace meses, todas las semanas desaparecía dinero de las taquillas.

—¿En serio? —preguntamos Adam y yo al unísono.

Definitivamente, habíamos estado demasiado inmersos en nuestra pequeña burbuja.

Expulsaron a Tessa y a sus dos esbirros por robo. De los responsables del vídeo, nunca se supo nada. Podría ir de buena chica y decir que me dio pena, que en el fondo no se lo merecían, pero no sería sincera. Porque la verdad es que me era indiferente lo que les pasase a esos tres después de todo lo que me habían hecho. Mis amigos debatían sobre la decisión, tan abrupta, de la directora. Interrumpí la conversación para contarles lo que había descubierto: que mi hermano lo tenía planeado todo desde el principio.

—Por eso Daniel se enrolló con Tessa.

—Ya os dije que algo tramaba, ¿cómo iba a liarse con Tessa después de lo que les hizo a Sara y a Will? ¿Y no os parecía raro que a Will no le importara que estuvieran juntos? ¡Por favor, que son mejores amigos desde los nueve

años! —nos increpó Pear.

—¿Y cómo supo que encontraría algo en el comportamiento de Tessa como para que la expulsaran? —preguntó Marco

—Ha sido suerte —sentenció Oliver.

—Concedámosle el beneficio de la duda. No creo que se metiera a ciegas en tal embrollo sin un plan —lo defendió Moira.

—Resulta que sí. Me lo ha dicho él, ha sido suerte —repitió Olly.

«Bendita suerte».

—¿Tú que piensas, Sara? De la expulsión, me refiero —me preguntó Olivia.

—¿Sabes, Adam? Voy a robarte tu frase.

—¿Qué frase?

—Que se jodan.

—¡Yo no digo eso!

—Sí que lo dices, un montón.

La luz al final del túnel

Seguíamos en el comedor comentando la expulsión de Tessa y sus compinches. Peters había llamado a sus respectivos padres y debían venir a recogerlos, *con efecto inmediato*. Tessa había estado jugando con la expulsión de Kelly y al final fue ella la expulsada. Paradojas de la vida.

—Sara, ¿puedes venir un momento?

Mi hermano interrumpió nuestra cena y me instó para que lo siguiese. Qué serio estaba. Antes parecía contento. ¡Vaya cambios de humor! Lo observé de cerca, al levantarme de la silla, y me fijé en cómo miraba de reojo a Pear. ¡Acabáramos! Supuse que, al descubrirse todo el pastel, querría aclarar las cosas con mi amiga. Pero, por lo que pude percibir, Pear no estaba muy por la labor, ya que lo estaba ignorando. Después de todo, se había enrollado con otra tía durante meses. Difícil situación.

—¿A dónde vamos?

—A mi taquilla. Tengo una cosa para ti.

—¿El qué?

—Espera y verás.

Cuánto secretismo. Recorrimos los pasillos del colegio y llegamos a nuestras taquillas. Mi hermano abrió la suya, pero, antes de que metiese la mano dentro, la cerré de golpe. Lo que fuera que quisiera enseñarme, podía esperar.

—Ella confió en ti desde el primer momento.

—¿Quién?

—Pear. Mientras todos los demás alucinábamos por lo que habías hecho, ella insistía en que tenías una razón oculta para actuar así. A pesar de que la más perjudicada era ella.

—Ya.

—Ya, ¿qué?

—¿Y por qué ahora ni me mira?

—Daniel, joder, que confiara en ti no significa que no le haya dolido todo lo que ha pasado. Cúrratelo un poquito.

Mi hermano volvió a abrir la taquilla, dando por zanjado el asunto. Pero yo aún no había terminado de hablar. Necesitaba saber más cosas.

—¿Cómo supisteis que Tessa me había chantajeado?

Daniel suspiró y se apoyó en la taquilla.

—Will estaba seguro de que no te habías caído en la competición y, después de tu confesión de lo de su coche, estaba claro que algo ocurría.

—Sí, pero de ahí a saber que había sido todo cosa de ella...

—Fue una corazonada. Will me explicó que había estado observando a Tessa y que estaba más contenta de lo habitual. Primero teníamos que confirmar que era ella la culpable. Y decidimos jugárnosla.

—¿Cómo?

—Provocándote.

—Ya.

Todas las piezas empezaron a encajar.

—Me lie con Tessa en el comedor para que vinieras a reclamarme. Saqué el tema de la supuesta infidelidad de Will con ella para ver si era eso lo que más te pesaba, pero tú nos dejaste ver que había algo más. A partir de ahí, supimos lo que teníamos que hacer. Fue un golpe de suerte. Y deberías saber todas las putadas que te ha hecho. Las tengo grabadas en mi móvil.

—Ahora no quiero escucharlas. Quizá más adelante.

—Bien. Y, ahora, asómate.

Rodé los ojos, por su cabezonería, y me asomé a su taquilla para ver qué era eso tan importante que quería enseñarme. Pegué un grito ahogado.

—¡¡Oh!!

No podía ser. ¡Era la bolsa de mis patines! Lo miré, buscando una confirmación, y me sonrió con chulería. Necesitaba comprobarlo. Abrí la bolsa, a toda velocidad, y vi que dentro ¡estaban mis patines! ¿Cómo los había conseguido? Saqué la bolsa entera de la taquilla y me abracé a ellos. Eran reales, estaban allí. Abracé a mi hermano.

—¿Cómo puede ser que tú tengas mis patines, Daniel? —le pregunté, excitada—. Los tiré a la basura.

—Sí, lo sé.

—Y después me arrepentí...

—Como siempre.

—... pero pasó el camión de la basura.

—Ese dato lo ignoraba.

—¿Cómo, Daniel?

—Fácil, Will te vio tirarlos. Cuando te fuiste, se metió en el contenedor y los recuperó. Después me los dio a mí y yo los he tenido en mi taquilla todo

este tiempo esperando a que los quisieras.

—No me lo puedo creer.

—Quise dártelos antes, pero, con todo el problema de la familia de Adam... creí que no era el momento.

Me dejó sin palabras.

—Sara, que no vayas a participar en campeonatos no significa que no puedas patinar.

—Ya lo sé. Estaba enfadada, actúe sin pensar.

—Sí, lo de siempre.

—Muchas gracias, Daniel.

—Yo no he sido, Sara. Ha sido Will.

Will.

Tenía que encontrarlo. Me colgué la mochila a la espalda y fui al comedor. Con suerte, todavía andaría por ahí. Mi hermano me siguió de cerca. Caminaba a paso ligero; bajé por las escaleras con un sinfín de emociones en el cuerpo que no sabía explicar. Se había tirado al contenedor de basura para recuperar mis patines. A cada paso que daba, mi corazón sonaba más fuerte en mis oídos.

Entré en el comedor y lo busqué con la mirada, me dirigí hacia su mesa y, justo en ese momento, se levantó para irse. Nos encontramos a medio camino. Cuando nos cruzamos, nos miramos a los ojos. Me detuve, pero Will pasó de largo y me dio la espalda. Me giré y lo llamé.

—Will.

Se dio la vuelta y me contestó de malas maneras.

—¿Qué?

Eso pensé yo. *¿Qué?* Pues que no me podía creer que hubiera hecho algo así por mí. Y que, a pesar de todo lo que había pasado, me quería. Y que yo tenía la cabeza hecha un lío. Sin embargo, tenía claro qué era lo que me pedía el cuerpo. Me acerqué a él y me lancé a rodear su cuello con mis brazos. Y lo besé. Will se quedó quieto, no movió ni un músculo, y no, tampoco movió la lengua. La única que besaba a alguien era yo.

Cuando creí que me soltaría de un empujón, sucedió lo contrario. Me rodeó la cintura con los brazos y me besó. Me metió la lengua y me sometió a su voluntad. Nos estrechamos con fuerza. Nos besamos durante no sé cuánto tiempo. Al principio, me sentía como en una burbuja donde solo estábamos él y yo, hasta que los murmullos del exterior penetraron en ella. Oía vítores y aplausos por todo el comedor. Nos separamos y nos miramos a los ojos. Tenía

tanto que agradecerle.

—Gracias, Will. Por los patines, por confiar en mí. Gracias, por todo.

—¿Qué significa este beso, Sara? ¿Es solo gratitud?

—No lo sé.

—Bien, cuando lo sepas, te estaré esperando.

Se dio media vuelta y salió del comedor mientras el resto de alumnos seguían vitoreándolo. Algunos incluso se levantaron para darle palmaditas en la espalda. Me crucé con la mirada sorprendida de mi hermano. Antes de someterme a mí misma a un interrogatorio de los buenos por lo que acababa de hacer, escuché mi nombre.

—¿Sara?

Miré hacia el lugar de donde venía el sonido. Era Pear, y estaba muy cerca de mí. Joder, había besado a Will a cinco pasos de la mesa donde cenaban mis amigos. Y la mayoría de ellos aún tenían la boca abierta.

—¿Qué llevas en la espalda? —me preguntó Pear mientras se levantaba y venía hacia mí.

—Will se metió en la basura y recuperó mis patines —expliqué, mientras me aproximaba a la mesa.

—Ahhh —mis amigos lanzaron, a la vez, murmullos de comprensión.

—Pear, tengo que decirte algo.

Era Daniel quien la llamaba. Aunque más que decir algo... Fue visto y no visto. Mi hermano se aproximó a mi amiga y le dio un besazo de película. Pear se dejó hacer durante los primeros segundos, igual que había hecho Will conmigo. Después, sujetó a mi hermano del pelo y le devolvió el beso. Entonces, no supe quién besaba a quién. «Vaya, ¿así es como se ha visto, desde fuera, mi beso con Will?».

El comedor estalló en aplausos.

—Pues sí que estáis besucones hoy los Summers —opinó Marco—. Voy a avisar a los compañeritos de Kate, que se anden con ojo.

Lo miré y, entonces... entonces me crucé con los ojos más verdes que había visto en mi vida. No debería dolerme su mirada, porque no habíamos tenido nada desde aquella vez y, de hecho, yo estuve saliendo con Will después de lo que sucedió. Pero me dolía. Me dolía que Oliver hubiera visto mi beso con Will.

Los dos enamorados acabaron de besarse y se fueron juntos de la mano.

—Yo sé de alguien que esta noche moja fijo.

—¡Brian! —lo recriminó Moira.

—¿Qué? Es la verdad.

Me quedé de pie, parada en mitad del comedor. No sabía qué hacer.

—Ven, Sarita. Siéntate y cuéntanos toda la historia. —Brian me invitó a sentarme con ellos. Yo lo hice con cierto aire de culpabilidad. Había besado a Will porque había querido y no me arrepentía. Pero no podía evitar sentirme fatal por actuar una vez más por impulsos y por no pensar en las consecuencias.

Les conté todo. Cuando Will me asedió después de que me tirara al hielo, cuando me marché y tiré los patines a la basura... todo.

—No sabía que Will se había enfrentado a ti después de la caída, eso no nos lo habías contado —me dijo Olivia.

No, eso no lo había contado. Siempre hay cosas que te guardas para ti.

—No te martirices por el beso que acabas de darle, Sara. —Ahí estaba ese *Sara* tan doloroso. Porque, joder, cada vez que Oliver me llamaba por mi nombre, algo malo se removía en mi interior—. Cualquiera en tu lugar habría actuado de la misma manera.

—Ese chico te quiere —afirmó Natalie.

Ese chico, sí. El otro, el que ocupaba la mayoría de mis pensamientos y que acababa de darme su aprobación al beso que había dado a mi exnovio, desde luego que no. No me quería. No de manera romántica. Desconecté. Y se creó un silencio incómodo en la mesa. Por suerte, ahí estaba Brian para romperlo.

—Por cierto, Sarita, ¿sabías que Fiona viene a significar *la pura, la blanca, la limpia*?

Bonita manera de romper el silencio. Le lancé rayos láser por los ojos.

Ese fin de semana nos íbamos a Edimburgo. Y quería olvidarme de todo. Hablaría con Will a la vuelta. Cuando tuviera claro lo que quería hacer.

No vamos a la universidad, aceptadlo

Había sido un fin de semana de mierda. Estaba enfadada. Enfadada con el mundo, aunque no tuviera derecho. «Si lo sé, me quedo en el colegio».

El sábado salimos por los pubs de Edimburgo. Solo estábamos los chicos y yo. Pear había ido a casa a pasar el fin de semana, pero solo tuvo tiempo para Daniel. Tenían mucho tiempo por recuperar. El sábado por la noche fueron al cine solitos a hacerse arrumacos y a meterse mano. Pero no eran novios, no.

La cosa empezó bien. Estábamos los cinco apoyados en la barra, bebiendo, hablando y riendo. Por fin aliviábamos un poco de tensión, después de tantos meses de drama. Adam parecía otro, no el mismo de siempre, pero tampoco el de los últimos meses. De vez en cuando, también bailábamos. Las fans de Oliver enseguida empezaron a hacer acto de presencia, como siempre que salíamos. Estaba acostumbrada a ver cómo las chicas revoloteaban a su alrededor, requiriendo atención por su parte, pero él nunca se había prestado a ello. Hasta ese sábado.

No solo hizo caso a una de las chicas. Si solo hubiera sido eso... pero no. La besó, la besó delante de todo el mundo. Fue peor que recibir una patada en el estómago. Y no tenía derecho a sentirme así, lo sé, pero no podía evitarlo. Me molestaba horrores que se hubiera besado con esa chica y de lo que pudieron hacer después... Prefería no saberlo.

En mitad de la velada, Adam me cogió por banda y me preguntó si estaba bien. A él no podía engañarlo. Algo empezaba a sospechar. Me sugirió que nos fuéramos juntos a casa y no lo rechacé. Nos despedimos de los chicos, diciendo que Adam no se encontraba bien y que yo lo acompañaba a casa. Más tarde, nos llegó un mensaje de Marco. Nos contaba que Oliver y la chica salieron juntos del pub, para asombro de todos y... no vino a dormir esa noche a mi casa, tal y como habíamos quedado.

A la mañana siguiente, apareció en el desayuno como si nada. «Como si no hubiera pasado la noche follando con esa zorra, perdón, chica, con esa chica. Que a mí no me ha hecho nada».

Observé a Oliver de reojo mientras desayunábamos, en el comedor del colegio, aquel lunes de mierda. Parecía feliz. Le miré la boca, acababa de

pasarse la lengua por el labio inferior para chupar una gota de chocolate que se le había caído de la tortita. «Mierda, esa boca. ¿Por qué me provoca tanto? ¿Por qué quiero besarlo y chuparle yo el chocolate?».

—¿Qué me miras?

Salí de mi improvisado sueño húmedo con mi mejor amigo. «¿Me está hablando a mí?».

—¿Qué?

—¿Tengo algo en la cara? Estás mirándome fijamente —me repitió Oliver. Miré a mis amigos, todos esperaban mi respuesta.

—No te miraba a ti. Ha coincidido que miraba en tu dirección, pero solo pensaba —me defendí. «Uff, qué momento más bochornoso. Quiero desaparecer. Quiero desaparecer. Quiero. Desaparecer. Por favor».

—¿Y en qué pensabas tan concentrada? Parecía que querías chupar la cara de Oliver —me soltó Brian, con una amplia sonrisa.

«Insolente metomentodo. ¡Qué horror! Piensa algo rápido, piensa algo rápido. PIENSA ALGO RÁPIDO. ¡YA!».

—En que, después de lo de los patines, creo que necesito hablar con Will. Quizás podamos arreglar las cosas.

¿Por qué dije eso? ¿Qué pretendía? ¿Hacer daño a Oliver? ¿Provocarle celos? ¿Provocarle... algo? El susodicho me sacó de dudas.

—Hazlo —me lo dijo sonriéndome, sincero—, vete a buscarlo si te lo pide el corazón.

No le dolía. No le dolía pensar que podía irme con Will. ¿Y por qué iba a dolerle si no me quería?

—Pero tendrás que hacerlo luego —me dijo Moira—. Ahora hay que ir al auditorio, hoy vienen a darnos una charla sobre la universidad a todos los alumnos de último curso.

¡Se me había olvidado! Venían varios representantes de la Universidad de Edimburgo a explicarnos todo el proceso de iniciación para nuevos alumnos. También querían hablarnos sobre lo que se esperaba de nosotros el año siguiente. Ya fuera en esa universidad o en cualquier otra. La semana anterior había finalizado el plazo para la inscripción en Edimburgo. Ninguno de los tres la presentamos.

«No hay vuelta atrás».

Nos aproximamos al auditorio y nos sentamos en las primeras filas. Además de varios representantes de la universidad, asistieron algunos de nuestros profesores, entre ellos, el guapetón de matemáticas. Y menos mal,

porque el resto, incluidos los catedráticos, eran calvos, feos y barrigones. ¿No había profesores *buenorros* en la universidad? Apenas había empezado el discurso cuando la secretaria de la directora lo interrumpió.

—Disculpadme, necesito llevarme a tres alumnos al despacho de la directora Peters.

—¿A quiénes? —preguntó el *buenorro*.

—Summers, Aston y Wallace.

Al oír Summers, tanto mi hermano como yo nos levantamos y miramos interrogantes a la secretaria de la directora.

—Sara Summers —nos aclaró.

Mi hermano se sentó frunciendo el ceño. No le gusta no saber lo que ocurre a su alrededor.

—¿Y no puede ser en otro momento? Estamos en plena charla sobre lo que les espera a estos chicos el año que viene en la universidad, es importante que estén todos.

—No se preocupe por eso, profesor Mac Alistair, porque estos tres alumnos el año que viene no van a ir a la universidad.

«Vaya, pues ya lo saben».

Nos marchamos de la charla lo más rápido posible, evitando contestar a las preguntas de nuestros amigos, que no entendían por qué motivo Sharon había dicho tal barbaridad. Fuimos hasta el despacho de Peters sin hablar. Tendríamos que aguantar el chaparrón de nuestra querida directora y concluí que había llegado el momento de decírselo a nuestros padres. Mejor que se enteraran por nosotros que por la directora.

Tomé la firme decisión de hablar con mi padre el siguiente fin de semana, pero, al abrir la puerta del despacho, mi plan se fue al garete tan rápido como había llegado. Porque mi padre estaba dentro del despacho con expresión de... reprobación, por decirlo de una manera elegante.

Tragué saliva. Mierda.

No solo estaba mi padre, también estaban los padres de Oliver y los abuelos de Adam. Tragué más saliva.

—Pasad, chicos —nos invitó Peters con fingida amabilidad—, y sentaos. Creo que tenéis algo que contarnos.

Nos sentamos, pero no dijimos nada. ¿Quién empezaba?

—¿Queréis que os ayude a arrancar? —Continuó, sin que contestáramos—. La semana pasada finalizaron los plazos de entrega de la documentación necesaria para la universidad. Os lo hemos recordado por activa y por pasiva.

Imaginaos mi sorpresa cuando me llama un colega de la Universidad de Edimburgo para informarme de que tres de mis alumnos que hicieron la prematrícula no han realizado la matrícula definitiva. —Se paseaba amenazante delante de nosotros con sus taconazos de diez centímetros—. Y, llamadme desconfiada, pero estoy segura de que no ha sido un descuido. Lo habéis hecho a propósito.

Nuestros familiares no decían nada. Esperaban nuestra confirmación. Hice un gesto a Oliver con la mirada para que empezara él. Siempre se le ha dado bien soltar discursitos y yo estaba demasiado asustada con la mirada de mi padre. Porque no era cara de reprobación, era de mala hostia, de mala hostia de las buenas, de las que intimidan. Antes de que Oliver arrancara a hablar, se abrió la puerta del despacho y entró mi hermano Daniel. Oliver, ignorándolo, carraspeó y habló.

—Tienes razón. No vamos a ir a la universidad. Nos vamos a Estados Unidos de mochileros.

«¡Tacto, Oliver! ¡Un poco de tacto, por Dios!». Di una patada a su silla y me miró con la frente arrugada. Por otra parte, en el despacho se desató la Tercera Guerra Mundial. No entendía nada de lo que decían, solo oía gritos.

Mi padre gritaba, los padres de Oliver gritaban, los abuelos de Adam gritaban, mi hermano gritaba... «¿Y qué pinta este aquí?». No nos dejaban explicarnos, solo nos amenazaban, pretendiendo imponer su voluntad.

Cuando empecé a escuchar frases como «pedir favores personales para hacer ahora la inscripción» o «hay otras universidades», decidí intervenir. Como nadie hacía amago de escucharme, me levanté y me coloqué en mitad de la sala. Por fin tenía su atención.

—No vamos a ir a la universidad y... —levanté la mano para acallar las réplicas—... y no quiero sobrepasarme, pero no podéis hacer nada. Somos los tres mayores de edad, podemos elegir.

—Papá, ¿vas a dejar que te hable así la mocosa esta?

—¡Daniel, cállate! —contestó mi padre, furioso.

«Eso, cállate».

—Mira, hija, a ver si lo entiendes a la primera. Mientras sigas viviendo bajo mi techo, harás lo que yo diga. Ser adulto no significa hacer lo que me da la gana porque tengo dieciocho años. Para poder tomar tus propias decisiones necesitas primero ser independiente y, lo más importante, ser una persona madura, Sara.

—No necesitamos vuestro dinero —añadió Adam—, podemos trabajar y

buscarnos la vida.

—¿Esto es cosa tuya, Adam James Wallace?!

No pude evitar curvar los labios en un amago de sonrisa. Mi amigo le echó una mala mirada a su abuelo, pero, por lo demás, todos ignoramos su pregunta.

—¿Y de qué vais a trabajar? ¿Acaso sabéis lo que supone pagar un alquiler? ¿Comida? ¿Ropa? —nos preguntó el padre de Olly. Nunca lo había visto enfadado.

—Lo sabemos —contestó mi amigo a su padre y a todos en general—. No necesitamos demasiado, podemos compartir la misma habitación. Llevamos haciéndolo toda la vida. —¿Por qué nadie parecía sorprendido ante ese comentario de Oliver? Es cierto que nuestras familias nos permitían dormir juntos en vacaciones, pero ¿Peters? ¿Era consciente de que nos metíamos los tres en mi dormitorio? Preferí dejarlo pasar—. Y, en cuanto a trabajar, tenemos dos manos y dos piernas. Trabajaremos de lo que haga falta. Camareros, dependientes... lo que sea.

—No.

—¿Qué? —pregunté a mi padre. No sabía lo que significaba ese «no».

—La respuesta es no. No vais a hacerlo.

—Permitidme interrumpir, por favor —solicitó Peters—. Vamos a tratarnos todos como adultos. ¿Nos podéis explicar por qué habéis tomado esa decisión?

—Es lo que queremos hacer.

—Pero no tiene ningún sentido, ¿es que no lo veis? Vosotros dos —Peters nos señaló a Olly y a mí— tenéis la suerte de poseer una mente privilegiada. Ojalá todos fuéramos iguales, pero no es así. Tenéis un futuro prometedor. En realidad, los tres lo tenéis, y ¿vais a ignorarlo?

—Sara, puedes estudiar la carrera que quieras, tienes esa suerte, no la desaproveches —me dijo mi padre.

—¿Y qué quieres que estudie, papá? Dime. ¿Qué es lo que se supone que debo hacer? ¿Quieres que sea matemática? ¿Física? ¿Arquitecta?

—No lo sé, hija. Cualquiera de ellas me sirve. Lo que tú quieras.

—Es que yo no quiero nada de eso. Solo quiero... ser feliz. ¿Acaso no se trata de eso? ¿De buscar lo que te haga feliz? Pues yo no quiero ser matemática, papá, ni arquitecta. Lo único que sé es que tengo un vacío enorme en el pecho y que no sé cómo llenarlo. Pero tengo claro que la universidad no es la respuesta. No ahora.

—Hija.

—Hace tiempo me dijiste que ojalá pudierais ayudarnos a no cometer errores —me dirigí a la madre de Olly—, pero que no era posible. Que nosotros teníamos que caernos y levantarnos solos. De eso trata la vida. —Me coloqué enfrente de mi padre—. Déjame equivocarme, papá. Déjame decidir. No estoy diciendo que no vayamos a estudiar, solo os pedimos tiempo para saber qué es lo que queremos hacer en la vida. Por favor.

Silencio. No sabía qué más explicar para que nos entendieran.

—Un año —me contestó.

—¿Perdona?

Laura miró al resto de adultos responsables de la sala y todos asintieron con la cabeza.

—Os damos un año. Haced lo que queráis, tomaos un año sabático y aprended de la vida. Pasado el plazo, volveréis a casa e iréis a la universidad. A estudiar lo que queráis, pero a estudiar. ¿Estamos todos de acuerdo?

—¿Por qué un año? ¿Y si necesitamos más tiempo?

—Adam —lo llamó el padre de Olly—. Un año es suficiente plazo para que os desfoguéis. Y, cuando regreséis, no vas a ir a una prisión, vais a estudiar en una universidad.

—¿Qué decís? —nos preguntó Laura.

—Increíble, siempre se sale con la suya. —Si mi hermano no hace su aportación, revienta. Lo fulminé con la mirada.

—Aceptamos —Oliver habló por los tres—. Un año.

—Y, por supuesto —añadió mi padre—, podéis olvidaros de vuestro fideicomiso. No os vamos a financiar esta locura. Queréis ser adultos, bien, sedlo con todas las consecuencias.

—Contábamos con ello. Lo tenemos todo bajo control —sentenció Olly.

Yo no lo tenía tan claro, pero supuse que nos apañaríamos. Adam y yo somos más bien pequeños, pero a Oliver, con lo alto que es, tendríamos que alimentarlo bien.

—Ahora volved con vuestros compañeros.

Antes de salir, mi hermano me aferró el brazo.

—Gran discurso. ¿Ves cómo cuando quieres te sales con la tuya? Al final va a resultar que sí eres tan lista como dicen.

Salió el primero del despacho, no sin dar antes un sonoro portazo. Qué mala leche tenemos los Summers y cómo nos gusta pegar portazos.

El viaje de fin de curso

Estábamos todos como locos por nuestro deseado viaje de fin de curso. Después de no sé cuántas votaciones y discusiones, salió ganadora París: la ciudad de la luz.

Me apetecía disfrutar de ese viaje, ya que, en escasas semanas, iba a separarme de mis amigos durante una larga temporada. Si alguien me hubiera dicho lo que me llevaría de ese colegio cuando mi padre me matriculó a los nueve años, no lo hubiera creído. Mis amigos son lo más importante que tengo en la vida, son mi familia. Una familia no impuesta, una familia elegida. Iba a echarlos en falta y estaba segura de que Adam y Oliver también, pero nuestro inminente viaje no era algo negociable, era algo que necesitábamos los tres. Sobre todo Adam.

Adam se encontraba mejor, todo lo mejor que se puede estar cuando hace escasos meses que ha fallecido toda tu familia. Pero, al menos, ya no se escondía en la oscuridad del fondo del pozo. Veía la luz y asomaba la cabeza con timidez. Sus heridas no sanarían jamás, pero deseaba que cicatrizaran lo suficiente como para seguir adelante. Desde que sabíamos que nuestro viaje era una realidad, su ánimo mejoró día tras día. Necesitaba salir de allí, de aquella maldita rutina. Y, sobre todo, necesitaba estar lejos de casa una temporada, en algún lugar en el que, allá donde mirara, no viera recuerdos de su familia. Y yo lo acompañaría durante todo el camino, como le dije a él; si tenía que llegar hasta el fin del mundo para que creciera la esperanza en su alma, lo haría.

Con esos pensamientos, terminé de preparar la maleta y me metí en la cama. Mis amigos dormían desde hacía rato, pero yo había esperado hasta última hora para recoger mis cosas. Me gusta hacerlo en la oscuridad de la noche. Soy un ave nocturna. No tardé demasiado, habíamos hecho una lista. Una de mis amigas llevaba el secador de pelo; otra, las planchas para el pelo; otra, el champú y la mascarilla; otra, la laca; y, a mí, me tocó el iPod con los altavoces. De esa manera, teníamos más sitio en la maleta para meter ropa y zapatos.

El día siguiente fue un caos. Éramos un total de cuarenta adolescentes a los que movilizar y tan solo vinieron cuatro profesores con nosotros. Lo que

significa que tocaba a unos doce o trece alumnos por profesor. Y, todo hay que decirlo, no ponemos las cosas fáciles. Que si me he olvidado una cosa, que si necesito ir al servicio antes de embarcar, que si no me queda asiento para sentarme en la sala de espera del aeropuerto y estoy muy cansado, que si tengo demasiado peso en la maleta y hay que pagar sobrepeso (y que conste que esto le ocurrió a un chico y no a una chica). Cuando nos sentamos todos en el avión y nos abrochamos los cinturones, escuché a los profesores suspirar de alivio: primera fase conseguida.

Entre autobuses, aviones y taxis llegamos a la capital francesa. Nos alojamos en un hotelito, que me resultó ideal, en la zona de Ópera. Nunca antes había estado en París, pero, por lo que pude ver en el mapa, estábamos bastante céntricos. Para cuando entramos en nuestras habitaciones, eran las once de la noche.

Nos ordenaron acostarnos temprano; al día siguiente, debíamos encontrarnos todos en recepción a primera hora. En cada habitación nos alojábamos entre dos y tres alumnos. A mí me tocó con Pear y con Olivia. Teníamos ocupado casi todo el hotel. Nos pegamos una ducha rápida, nos pusimos los pijamas y nos metimos a la cama. Claro que dormir... lo que se dice dormir... no dormimos demasiado, teníamos muchas cosas de las que hablar. Por eso no fui a la habitación de Adam y Oliver. Hablamos hasta que nos venció el sueño. Al día siguiente, nos esperaba un día intenso.

Cuando me desperté, tuve la sensación de no haber dormido nada. De hecho, creo que cerré los ojos y, pocos segundos después, sonó el despertador. Aun así, me levanté como un rayo. La cama y yo no somos demasiado amigas. Nos vestimos y bajamos a desayunar. Cuando llegamos al comedor, la mayoría de los alumnos untaban mermelada en sus tostadas. Qué madrugadores. Nos habíamos levantado todos con energía. París nos esperaba ahí fuera.

Nos sentamos igual que si estuviéramos en el *Crowden*. Así de cuadrículados somos. No fuera a ser que, por error, nos tocara desayunar con algún alumno que no estuviera en nuestro círculo de confianza.

De vez en cuando, echaba miraditas a mi exnovio. Sabía que debía hablar con él, pero no era el momento. Tenía que estar muy segura de lo que quería decirle. Necesitaba tener claros mis sentimientos hacia él. Y tenía que explicarle que me marchaba un año fuera. No soy tonta, sabía que mi hermano le habría contado con detalle todo, pero intuía que debía de estar esperando una explicación por mi parte.

Después de desayunar, nos regalaron diez minutos para subir a nuestras

habitaciones a lavarnos los dientes o a hacer lo que nos diera la gana. Y, una vez en recepción, nos obsequiaron con una interminable charla sobre la responsabilidad, la obediencia y, en caso de que no cumpliéramos con las premisas anteriores, sobre cómo llegar al hotel en caso de pérdida. Agotador. ¡Que teníamos dieciocho años, por favor! «Aunque me apuesto el cuello a que más de uno se pierde».

Nos aproximamos en tropel, andando, hasta el edificio de la Ópera. Todos con las mochilas por delante, tal y como nos habían indicado los profesores, por si nos robaran los cuadernos y los bolígrafos que llevábamos dentro. Porque no cargábamos con nada más, eso y unos pocos euros. Lo poco que nos habían dado nuestros progenitores para ir a París. Pensaban, con acierto, que, si no llevábamos dinero, no podríamos liarla.

Antes de llegar a Ópera, Adam avistó un *Dunkin' Donuts* en una esquina. Nos hizo una seña con la cabeza para que lo siguiéramos. Miramos hacia la manada y vimos que se habían parado, y que los profesores estaban dando otro discurso. Tengo debilidad por esos donuts, no lo puedo evitar, es una obsesión. Sin pensárnoslo demasiado, los tres mosqueteros nos separamos del grupo y nos metimos en el establecimiento.

—¿Qué tomamos? —nos preguntó Olly apoyado en la barra.

—Yo quiero un donut cubierto de chocolate y con virutas de colores —pedí yo.

—Lo mismo para mí —le dijo Adam—. Y añade un chocolate caliente.

—Marchando tres donuts y un chocolate caliente —dijo Oliver mientras se acodaba en la barra del establecimiento.

Oliver trasladó nuestros pedidos a un camarero con cara de pocos amigos. No a todo el mundo le sienta bien madrugar. Nos tomamos los donuts en un abrir y cerrar de ojos. Tanto, que me supo a poco, así que, antes de salir, pedí otro, para llevar, al camarero. El antipático camarero se transformó en simpático camarero y enseguida me atendió.

—¿Algo más, preciosa?

—No, muchas gracias. —Para que luego digan que los franceses son ariscos.

—Joder, y a mi casi me escupe en el chocolate.

—Envidioso.

—Anda, vamos, antes de que se den cuenta de que no estamos.

Cogí mi delicioso donut y salimos del local. Nos encaminamos con tranquilidad hacia nuestros compañeros, que aún seguían de charla. No

esperaba menos. Sin permiso, Olly pegó un mordisco al donut que llevaba en la mano, pero no me dio tiempo a echarle la bronca: me llegaron los gritos por otro lado.

—¿¡Y vosotros tres dónde estabais!?

«Uy, uy, que se le salen los ojos de las cuencas. ¡Pero si han sido dos minutos!».

—Hemos ido a comprar unos donuts —los informó Olly con la boca llena.

—¡Pero si acabáis de desayunar! —La profesora suspiró y sacudió la cabeza—. ¡No importa! —Se aproximó con paso firme a nosotros, me agarró de la mano y me separó de mis dos amigos—. Voy a cortar el cordón umbilical... aquí.

«¿¿Ein??».

—Como hemos explicado —seguía hablando «*La Terminator*»—, vamos a separarnos en cuatro grupos para realizar un *Quiztown* por el centro de la ciudad.

—¿Un *Quiztown*?

—Sí, Adam. Os hemos preparado unas preguntas que os está repartiendo el profesor Mac Alistair —*el buenorro*— y que tenéis que traer contestadas en un par de horas.

—¿Qué preguntas?

—Preguntas sobre la historia de Francia. Como la fecha de inicio de la Revolución Francesa, por ejemplo.

—1789 —contestamos Oliver y yo a la vez.

Pear, que se había aproximado a mí, me dio un codazo y me puso mala cara.

—No me seas tan friki.

—Lo siento, me sale solo.

Negó con la cabeza en señal de reprobación.

—A ver quién te controla cuando no te tenga yo cerca.

—Sí, exacto —nos dijo la profesora a Oliver y a mí, fulminándonos con la mirada por la respuesta—. Pero la respuesta os la deben dar los propios parisinos. ¡Y queda terminantemente prohibido hacer trampas! Además, cada grupo irá acompañado de un profesor.

Nos separaron en cuatro grupos y, de todos mis amigos, me tocó con Pear y Olivia. Formaron dos grupos de chicas y dos de chicos. Eché un vistazo a mis chicos y los cuatro estaban juntos. La buena noticia: nos tocó con el profesor *buenorro*. ¡Sí!

Dos horas después, nos encontramos en el punto de encuentro. Fuimos el segundo grupo en llegar. Estábamos casi muertas, pero no de cansancio, sino de aburrimiento.

Poco a poco llegaron los demás. Moira y Natalie nos preguntaron qué tal lo habíamos pasado. Olivia fue la primera en contestar.

—Genial. Apenas he tenido que hablar con los franceses porque Sara se sabía todas las respuestas y he podido dedicarme a admirar al profesor Mac Alistair. Creo que es el hombre más guapo que hay sobre la faz de la tierra — suspiró y juro que le salían corazones por la cabeza—. Estoy enamorada.

—¿Cómo vas a estar enamorada, Olivia? —protestó Natalie—. No lo conoces, podría ser un déspota o un idiota en la intimidad.

—Lo dudo —añadió Pear—, es imposible que tenga más mala leche después de toda la que suelta en clase.

—Sí, yo también lo creo —dijo Moira.

—Era por sacarle algún defecto. Todos lo tienen. O eso dice mi madre. Y me ha dicho que, si creemos que un hombre es perfecto, es o porque es nuestro padre o porque estamos enamoradas de él.

Lo pensé un momento, quizás tenía razón porque mi padre es el padre más perfecto del mundo. No lo cambiaría por nada.

—Pues lo que yo digo, que estoy enamorada —sentenció Olivia.

Nos quedamos las cinco embobadas mirando al profesor. Soñar es libre. De repente, sentí una mano en mi barbilla. Perdí de vista al *buenorro* y me fijé en el dueño de la mano.

—Es por la baba. Se te estaba cayendo —me informó Oliver, divertido.

«Exagerado».

—¿Qué miráis las cinco tan concentradas? —nos preguntó Brian.

—¡Qué van a mirar! Al profesor de matemáticas —contestó Marco.

—Joder, qué obsesión. Tampoco es para tanto.

El objeto de nuestro deseo interrumpió nuestra conversación. Como estábamos cerca de la Torre Eiffel, nos aproximaríamos dando un paseo. Un paseo de un kilómetro. Las quejas no se hicieron esperar. Pero daba igual, porque mandaban ellos.

El paseo resultó ser muy entretenido. Descubrí que París es una de esas ciudades en las que, andes por donde andes, siempre hay algo fascinante que ver. Las calles, los edificios, los monumentos... los encuentras por doquier. El último tramo lo hicimos en barco, fue una sorpresa que nos tenían preparada. El paseo por el río resultó igual de maravilloso que el paseo a pie. Vimos la

réplica de la Estatua de la Libertad, a pequeña escala.

Cuando el barco terminó su recorrido, nos topamos, de frente, con la Torre Eiffel. *Oh, là, là*. Es impresionante. Una magnífica construcción, un amasijo de hierros convertidos en uno de los monumentos más emblemáticos del mundo entero. Nos aproximamos hasta quedar dentro de los cuatro pilares.

—Bien, chicos. Tenemos dos opciones para subir, o por los ascensores — la profesora nos señaló con la mano los dos ascensores con una cola cada uno de unas doscientas personas—, o por las escaleras.

En las escaleras no había colas. Parecía la mejor opción, solo por no esperar al ascensor.

—¿Cuántas escaleras hay?

—Muchas —contesté a Pear sin dar el número exacto.

—Son 1.665 escaleras, por si alguien se lo está preguntando —continuó la profesora—, cada cual que suba como más le apetezca. Nos encontraremos todos arriba.

—Vamos por las escaleras, ¿no? Ni de coña espero dos horas en la cola — nos dijo Brian.

—¡Te echo una carrera! —me susurró Oliver al oído.

—¿Una carrera?

—Sí, por las escaleras.

—¿Por todas las escaleras?

—Hasta el primer tramo.

—Son trescientas cuarenta y cinco escaleras hasta el primer piso.

—¿No te atreves, ojitos azules?

¿*Ojitos azules*? Hacía una eternidad que nadie me llamaba así. Tenía esa sonrisa pícara en la cara que tanto me gusta de él. Una carrera, ¿eh? Tendría que hacer trampa si quería tener ventaja.

Empecé a correr hacia mi objetivo antes de que a Olly le diera tiempo a reaccionar. Miré hacia atrás por encima de mi hombro.

—¡Te quedas atrás, rubio!

—¡Ven aquí, tramposa!

Oliver corría detrás de mí mientras yo me dirigía a toda velocidad hacia el primer escalón.

—¿Y esos dos locos dónde van corriendo? —escuché preguntar a Marco.

Al principio, subía los escalones de dos en dos, y aun así, Oliver cada vez acortaba más y más la pequeña ventaja que le había sacado. Por lo general, la gente que sube en plan tranquilo por las escaleras es educada y lo hacen en fila

india por la derecha y agarrándose a la barandilla, dejando, de esa manera, la parte izquierda de las escaleras libre para los que vamos más ligeros. Pero siempre hay algún grupito de gente que va hablando y ocupando todo el tramo, por lo que, más de una vez, tuve que chillar. La primera vez, cuando llevábamos cuarenta y siete escalones subidos.

—¡Paso! ¡Paso, por favor!

Entre la carrera y lo que me reía, tuve a Oliver pegado a mi culo en un santiamén. En ocasiones, llegó incluso a agarrarme de la camiseta, pero conseguí soltarme, no sé ni cómo, con tanta risa.

Ciento cinco escalones. Ya quedaba menos. No habíamos subido ni la mitad y ya notaba que no podía más. Cuarenta escalones más y sentí la barrera psicológica del cansancio. Conozco mi cuerpo y supe que podía forzarlo más. No es cansancio real, me decía, es psicológico. Sudaba por todas las partes de mi cuerpo. POR. TODAS. Incluso por las que jamás pensé que uno pueda sudar. Miré para atrás y vi a Oliver igual que yo, pero no cesaba en su intento por alcanzarme.

Doscientos escalones. Habíamos subido la mitad. «Esto está chupado», pensé. Por desgracia, treinta escalones más tarde, volví a encontrarme con un grupo que ocupaba la totalidad de las escaleras. En esa ocasión, no conseguí que se apartaran lo suficientemente rápido, por lo que me vi obligada a pararme unos escasos segundos, que mi contrincante aprovechó para cogerme por el brazo, apartarme de un empujón (suave, pero empujón al fin y al cabo) y adelantarme. ¡Mierda!

Reanudé la marcha y subí, otra vez, los escalones de dos en dos para intentar alcanzarlo, pero no lo conseguí. Lo agarré de la manga de la sudadera, pero se me escapó.

Trescientos escalones superados. Quedaba la recta final. Si tenía que subirme encima de él lo haría, pues no estaba dispuesta a rendirme. Y quizás algo de juego sucio...

—¡Olly, me duele la pierna!

—¡Pues siéntate, que luego bajo a buscarte! ¡Después de haberte ganado!

—¡Capullo!

—¡Mentirosa! —Ni me miró para asegurarse de que estaba bien. Me conoce demasiado.

Trescientas treinta escaleras. Solo quedaban quince más. Podía ver el final. Hice un último esfuerzo y saqué fuerzas de donde no las tenía. Llegué hasta Oliver y lo agarré de la cintura en un intento por adelantarlo. Lo

conseguí, pero él me agarró a mí y me echó hacia atrás. Durante las últimas cinco escaleras tuvimos una auténtica guerra de titanes, todo valía. Empujones, pisotones... Hasta nos subimos uno encima del otro, bueno más bien, me subí yo. Pero en el último escalón, Oliver se soltó y me ganó.

—¡Sí! —gritó, mientras ponía los brazos en alto.

Nos quedamos los dos de pie en el primer piso y empecé a marearme. Sin hablar, nos tumbamos boca arriba en el suelo y giramos la cabeza de tal manera que quedamos mirándonos a escasos centímetros el uno del otro. Nuestro pecho subía y bajaba a gran velocidad acompañado con nuestras respiraciones irregulares. Nos chorreaba sudor por todo el rostro. De hecho, sentía el pelo pegado a mi cara. No conseguiría levantarme en unas cuantas horas. Nunca había estado tan cansada, ni con las duras sesiones de entrenamiento con Andrew. Y nunca me había sentido más feliz. Fue perfecto.

Y, entonces, unimos nuestras miradas y sonreímos. Su sonrisa me volvió loca, era esa en la que le salen los hoyuelos. De golpe, me di cuenta de algo. Él era perfecto. No le cambiaría ni un pelo de la cabeza, ni un gesto, ni una expresión, ni un ápice de su personalidad. Fue en ese momento cuando lo supe, cuando pude darle sentido a todo lo que había estado sintiendo por él. Estaba enamorada. Estaba enamorada de mi mejor amigo.

Oliver

Joder, qué sensación tenía de felicidad, de plenitud. Con Sara siempre es así. Cuando estoy con ella, no me hace falta nada más. «Vale, Oliver, has cubierto hoy el cupo de cursiladas. Ahora compórtate como un hombre».

Nos quedamos mirándonos a los ojos hasta que noté un cambio en su mirada. Como si, de repente, hubiera descubierto algo nuevo. Me miraba de manera diferente, pero no soy capaz de explicarlo. Nunca me había mirado así. «¿Qué estás pensando, Sara? ¿Qué pasa por esa cabecita tuya?». Siempre lo pienso, donaría mi cuerpo y mi mente a la ciencia si ello me permitiera meterme en su cabeza.

Es un misterio para mí; la conozco hasta el más mínimo detalle, puedo decir con exactitud qué respuesta va a dar a cualquier pregunta, qué actitud va a tomar ante casi cualquier circunstancia, qué va a pedir para comer en un restaurante... Me conozco todo su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, lo tengo grabado en mi cabeza, pero desconozco lo más importante: su mente. Nunca sé lo que está pensando, lo que viene antes de dar una respuesta. Me descoloca. Y me vuelve loco.

«¿Quieres saber lo que estoy pensando yo, nena? Te quiero. Te quiero con toda el alma. Joder, Oliver. ¡Díselo a ella! ¡Échale un par de cojones y díselo! ¡A ELLA! ¡No a ti mismo, como llevas haciendo un puto año!».

Pero no podía hacerlo, porque ella amaba a Will. Cada vez que recordaba el beso que se dieron en la cafetería, se me revolvía todo. Enterré esa imagen en el lugar más recóndito de mi mente porque me dolía verla. Intenté disimular y darle ánimos, porque eso es lo que hacen los amigos. Pero me dolía el alma de repetirme a mí mismo que Sara lo quiere a él. Que lo ha elegido a él. Que siempre lo va a elegir a él.

Me concentré en su rostro, en sus ojos, en su boca. Su boca. Aún teníamos las respiraciones agitadas. Las mejillas de Sara estaban encendidas por el esfuerzo y parecía feliz. Daba gusto verla. ¡Coño! Me merecía un puto premio por lo que estaba aguantando. Sara abrió la boca y se pasó la lengua por el labio inferior. No pude más. Me acerqué a ella hasta que nuestros alientos se mezclaron.

¿Por qué no se apartaba? Fue como aquel día en la competición de patinaje, cuando estuve a punto de besarla, hasta que tuve un minuto de lucidez y me aparté. Pero ya no me quedaban fuerzas.

¿Deseaba ella que la besara? Volví a mirar su expresión. «Joder, tío. Blanco y en botella. ¡Venga, me lanzo y que pase lo que tenga que pasar!».

Me acerqué y le di un pico y, con ese pico, con ese puto segundo de contacto, despertaron todos mis sentidos, todos los sentimientos que Sara me provocaba y que había intentado borrar estando con otras tías, aunque me muriera por dentro porque no era lo que quería hacer. Porque no era yo, pero mi necesidad de olvidar a Sara era superior al desagrado que me provoca el contacto humano. Pero había fracasado. Porque la tenía metida debajo de mi piel y eso no se va tan fácil. No creí que se fuera nunca.

Me separé y observé su expresión. Estaba sonriendo. Estaba sonriendo como hacía mucho tiempo que no la veía sonreír. Y lo había hecho yo. El pecho se me hinchó de orgullo. «¿Y si la beso de verdad? Joder, ¿por qué no puedo leer las mentes? Vaya atraso de la humanidad. Espera, espera. Ella se está aproximando a mi boca. SE. ESTÁ. APROXIMANDO. A. MI. BOCA».

¿Sara quería más? ¿Era posible?

—¡Ya hemos llegado, par de locos!

«¡Me cago en...! ¡Mierda! ¡Joder! ¿Cómo han subido tan rápido los demás? ¿Cuánto tiempo llevamos tumbados? ¿Por qué han tenido que aparecer en este momento? ¿Cómo voy a saber ahora si Sara quería besarme?».

«Es mejor así. No te confundas, Oliver. No veas cosas donde no las hay. Ella te quiere y te besa porque eres su mejor amigo, pero no porque esté enamorada. Quizás necesita sentirse querida después de todo lo que ha sucedido. Pero lleva su anillo. Todos los jodidos días lo veo. No me hace falta saber nada más. Ella es de él. No mía».

Me separé de ella y simulé que no había sucedido nada. Pero me mentía. Porque aquel fue uno de los momentos más especiales que he vivido junto a Sara. Y eso no me lo puede arrebatarse nadie. Nadie.

Sara

—¡Ya hemos llegado, par de locos! —nos gritó Brian junto a Marco.

«¡Nooo! ¡Ahora no, por favor! ¡Iba a besarme! Porque iba a besarme, ¿verdad? O iba a besarlo yo, pero porque él me ha besado primero. Sí, me ha dado un pico y no se ha apartado de mí. Claro que eso no significa que quisiera besarme. Solo ha sido un beso corto de amigos. ¿O ha sido algo más? ¡No lo sé!».

Lo miré esperanzada, para ver si descubría algo en su actitud, pero me di cuenta de que el momento había pasado. Oliver se separó de mi lado y dio por finalizada nuestra aproximación. Incluso se mostró frío y lejano. «Está claro que no ha significado lo mismo para él que para mí. No, Sara. No te quiere. Asúmelo de una vez».

Un rato después, cuando Adam y las chicas terminaron de subir por las escaleras, seguíamos en la misma posición. Olivia fue la última en llegar.

—¿De verdad habéis subido corriendo? —No esperó nuestra respuesta—. Estáis pirados. Dejad que me siente, solo de verlos me canso.

Durante los tres días siguientes nos pateamos París de cabo a rabo. Nuestros profesores son de la firme opinión de que una ciudad se conoce caminando, por lo que apenas nos dejaron coger transporte público. No mientras estuviéramos con ellos. En nuestro tiempo libre podíamos hacer lo que quisiéramos.

Visitamos Notre Dame (subimos por los peldaños, despacio y uno a uno), y sacamos una foto de todos nuestros pies pisando el kilómetro cero que se encuentra justo a los pies de la catedral. Recorrimos el Barrio Latino, nos tiramos un día entero viendo el museo del Louvre, el Arco del Triunfo, los Campos Elíseos, Montmartre...

Muchos de nuestros compañeros insistían en entrar a ver el espectáculo que aún se ofrece en el Moulin Rouge, pero no entraba en el programa y la respuesta fue un rotundo no. Aun así, algunos se escaparon a verlo en nuestro último día en la ciudad. Nosotros no entramos entre ellos. Queríamos

aprovechar la última tarde para estar los nueve juntos, disfrutando de nuestra compañía. Saboreando la amarga despedida.

Nos sentamos a orillas del río Sena en un rinconcito, en círculo. Recordamos todas nuestras aventuras y nos pusimos nostálgicos. Nos abrazamos y nos dedicamos palabras de amor.

—Chicos, no os olvidéis de nosotros. Seguiremos aquí cuando regreséis.

—Pues claro que no se van a olvidar. Además, un año pasa rápido y vamos a estar en contacto —dijo Moira.

—Sí, pero no va a ser lo mismo —me dijo Pear.

—Ya sé lo que vamos a hacer ahora. No seríamos nosotros si no nos lanzáramos al agua.

—¿Qué dices, Brian?

—He leído que hay un puente por aquí cerca desde donde se tiran los parisinos en verano.

—Buena idea, Briain —lo vaciló Adam, pronunciando su nombre en gaélico.

—¿Eres consciente de que llamándome así me haces un favor?

—Claro que sí, tontorrón.

Dicho y hecho.

El susodicho puente era el puente de Saint Martin. Nos aproximamos a él por la orilla del río Sena. Por el camino, íbamos riéndonos y disfrutando los unos de los otros.

Al llegar, el primero en lanzarse fue Olly. Se quitó la camiseta y dejó su torso a la vista de todos. Y ¿qué era lo único en lo que podía pensar yo? Pues que ese cuerpo lo había lamido con la lengua. Tan pronto como vino el pensamiento, lo deseché. No quería pensar en mis sentimientos por Oliver. Debía esperar que pasara el tiempo y digerirlos.

Uno tras otro nos lanzamos todos al agua. Cuando atardeció, volvimos al hotel. Era hora de hacer las maletas y regresar a Escocia.

Aunque fuera por poco tiempo.

Adiós, *Crowden*

Era nuestra última semana en el *Crowden School*. Aún no me lo creía. No pensé que llegaría tan rápido ese momento. Fue una semana tranquila, habíamos finalizado todos los exámenes y, con mucho esfuerzo y estudio, conseguí graduarme con matrícula de honor. Aunque, por el momento, no me sirviera para nada. Seguía sin saber qué hacer con mi vida.

Aquellos últimos días, los alumnos los aprovechábamos para hacer las maletas, preparar las funciones musicales de fin de curso (en las que no participaba) y poco más.

La semana siguiente, el *Crowden* organizaba una fiesta de graduación para los alumnos de último curso, donde nos colocarían los birretes y nos repartirían los diplomas, muy americano todo. No podemos olvidarnos de la procedencia del colegio. Adam, Oliver y yo nos lo íbamos a perder. Nuestro vuelo salía ese mismo viernes. Nuestras familias serían las encargadas de recoger los diplomas por nosotros.

Me encontraba inmersa en la preparación de las maletas para Estados Unidos, había tantas cosas que quería llevar... que el problema era que no me entraba todo. Debía hacer selección. Estaba acostumbrada a viajar para unas cuantas semanas. Pero, si planeas viajar durante todo un año, ¿qué te llevas?

La semana anterior, viajamos a Edimburgo y cogimos un montón de cosas para llevar al colegio: todo lo que necesitábamos para el viaje y que no teníamos allí. Había preparado cajas con las cosas que no iba a llevarme para que mi padre las devolviera a casa. A casa. Nunca más al *Crowden*. Era duro.

Cuando tuve todo empaquetado, fui consciente de cierto asunto que no debía retrasar más. Tenía que hablar con Will. Tenía que cerrar ese capítulo de mi vida. Se me había agotado el tiempo. Y no quería irme sin despedirme. No se lo merecía.

De camino a su encuentro, pensé en nosotros: en todo lo que habíamos vivido en esos años, en lo que nos habíamos querido y peleado a partes iguales. Acabé en la puerta de la habitación de Will, que se abrió antes de que me diera tiempo a llamar. Por poco no choqué con él, que salía acelerado.

—¡Sara!

—Hola, ¿podemos hablar?

«Muy bien, Sara. Directa al asunto».

Will titubeó unos segundos.

—Sí, claro. Había quedado con los chicos para ir al pueblo, pero pueden adelantarse sin mí.

—¿Seguro? Puedo venir en otro momento si...

—No, ya que por fin te has decidido, no quiero aplazarlo más —me interrumpió—. Llevo semanas esperándote.

Entornó la puerta y me invitó a pasar. No lo pensé y entré, cerrando la puerta detrás de mí. Will escribió algo en su móvil y se tumbó en la cama mirando al techo, despreocupado, y yo me tumbé junto a él. Como en los viejos tiempos. Porque no había ido a pelear sino a hablar de nosotros de manera pacífica. Y debía reconocer que Will me lo estaba poniendo muy fácil. No parecía enfadado.

—¿Tienes las maletas preparadas? —me preguntó para romper el hielo.

—Sí, ya tengo casi todo.

—Así que un año.

Ya empezábamos con lo interesante. Ninguno de los dos apartaba la mirada del techo.

—¿Por qué no me lo dijiste, Sara? ¿No crees que merecía saberlo?

—Por supuesto que sí, pero, Will, apenas nos dirigíamos la palabra.

—Eso no importa. Me parece algo lo suficientemente importante como para que me lo dijeras. ¿Es que todos estos años juntos no han significado nada para ti? ¿Es eso, Sara?

Sentí cómo giraba la cabeza y posaba su mirada en mí. Aparté la mía del techo y me encontré con su rostro, que era la clara estampa del dolor y la decepción.

—No, claro que no. Pero ¿tú crees que, en caso de irte tú a estudiar fuera, me lo hubieras dicho?

—¿Sabes qué es lo más cojonudo de todo, Sara? Que ni siquiera sabes dónde me voy a estudiar. No me lo has preguntado. Podría irme al otro lado del mundo y tú no lo sabrías.

Cierto. No tenía ni idea de lo que había planeado Will para su futuro. Me sentí miserable. En los últimos meses, solo había pensado en Oliver, Adam y en mí. Me había olvidado de que el mundo a mi alrededor seguía girando.

—Lo siento, siento haber desconectado tanto. Aun así, ¿qué pretendías? ¿Que nos contáramos nuestros planes de futuro entre insulto e insulto?

—Por ejemplo.

—Sé realista, Will. Lo nuestro había acabado y no de la mejor manera. — Después de lo mal que hice las cosas, aunque no hubiera pasado lo de Adam y no hubiera desconectado del mundo, no me habría atrevido a preguntarle nada.

—No, lo nuestro aún no se ha acabado. Todavía llevas mi anillo. Eso significa que aún me quieres. Mientras exista una mínima posibilidad de que tú y yo lo intentemos, no me voy a rendir. Te quiero. A pesar de todo, te quiero. Y sé que la última vez la cagué yo por no escucharte e intentar entenderte. He tenido que vivir con ello los últimos putos meses.

—La cagamos los dos. No cargues con la culpa. Yo debí haber sido sincera contigo desde el principio.

—Supongo que sí.

—¿Habrías vuelto conmigo de haberlo sabido?

Di por hecho que sabía a lo que me refería. No quise preguntarle, directamente, si me hubiera perdonado que me acostara con Oliver. Era demasiado violento.

—No lo sé. —Will se revolvió el pelo y miró el techo de nuevo—. Joder, sí lo sé.

—Will, contéstame con sinceridad.

—Claro que te hubiera perdonado. No al principio. Me habría cogido un cabreo de un par de cojones. Hubiera dado puñetazos a las paredes y arrojado cosas al suelo. Pero, después de soltar la rabia, te habría perdonado.

—Quizá ahora estaríamos juntos. Aunque supongo que, si no lo estamos, es porque tiene que ser así.

—Te he perdonado.

—¿Qué?

—Estoy corrigiendo mi frase anterior. Cuando te he dicho que te habría perdonado si me lo hubieras confesado antes de volver a estar juntos. Lo que quiero decir, Sara, es que te perdono.

Se giró, por segunda vez, para mirarme, y colocó su codo en el colchón. Acercó su mano a mi mejilla y me acarició con ternura. Cerré los ojos.

—Sara, te he echado mucho de menos. Déjame intentarlo.

Reaccioné al momento.

—No, Will, espera.

Pero no me escuchó. Se lanzó a mis labios y me besó. Me besó como si fuera lo más preciado que había en su vida. Intenté resistirme, pero él se colocó encima de mí y me aprisionó entre sus brazos.

Comencé a recordar sus besos y sus caricias. Y... me dejé querer. Porque

aún albergaba sentimientos por Will y porque lo había echado de menos. No te puedes desenamorar de una persona de la noche a la mañana. Siempre queda algo.

Will veneraba mi cuerpo como si fuera un tesoro. Nos acariciábamos y nos besábamos por todas partes. Enseguida nos desnudamos y me olvidé de todo: de Oliver, de Estados Unidos, de mis dudas.

¿Que no tendría que haber hecho aquello? Sí. Pero no soy perfecta. Tengo debilidades. Y, en aquel momento, necesitaba que me quisieran. Es egoísta, lo sé. Pero Will consiguió que me olvidara de todo y de todos.

Acaricié el cuerpo de Will como si fuera la última vez, reteniendo cada porción de piel en mi memoria, cada sensación. Me senté a horcajadas sobre su cuerpo y me froté contra él. Él gimió, yo gemí. Él se arqueó, yo me arqueé. No hablamos, solo sentimos. Lo ayudé a colocarse el preservativo y bajé mi cuerpo hasta que me uní a él por completo.

—No voy a aguantar mucho, Sara.

—No lo hagas.

Mis palabras fueron el detonante para que Will acabara. Yo lo hice segundos después y me desplomé sobre su pecho. Permanecemos así un rato, hasta que nuestras respiraciones se ralentizaron. Después, me bajé de su cuerpo y me tumbé junto a él.

—Edimburgo —me dijo.

—¿Qué?

—Me voy a la Universidad de Edimburgo. A estudiar Arquitectura. Con Daniel.

—¿Y tus padres?

—Mis padres querían que regresara a Alemania, pero han acabado aceptando mi decisión. Llevo toda la vida viviendo fuera de mi casa. Tener que volver ahora y convivir con ellos a diario sería, no sé, extraño.

—Te entiendo.

—Sara, ¿qué ha significado esto?

No había significado nada. No me refiero a que no lo sintiera, sino a que no cambiaba nada.

—No lo sé. La despedida, supongo.

—¿Me has echado un polvo de despedida? —me acusó, mientras se levantaba de la cama y comenzaba a vestirse.

—Creía que había sido cosa de los dos.

—Sara, quiero volver contigo. Quiero que lo intentemos una última vez —

me dijo, mientras se abrochaba los pantalones vaqueros y se sentaba a mi lado en la cama.

—No, Will. No puede ser. Me voy un año fuera.

—No me importa. Podemos llevar una relación a distancia. Muchas parejas lo hacen.

No. Si algo tenía claro es que no quería volver con Will. No sería justo ni para él ni para mí. Aun sin mudarme a Norteamérica, no hubiera vuelto con él. No era el momento. No con mi reciente descubrimiento sobre mis sentimientos por Oliver. Es cierto que no me había quitado el anillo, pero no lo hice porque se lo prometí a Will. Le prometí que no me lo quitaría mientras albergara sentimientos por él, por muy pequeños que fueran.

—Pero yo no quiero. Necesito aclararme, necesito estar lejos de todo esto. Volver a estar juntos ahora sería un error.

—Vale, necesitas irte. ¿Y tienes que hacerlo con él?

—Will, me voy por Adam. Él lo necesita.

—¿Y si yo necesito que te quedes? ¿Y si te pido que te quedes conmigo y que no te vayas?

—Will, no lo hagas. No me hagas elegir entre tú y Adam.

—¿Por qué?

—Porque vas a perder.

—Bien. —Se levantó de la cama y se giró hacia la ventana—. Entonces no tenemos nada más de qué hablar. Adiós, Sara.

—Will, no quiero irme así. Por favor, vamos a hablarlo. No quiero marcharme y que estés enfadado.

—Lárgate, Sara.

—No, así no. Me voy un año fuera y...

—¡¡LÁRGATE!! ¡¡NO QUIERO VERTE!!

Por más que lo intenté, Will no quiso hablar conmigo. Me marché. Salí de la habitación y me quedé apoyada en la puerta, llorando. Otra vez había acabado en la cama de Will y otra vez habíamos discutido.

Se abrió la puerta de la habitación de enfrente. Adam, vestido con pantalones vaqueros negros y camiseta gris de manga larga, parecía que iba a alguna parte, pero al verme abrió la puerta del todo y me invitó a entrar. Cuando me acerqué, me ofreció sus brazos, me cobijé dentro y lloré desconsolada. Adam cerró la puerta.

—*Totó*, estás llorando y no creo que sea solo por despedirte de Will. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Mi vida es un desastre, Adam.

—Primero date una ducha a ver si despejas la cabeza.

Fui directa al baño y abrí el grifo de la ducha mientras me desnudaba. El baño se llenó de vapor y mi reflejo se difuminó en el espejo. Me metí debajo del agua y dejé que me empapara todo el cuerpo. ¿Qué estaba haciendo con mi vida? Cuando salí, le expliqué a Adam todo lo que había sucedido en la habitación de Will.

—Sara, es sexo. No le des más vueltas. No hay que estar enamorada ni creer que es el chico de tu vida para acostarte con alguien. Es algo físico. Will y tú os atraéis físicamente. Fin de la historia.

—Eso es muy egoísta. Will y yo tenemos una historia. No somos dos personas que nos hemos encontrado en un pub.

—Le has dejado claro que no querías volver con él.

—Se lo he dicho después.

—No importa. ¿Qué esperaba? Te largas un año entero. No le des tantas vueltas y asume el sexo como algo natural que sucede entre las personas. Sin ataduras. Sin compromisos. Yo lo hago y no me fustigo por ello, aunque puede que alguna vez lo pruebe...

Adam consiguió sacarme una sonrisa. Entendía lo que me decía, pero tener sexo con tu exnovio antes de largarte un año entero de viaje... era complicado.

La semana pasó tan rápido que no fui consciente de nada hasta que estábamos todos en el aparcamiento despidiéndonos. Nos abrazamos, nos besamos, nos dijimos que nos queríamos y una vez más, acabamos llorando.

—Quiero saber de ti todos los días —me dijo Pear, mientras se secaba las lágrimas—, no me obligues a coger un avión e ir a buscarte.

—Prometo escribirte todos los días.

—Chicos, pasadlo muy bien, nos vemos a la vuelta.

Abracé a mis amigos, de nuevo, uno a uno. Y entre tanto lío de abrazos, Marco se aproximó a mí y me separó del resto.

—Tráeme a Adam de vuelta. Al verdadero, por favor. Prométeme que lo vas a intentar con todas tus fuerzas.

—Lo haré, confía en mí.

Asintió con la cabeza y me dio un fuerte abrazo. De los chicos, Marco siempre ha sido el más cariñoso y el más sentido. Es un buen chico. ¡Cómo los

iba a añorar! Otra vez a llorar. Era un no parar.

La directora Peters vino a despedirse de nosotros. Habló con nuestras familias y nos besó (en la frente) a nosotros tres. Era la primera vez que nos daba un beso.

—Ya solo me queda un Summers en el *Crowden*.

Mi padre miró el reloj: había llegado la hora de irse. Todos nuestros amigos volvieron al colegio y nos quedamos solos los tres, parados en mitad del aparcamiento, hasta que los padres de Oliver nos movieron.

Mientras Oliver y Adam se alejaban en el coche de los Aston, mi padre metía las maletas en el nuestro. Me acerqué a la entrada del colegio y me senté en las escaleras. Daniel se sentó a mi lado.

—¿Crees que huir de tus problemas va a solucionarlos?

—¿Qué quieres decir?

—Que los estás moviendo de país, pero no por eso van a desaparecer. Cuando vuelvas, seguirá todo donde lo dejaste y tendrás que enfrentarte a ello.

—Eso no lo sabemos, Daniel. Puede que...

—¿Qué? —me interrumpió—. ¿Que irte con Oliver un año y separarte de Will te va a ayudar a saber de cuál de los dos estás más enamorada?

¿Qué? ¿Cómo lo sabía?

—No soy imbécil, Sara. Y sé cosas.

—¿Qué cosas?

Se levantó de las escaleras y entró en el colegio.

—Que tengas buen viaje.

—¿No me acompañas al aeropuerto?

—No —me contestó sin mirar atrás.

«Genial. Que pases un buen año, Daniel». Pero, entonces, me acordé de algo.

—¡Daniel! Espera.

—¿Qué quieres, Sara?

—Prométeme que vas a ayudar a Pear. Tienes que continuar donde yo lo he dejado. Necesita acercarse a un caballo de nuevo y, sobre todo, necesita saber que no fue su culpa. La tengo casi convencida, pero me da miedo que la distancia... No la abandones, Daniel.

—No te preocupes por ella, yo me ocupo.

Antes de entrar en el coche, miré al cielo. Después al colegio. Will no se despidió de mí. Andaba por algún lugar ahí dentro, pero no quiso verme. Entendía su enfado, pero había tomado la decisión correcta. No sabía lo que

sentía por él. Lo quería, pero no era un sentimiento tan fuerte como lo era antes. Me arriesgaba a perderlo, pero estaba dispuesta a asumirlo.

Me senté en el coche y apoyé la cabeza en el cristal.

—¿Estás preparada, cariño? —me preguntó mi padre.

«No».

—Sí. Vámonos.

Dos años y tres meses después

(Más tiempo de lo previsto...)

Septiembre 2012

Aeropuerto de Los Ángeles

—*Última llamada para los pasajeros del vuelo BA1542 destino Edimburgo.*

La voz aterciopelada de la operadora de British Airways resonó por todo el aeropuerto. Era nuestro vuelo. Había llegado el momento. El momento de regresar a casa. Nos levantamos los tres a la vez de nuestros asientos.

—¿Preparados para volver, chicos? —nos preguntó Adam, de camino a la puerta de embarque.

Oliver y yo nos miramos el uno al otro y fue una mirada que... que decía tantas cosas.

—Supongo que sí —contesté yo sin ninguna convicción.

Regresábamos a Edimburgo después de más de dos años haciendo de trotamundos por Estados Unidos. No parecía que hubiera pasado tanto tiempo; más bien, era como si apenas acabáramos de llegar. Sin embargo, en esos dos años, habían pasado tantas cosas...

Continuará...

Agradecimientos

Cuando un día me senté a pensar sobre a quién le daría las gracias en los agradecimientos de mi libro, lo primero que me vino a la cabeza fue: ¿qué personas me han ayudado con el primer libro? ¿Y con el siguiente de la saga? ¿Y con los últimos? Entonces me di cuenta de que, en realidad, *Los saltos de Sara* no era el libro uno de la saga Sara Summers, sino que era la primera parte de un único libro: el libro de Sara Summers. Porque mi intención siempre fue la de escribir un libro, pero se hizo tan largo que sería imposible publicarlo en un único tomo (sería un libro de... no sé, ¿1.500 páginas?), y por eso publico la historia de Sara en cuatro tomos. Pero el tratamiento que le voy a dar es como si fuera un único libro, por lo tanto, estos agradecimientos son idénticos para los cuatro.

A la primera persona que quiero agradecer es a Alberto, mi compañero de vida. Tengo tantas cosas que agradecerte que no sé por dónde empezar. Gracias por estar ahí siempre, por apoyarme, por no permitir que me rindiera cuando las cosas se complicaron. Escribir y autopublicar un libro no es un camino de rosas y hay muchos momentos (demasiados) de agobios, desánimos, ganas de renunciar por creer que lo que estás haciendo es una locura. Y tú siempre has estado ahí para regalarme uno y mil abrazos y decirme que estaba haciendo un buen trabajo. Gracias, porque aquella tarde que llegué a casa y te dije: «Voy a escribir un libro», me tomaste en serio. Siempre te tomas en serio mis locuras. Gracias por creer en la historia de Sara y por tus consejos. Y gracias por aquella propuesta de última hora sobre la portada cuando yo estaba obcecada en una idea que no tenía futuro: «¿Y si ponemos unos patines en la portada?». Siempre me sorprendes. No dejes de hacerlo nunca.

Gracias, Raquel. Iba a decir que eres mi mejor amiga, pero esas dos palabras se quedan demasiado pequeñas para nosotras. Entonces: gracias, Raquel, mi hermana, mi alma gemela (porque creo que las almas gemelas también existen en la amistad y en la familia, y tú, sin duda, eres la mía). Gracias por estar ahí cada momento, por leer mi historia, capítulo a capítulo, y lo digo literalmente. Han sido varios años de avanzar juntas en la historia, de emocionarnos con los personajes, de discutir sobre las escenas clave (hubo una noche concreta que cruzamos como cientos de *whatsapps* pensando en dónde podrían pasar Sara y Will su primera noche). Eres uno de los mayores apoyos de mi vida, no sé qué haría sin ti.

Gracias, Vanessa, mi otra lectora cero. Gracias por tus aportaciones, por la paciencia, por las bonitas palabras, por meterte conmigo en la historia. Y, sobre todo, gracias por aquel día en el que me llamaste por teléfono para decirme que ibas en el coche pensando en los protagonistas, que te tenían tan enganchada que no podías dejar de leer, que necesitabas saber qué más cosas les pasaban. Ni te imaginas la fuerza que dan esas palabras.

Gracias, Daniel y Ariane, porque, sin daros cuenta, con vuestras inocentes frases, vuestras ocurrencias y vuestros arranques inesperados de amor, sois capaces de sacar una sonrisa hasta en los peores momentos. Gracias, solo, por existir.

Gracias, Abril, por tu ayuda en esta historia, por tus consejos y por responder, siempre con tanta sinceridad, a todas mis preguntas. Me encontraba terriblemente perdida con el tema de la autopublicación y con convertir mi manuscrito en libro hasta que te encontré y, poco a poco, fuiste solventando todas mis dudas, además de pegarle un buen repaso a mi historia. Gente como tú es necesaria en todos los aspectos de la vida. Has sido como una especie de red salvavidas para mí.

Gracias, Kevin (para mí siempre serás Kevin O'Seamus), por esas explicaciones de ultimísima hora sobre la procedencia de los nombres y apellidos escoceses; gracias por la pasión con la que explicas las cosas y por esas aportaciones que le han dado un toque especial a la novela.

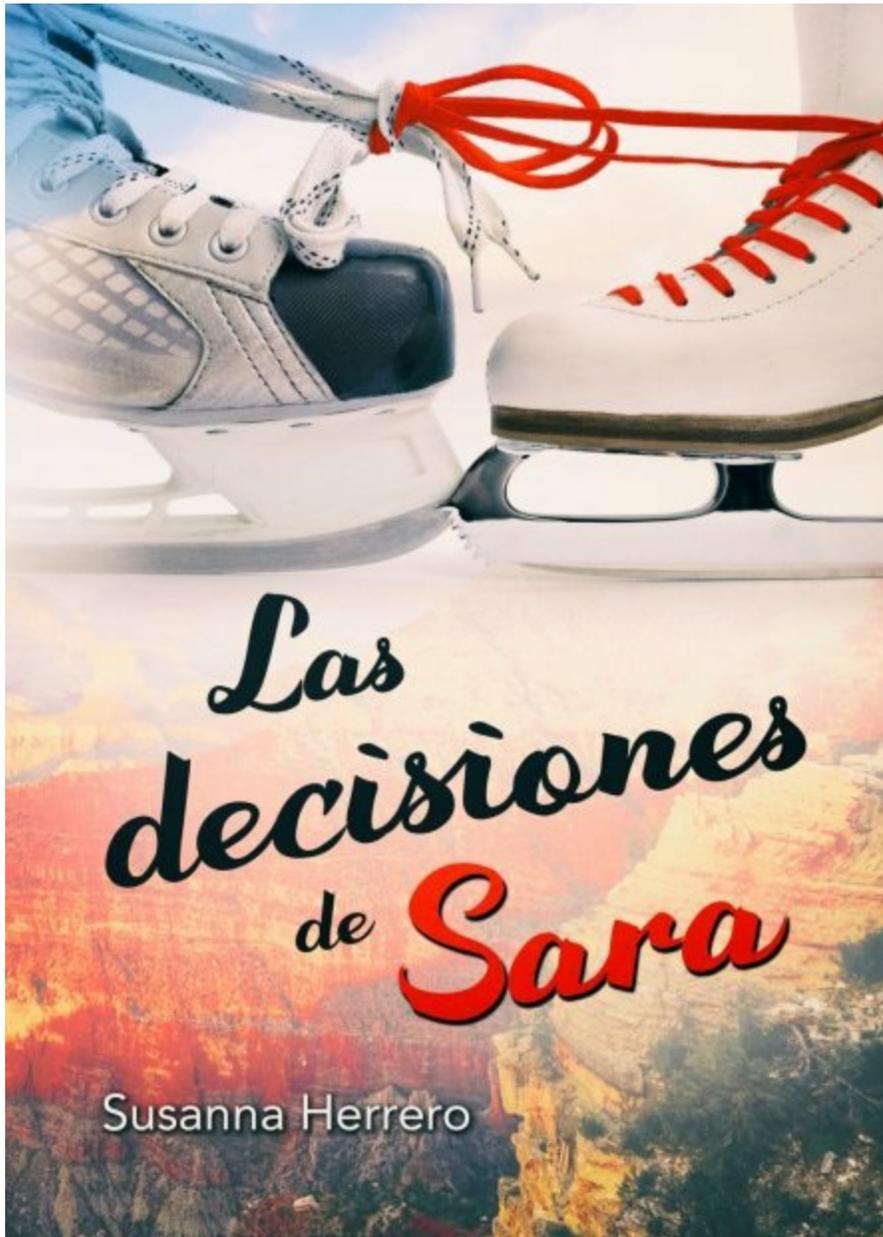
No puedo olvidarme de un agradecimiento muy especial. Quiero dar las gracias a la música. Por acompañarme, siempre, en todos los momentos de mi vida y por darme tantísimas escenas y diálogos para Sara y compañía. Gracias a ti, los personajes se mueven solos en mi cabeza y yo tan solo he tenido que plasmar los movimientos que tú me has dado, en papel.

Y gracias a ti, lector, por darle una oportunidad a Sara.

Susanna Herrero nació en Bilbao en 1980. Es licenciada en Derecho Económico y su trabajo la obliga a pasar muchas horas en el coche. Tantos viajes en solitario conspiraron con su gran imaginación para crear a los personajes que, más tarde, se convertirían en los protagonistas de su primer libro: *Los saltos de Sara*. Apasionada de la lectura desde que a los diez años leyó por primera vez *La historia interminable*, nunca pensó en escribir su propia historia, pero no pudo darles la espalda a Sara Summers y compañía.

Puedes encontrarla en [su blog](#), su [página de Facebook](#) o en Twitter como [@susanmelusi](#)

El 30 de junio, *Las decisiones de Sara*



Y el 16 de agosto, el desenlace: *Simplemente Sara*



^[1] Apellido Mac Gregor en voz gaélica.

^[2] Expresión vulgar para expresar ira, descontento, sorpresa... En Escocés. Viene a ser el

joder español o el *fuck/shit* inglés.